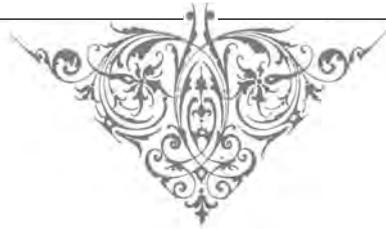


Garcilaso de la Vega

Poesías Castellanas

EDICIÓN ENRIQUECIDA CON VARIOS
ESTUDIOS GARCILASIANOS
REALIZADOS POR LOS MIEMBROS DEL CONSEJO ASESOR
DE LA FUNDACIÓN GARCILASO DE LA VEGA



Fundación
Garcilaso de la Vega

MADRID - 2008

- Texto, Notas y Léxico: Francisco Calero

- Estudios Garcilasianos:
Mariano Calvo
M.^a del Carmen Vaquero Serrano
Juan Carlos Pantoja Rivero
Ángel García Galiano
Valle Vaquero Serrano
M.^a Luisa Picón García
Francisco Javier Ávila

- Ilustraciones: Ángel Roncero

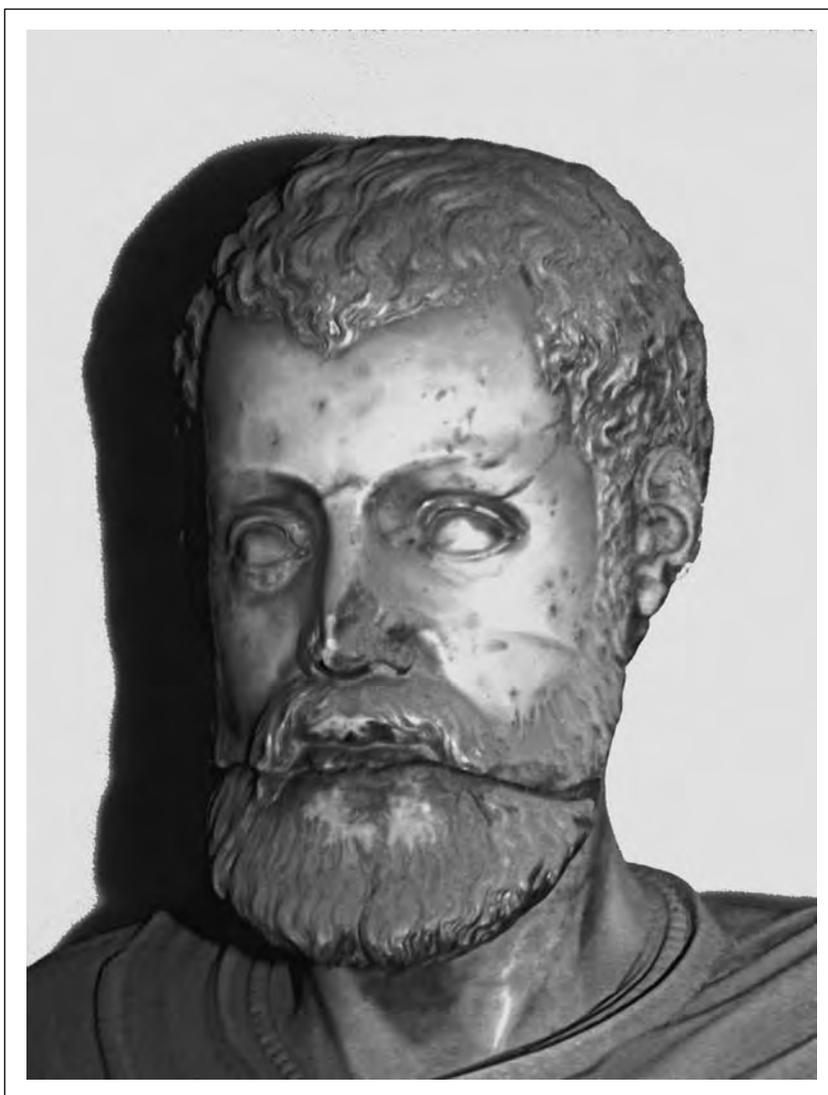
© De esta Edición:
Guillermo Blázquez, Editor
Carrera San Jerónimo, 44 - 28014 Madrid
www.libreriablazquez.com

© De los Textos: Los Autores

- Impreso por:
Torreblanca Impresores, S.L.
Paseo Imperial, 57 - 28005 Madrid

- I.S.B.N. 978-84-96539-20-4

- Depósito Legal: M-35736-2008



*Garcilaso, que al bien siempre aspiraste,
y siempre con tal fuerza le seguiste,
que a pocos pasos que tras él corriste,
en todo enteramente le alcanzaste;*

*dime: ¿por qué tras ti no me llevaste,
cuando desta mortal tierra partiste?
¿Por qué al subir a lo alto que subiste,
acá en esta bajeza me dejaste?*

*Bien pienso yo que si poder tuvieras
de mudar algo lo que está ordenado,
en tal caso de mí no te olvidarás.*

*Que, o quisieras honrarme con tu lado,
o, a lo menos, de mí te despidieras,
o si esto no, después por mí tornarás.*

J. BOSCÁN



PRESENTACIÓN





OMUNICAR a través de un verso, hacer publicidad de la poesía sin perder el alma de guerrero, glorificar el talento, el de hace siglos como el de ahora. Me gustaría hablaros de Garcilaso, el gran poeta al que me unen lazos imborrables que me llenan de orgullo.

Hay en su vida tanta pasión y vehemencia que nadie sino él puede representar el esplendor del Renacimiento, el gran siglo de gloria de la historia de España.

Entre heridas y triunfos, tomando como él mismo dice “ora la espada, ora la pluma” transcurre su breve pero apasionante existencia.

Caballero, galante, de carácter agradable, gran conversador, músico, hombre culto y gran humanista, valeroso y honesto, ...nobles adjetivos los que definen al toledano como hombre y guerrero, tantos y tan dignos como los que lo definen como poeta. Sin embargo, el joven Garcilaso, entre versos y batallas, siempre acompañado del desasosiego del amor imposible, encontró muy pronto la muerte heroica...

La edición especial de ALTAE Banco Privado, de este precioso ejemplar lleno de sensibilidad y belleza supone, sin duda, un merecido reconocimiento y un cuidadísimo homenaje a su vida y obra. Desde aquí, todo mi agradecimiento, en mi nombre y en el de la Fundación.

Porque, aunque el culto al poeta ha sido constante a lo largo de los siglos, desde la Fundación Garcilaso de la Vega queremos ensalzar de manera especial y significativa su vida y su obra.

Desempolvar su figura y hacer que salga a la calle, a reencontrarse con la gente; que se hable de él, que se cuelen sus versos por los rincones, que se canten por todas partes...Que ocupe, al fin, el lugar que merece y a través de los tiempos se le recuerde como el alma de la poesía del gran siglo de oro español.

Un gran reto para un publicitario con apellido de poeta que un día, en memoria de su madre, quiso ver cumplido un sueño, un punto de encuentro para recordar a Garcilaso.

Disfrutad de este libro, soñad con él y perderos por sus páginas y sus versos. Por allí nos vemos...

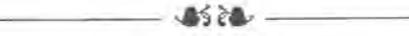
Un abrazo.



FERNANDO GARCILASO DE LA VEGA OCAÑA
FUNDACIÓN GARCILASO DE LA VEGA
PRESIDENTE

GARCILASO DE LA VEGA

POESÍAS CASTELLANAS



TEXTO, NOTAS Y LÉXICO

POR

FRANCISCO CALERO







ÉGLOGA PRIMERA

AL VIRREY⁽¹⁾ DE NÁPOLES

*L dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del Estado,
Albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte;*

*agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente jinete que apresura
el curso, tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando;
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras;
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.*

*En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo dino de memoria;
el árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta*

⁽¹⁾ Don Pedro de Toledo, tío del duque de Alba, fue virrey de Nápoles en los años 1532-1533. Garcilaso canta en esta oda los hechos del virrey.



*debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y, en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.*

*Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado,
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía:*



(2) Galatea es una nereida griega, hija de Nereo y Doris. Fue amada por el cíclope Polifemo. Esa leyenda fue cantada en poemas de Teócrito, Virgilio y Ovidio. Bajo ese nombre Garcilaso encubre a su amada Isabel Freyre.

SALICIO

*¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!(2)
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay, sin ti, el vivir para que sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*



*El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cual por el aire claro va volando,
cual por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cual con el sol presente
va de nuevo al oficio,*



*y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mesquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

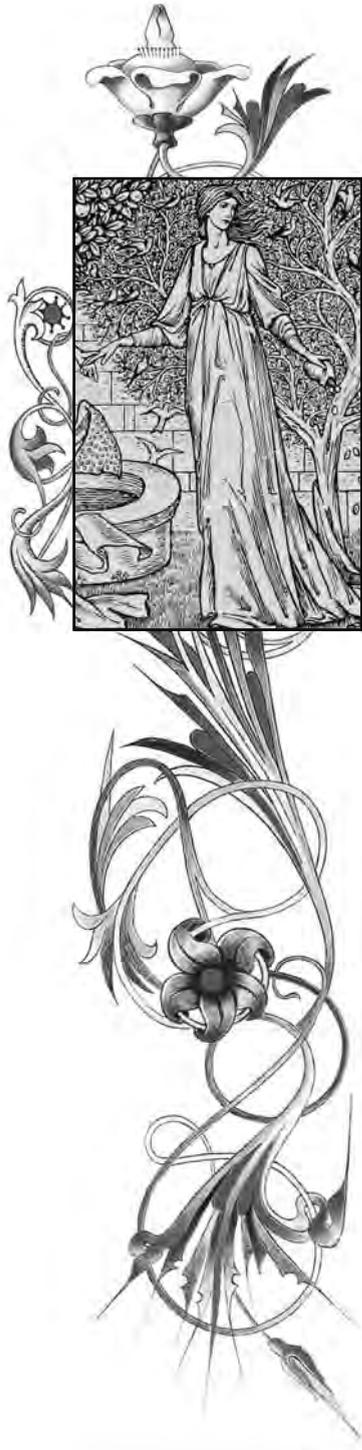


*¿Y tú, desta mi vida ya olvidada
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja⁽³⁾ repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

⁽³⁾ La corneja es calificada de *siniestra* porque cuando las aves eran divisadas por la izquierda eran señal de mal agüero. Esta forma de adivinación fue practicada sistemáticamente por los romanos.

*¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;*



*y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso, enajenado, iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.*

*Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
no hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
de mi cuidado fuiste,
notable causa diste
y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
que el más seguro tema con recelo
perder lo que estuviera poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,
y de hacer juntar lo diferente,
dando a quien diste el corazón malvado,*



(4) Tíro es el nombre de un pastor en la primera égloga de Virgilio. Se le aplica el calificativo de *mantuano* por alusión a la patria de Virgilio, que nació cerca de Mantua.



*quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin rüido
harán las bravas sierpes ya su nido;
que mayor diferencia comprehendo
de ti al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado;
de mi cantar, pues yo te vi agradada,
tanto que no pudiera el mantuano
Tíro⁽⁴⁾ ser de ti más alabado.
No soy pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
¡trocara mi ventura!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera de ti este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Estremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;*



*los árboles parece que se inclinan;
 las aves que me escuchan, cuando cantan,
 con diferente voz se condolecen,
 y mi morir cantando me adivinan.
 Las fieras que reclinan
 su cuerpo fatigado
 dejan el sosegado
 sueño por escuchar mi llanto triste.
 Tú sola contra mí te endureciste,
 los ojos aun siquiera no volviendo
 a lo que tú heciste.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*



*Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
 no dejes el lugar que tanto amaste
 que bien podrás venir de mí segura.
 Yo dejaré el lugar do me dejaste;
 ven, si por sólo esto te detienes.
 Ves aquí un prado lleno de verdura,
 ves aquí una espesura,
 ves aquí un agua clara,
 en otro tiempo cara,
 a quien de ti con lágrimas me quejo.
 Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
 al que todo mi bien quitarme puede;
 que, pues el bien le dejo,
 no es mucho que el lugar también le quede.*

*Aquí dio fin a su cantar Salicio,
 y, suspirando en el postrero acento,
 soltó de llanto una profunda vena.
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 de aquel dolor en algo ser propicio,
 con la pesada voz retumba y suena.
 La blanca Filomena⁽⁵⁾,
 casi como dolida
 y a compasión movida,
 dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto Nemoroso
 decidlo vos, Piérides⁽⁶⁾; que tanto
 no puedo yo ni oso,
 que siento enflaquecer mi débil canto.*

⁽⁵⁾ El nombre verdadero es *Filomela*, con el que es designado el ruiseñor, en alusión a la leyenda de Procne y Filomela, hijas del rey legendario de Atenas Pandión.

⁽⁶⁾ Así son llamadas las musas por habitar originalmente en la comarca de Pieria, pendiente septentrional del monte Olimpo.

*NEMOROSO*

*Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.*



(7) La reina de Cartago, Dido, de la que se enamoró Eneas, tuvo también el nombre de Elisa. Con él alude el poeta a su amada Isabel Freyre en cinco versos.

*Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que despertando a Elisa⁽⁷⁾ vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos hilos de la muerte!
Más conveniente suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.*



*¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada
mi alma doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro,
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho?
¿Dó la coluna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?*



*Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.*

*¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.*

*Después que nos dejaste, nunca paxe
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora, en cambio, estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.*

*Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa;
tal es la tenebrosa*



*noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.*

*Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;*

*desta manera suelto ya la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda:
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo:
el desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.*

*Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,*



(8) Con el nombre de Lucina se refiere Garcilaso a la diosa Diana en cuanto protectora de las mujeres y favorecedora de los partos. La razón de esa referencia es porque Isabel Freyre murió al dar a luz.

(9) Con *pastor dormido* alude el poeta a Endimión, conocido por su sueño eterno en el monte Latmo y amado especialmente por la Luna, identificada con Diana.

*con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.*

*Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que tanto aflige esta ánima mesquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina⁽⁸⁾,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda,
me parece que oigo que a la cruda,
inesorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa ¿dónde estabas?*

*¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor⁽⁹⁾ dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crueza,
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes, y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo,
dejas morir mi bien ante los ojos?*

*Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mundanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo*



*rompa del cuerpo, y verme libre pueda
y en la tercera rueda
contigo mano a mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descansa y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?*

*Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones, que sólo el monte oía
sí, mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.*





ÉGLOGA SEGUNDA

ALBANIO⁽¹⁰⁾

*N medio del invierno está templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada.*

*¡Oh claras ondas, cómo veo presente,
en viéndoos, la memoria de aquel día
de que el alma temblar y arder se siente!*

*En vuestra claridad vi mi alegría
escurecerse toda y enturbiarse;
cuando os cobré perdí mi compañía.*

*¿A quién pudiera igual tormento darse,
que con lo que descansa otro afligido
venga mi corazón a atormentarse?*

*El dulce murmurar de este ruido,
el mover de los árboles al viento,
el suave olor del prado florecido,*

*podrían tornar, de enfermo y descontento
cualquier pastor del mundo, alegre y sano;
yo solo en tanto bien morir me siento.*

*¡Oh hermosura sobre el ser humano!
¡Oh claros ojos! ¡Oh cabellos de oro!
¡Oh cuello de marfil! ¡Oh blanca mano!*

*¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
se convirtiese tan alegre vida,
y en tal pobreza todo mi tesoro?*

*Quiero mudar lugar, y a la partida
quizá me dejará parte del daño
que tiene el alma casi consumida.*

*¡Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
es darme yo a entender que con partirme,
de mí se ha de partir un mal tamaño!*

*¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
es el dolor que os cansa y enflaquece!
¡Oh si pudiese un rato aquí dormirme!*

⁽¹⁰⁾ En la segunda égloga intervienen Albanio, Salicio, Nemoroso y la pastora Camila. Albanio deriva de Alba y puede representar al duque de Alba o a su hermano.



*Al que velando el bien nunca se ofrece,
quizá que el sueño le dará durmiendo
algún placer, que presto desfallece;
en tus manos ¡oh sueño! me encomiendo.*

SALICIO

*¡Cuán bienaventurado⁽¹¹⁾
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza
y vive descuidado,
y lejos de empacharse
en lo que el alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
ni la soberbia puerta
de los grandes señores,
ni los aduladores
a quien la hambre del favor despierta;
ni le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.*

*A la sombra holgando
de un alto pino o roble,
o de alguna robusta o verde encina
el ganado contando
de su manada pobre,
que por la verde selva se avecina,
plata cendrada y fina,
oro luciente y puro,
baja y vil le parece,
y tanto lo aborrece
que aun no piensa que dello está seguro:
y, como está en su seso,
rehúye la cerviz del grave peso.*

*Convida a dulce sueño
aquel manso ruido
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño
con canto no aprendido
híchen el aire de dulce armonía;
háceles compañía,
a la sombra volando,
y entre varios olores
gustando tiernas flores,*

⁽¹¹⁾ En estos versos canta Salicio la felicidad de la vida retirada, siguiendo la estela de Horacio en su famoso e influyente *beatus ille*, que seguirá también Fray Luis de León.



(12) Sigue Salicio con el ideal de vida tranquila, expresado aquí con la idea de aflojar la cuerda a los pensamientos y deseos, en lugar de tensarla.



*la solícita abeja susurrando;
los árboles y el viento
al sueño ayudan con su movimiento.*

*¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?
¡Oh! helo allí. Dichoso tú, que aflojas⁽¹²⁾
la cuerda al pensamiento o al deseo.*

*¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
en el mundo son hechas por tu mano!
creciendo el bien, menguando las congojas,*

*el sueño diste al corazón humano
para que al despertar más se alegrase
del estado gozoso, alegre y sano;*

*que, como si de nuevo le hallase,
hace aquel intervalo que ha pasado
que el nuevo gusto nunca al bien se pase.*

*Y al que de pensamiento fatigado
el sueño baña con licor piadoso,
curando el corazón despedazado,*

*aquel breve descanso, aquel reposo
basta para cobrar de nuevo aliento,
con que se pase el curso trabajoso.*

*Llegarme quiero cerca con buen tiento,
y ver, si de mí fuere conocido,
si es del número triste o del contento.*

*Albanio es éste que está aquí dormido,
o yo conozco mal. Albanio es, cierto.
Duerme, garzón cansado y afligido.*

*¡Por cuán mejor librado tengo un muerto
que acaba el curso de la vida humana
y es reducido a más seguro puerto,*

*que el que, viviendo acá, de vida ufana
y de estado gozoso, noble y alto,
es derrocado de fortuna insana!*

*Dicen que este mancebo dio un gran salto:
que de amorosos bienes fue abundante,
y que agora es pobre, miserable y falto.*



*No sé la historia bien; mas quien delante
se halló al duelo me contó algún poco
del grave caso deste pobre amante.*

ALBANIO

*¿Es esto sueño, o ciertamente toco
la blanca mano? ¡Ah sueño! ¿estás burlando?
Yo estábate creyendo como loco.*

*¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando
con prestas alas por la ebúrnea⁽¹³⁾ puerta,
yo quedome tendido aquí llorando.*

*¿No basta el grave mal en que despierta
el alma vive, o, por mejor decillo,
está muriendo de una vida incierta?*

SALICIO

*Albanio, deja el llanto, que en oílo
me aflijo.*

ALBANIO

¿Quién presente está a mi duelo?

SALICIO

Aquí está quien te ayudará a sentillo.

ALBANIO

*¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
me fuera en cualquier mal tu compañía;
mas tengo en esto por contrario el cielo.*

SALICIO

*Parte de tu trabajo ya me había
contado Galafrón , que fue presente
en aqueste lugar el mismo día;*

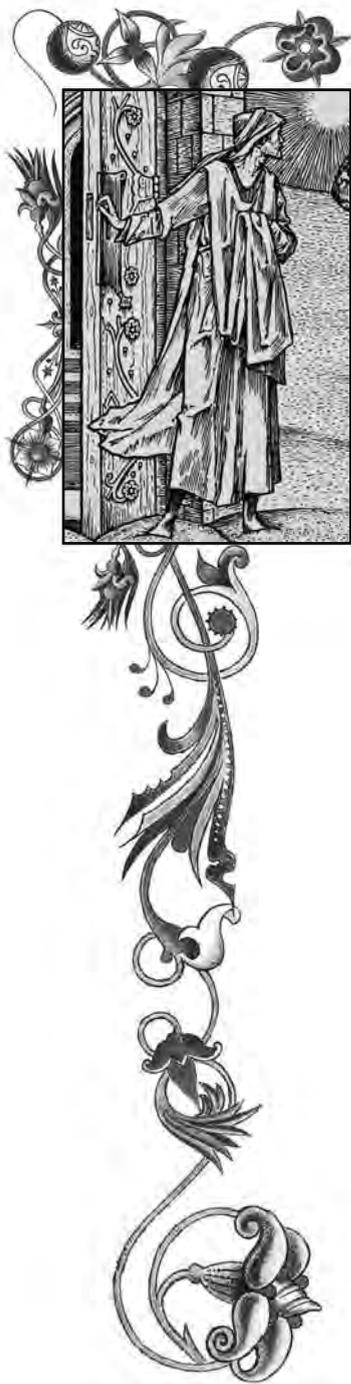
*mas no supo decir del accidente
la causa principal; bien que pensaba
que era mal que decir no se consiente;*

*y a la sazón en la ciudad yo estaba,
como tú sabes bien, aparejando⁽¹⁴⁾
aquel largo camino que esperaba;*

(13) Juega el poeta con los sueños, que pasan por la puerta de marfil (ebúrnea). Sigue en esto a Virgilio, quien en el canto sexto de la Eneida dice que los sueños verdaderos pasan por una puerta de cuerno y los falsos por una de marfil.

(14) Garcilaso se encuentra en la ciudad preparando uno de los numerosos viajes con motivo de las guerras en las que tomó parte.





*y esto que digo me contaron cuando
torné a volver; mas yo te ruego agora,
si esto no es enojoso que demando,*

*que particularmente el punto y hora,
la causa, el daño cuentes y el proceso;
que el mal comunicado se mejora.*

ALBANIO

*Con un amigo tal, verdad es eso,
cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
mas éste ha penetrado hasta el hueso.*

*Verdad es que la vida y ejercicio
común, y el amistad que a ti me ayunta,
mandan que complacerte sea mi oficio;*

*mas ¿qué haré? que el alma ya barrunta
que quiero renovar en la memoria
la herida mortal de aguda punta;*

*y póneme delante aquella gloria
pasada, y la presente desventura,
para espantarme de la horrible historia.*

*Por otra parte, pienso que es cordura
renovar tanto el mal que me atormenta,
que a morir venga de tristeza pura.*

*Y por esto, Salicio, entera cuenta
te daré de mi mal como pudiere,
aunque el alma rehúya y no consienta.*

*Quise bien, y querré mientras rigiere
aquestos miembros el espíritu mío,
aquella por quien muero, si muriere.*

*En este amor no entré por desvarío,
ni lo traté, como otros, con engaños,
ni fue por elección de mi albedrío.*

*Desde mis tiernos y primeros años
a aquella parte me inclinó mi estrella,
a aquel fiero destino de mis daños.*

*¡Tú conociste bien una doncella,
de mi sangre y abuelos descendida,
más que la misma hermosura bella.*



(15) Diana, la diosa de los bosques y la naturaleza, era la acompañante de la amada del poeta por montes y por selvas.



*En su verde niñez, siendo ofrecida
por montes y por selvas a Diana⁽¹⁵⁾,
ejercitaba allí su edad florida.*

*Yo, que desde la noche a la mañana
y del un sol al otro, sin cansarme,
seguía la caza con estudio y gana,*

*por deudo y ejercicio a conformarme
vine con ella en tal domesticidad,
que della un punto no sabía apartarme.*

*Iba de una hora en otra la estrechez
haciéndose mayor, acompañada
de un amor sano y lleno de pureza.*

*¿Qué montaña dejó de ser pisada
de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa
no fue de nuestra caza fatigada?*

*Siempre con mano larga y abundosa
con parte de la caza visitando
el sacro altar de nuestra santa diosa;*

*la colmilluda testa ora llevando
del puerco jabalí cerdoso y fiero,
del peligro pasado razonando;*

*ora clavando del ciervo ligero
en algún sacro pino los ganchosos
cuernos, con puro corazón sincero*

*tornábamos contentos y gozosos,
y al disponer de lo que nos quedaba,
jamás me acuerdo de quedar quejosos.*

*Cualquiera caza a entrambos agradaba;
pero la de las simples avecillas
menos trabajo y más placer nos daba.*

*En mostrando el aurora sus mejillas
de rosas, y sus cabellos de oro fino
humedeciendo ya las florecillas,*

*nosotros, yendo fuera de camino,
buscábamos un valle, el más secreto
y de conversación menos vecino;*



*aquí con una red de muy perfeto
verde tejida, aquel valle atajábamos
muy sin rumor, con paso muy quieto.*

*De dos árboles altos la colgábamos,
y, habiéndonos un poco lejos ido,
hacia la red armada nos tornábamos,*

*y por lo más espeso y escondido,
los árboles y matas sacudiendo,
turbábamos el valle con ruido.*

*Zorzales, tordos, mirlos, que, temiendo
delante de nosotros, espantados
del peligro menor, iban huyendo*

*daban en el mayor, desatinados,
quedando en la sutil red engañosa
confusamente todos enredados.*

*Entonces era vellos una cosa
extraña y agradable, dando gritos,
y con voz lamentándose quejosa.*

*Algunos dellos, que eran infinitos,
su libertad buscaban revolando;
otros estaban míseros y aflitos.*

*Al fin, las cuerdas de la red tirando,
llevásmola juntos casi llena,
la caza a cuestras y la red cargando.*

*Cuando el húmido otoño ya refrena
del seco estío el gran calor ardiente,
y va faltando sombra a Filomena⁽¹⁶⁾,*

*con otra caza desta diferente,
aunque también de vida ociosa y blanda,
pasábamos el tiempo alegremente.*

*Entonces siempre, como sabes, anda
de estorninos volando a cada parte
de acá y allá la espesa y negra banda.*

*Y cierto aquesto es cosa de contarte,
cómo con los que andaban por el viento
usábamos también de astucia y arte.*



⁽¹⁶⁾ De nuevo aparece el nombre latino del ruiseñor, al final del verano y comienzo del otoño.





*Uno vivo primero de aquel cuento
tomábamos, y en esto sin fatiga
era cumplido luego nuestro intento;*

*al pie del cual, un hilo, untado en liga,
atando, le soltábamos al punto
que vía volar aquella banda amiga.*

*Apenas era suelto, cuando junto
estaba con los otros y mesclado,
secutando el efeto de su asunto.*

*A cuantos era el hilo enmarañado
por alas o por pies o por cabeza,
todos venían al suelo mal su grado.*

*Andaban forcejeando una gran pieza
a su pesar y a mucho placer nuestro;
que así de un mal ajeno bien se empieza.*

*Acuérdaseme agora que el siniestro
canto de la corneja y el agüero
para escaparse no le fue maestro.*

*Cuando una dellas, como es muy ligero,
a nuestras manos viva nos venía,
era ocasión de más de un prisionero.*

*La cual a un llano grande yo traía,
a do muchas cornejas andar juntas
o por el suelo o por el aire vía;*

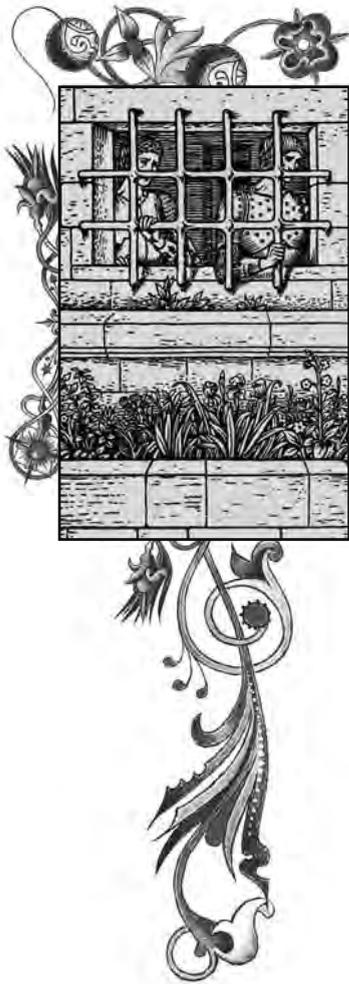
*clavándola en la tierra por las puntas
estremas de las alas, sin rompellas,
seguíase lo que apenas tú barruntas.*

*Parecía que mirando a las estrellas,
clavada boca arriba en aquel suelo,
estaba a contemplar el curso dellas.*

*De allí nos alejábamos, y el cielo
rompía con gritos ella, y convocaba
de las cornejas el superno vuelo.*

*En un solo momento se ayuntaba
una gran muchedumbre presurosa
a socorrer la que en el suelo estaba.*





*Cercábanla, y alguna, más piadosa
del mal ajeno de la compañera
que del suyo avisada y temerosa,*

*llegábase muy cerca, y la primera
que esto hacía pagaba su inocencia
con prisión o con muerte lastimera.*

*Con tal fuerza la presa y tal violencia
se engarrafaba de la que venía,
que no se despidiera sin licencia.*

*Ya puedes ver cuán gran placer sería
ver, de una por soltarse y desasirse,
de otra por socorrerse, la porfía.*

*Al fin la fiera lucha a despartirse
venía por nuestra mano, y la cuitada
del bien hecho empezaba a arrepentirse.*

*¿Qué me dirás si con su mano alzada
haciendo la noturna centinela,
la grúa de nosotros fue engañada?*

*No aprovechaba al ánsar la cautela,
ni ser siempre sagaz descubridora
de noturnos engaños con su vela.*

*Ni al blanco cisne que en las aguas mora
por no morir como Faetón⁽¹⁷⁾ en fuego,
del cual el triste caso canta y llora.*

*Y tú, perdiz cuitada ¿piensas luego
que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.*

*A ningún ave o animal natura
dotó de tanta astucia que no fuese
vencido al fin de nuestra astucia pura.*

*Si por menudo de contarte hubiese
de aquesta vida cada partecilla,
temo que antes del fin anocheiese.*

*Basta saber que aquesta tan sencilla
y tan pura amistad quiso mi hado
en diferente especie convertilla,*

(17) Faetón, hijo del Sol, pidió a su padre que le dejara conducir su carro. Al no poder hacerlo y poner en peligro a la Tierra, Júpiter le lanzó un rayo. Con el cisne blanco alude Garcilaso al rey Cigno, amigo de Faetón, que lloró la muerte de éste y fue transformado en cisne.



*en un amor tan fuerte y tan sobrado,
y en un desasosiego no creíble,
tal que no me conozco de trocado.*

*El placer de miralla con terrible
y fiero desear sentí mezclarse,
que siempre me llevaba a lo imposible.*

*La pena de su ausencia vi mudarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte
y en fuego eterno el alma atormentarse.*

*A aqueste estado en fin mi dura suerte
me trajo poco a poco, y no pensara
que contra mí pudiera ser más fuerte,*

*si con mi grave daño no probara
que, en comparación desta, aquella vida
cualquiera por descanso la juzgara.*

*Ser debe aquesta historia aborrecida
de tus orejas, ya que así atormenta
mi lengua y mi memoria entristecida.*

*Decir ya más no es bien que se consienta
junto todo mi bien perdí en un hora,
y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.*

SALICIO

*Albanio, si tu mal comunicaras
con otro, que pensaras que tu pena
juzgaba como ajena, o que este fuego
nunca probó ni el juego peligroso
de que tú estás quejoso, yo confieso
que fuera bueno aqueso que hora haces;
mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿por qué agora me dejas como a extraño,
sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
escucho, y que no pruebo, por mi suerte,
aquesta viva muerte en las entrañas?
Si ni con todas mañas ni experiencia
esta grave dolencia se desecha,
al menos aprovecha, yo te digo,
para que de un amigo que adolesca
otro se condolesca, que ha llegado
de bien acuchillado⁽¹⁸⁾ a ser maestro.*

⁽¹⁸⁾ Se alude aquí al refrán “no hay mejor cirujano que el bien acuchillado”, recogido ya por Sebastián de Horozco en su *Teatro universal de proverbios*.



*Así que, pues te muestro abiertamente
que no estoy inocente destos males,
que aún traigo las señales de las llagas,
no es bien que tú te hagas tan esquivo;
que, mientras estás vivo, ser podría
que por alguna vía te avisase
y contigo llorase; que no es malo
tener al pie del palo quien se duela
del mal, y sin cautela te aconseje.*

ALBANIO

*Tú quieres que forceje y que contraste
con quien al fin no baste a derrocalle.
Amor quiere que calle; yo no puedo
mover el paso un dedo sin gran mengua.
Él tiene de mi lengua el movimiento;
así que no me siento ser bastante.*

SALICIO

*¿Qué te pone delante que te impida
el descubrir tu vida al que aliviarte
del mal alguna parte cierto espera?*

ALBANIO

*Amor quiere que muera sin reparo;
y, conociendo claro que bastaba
lo que yo descansaba en este llanto
contigo, a que entre tanto me aliviase,
y aquel tiempo probase a sostenerme
por más presto perderme, como injusto,
me ha ya quitado el gusto que tenía
de echar la pena mía por la boca.
Así que ya no toca nada dello
a ti querer sabello, ni contallo
a quien sólo pasallo le conviene,
y muerte sola por alivio tiene.*

SALICIO

*¿Quién es contra de ser tan inhumano,
que al enemigo entrega su despojo,
y pone su poder en otra mano?*



(19) Aplica Garcilaso al amor la costumbre de dar buenos consejos la persona que está sana al que está enfermo.



*¿Cómo, y no tienes ora algún enojo
de ver que amor tu misma lengua ataje,
o la desate por su solo antojo?*

ALBANIO

*Salicio amigo, cese este lenguaje;
cierra tu boca, y más aquí no la abras;
yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.*

*¿Para qué son manificas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente,
siendo pastor de ovejas y de cabras?*

*¡Oh cuitado de mí, cuán fácilmente
con espedita lengua y rigurosa
el sano da consejos⁽¹⁹⁾ al doliente!*

SALICIO

*No te aconsejo yo, ni digo cosa
para que debas tú por ella darme
respuesta tan aceda y tan odiosa.*

*Ruégote que tu mal quieras contarme,
porque del pueda tanto entristecerme,
cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.*

ALBANIO

*Pues ya de ti no puedo defenderme,
yo tornaré a mi cuento cuando hayas
prometido una gracia concederme;*

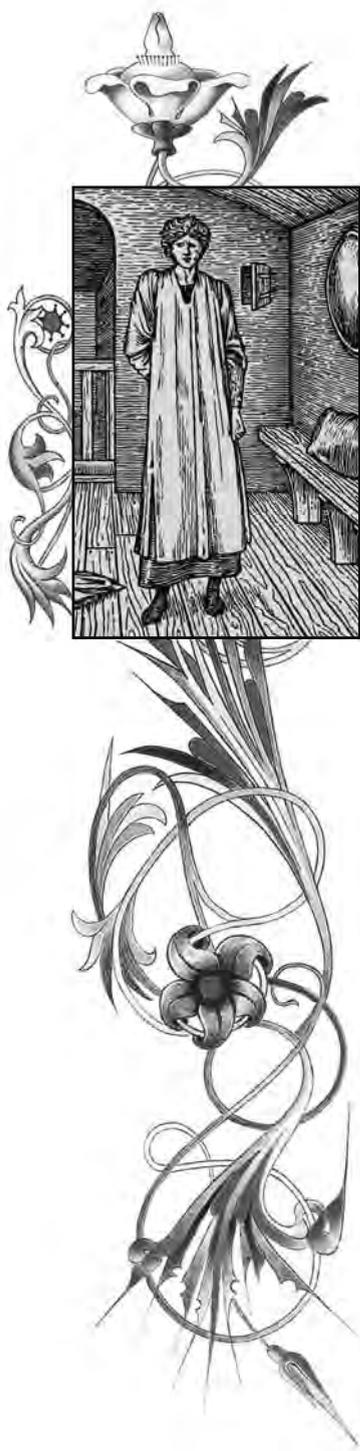
*y es que, en oyendo el fin, luego te vayas
y me dejes llorar mi desventura
entre estos pinos solo y estas hayas.*

SALICIO

*Aunque pedir tú eso no es cordura,
yo seré dulce más que sano amigo,
y daré bien lugar a tu tristura.*

ALBANIO

*Hora, Salicio, escucha lo que digo;
y vos ¡oh ninfas deste bosque umbroso,
a doquiera que estáis, estad conmigo!*



*Ya te conté el estado tan dichoso
a do me puso amor, si en él yo firme
pudiera sostenerme con reposo;*

*mas, como de callar y de encubrirme
de aquella por quien vivo me encendía,
llegué ya casi al punto de morirme,*

*mil veces ella preguntó qué había,
y me rogó que el mal le descubriese,
que mi rostro y color lo descubría.*

*Mas no acabó con cuanto me dijese,
que de mí a su pregunta otra respuesta
que un suspiro con lágrimas hubiese.*

*Aconteció que en una ardiente siesta,
viniendo de la caza fatigados,
en el mejor lugar desta floresta,*

*que es éste donde estamos asentados,
a la sombra de un árbol aflojamos
las cuerdas a los arcos trabajados.*

*En aquel prado allí nos reclinamos,
y del céfiro fresco recogiendo
el agradable espirtu respiramos.*

*Las flores, a los ojos ofreciendo
diversidad estraña de pintura,
diversamente así estaban oliendo.*

*Y en medio aquesta fuente clara y pura,
que como de cristal resplandecía,
mostrando abiertamente su hondura,*

*el arena, que de oro parecía,
de blancas pedrezuelas variada,
por do manaba el agua, se bullía.*

*En derredor ni sola una pisada
de fiera o de pastor o de ganado
a la sazón estaba señalada.*

*Después que con el agua resfriado
hubimos el calor, y juntamente
la sed de todo punto mitigado,*



*ella, que con cuidado diligente
a conocer mi mal tenía el intento
y a escudriñar el ánimo doliente,*

*con nuevo ruego y firme juramento
me conjuró y rogó que le contase
la causa de mi grave pensamiento;*

*y, si era amor, que no me recelase
de hacelle mi caso manifiesto,
y demostralle aquella que yo amase,*

*que me juraba que también en esto
el verdadero amor que me tenía
con pura voluntad estaba presto.*

*Yo, que tanto callar ya no podía,
y claro descubrir menos osaba
lo que en el alma triste se sentía,*

*le dije que en aquella fuente clara
vería de aquella que yo tanto amaba
abiertamente la hermosa cara.*

*Ella, que ver aquesta deseaba,
con menos diligencia discurriendo
de aquella con que el paso apresuraba,*

*a la pura fontana fue corriendo,
y, en viendo el agua, toda fue alterada,
en ella su figura sola viendo.*

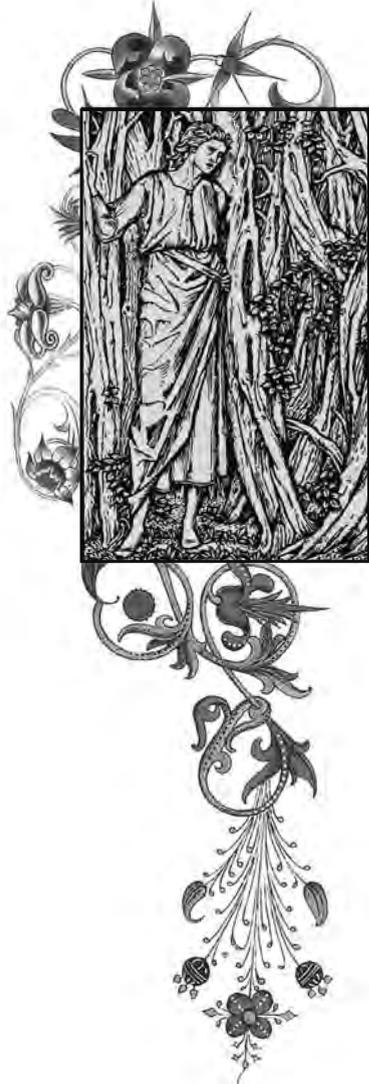
*Y no de otra manera, arrebatada,
del agua rehuyó, que si estuviera
de la rabiosa⁽²⁰⁾ enfermedad tocada.*

*Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
no sé qué allá entre dientes murmurando,
me dejó aquí, y aquí quiere que muera.*

*Quedé yo triste y solo allí, culpando
mi temerario osar, mi desvarío,
la pérdida del bien considerando.*

*Creció de tal manera el dolor mío,
y de mi loco error el desconsuelo,
que hice de mis lágrimas un río.*

⁽²⁰⁾ Referencia al horror al agua, que sienten los que han sido contagiados por el virus de la rabia.



*Fijos los ojos en el alto cielo,
estuve boca arriba una gran pieza
tendido, sin mudarme en este suelo.*

*Y como de un dolor otro se empieza,
el largo llanto, el desvanecimiento,
el vano imaginar de la cabeza,*

*de mi gran culpa aquel remordimiento,
verme del todo al fin sin esperanza,
me trastornaron casi el sentimiento.*

*Cómo deste lugar hice mudanza
no sé, ni quién de aquí me condujese
al triste albergó y a mi pobre estancia.*

*Sé que tornando en mí, como estuviese
sin comer y dormir bien cuatro días,
y sin que el cuerpo de un lugar moviese,*

*las ya desamparadas vacas mías
por otro tanto tiempo no gustaron
las verdes hierbas ni las aguas frías.*

*Los pequeños hijuelos, que hallaron
las tetas secas ya de las hambrientas
madres, bramando al cielo se quejaron.*

*Las selvas, a su voz también atentas,
bramando pareció que respondían,
condolidas del daño y descontentas.*

*Aquestas cosas nada me movían,
antes con mi llorar hacía espantados
todos cuantos a verme allí venían.*

*Vinieron los pastores de ganados,
vinieron de los sotos los vaqueros,
para ser de mi mal de mí informados.*

*Y todos con los gestos lastimeros
me preguntaban cuáles habían sido
los accidentes de mi mal primeros.*

*A los cuales, en tierra yo tendido,
ninguna otra respuesta dar sabía,
rompiendo con sollozos mi gemido,*



*sino de rato en rato les decía:
Vosotros, los de Tajo, en su ribera
cantaréis la mi muerte cada día.*

*Este descanso llevaré aunque muera,
que cada día cantaréis mi muerte
vosotros, los de Tajo, en su ribera.*

*La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
queriéndome llevar do se rompiese
aquesta tela de la vida fuerte,*

*hizo que de mi choza me saliese
por el silencio de la noche oscura
a buscar un lugar donde muriese.*

*Y, caminando por do mi ventura
y mis enfermos pies me condujeron,
llegué a un barranco de muy gran altura.*

*Luego mis ojos lo reconocieron,
que pende sobre el agua, y su cimienta
las ondas poco a poco le comieron.*

*Al pie de un olmo hice allí mi asiento;
y acuérdome que ya con ella estuve
pasando allí la siesta al fresco viento.*

*En aquesta memoria me detuve,
como si aquesta fuera medicina
de mi furor y cuanto mal sostuve.*

*Denunciaba el aurora ya vecina
la venida del sol resplandeciente,
a quien la tierra, a quien la mar se inclina.*

*Entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera⁽²¹⁾ que le aqueja,
y tienta el cuerpo mísero y doliente,*

*con triste y lamentable son se queja,
y se despide con funesto canto
del espirtu vital que del se aleja,*

*así, aquejado yo de dolor tanto,
que el alma abandonaba ya la humana
carne, solté la rienda al triste llanto.*



(21) En este pasaje refiere Garcilaso la leyenda del canto melodioso de los cisnes al morir. Tiene su origen en Cicno, amigo de Faetón y convertido en cisne. Apolo le habría dotado de una melodiosa voz, que conservó en su transformación.



*¡Oh fiera, dije, más que tigre hircana
y más sorda a mis quejas que el ruido
enbravecido de la mar insana!*

*Heme entregado, heme aquí rendido,
he aquí que vences; toma los despojos
de un cuerpo miserable y afligido.*

*Yo pondré fin del todo a tus enojos,
ya no te ofenderá mi rostro triste,
mi temerosa voz y húmidos ojos.*

*Quizá tú, que en mi vida no moviste
el paso a consolarme en tal estado,
ni tu dureza cruda enterreciste,*

*viendo mi cuerpo aquí desamparado,
vendrás a arrepentirte y lastimarte;
mas tu socorro tarde habrá llegado.*

*¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
de aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
nudos en sola un hora desligarte?*

*¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,*

*cuando la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulces despojaba,
que íbamos a comer sobre esta peña?*

*¿Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol al subir dificultoso?*

¿Quién en su limpia falda las llevaba?

*¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso
metí jamás el pie, que dél no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?*

*Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
ni el prado hierba para ti tuviese.*

*¿A quién me quejo? que no escucha cosa
de cuantas digo quien debería escucharme.
Eco⁽²²⁾ sola me muestra ser piadosa;*

(22) Eco es el nombre de una ninfa de los bosques. Al morir, se convierte en una voz que repite las últimas sílabas de las palabras que se pronuncian, explicando así el eco.



*respondiéndome prueba confortarme,
como quien probó mal tan importuno;
mas no quiere mostrarse y consolarme.*

*¡Oh dioses! si allá juntos de consuno
de los amantes el cuidado os toca,
¡oh tú sólo! si toca a solo uno,*

*recibid las palabras que la boca
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.*

*¡Oh náyades⁽²³⁾, de aquesta mi ribera
corrientes moradoras! ¡Oh napeas,
guarda del verde bosque verdadera!*

*Alce una de vosotras, blancas deas,
del agua la cabeza rubia un poco;
¡así, ninfa, jamás en tal te veas!*

*Podré decir que con mis quejas toco
las divinas orejas, no pudiendo
las humanas tocar, cuerdo ni loco.*

*¡Oh hermosas oréades, que teniendo
el gobierno de selvas y montañas,
a caza andáis por ellas discurriendo!*

*Dejad de perseguir las alimañas,
venid a ver un hombre perseguido,
a quien ni valen fuerzas ya ni mañas.*

*¡Oh dríades, de amor hermoso nido
dulces y graciosísimas doncellas,
que a la tarde salís de lo escondido,*

*con los cabellos rubios, que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas,
parad mientes un rato a mis querellas!*

*Y, si con mi ventura conjuradas
no estáis, haced que sean las ocasiones
de mi muerte aquí siempre celebradas.*

*¡Oh lobos, oh osos, que, por los rincones
destas fieras cavernas escondidos,
estáis oyendo agora mis razones!*

⁽²³⁾ En este verso y en los que siguen son mencionadas diversas ninfas: náyades (fuentes), napeas (collados), oréades (montañas), dríades (bosques).



*Quedaos adiós, que ya vuestros oídos
de mi zampoña fueron halagados,
y alguna vez de amor enternecidos.*

*Adiós, montañas; adiós, verdes prados;
adiós, corrientes ríos espumosos;
vivid sin mí con siglos prolongados;*

*y mientras en el curso presurosos
iréis al mar a dalle su tributo,
corriendo por los valles pedregosos,*

*haced que aquí se muestre triste luto
por quien, viviendo alegre, os alegraba
con agradable son y viso enjuto.*

*Por quien aquí sus vacas abrevaba,
por quien, ramos de lauro entretejiendo,
aquí sus fuertes toros coronaba.*

*Estas palabras tales en diciendo,
en pie me alcé por dar ya fin al duro
dolor que en vida estaba padeciendo.*

*Y por el paso en que me ves te juro
que ya me iba a arrojar de do te cuento,
con paso largo y corazón seguro,*

*cuando una fuerza súbita de viento
vino con tal furor, que de una sierra
pudiera remover el firme asiento.*

*De espaldas, como atónito, en la tierra
desde ha gran rato me hallé tendido;
que así se halla siempre aquel que yerra.*

*Con más sano discurso en mi sentido,
comencé de culpar el presupuesto
y temerario error que había seguido,*

*en querer dar con triste muerte al resto
de aquesta breve vida fin amargo,
no siendo por los hados aún dispuesto.*

*De allí me fui con corazón más largo
para esperar la muerte, cuando venga
a relevarme deste grave cargo.*



*Bien has ya visto cuánto me convenga,
que, pues buscalla a mí no se consiente,
ella en buscarme a mí no se detenga.*

*Contado te he la causa, el accidente,
el daño y el proceso todo entero;
cúmpleme tu promesa prestamente.*

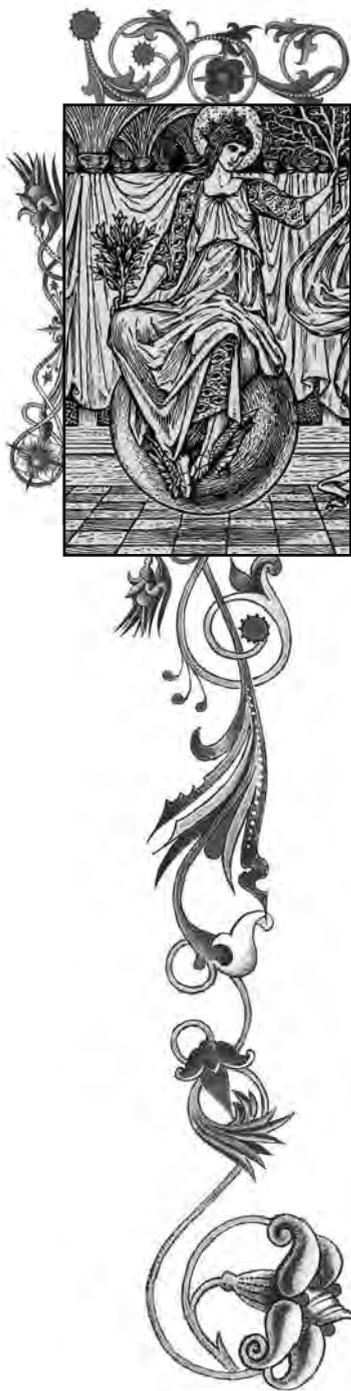
*Y si mi amigo cierto y verdadero
eres, como yo pienso, vete agora;
no estorbes con dolor acerbo y fiero
al afligido y triste cuando llora.*

SALICIO

*Tratará de una parte
que agora sólo siento,
si no pensarás que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte
cómo tu pensamiento
se derribó tan presto en ese suelo,
o se cubrió de un velo,
para que no mirase
que quien tan luengamente
amó no se consiente
que tan presto del todo te olvidase.
¿Qué sabes si ella agora
juntamente su mal y el tuyo llora?*

ALBANIO

*Cese ya el artificio
de la maestra mano;
no me hagas pasar tan grave pena.
Harasme tú, Salicio,
ir do nunca pie humano
estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
de estar desa manera
como tú de pensallo,
aunque quieres mostrallo
con razón aparente o verdadera.
Ejercita aquí el arte
a solas, que yo voyme en otra parte.*



SALICIO

*No es tiempo de curalle,
hasta que menos tema
la cura del maestro y su crueza.
Solo quiero dejalle;
que aún está el apostema
intratable, a mi ver, por su dureza.
Quebrante la braveza
del pecho empedernido
con largo y tierno llanto;
ireme yo entretanto
a requerir de un ruiseñor el nido,
que está en una alta encina,
y estará presto en manos de Gravina.*

CAMILA

*Si desta tierra no he perdido el tino,
por aquí el corzo vino que ha traído,
después que fue herido, atrás el viento.
¿Qué recio movimiento en la corrida
lleva, de tal herida lastimado?
En el siniestro lado soterrada
la flecha enherbolada va mostrando,
las plumas blanqueando solas fuera.
Y háceme que muera con buscalte.
No paso deste valle; aquí está cierto,
y por ventura muerto. ¡Quién me diese
alguno que siguiese el rastro agora,
mientras la ardiente hora de la siesta
en aquella floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco y manso y amoroso,
almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
tu soplo, y esta fuerza tan caliente
del alto sol ardiente ora quebranta
que ya la tierna planta del pie mío
anda a buscar el frío desta hierba.
A los hombres reserva tú, Diana⁽²⁴⁾,
en esta siesta insana tu ejercicio;
por agora tu oficio desamparo,
que me ha costado caro en este día.
¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto
con solo un sobresalto me arrojaste!
¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?*

(24) Camila pide a Diana que reserve a los hombres la actividad que ella practica, esto es, la caza.



*Los ojos de la cara, que no quiero
menos un compañero que yo amaba
mas no como él pensaba. Dios ya quiera
que antes Camila muera que padesca
culpa por do meresca ser echada
de la selva sagrada de Diana.
¡Oh cuán de mala gana mi memoria
renueva aquesta historia! Mas la culpa
ajena me desculpa; que, si fuera
yo la causa primera desta ausencia,
yo diera la sentencia en mi contrario.
Él fue muy voluntario y sin respeto.
Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta y olvidallo,
y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y, en cayendo
la siesta, iré siguiendo mi corcillo,
que yo me maravillo ya y me espanto
cómo con tal herida huyó tanto.*

ALBANIO

*Si mi turbada vista no me miente,
paréceme que vi entre rama y rama
una ninfa llegar a aquella fuente.*

*Quiero llegar allá; quizá, si ella ama,
me dirá alguna cosa con que engañe
con algún falso alivio aquesta llama.*

*Y no se me da nada que desbañe
mi alma, si es contrario lo que creo;
que a quien no espera bien no hay mal que dañe.*

*¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?*

*Camila es esta que está aquí dormida;
no puede de otra ser su hermosura;
la razón está clara y conocida;*

*una obra sola quiso la natura
hacer como ésta, y rompió luego aprieta
la estampa do fue hecha tal figura.*



*¿Quién podrá luego de su forma espesa
el traslado sacar, si la maestra
misma no basta, y ella lo confiesa?*

*Mas ya que es cierto el bien que a mí se muestra
¿cómo podré llegar a despertalla,
temiendo yo la luz que a ella me adiestra?*

*¿Si solamente de poder tocalla
perdiere el miedo yo? ¿Mas si despierta?
Si despierta, tenella y no soltalla.*

*Esta osadía temo que no es cierta.
Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme.
En fin, ella está agora como muerta.*

*Cabe ella por lo menos asentarme
bien puedo; mas no ya como solía.
¡Oh mano poderosa de matarme!*

*¿Viste cuánto tu fuerza en mí podía?
¿Por qué para sanarme no la pruebas?
Que tu poder a todo bastaría.*

CAMILA

Socórreme, Diana.

ALBANIO

*No te muevas,
que no te he de soltar; escucha un poco.*

CAMILA

*¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?
Ninfas del verde bosque, a vos invoco,
a vos pido socorro desta fuerza.
¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.*

ALBANIO

*Locura debe ser la que me fuerza
a querer más que el alma y que la vida
a la que aborrecerme así se esfuerza.*

CAMILA

*Yo debo ser de ti la aborrecida,
pues me quieres tratar de tal manera,
siendo tuya la culpa conocida.*



ALBANIO

*¿Yo culpa contra ti? Si la primera
no está por cometer, Camila mía,
en tu disgracia y disfavor yo muera.*

CAMILA

*¿Tú no violaste nuestra compañía,
queriéndola torcer por el camino
que de la vida honesta se desvía?*

ALBANIO

*¿Cómo de sola una hora el desatino
ha de perder mil años de servicio,
si el arrepentimiento tras él vino?*

CAMILA

*Aqueste es de los hombres el oficio:
tentar el mal, y, si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.*

ALBANIO

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA

*Bueno es eso.
Esta fuente lo diga, que ha quedado
por un testigo de tu mal proceso.*

ALBANIO

*Si puede ser mi yerro castigado
con muerte, con deshonra o con tormento,
vesme aquí, estoy a todo aparejado.*

CAMILA

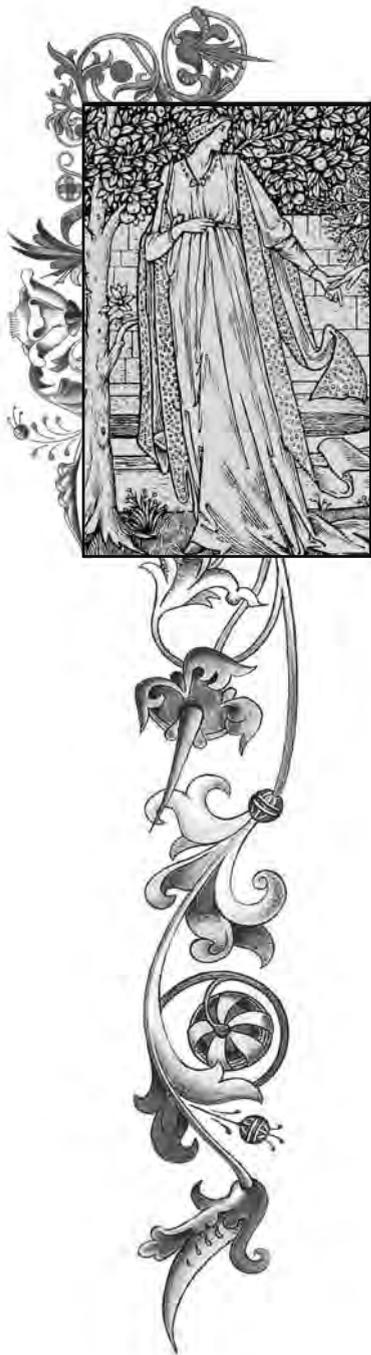
*Suéltame ya la mano, que el aliento
me falta de congoja.*

ALBANIO

*He muy gran miedo
que te me irás, que corres más que el viento.*

CAMILA

*No estoy como solía, que no puedo
moverme ya, de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado un dedo.*



ALBANIO

*¿Estarás, si te suelto, sosegada,
mientras con razón clara te demuestro
que fuiste sin razón de mí enojada?*

CAMILA

*Eres tú de razones gran maestro.
Suelta, que sí estaré.*

ALBANIO

*Primero jura
por la primera fe del amor nuestro.*

CAMILA

*Yo juro, por la ley sincera y pura
de la amistad pasada, de sentarme,
y de escuchar tus quejas muy segura.*

*¡Cuál me tienes la mano, de apretarme
con esa dura mano, descreído!*

ALBANIO

¡Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA

*Mi prendedero de oro, si es perdido...
¡Oh cuitada de mí! Mi prendedero
desde aquel valle aquí se me ha caído.*

ALBANIO

*Mira no se cayese allá primero,
antes de aqueste, al Val de la Hortiga.*

CAMILA

Doquier que se perdió, buscallo quiero.

ALBANIO

*Yo iré a buscallo, excusa esa fatiga,
que no puedo sufrir que aquesta arena
abrase el blanco pie de mi enemiga.*

CAMILA

*Pues ya quieres tomar por mí esta pena,
derecho ve primero a aquellas hayas,
que allí estuve yo echada una hora buena.*



ALBANIO

Ya voy, mas entre tanto no te vayas.

CAMILA

*Seguro ve, que antes verás mi muerte
que tú me cobres ni a tus manos hayas.*

ALBANIO

*¡Ah ninfa desleal! Y ¿desa suerte
se guarda el juramento que me diste?
¡Ah condición de vida dura y fuerte!*

*¡Oh falso amor, de nuevo me hiciste
revivir con un poco de esperanza!
¡Oh modo de matar penoso y triste!*

*¡Oh muerte llena de mortal tardanza!
Por ti podré llamar injusto el cielo,
injusta su medida y su balanza.*

*Recibe tú, terreno y duro suelo,
este rebelde cuerpo, que detiene
del alma el espedito y leve vuelo.*

*Yo me daré la muerte, y aun si viene
alguno a resistirme... ¿A resistirme?
Él verá que a su vida no conviene.*

*¿No puedo yo morir, no puedo irme
por aquí, por allí, por do quisiere,
desnudo espirtu o carne y hueso firme?*

SALICIO

*Escucha, que algún mal hacerse quiere,
o cierto tiene trastornado el seso.*

ALBANIO

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.

*Descargado me siento de un gran peso;
páreceme que vuelo, despreciando
monte, choza, ganado, leche y queso.*



*¿No son aquestos pies? Con ellos ando.
Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
sólo el espirtu es éste que hora mando.*

*¿Hale hurtado alguno o escondido
mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿O si quedó por caso allí dormido?*

*Una figura de color de rosa
estaba allí durmiendo; ¿si es aquella
mi cuerpo? No, que aquella es muy hermosa.*

NEMOROSO

*Gentil cabeza; no daría por ella
yo para mi traer solo un cornado⁽²⁵⁾.*

ALBANIO

¿A quién iré del hurto a dar querella?

SALICIO

*Estraño ejemplo es ver en qué ha parado
este gentil mancebo, Nemoroso;
¡y a nosotros que le hemos más tratado,*

*manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
sufrido, conversable, buen amigo
y con un alto ingenio, gran reposo!*

ALBANIO

*Yo podré poco, o hallaré testigo
de quien hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
yo lo perseguiré como a enemigo.*

*¿Sabrasme decir dél, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Febo⁽²⁶⁾
nunca tus frescas ondas escaliente.*

*Allá dentro en lo fondo está un mancebo
de laurel coronado, y en la mano
un palo propio, como yo, de acebo.*

*Hola ¿quién está allá? Responde, hermano.
¡Válgame Dios! O tú eres sordo o mudo,
o enemigo mortal del trato humano.*



⁽²⁵⁾ El cornado (coronado) era una moneda de vellón con la cabeza del rey coronada. Seis cornados equivalían a un maravedí, por lo que era de poco valor.

⁽²⁶⁾ Febo (el brillante) se aplica a Apolo y al Sol, como en este verso.



*Espirtu soy de carne ya desnudo,
que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado
algún ladrón malvado, injusto y crudo.*

*Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
¡Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo,
o yo tengo el sentido trastornado.*

*¡Oh cuerpo! Hete hallado, y no lo creo;
tanto sin ti me hallo descontento.
Pon fin ya a tu destierro y mi deseo.*

NEMOROSO

*Sospecho que el contino pensamiento
que tuvo de morir antes de agora
le representa aqueste apartamiento.*

SALICIO

*Como del que velando siempre llora
quedan durmiendo las especies llenas
del dolor que en el alma triste mora.*

ALBANIO

*Si no estás en cadenas, sal ya fuera
a darme verdadera forma de hombre,
que agora sólo el nombre me ha quedado.
Y, si no estás forzado en ese suelo,
dímelo; que, si al cielo que me oyere
con quejas no moviere y llanto tierno,
convocaré el infierno y reino oscuro,
y romperé su muro de diamante,
como hizo el amante blandamente
por la consorte ausente, que cantando
estuvo halagando las culebras
de las hermanas⁽²⁷⁾ negras mal peinadas.*

NEMOROSO

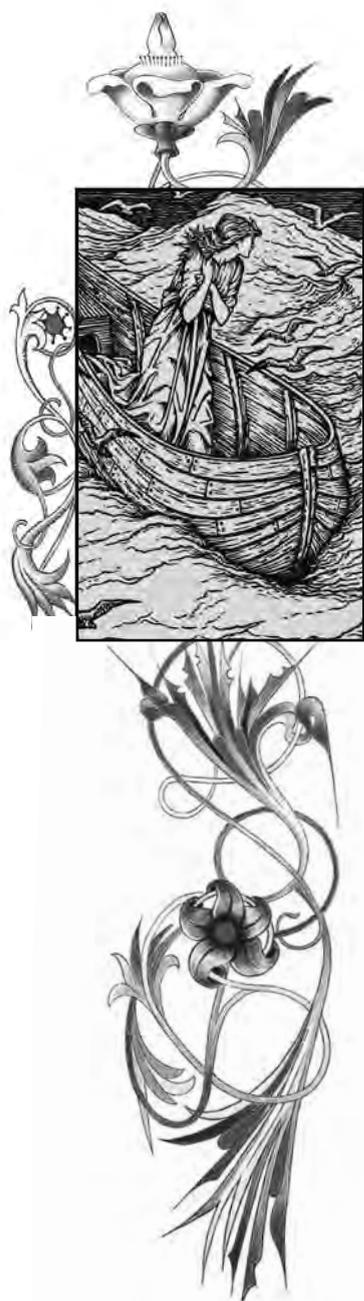
*¡De cuán desvariadas opiniones
saca buenas razones el cuitado!*

SALICIO

*El curso acostumbrado del ingenio,
aunque le falte el genio que lo mueva,
con la fuga que lleva corre un poco;*



⁽²⁷⁾ En estos versos se alude a la leyenda de Orfeo, quien bajó a los infiernos para rescatar a su amada Eurídice. Por medio de su canto sedujo a las divinidades infernales.



y, aunque éste está ahora loco, no por eso ha de dar al travieso su sentido en todo, habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO

No más, no me lo alabes, que, por cierto, de vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO

Estaba contemplando qué tormento es este apartamiento. A lo que pienso no nos aparta inmenso mar airado, no torres de fosado rodeadas, no montañas cerradas y sin vía, no ajena compañía, dulce y cara; un poco de agua clara nos detiene; por ella no conviene lo que entramos con ansia deseamos; porque, al punto que a ti me acerco y junto, no te apartas; antes nunca te hartas de mirarme, y de sinificarme en tu meneo que tienes gran deseo de juntarte con esta media parte. Daca, hermano, échame acá esa mano, y como buenos amigos a lo menos nos juntemos, y aquí nos abracemos. Ah ¿burlaste? ¿Así te me escapaste? Yo te digo que no es obra de amigo hacer eso. ¿Quedo yo, don Travieso, remojado, y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa mueves ¿qué cosa es esa? tu figura! ¿Aún esa desventura me quedaba? Ya yo me consolaba en ver serena tu imagen, y tan buena y amorosa. No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo. ¡Oh Dios! ¿Por qué no pruebo a echarme dentro hasta llegar al centro de la fuente?



SALICIO

¿Qué es esto, Albanio? Tente,

ALBANIO

*¡Oh manifiesto
ladrón! Mas ¿qué es aquesto? Y ¿es muy bueno
vestiros de lo ajeno, y ante el dueño,
como si fuese un leño sin sentido,
venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
aquesta mano airada.*

SALICIO

*Está quedo.
Llega tú, que no puedo detenelle.*

NEMOROSO

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO

*¿Yo? dejalle,
si desenclavijalle yo acabase
la mano, a que escapase mi garganta.*

NEMOROSO

*No tiene fuerza tanta; sólo puedes
hacer lo que tú debes a quien eres.*

SALICIO

*¡Qué tiempo de placeres y de burlas!
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
Ven ya, no estés donoso.*

NEMOROSO

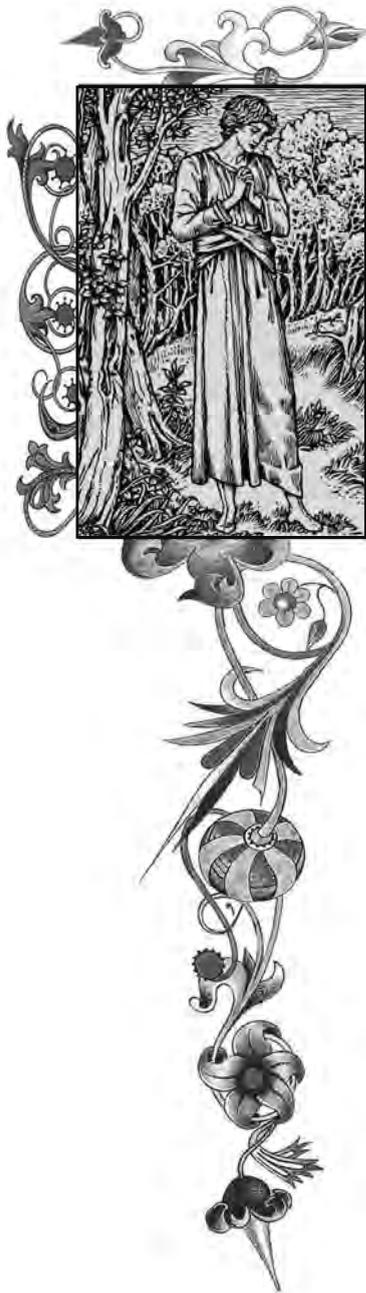
*Luego vengo,
en cuanto me detengo yo aquí un poco.
Veré cómo de un loco te desatas.*

SALICIO

¡Ay! paso, que me matas.

ALBANIO

Aunque mueras...



NEMOROSO

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO

Suelta ya.

ALBANIO

¿Qué te hago?

NEMOROSO

¿A mí? No, nada.

ALBANIO

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas en ajenas contiendas.

SALICIO

¡Ah, furioso!

Afierra, Nemoroso; tenle fuerte.

Yo te daré la muerte, don Perdido.

Ténmele tú tendido mientras lo ato;

probemos así un rato a castigallo.

Quizá con espantallo habrá algún miedo.

ALBANIO

Señores, si estoy quedo ¿dejareisme?

SALICIO

No.

ALBANIO

¡Pues qué! ¿matareisme?

SALICIO

Sí.

ALBANIO

¿Sin falta?

Mira cuánto más alta aquella sierra está que la otra tierra.



NEMOROSO

*Bueno es esto.
Él olvidará presto la braveza.*

SALICIO

Calla, que así se aveza a tener seso.

ALBANIO

¿Cómo, azotado y preso?

SALICIO

Calla, escucha.

ALBANIO

*Negra fue aquella lucha que contigo
hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?*

NEMOROSO

*Albanio, compañero, calla agora,
y duerme aquí alguna hora, y no te muevas.*

ALBANIO

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO

Loco.

ALBANIO

Paso, que duermo un poco.

SALICIO

¿Duermes, cierto?

ALBANIO

¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?

SALICIO

*Este te dará el pago, si despiertas,
en esas carnes muertas, te prometo.*

NEMOROSO

*Algo está más quieto y reposado
que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
¿Parécete que puede ser curado?*



SALICIO

*En procurar cualquiera beneficio
a la vida y salud de un tal amigo
haremos el debido y justo oficio.*

NEMOROSO

*Escucha, pues, un poco lo que digo
y contaré una estraña y nueva cosa,
de que yo fui la parte y el testigo.*

*En la ribera⁽²⁸⁾ verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,*

*verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.*

*Levántase al fin della una ladera
con proporción graciosa en el altura,
que sojuzga la vega y la ribera.*

*Allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con estraña hermosura.*

*No tanto por la fábrica estimadas,
aunque estraña labor allí se vea,
cuanto por sus señores ensalzadas.*

*Allí se halla lo que se desea:
virtud, linaje, haber y todo cuanto
bien de natura o de fortuna sea.*

*Un hombre mora allí de ingenio tanto,
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.*

*Nacido fue en el campo placentino⁽²⁹⁾,
que con estrago y destrucción romana
en el antiguo tiempo fue sanguino,*

*y en éste, con la propia, la inhumana
furia infernal, por otro nombre guerra,
lo tiñe, y lo arruina y lo profana.*

(28) Empieza aquí la amplia descripción del río Tormes y de Alba de Tormes, cuna de los duques de Alba.

(29) También se explaya Garcilaso en el elogio del fraile Severo Varini, natural de Piacenza (Italia) y preceptor del duque de Alba.



(30) La Luna era representada como una joven hermosa que recorría el cielo montada en un carro de plata.



*Él, viendo aquesto, abandonó su tierra,
por ser más del reposo compañero,
que de la patria que el furor atierra.*

*Llevo a aquella parte el buen agüero,
de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que este es el nombre della, y dél Severo.*

*A aqueste, Febo no le escondió nada;
antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fue noticia entera dada.*

*Éste, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales.*

*La negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte, y aquel día,
si quiere revolvello, el mundo atruena.*

*La luna⁽³⁰⁾ de allá arriba bajaría
si el son de las palabras no impidiese
el son del carro que la mueve y guía.*

*Temo que, si decirte presumiese
de su saber la fuerza con loores,
que en lugar de alaballo, lo ofendiese.*

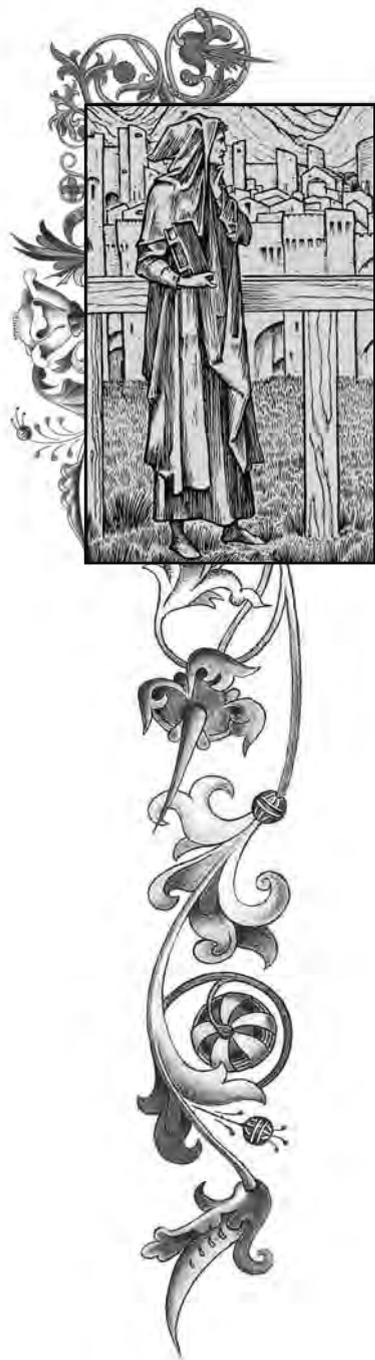
*Mas no te callaré que los amores
con un tan eficaz remedio cura,
cuanto conviene a tristes amadores.*

*En un punto remueve la tristura,
convierte en odio aquel amor insano,
y restituye el alma a su natura.*

*No te sabré decir, Salicio hermano,
la orden de mi cura y la manera;
mas sé que me partí dél libre y sano.*

*Acuérdaseme bien que en la ribera
de Tormes lo hallé solo cantando,
tan dulce, que a una piedra enterneciera.*

*Como cerca me vido, adivinando
la causa y la razón de mi venida,
suspense un rato estuvo allí callando;*



*y luego con voz clara y espedita
soltó la rienda al verso numeroso
en alabanzas de la libre vida.*

*Yo estaba embebecido y vergonzoso;
atento al son, y viéndome del todo
fuera de libertad y de reposo,*

*no sé decir sino que, en fin, de modo
aplicó a mi dolor la medicina,
que el mal desarraigó de todo en todo.*

*Quedé yo entonces como quien camina
de noche por caminos enriscados,
sin ver dónde la senda o paso inclina,*

*mas, venida la luz y contemplados,
del peligro pasado nace un miedo,
que deja los cabellos erizados.*

*Así estaba mirando atento y quedo
aquel peligro yo que atrás dejaba,
que nunca sin temor pensallo puedo.*

*Tras esto luego se me presentaba
sin antojos delante la vileza
de lo que antes ardiendo deseaba.*

*Así curó mi mal con tal destreza
el sabio viejo, como te he contado,
que volvió el alma a su naturaleza,
y soltó el corazón aherrojado.*

SALICIO

*¡Oh gran saber! ¡Oh viejo frutoso!
que el perdido reposo al alma vuelve,
y lo que la revuelve y lleva a tierra
del corazón destierra en continente.
Con esto solamente que contaste,
así lo reputaste acá conmigo,
que, sin otro testigo, a desealle
ver presente y hablalle me levantas.*

NEMOROSO

*¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
Demás te daré indicio manifiesto,
si no te soy molesto y enojoso.*

*SALICIO*

*¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa
puede ser tan sabrosa en otra parte
a mí, como escucharte? No la siento;
cuánto más este cuento de Severo;
dímelo por entero, por tu vida,
pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace, el viento espira,
Filomena sospira en dulce canto,
y en amoroso llanto se amancilla;
gime la tortolilla sobre el olmo,
preséntanos a colmo el prado flores,
y esmalta en mil colores su verdura;
la fuente clara y pura murmurando
nos está convidando a dulce trato.*

*NEMOROSO*

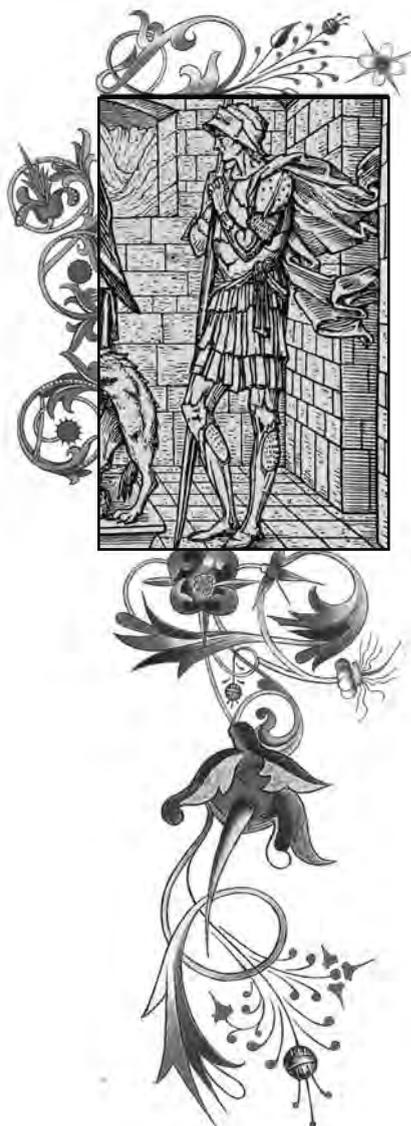
*Escucha, pues, un rato, y diré cosas
estrañas y espantosas poco a poco.
Ninfas, a vos invoco; verdes faunos⁽³¹⁾,
sátiros y silvanos, soltad todos
mi lengua en dulces modos y sutiles:
que ni los pastoriles ni el avena
ni la zampona suena como quiero.*

*Este nuestro Severo pudo tanto
con el suave canto y dulce lira,
que, revueltos en ira y torbellino,
en medio del camino se pararon
los vientos, y escucharon muy atentos
la voz y los acentos, muy bastantes
a que los repugnantes y contrarios
hiciesen voluntarios y conformes.*

*A aqueste el viejo Tormes como a hijo
lo metió al escondrijo de su fuente,
de do va su corriente comenzada.
Mostrole una labrada y cristalina urna,
donde él reclina el diestro lado;
y en ella vio entallado y esculpido
lo que, antes de haber sido, el sacro viejo
por divino consejo puso en arte,
labrado a cada parte, las estrañas
virtudes y hazañas de los hombres
que con sus claros nombres ilustraron
cuanto señorearon de aquel río.*

⁽³¹⁾ Los faunos eran genios selváticos y campestres. Equivalían a los sátiros griegos, que son también mencionados aquí.





*Estaba con un brío desdeñoso,
con pecho corajoso, aquel valiente
que contra un rey potente y de gran seso,
que el viejo padre preso le tenía,
cruda guerra movía, despertando
su ilustre y claro bando al ejercicio
de aquel piadoso oficio. A aqueste junto
la gran labor al punto señalaba
al hijo, que mostraba acá en la tierra
ser otro Marte⁽³²⁾ en guerra, en corte Febo.
Mostrábase mancebo en las señales
del rostro, que eran tales, que esperanza
y cierta confianza claro daban
a cuantos le miraban, que él sería
en quien se informaría un ser divino.
Al campo sarracino en tiernos años
daba con grandes daños a sentillo;
que, como fue caudillo del cristiano,
ejercitó la mano y el maduro
seso y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya más hombre,
con más ilustre nombre, los arneses
de los fieros franceses abollaba.
Junto tras esto estaba figurado
con el arnés manchado de otra sangre,
sosteniendo la hambre en el asedio,
siendo él solo remedio del combate,
que con fiero rebate y con ruido
por el muro batido le ofrecían.
Tantos, al fin, morían por su espada,
a tantos la jornada puso espanto,
que no hay labor que tanto notifique
cuanto el fiero Fadrique⁽³³⁾ de Toledo
puso terror y miedo al enemigo.
Tras aqueste que digo se veía
el hijo don García, que en el mundo
sin par y sin segundo solo fuera,
si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
de su hermosa cara el rayo ardiente,
quién su resplandeciente y clara vista,
que no diera por vista su grandeza?*

(32) El antepasado del duque de Alba aparecía como Marte por sus hazañas guerreras y como Febo (Apolo) por su belleza.

(33) Fadrique Álvarez de Toledo fue el segundo duque de Alba. Su hijo García Álvarez de Toledo, nombrado a continuación, murió en la expedición de los Gelves, que también es mencionada más abajo.



*Estaban de crueza fiera armadas
las tres inicuas hadas⁽³⁴⁾, cruda guerra
haciendo allí a la tierra con quitalle
a éste, que en alcanzalle fue dichosa.
¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves
los ojos a los Gelves, sospirando!
Él está ejercitando el duro oficio,
y con tal artificio la pintura
mostraba su figura, que dijeras,
si pintado lo vieras, que hablaba.
El arena quemaba, el sol ardía,
la gente se caía medio muerta;
él solo con despierta vigilancia
dañaba la tardanza floja, inerte,
y alababa la muerte gloriosa.
Luego la polvorosa muchedumbre
gritando a su costumbre le cercaba;
mas el que se llegaba al fiero mozo,
llevaba con destrozo y con tormento
del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
cortado ya el estambre de la vida,
la cabeza partida revolcaban;
otros claro mostraban espirando
de fuera palpitando las entrañas,
por las fieras y estrañas cuchilladas
de aquella mano dadas. Mas el hado
acerbo, triste, airado, fue venido;
al fin él, confundido de alboroto,
atravesado y roto de mil hierros,
pidiendo de sus yerros venia al cielo,
puso en el duro suelo la hermosa
cara, como la rosa matutina,
cuando ya el sol declina al mediodía,
que pierde su alegría, y marchitando
va la color mudando; o en el campo
cual queda el lirio blanco, que el arado
crudamente cortado al pasar deja,
del cual aun no se aleja presuroso
aquel color hermoso, o se destierra;
mas ya la madre tierra, descuidada,
no le administra nada de su aliento,
que era el sustentamiento y vigor suyo.*

⁽³⁴⁾ Con la perífrasis *tres inicuas hadas* se refiere el poeta a las tres Parcas, que hilaban a su antojo el destino de los hombres.



*¡Tal está el rostro tuyo en el arena,
fresca rosa, azucena blanca y pura!*

*Tras esto una pintura estraña tira
los ojos de quien mira, y los detiene
tanto, que no conviene mirar cosa
estraña ni hermosa, sino aquella.
De vestidura bella allí vestidas
las Gracias⁽³⁵⁾ esculpidas se veían;
solamente traían un delgado
velo, que el delicado cuerpo viste;
mas tal, que no resiste a nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban;
todas tres ayudaban en una hora
una muy gran señora que paría.
Un infante se vía ya nacido,
tal cual jamás salido de otro parto,
del primer siglo al cuarto vio la luna.
En la pequeña cuna se leía
un nombre que decía: Don Fernando.*

*Bajaban, dél hablando, de dos cumbres⁽³⁶⁾
aquellas nueve lumbres de la vida;
con ligera corrida iba con ellas,
cual luna con estrellas, el mancebo
intonso y rubio Febo: y, en llegando,
por orden abrazando todas fueron
al niño, que tuvieron luengamente
visto como presente. De otra parte
Mercurio estaba, y Marte, cauto y fiero,
viendo el gran caballero que encogido
en el recién nacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
a Venus, que a su lado estaba puesta.
Ella con mano presta y abundante
nétar sobre el infante desparcía;
mas Febo la desvía de aquel tierno
niño, y daba el gobierno a sus hermanas*

*Del cargo están ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve, el niño crece,
y en tierna edad florece, y se levanta
como felice planta en buen terreno.
Ya sin preceto ajeno daba tales
de su ingenio señales, que espantaban
a los que lo criaban. Luego estaba*

(35) Las tres Gracias eran divinidades de la belleza. Aquí asisten en el parto a la duquesa de Alba en el nacimiento de su hijo Fernando, futuro duque.

(36) Larga referencia a las nueve musas, que bajaban del Olimpo y del Helicón para comunicar al recién nacido las artes que patrocinaban.

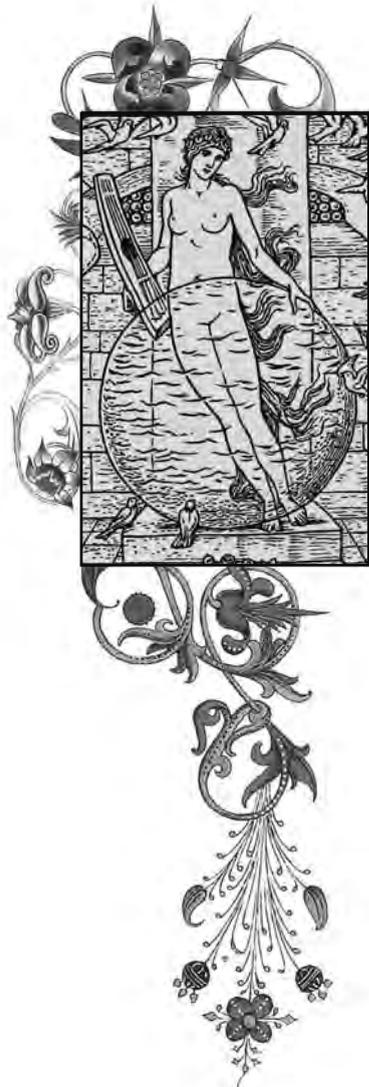


*cómo una lo entregaba a un gran maestro,
que con ingenio diestro y vida honesta
hiciese manifiesta al mundo y clara
aquella ánima rara que allí vía.*

*Al niño recibía con respeto
un viejo, en cuyo aspeto se vía junto
severidad a un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado
Severo, y espantado viendo al viejo,
que, como si en espejo se mirara,
en cuerpo, edad y cara eran conformes.
En esto, el rostro a Tormes revolviendo,
vio que estaba riendo de su espanto.
¿De qué te espantas tanto? dijo el río.
¿No basta el saber mío a que, primero
que naciese Severo, yo supiese
que había de ser quien diese la doctrina
al ánima divina deste mozo?
Él, lleno de alborozo y de alegría,
sus ojos mantenía de pintura.*

*Miraba otra figura de un mancebo
el cual venía con Febo mano a mano,
al modo cortesano. En su manera
lo juzgara cualquiera, viendo el gesto
lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
por un hombre perfeto en la alta parte
de la difícil arte cortesana,
maestra de la humana y dulce vida.
Luego fue conocida de Severo
la imagen por entero fácilmente
deste que allí presente era pintado.
Vio que era el que había dado a don Fernando,
su ánimo formando en luenga usanza,
el trato, la crianza y gentileza,
la dulzura y llaneza acomodada,
la virtud apartada y generosa,
y, en fin, cualquiera cosa que se vía
en la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Después de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre que se llama
Boscán⁽³⁷⁾, de cuya llama clara y pura*

⁽³⁷⁾ No podía dejar de mencionar Garcilaso a su amigo Juan Boscán, poeta como él y preceptor del duque de Alba.

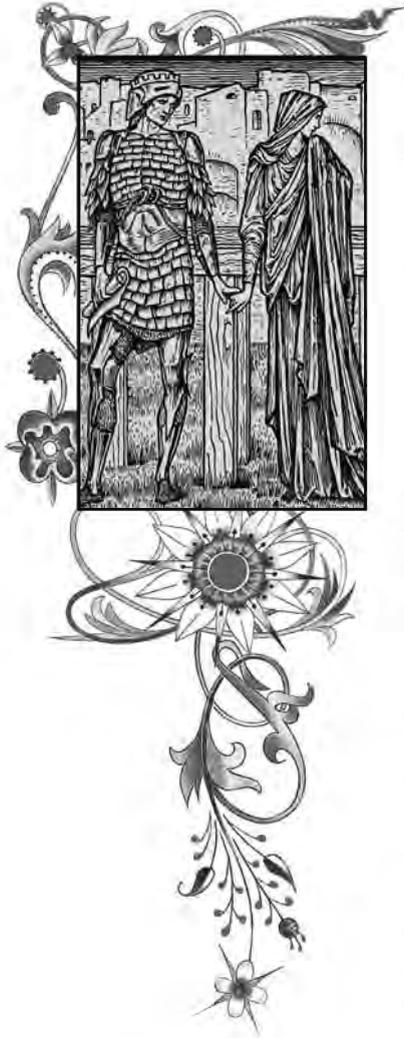


*sale el fuego que apura sus escritos,
que en siglos infinitos tendrán vida.*

*De algo más crecida edad miraba
al niño que escuchaba sus consejos,
luego los aparejos ya de Marte,
estotro puesto aparte le traía.
Así les convenía a todos ellos,
que no pudiera dellos dar noticia
a otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha,
la maña y fuerza mucha y ejercicio
con el robusto oficio está mesclando.*

*Allí con rostro blando y amoroso
Venus aquel hermoso mozo mira,
y luego lo retira por un rato
de aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
armar contino el pecho de dureza,
no dando a la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
una ninfa durmiendo le mostraba.
El mozo la miraba y juntamente
de súbito accidente acometido,
estaba embebecido, y a la diosa,
que a la ninfa hermosa se allegase
mostraba que rogase, y parecía
que la diosa temía de llegarse.
Él no podía hartarse de miralla,
eternamente amalla proponiendo.
Luego venía corriendo Marte airado,
mostrándose alterado en la persona,
y daba la corona a don Fernando.
Estábale mostrando un caballero
que con semblante fiero amenazaba
al mozo que quitaba el nombre a todos.
Con atentados modos se movía
contra el que atendía en una puente.
Mostraba claramente la pintura
que acaso noche oscura entonces era.
De la batalla⁽³⁸⁾ fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
y al mozo coronaba en el fin della;
el cual, como la estrella relumbrante*

⁽³⁸⁾ Alusión a un desafío del que salió victorioso Don Fernando.



*que el sol envía delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes.
Luego con nuevas artes se convierte
a hurtar a la muerte y a su abismo
gran parte de sí mismo y quedar vivo
cuando el vulgo cativo lo llorare,
y muerto lo llamare con deseo.
Estaba el Himeneo⁽³⁹⁾ allí pintado,
el diestro pie calzado en lazos de oro.
De vírgenes un coro está cantando,
partidas altercando y respondiando,
y en un lecho poniendo una doncella,
que quien atento aquélla bien mirase,
y bien la cotejase en su sentido
con la que el mozo vido allá en la huerta,
verá que la despierta y la dormida
por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
dina y merecedora de tal hombre.
El almohada el nombre contenía,
el cual doña María Enriques era.
Apenas tienen fuera a don Fernando,
ardiendo y deseando estar ya echado.
Al fin era dejado con su esposa,
dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.*

*En un pie estaba puesta la fortuna,
nunca estable ni una, que llamaba
a Fernando, que estaba en vida ociosa,
que por dificultosa y ardua vía
quisiera ser su guía y ser primera;
mas él por compañera tomó a aquélla,
siguiendo a la que es bella descubierta,
y juzgada cubierta por disforme;
el nombre era conforme a aquesta fama:
virtud ésta se llama, al mundo rara.*

*¿Quién tras ella guiara igual en curso,
sino éste, que el discurso de su lumbre
forzaba la costumbre de sus años,
no recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pireneos, que se estima
de abajo que la cima está en el cielo,*

⁽³⁹⁾ Himeneo es el dios que preside las bodas con una antorcha y una corona de flores. El nombre de la esposa aparece unos versos más abajo, María Enriques.



*y desde arriba el suelo en el infierno,
en medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
por debajo de puentes cristalinas
y por heladas minas van calladas.
El aire las cargadas ramas mueve,
que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el Duque osado,
del tiempo contrastado y de la vía,
con clara compañía de ir delante.
El trabajo constante y tan loable
por la Francia mudable, en fin, lo lleva,
la fama en él renueva la presteza;
la cual con ligereza iba volando,
y con el gran Fernando se paraba,
y le sinificaba en modo y gesto
que el caminar muy presto convenía.*

*De todos escogía el Duque uno,
y entrambos de consuno cabalgaban;
los caballos mudaban fatigados;
mas, a la fin llegados a los muros
del gran París seguros, la dolencia,
con su débil presencia y amarilla,
bajaba de la silla al Duque sano
y con pesada mano le tocaba.
Él luego comenzaba a demudarse,
y amarillo pararse y a dolerse.*

*Luego pudiera verse de travieso
venir por un espeso bosque ameno,
de buenas hierbas lleno y medicina,
Esculapio⁽⁴⁰⁾, y camina, no parando,
hasta donde Fernando está en el lecho.
Entró con pie derecho, y parecía
que le restituía en tanta fuerza,
que a proseguir se esfuerza su viaje,
que lo llevó al pasaje del gran Reno.*

*Tomábale en su seno el caudaloso
y claro río, gozoso de tal gloria,
trayendo a la memoria cuando vino
el vencedor latino al mismo paso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
antes con aguas hondas que engendraba
los bajos igualaba y al liviano*

(40) Como dios de la medicina, Esculapio lleva la curación a Fernando, duque de Alba, en su viaje hacia Viena para defenderla de los turcos.



*barco daba de mano, el cual, volando,
atrás iba dejando muros, torres.
Con tanta priesa corres, navecilla,
que llegas do amancilla una doncella,
y once mil más con ella, y mancha el suelo
de sangre, que en el cielo está esmaltada.
Úrsula⁽⁴¹⁾, desposada y virgen pura,
mostraba su figura, en una pieza
pintada su cabeza. Allí se vía
que los ojos volvía ya espirando;
y estábate mirando aquel tirano
que con acerba mano llevó a hecho
de tierno en tierno pecho tu compañá.*

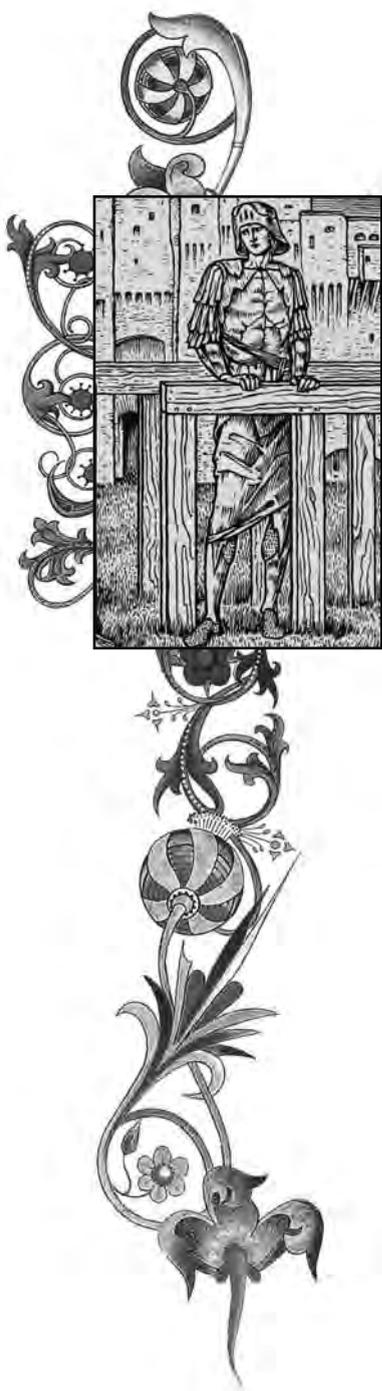
*Por la fiera Alemana de aquí parte
el Duque, a aquella parte enderezado
donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda;
por él suelta la rienda a su navío,
que con poco desvío de la tierra,
entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo, que descende en fuerza suma,
mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecía
que pintado se vía ante los ojos.*

*Con amorosos ojos adelante
Carlo⁽⁴²⁾, César triunfante, lo abrazaba
cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
estaba el magisterio de la tierra
convocado a la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
los ojos en Fernando, y en el punto
que así lo vieron junto se prometen
de cuanto allí acometen la vitoria.*

*Con falsa y vana gloria y arrogancia,
con bárbara jatancia allí se vía
a los fines de Hungría el campo puesto
de aquel que fue molesto en tanto grado
al húngaro cuitado y afligido;
las armas y el vestido a su costumbre,
era la muchedumbre tan estraña,
que apenas la campaña la abrazaba,
ni a dar pasto bastaba, ni agua el río.*

(41) En su marcha por el Rin llegan a Colonia, donde reposan Santa Úrsula y las once mil vírgenes, martirizadas en el siglo II.

(42) En Ratisbona se encuentra Fernando con Carlos V, el emperador, para defender Viena del turco Solimán.



*César con celo pío y con valiente
ánimo aquella gente despreciaba;
la suya convocaba, y en un punto
vieras un campo junto de naciones
diversas y razones, mas de un celo.
No ocupaban el suelo en tanto grado
con número sobrado y infinito
como el campo maldito; mas mostraban
virtud, con que sobran su contrario,
ánimo voluntario, industria y maña;
con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge,
y a sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable;
con el disciplinable alemán fiero
a su manera y fuero conversaba;
a todos se aplicaba de manera,
que el flamenco dijera que nacido
en Flandes había sido, y el osado
español y sobrado, imaginando
ser suyo don Fernando y de su suelo,
demanda sin recelo la batalla.*

*Quien más cerca se halla del gran hombre
piensa que crece el nombre por su mano.
El cauto italiano nota y mira,
los ojos nunca tira del guerrero,
y aquel valor primero de su gente
junto en éste y presente considera.
En él ve la manera misma y maña
del que pasó en España sin tardanza,
siendo sólo esperanza de su tierra,
y acabó aquella guerra peligrosa
con mano poderosa y con estrago
de la fiera Cartago⁽⁴³⁾ y de su muro,
y del terrible y duro su caudillo,
cuyo agudo cuchillo a las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.*

*Mostrábase tras esto allí esculpida
la envidia carcomida, así molesta;
contra Fernando puesta frente a frente
la desvalida gente convocaba,
y contra aquél la armaba, y con sus artes
busca por todas partes daño y mengua.*

(43) Al mencionar a los italianos, trae al recuerdo Garcilaso la lucha de Roma contra Cartago, donde Escipión venció a Aníbal.



*Él con su mansa lengua y largas manos,
los tumultos livianos asentando,
poco a poco iba alzando tanto el vuelo,
que la envidia en el cielo lo miraba;
y, como no bastaba a la conquista,
vencida ya su vista de tal lumbre,
forzaba su costumbre, y parecía
que perdón le pedía, en tierra echada.
Él, después de pisada, descansado
quedaba y aliviado de este enojo;
y, lleno de despojo desta fiera,
hallaba en la ribera del gran río,
de noche, al puro frío del sereno,
a César, que en su seno está penoso
del suceso dudoso desta guerra;
que, aunque de sí destierra la tristeza,
del caso la grandeza trae consigo
el pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio conveniente
para que aquel terrible furor loco
les empeciese poco, y recibiese
tal estrago, que fuese destrozado.*

*Después de haber hablado, ya cansados,
en la hierba acostados se dormían;
el gran Danubio oían ir sonando,
casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
que del agua salía muy callado,
de sauces coronado y de un vestido
de las ovas tejido mal cubierto,
y en aquel sueño incierto les mostraba
todo cuanto tocaba al gran negocio.
Y parecía que el ocio sin provecho
les sacaba del pecho, porque luego,
como si en vivo fuego se quemara
alguna cosa cara, se levantan
del gran sueño y se espantan, alegrando
el ánimo y alzando la esperanza.*

*El río sin tardanza parecía
que el agua disponía al gran viaje;
allanaba el pasaje y la corriente,
para que fácilmente aquella armada
que había de ser guiada por su mano,*



*en el remar liviano y dulce viese
cuánto el Danubio fuese favorable.*

*Con presteza admirable vieras junto
un ejército a punto denodado;
y, después de embarcado, el remo lento,
el duro movimiento de los brazos,
los pocos embarazos de las ondas
llevaban por las hondas aguas presta
el armada, molesta al gran tirano.*

*El artificio humano no hiciera
pintura que exprimiera vivamente,
el armada, la gente, el curso, el agua;
apenas en la fragua⁽⁴⁴⁾, donde sudan
los cíclopes y mudan fatigados
los brazos, ya cansados del martillo,
pudiera así exprimillo el gran maestro.*

*Quien viera el curso diestro por la clara
corriente, bien jurara a aquellas horas
que las agudas proras dividían
el agua y la hendían con sonido,
y el rastro iba seguido. Luego vieras
al viento las banderas tremolando,
las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva
la otra gente esquiva y descreída,
que, de ensoberbecida y arrogante,
pensaban que delante no hallaran
hombres que se pararan a su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
remos iban metiendo con tal gana,
que iba de espuma cana el agua llena.*

*El temor enajena al otro bando;
el sentido, volando de uno en uno,
entrábase importuno por la puerta
de la opinión incierta, y, siendo dentro,
en el íntimo centro allá del pecho
les dejaba deshecho un hielo frío,
el cual, como un gran río en flujos gruesos,
por medulas y huesos discurría.
Todo el campo se vía conturbado
y con arrebatado movimiento;
sólo del salvamento platicaban.*

⁽⁴⁴⁾ El poeta compara el esfuerzo de los remeros con el de los cíclopes, que trabajan en la fragua a las órdenes del dios Vulcano.



*Luego se levantaban con desorden;
confusos y sin orden caminando,
atrás iban dejando con recelo,
tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas do pereza y do fornicio,
con todo bruto vicio obrar solían,
sin ellas se partían; así, armadas,
eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
era el temor presente por testigo,
y el áspero enemigo a las espaldas,
que les iba las faldas ya mordiendo.*

*César estar teniendo allí se vía
a Fernando, que ardía sin tardanza
por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo
forceja con quien quedo estar le manda.
Como lebel de Irlanda generoso,
que el jabalí cerdoso y fiero mira,
rebátese, suspira, fuerza y riñe,
y apenas le costríñe el atadura,
que el dueño con cordura más aprieta;
así estaba perfeta y bien labrada
la imagen figurada de Fernando,
de quien allí mirándolo estuviera
que era desta manera bien juzgara.*

*Resplandeciente y clara de su gloria
pintada la vitoria se mostraba;
a César abrazaba, y, no parando,
los brazos a Fernando echaba al cuello.
Él mostraba de aquello sentimiento,
por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro extraño
con el despojo y daño de la gente
bárbara, y juntamente allí pintados
cautivos amarrados a las ruedas,
con hábitos y sedas variadas;
lanzas rotas, celadas y banderas,
armaduras ligeras de los brazos,
escudos en pedazos divididos,
vieras allí cogidos en trofeo,
con que el común deseo y voluntades
de tierras y ciudades se alegraba.*



*Tras esto blanqueaba falda y seno
con velas al Tirreno⁽⁴⁵⁾ de la armada
sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la prora espumosa las galeras,
como nadantes fieras, el mar cortan,
hasta que en fin aportan con corona
de lauro a Barcelona, do cumplidos
los votos ofrecidos y deseos,
y los grandes trofeos ya repuestos,
con movimientos prestos de allí luego,
en amoroso fuego todo ardiendo,
el Duque iba corriendo y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
ya de Aragón se aleja, y en Castilla,
sin bajar de la silla, los pies pone.
El corazón dispone a la alegría
que vecina tenía, y reserena
su rostro, y enajena de sus ojos
muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con solo amor se encierra sin respeto,
y el amoroso afeto y celo ardiente
figurado y presente está en la cara;
y la consorte cara, presurosa,
de un tal placer dudosa, aunque lo vía,
el cuello le ceñía en nudo estrecho
de aquellos brazos hecho delicados;
de lágrimas preñadas relumbraban
los ojos que sobraban al sol claro.*

*Con su Fernando caro y señor pío
la tierra, el campo, el río, el monte, el llano,
alegres a una mano estaban todos,
mas con diversos modos lo decían.
Los muros parecían de otra altura;
el campo en hermosura de otras flores
pintaba mil colores disconformes;
estaba el mismo Tormes figurado
en torno rodeado de sus ninfas,
vertiendo claras linfas con instancia,
en mayor abundancia que solía;
del monte se veía el verde seno
de ciervos todo lleno, corzos, gamos,
que de los tiernos ramos van rumiando;
el llano está mostrando su verdura,*

(45) Tras la victoria en Viena, el duque Fernando llega al mar Tirreno para navegar hasta Barcelona. Desde allí cabalgará hasta su tierra, donde lo esperaba su esposa.



*tendiendo su llanura así espaciosa,
que a la vista curiosa nada empece,
ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
mas de un embebecido gozo, estaban
cuantos consideraban la presencia
deste, cuya ecelencia el mundo canta,
cuyo valor quebranta al turco fiero.*

*Aquesto vio Severo por sus ojos,
y no fueron antojos ni ficiones;
si oyeras sus razones, yo te digo
que como a buen testigo lo creyeras.
Contaba muy de veras que, mirando
atento y contemplando las pinturas,
hallaba en las figuras tal destreza,
que con mayor viveza no pudieran
estar si ser les dieran vivo y puro.
Lo que dellas escuro allí hallaba,
y el ojo no bastaba a recogerlo,
el río le daba dello gran noticia.*

*Éste, de la milicia, dijo el río,
la cumbre y señorío tendrá solo
del uno al otro polo, y porque espantes
a todos, cuando cantes los famosos
hechos tan gloriosos, tan ilustres,
sabe que en cinco lustros de sus años
hará tantos engaños a la muerte,
que con ánimo fuerte habrá pasado
por cuanto aquí pintado della has visto.
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
dejarte he en la ribera do estar sueles.
Quiero que me reveles tú primero,
le replicó Severo, qué es aquello,
que de mirar en ello se me ofusca
la vista; así corusca y resplandece,
y tan claro parece allí en la urna,
como en hora noturna la cometa.
Amigo, no se meta, dijo el viejo,
ninguno, le aconsejo, en este suelo
en saber más que el cielo le otorgare;
y, si no te mostrare lo que pides,
tú mismo me lo impides, porque, en tanto
que el mortal velo y manto el alma cubren,*



*mil cosas se te encubren, que no bastan
tus ojos, que contrastan, a mirallas.
No pude yo pintallas con menores
luces y resplandores, porque sabe,
y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
que en ecesivo modo resplandece
tanto, que no parece ni se muestra,
es lo que aquella diestra mano osada
y virtud sublimada de Fernando
acabarán entrando más los días.*

*Lo cual, con lo que vías comparado,
es como con nublado muy oscuro
el sol ardiente, puro, relumbrante.
Tu vista no es bastante a tanta lumbre,
hasta que la costumbre de miralla
tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
que, súbito sacado, le atormenta
el sol que se presenta a sus tinieblas,
así tú, que las nieblas y hondura,
metido en estrechura, contemplabas,
que era cuando mirabas otra gente,
viendo tan diferente suerte de hombre,
no es mucho que te asombre luz tamaña;
pero vete, que baña⁽⁴⁶⁾ el sol hermoso
su carro presuroso ya en las ondas,
y antes que me respondas será puesto.*

*Diciendo así con gesto muy humano
tomolo por la mano. ¡Oh admirable
caso y, cierto, espantable! Que, en saliendo,
se fueron estriñendo de una parte
y de otra de tal arte aquellas ondas,
que las aguas, que hondas ser solían,
el suelo descubrían, y dejaban
seca por do pasaban la carrera,
hasta que en la ribera se hallaron;
y, como se pararon en un alto,
el viejo de allí un salto dio con brío,
y levantó del río espuma al cielo,
y conmovió del suelo negra arena.*

*Severo, ya de ajena ciencia instruto,
fuese a coger el fruto sin tardanza
de futura esperanza; y, escribiendo,*

⁽⁴⁶⁾ Imagen de la puesta del sol, concebida como la entrada del carro del sol en el océano.



*las cosas fue esprimiendo muy conformes
a las que había de Tormes aprendido;
y, aunque de mi sentido él bien juzgase
que no las alcanzase, no por eso
este largo proceso sin pereza
dejó, por su nobleza, de mostrarme.
Yo no podía hartarme allí leyendo,
y tú de estarme oyendo estás cansado.*

SALICIO

*Espantado me tienes
con tan extraño cuento,
y al son de tu hablar embebecido;
acá dentro me siento,
oyendo tantos bienes
y el valor deste príncipe escogido,
bullir con el sentido
y arder con el deseo,
por contemplar presente
a aquel que, estando ausente,
por tu divina relación ya veo.
¡Quién viese la escritura,
ya que no puede verse la pintura!*

*Por firme y verdadero,
después que te he escuchado,
tengo que ha de sanar Albanio, cierto;
que, según me has contado,
basta tu Severo
a dar salud a un vivo y vida a un muerto;
que a quien fue descubierto
un tamaño secreto
razón es que se crea,
que, cualquiera que sea,
alcanzará con su saber perfeto
y a las enfermedades
aplicará contrarias calidades.*

NEMOROSO

*Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio,
acerca deste enfermo compañero?*

SALICIO

*En que hagamos el debido oficio.
Luego de aquí partamos, y primero*



*que haga curso el mal y se envejezca,
así le presentemos a Severo.*

NEMOROSO

*Yo soy contento, y, antes que amanesca
y que del sol el claro rayo ardiente
sobre las altas cumbres se paresca,*

*el compañero mísero y doliente
llevemos luego donde cierto entiendo
que será guarecido fácilmente.*

SALICIO

*Recoge tu ganado, que, cayendo
ya de los altos montes las mayores
sombras, con ligereza van corriendo.*

*Mira en torno, y verás por los alcores
salir el humo de las caserías
de aquestos comarcanos labradores.*

*Recoge tus ovejas y las mías,
y vete ya con ellas poco a poco
por aquel mismo valle que solías.*

*Yo solo me avendré con nuestro loco,
que, pues él hasta aquí no se ha movido,
la braveza y furor debe ser poco.*

NEMOROSO

*Si llegas antes, no te estés dormido;
apareja la cena, que sospecho
que aún fuego Galafrón no habrá encendido.*

SALICIO

*Yo lo haré, que al hato iré derecho,
si no me lleva a despeñar consigo
de algún barranco Albanio a mi despecho.
Adiós, hermano.*

NEMOROSO

Adiós, Salicio amigo.





ÉGLOGA TERCERA

*QUELLA voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María⁽⁴⁷⁾,
que en mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía,
a despecho y pesar de la ventura
que por otro camino me desvía,
está y estará en mí tanto clavada,
cuanto del cuerpo el alma acompañada.*

*Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
por el Estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.*

*Mas la fortuna, de mi mal no harta,
me aflige y de un trabajo en otro lleva;
ya de la patria, ya del bien me aparta,
ya mi paciencia en mil maneras prueba;
y lo que siento más es que la carta,
donde mi pluma en tu alabanza mueva,
poniendo en su lugar cuidados vanos,
me quita y me arrebatada de las manos.*

*Pero, por más que en mí su fuerza pruebe,
no tornará mi corazón mudable;
nunca dirán jamás que me remueve
fortuna de un estudio tan loable.*

*Apolo y las hermanas⁽⁴⁸⁾, todas nueve,
me darán ocio y lengua con que hable
lo menos de lo que en tu ser cupiere,
que esto será lo más que yo pudiere,*

*en tanto no te ofenda ni te harte
tratar del campo y soledad que amaste,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que en algo ya estimaste.*

(47) Empieza la tercera égloga Garcilaso con la dedicatoria a María, mujer no identificada con seguridad, a la que seguirá alabando en el infernal río Estigio.

(48) El poeta confía en que Apolo y las musas, las nueve hermanas, le darán la inspiración para hacer el elogio de María.



(49) En la enumeración de los nombres de estas cuatro ninfas Garcilaso pone de manifiesto sus grandes conocimientos de la mitología grecolatina.



*Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando, ora la espada, ora la pluma.*

*Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,
indina de llegar a tus oídos,
pues de ornamento y gracia va desnuda;
mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuente.*

*Por aquesta razón de ti escuchado,
aunque me falten otras, ser meresco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
con recibillo tú yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
salieron juntas a cantar me ofresco,
Filódoce⁽⁴⁹⁾, Dinámene y Clímene,
Nise, que en hermosura par no tiene.*

*Cerca del Tajo en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido
alegando la vista y el oído.*

*Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
una ninfa, del agua, do moraba,
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombra lleno.*

*Moviola el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
vieron descansar del trabajoso vuelo.*



*Secaba entonces el terreno aliento
el sol subido a la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.*

*Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo su cabeza,
y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas a contar empieza
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan les ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.*

*No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
que las tres dellas su labor tomaron,
y, en mirando de fuera, vieron luego
el prado, hacia el cual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
nadando dividieron y cortaron,
hasta que el blanco pie tocó mojado,
saliendo de la arena, el verde prado.*

*Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
escurrieron del agua sus cabellos,
los cuales esparciendo, cobijadas
las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego, sacando telas delicadas,
que en delgadeza competían con ellos,
en lo más escondido se metieron
y a su labor atentas se pusieron.*

*Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,
apurado, después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría.
Y de las verdes hojas, reducidas
en estambre sutil, cual convenía
para seguir el delicado estilo
del oro ya tirado en rico hilo.*

*La delicada estambre era distinta
de las colores que antes le habían dado
con la fineza de la varia tinta
que se halla en las conchas del pescado.*



*Tanto artificio muestra en lo que pinta
y teje cada ninfa en su labrado,
cuanto mostraron en sus tablas antes
el celebrado Apeles⁽⁵⁰⁾ y Timantes.*

*Filódoce, que así de aquellas era
llamada la mayor, con diestra mano
tenía figurada la ribera
de Estrimón, de una parte el verde llano,
y de otra el monte de aspereza fiera,
pisado tarde o nunca de pie humano,
donde el amor movió con tanta gracia
la dolorosa lengua del de Tracia⁽⁵¹⁾.*



*Estaba figurada la hermosa
Eurídice, en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,
y el ánima, los ojos ya volviendo,
de su hermosa carne despidiendo.*

(50) Una vez más Garcilaso da muestras de su formación clásica, nombrando a Apeles, el mejor pintor de la antigüedad, y al menos conocido pintor Timantes.

(51) El poeta menciona Tracia y el río de esta región, Estrimón, para dar inicio a la narración de la leyenda de Orfeo, originario de Tracia, ahora con mayor extensión que en la égloga segunda. Las quejas de Orfeo se deben a haber perdido a Eurídice en los infiernos por no haber cumplido su promesa de no mirarla antes de salir de allí.

(52) Cuenta en este pasaje Garcilaso el enamoramiento de Apolo por Dafne y cómo ésta fue transformada en laurel con la desesperación del amante.

*Figurado se vía estensamente
el osado marido que bajaba
al triste reino de la oscura gente,
y la mujer perdida recobraba;
y cómo después desto él, impaciente,
por miralla de nuevo, la tornaba
a perder otra vez, y del tirano
se queja al monte solitario en vano.*

*Dinámene no menos artificio
mostraba en la labor que había tejido,
pintando a Apolo en el robusto oficio
de la silvestre caza embebecido.
Mudar luego le hace el ejercicio
la vengativa mano de Cupido,
que hizo a Apolo consumirse en lloro
después que le enclavó con punta de oro.*

*Dafne⁽⁵²⁾, con el cabello suelto al viento,
sin perdonar al blanco pie, corría
por áspero camino tan sin tiento,
que Apolo en la pintura parecía*



*que, porque ella templase el movimiento,
con menos ligereza la seguía.
Él va siguiendo, y ella huye como
quien siente al pecho el odioso plomo.*

*Mas a la fin los brazos le crecían,
y en sendos ramos vueltos se mostraban,
y los cabellos, que vencer solían
al oro fino, en horas se tornaban;
en torcidas raíces se estendian
los blancos pies, y en tierra se hincaban.
Llora el amante, y busca el ser primero,
besando y abrazando aquel madero.*

*Clímene, llena de destreza y maña,
el oro y las colores matizando,
iba de hayas una gran montaña
de robles y de peñas variando.
Un puerco entre ellas, de braveza extraña,
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo, no menos animoso,
con su venablo en mano, ¡qué hermoso!*

*Tras esto, el puerco allí se vía herido,
de aquel mancebo por su mal valiente,
y el mozo en tierra estaba ya tendido,
abierto el pecho del rabioso diente;
con el cabello de oro desparcido,
barriendo el suelo miserablemente,
las rosas blancas por allí sembradas
tornaba con su sangre coloradas.*

*Adonis⁽⁵³⁾ éste se mostraba que era,
según se muestra Venus dolorida,
que viendo la herida abierta y fiera,
estaba sobre él casi amortecida.
Boca con boca coge la postrera
parte del aire que solía dar vida
al cuerpo, por quien ella en este suelo
aborrecido tuvo al alto cielo.*

*La blanca Nise no tomó a destajo
de los pasados casos la memoria,
y en la labor de su sutil trabajo
no quiso entretejer antigua historia;*

(53) En estas octavas es narrada la leyenda del amor entre Venus y Adonis quien, al herir en una cacería a un jabalí, fue matado por dicho animal.





*antes mostrando de su claro Tajo
en su labor la celebrada gloria,
lo figuró en la parte donde él baña
la más felice tierra de la España.*

*Pintado el caudaloso río se vía,
que, en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía,
con ímpetu corriendo y con rüido;
querer cercallo todo parecía
en su volver, mas era afán perdido;
dejábase correr, en fin, derecho,
contento de lo mucho que había hecho.*

*Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre,
de antiguos edificios adornada⁽⁵⁴⁾.
De allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada,
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.*

*En la hermosa tela se veían
entretajadas las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían
todas a la ribera presurosas,
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales, esparciendo, derramaban
sobre una ninfa muerta que lloraban.*

*Todas con el cabello desparcido
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en un lugar florido,
estaba entre la hierba degollada,
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.*

(54) Canta aquí el poeta la unión de la ciudad de Toledo y del río Tajo, que trata de rodearla por completo sin conseguirlo.

*Una de aquellas diosas, que en belleza,
al parecer, a todas ecedía,
mostrando en el semblante la tristeza
que del funesto y triste caso había,*



*apartada algún tanto, en la corteza
de un álamo unas letras escribía,
como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte della:*

*«Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso
y llama Elisa; Elisa a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo fío.»*

*En fin, en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada,
que en aquella ribera deleitosa
de Nemoroso fue tan celebrada;
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada,
que, llorando el pastor, mil veces ella
se enterneció escuchado su querella.*

*Y porque aqueste lamentable cuento
no sólo entre las selvas se contase,
mas dentro de las ondas sentimiento
con la noticia desto se mostrase,
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase,
y así se publicase de uno en uno
por el húmedo reino de Netuno.*

*Destas historias tales variadas
eran las telas de las cuatro hermanas,
las cuales, con colores matizadas,
claras las luces de las sombras vanas,
mostraban a los ojos relevadas
las cosas y figuras que eran llanas,
tanto que, al parecer, el cuerpo vano
pudiera ser tomado con la mano.*

*Los rayos ya del sol se trastornaban,
escondiendo su luz, al mundo cara,
tras altos montes, y a la luna daban
lugar para mostrar su blanca cara;*



*los peces a menudo ya saltaban,
con la cola azotando el agua clara,
cuando las ninfas, la labor dejando,
hacia el agua se fueron paseando.*

*En las templadas ondas ya metidos
tenían los pies, y reclinar querían
los blancos cuerpos, cuando sus oídos
fueron de dos zampoñas que tañían
suave y dulcemente detenidos,
tanto, que sin mudarse las oían
y al son de las zampoñas escuchaban
dos pastores, a veces, que cantaban.*

*Más claro cada vez el son se oía
de dos pastores, que venían cantando
tras el ganado, que también venía
por aquel verde soto caminando,
y a la majada, ya pasado el día,
recogido llevaban, alegrando
las verdes selvas con el son suave
haciendo su trabajo menos grave.*

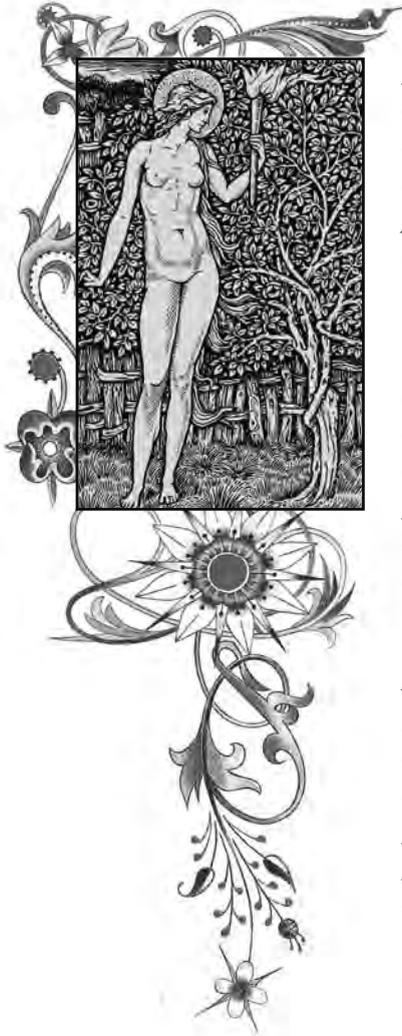
(55) El nombre del primer pastor es el de un héroe etrusco, que dio la denominación del mar Tirreno. El del segundo está relacionado con Alcínoo, que aparece en la Odisea y en la leyenda de los Argonautas.

*Tirreno⁽⁵⁵⁾ destes dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
y sobre cuantos pacen la ribera
del Tajo con sus vacas enseñados;
mancebos de una edad, de una manera
a cantar juntamente aparejados,
y a responder, a questo van diciendo,
cantando el uno, el otro respondiendo.*



*TIRRENO
Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril, de flores lleno;
si tú respondes pura y amorosa
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás, primero
que el cielo nos amuestre su lucero.*

*ALCINO
Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,*



*y de ti despojado yo me vea,
cual queda el tronco de su verde rama,
si más que yo el murciélago desea
la escuridad, ni más luz desama,
por ver ya el fin de un término tamaño
de este día, para mí mayor que un año.*

TIRRENO

*Cual suele acompañada de su bando
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio⁽⁵⁶⁾ y Céfiro soplando
al campo tornan su beldad primera,
y van artificiosos esmaltando
de rojo, azul y blanco la ribera,
en tal manera a mí, Flérída mía,
viniendo, reverdece mi alegría.*

ALCINO

*¿ Ves el furor del animoso viento,
embravecido en la fragosa sierra,
que los antiguos robles ciento a ciento
y los pinos altísimos atierra,
y de tanto destrozo aún no contento
al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
a la de Filis, con Alcino airada.*

TIRRENO

*El blanco trigo multiplica y crece,
produce el campo en abundancia tierno
pasto al ganado, el verde monte ofrece
a las fieras salvajes su gobierno;
a doquiera que miro me parece
que derrama la copia todo el cuerno;
mas todo se convertirá en abrojos
si dello aparta Flérída sus ojos.*

ALCINO

*De la esterilidad es oprimido
el monte, el campo, el soto y el ganado;
la malicia del aire corrompido
hace morir la hierba mal su grado;
las aves ven su descubierto nido,*

⁽⁵⁶⁾ Los dos nombres, Favonio y Céfiro, se corresponden con un solo viento, el del oeste, el primero en latín y el segundo en griego.



*que ya de verdes hojas fue cercado;
pero, si Filis por aquí tornare,
hará reverdecer cuanto mirare.*

TIRRENO

*El álamo de Alcides⁽⁵⁷⁾ escogido
fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;
de la hermosa Venus fue tenido
en precio y en estima el mirto solo;
el verde sauz de Flérída es querido,
y por suyo entre todos escogiolo;
doquiera que de hoy más sauces se hallen,
el álamo, el laurel y el mirto callen.*

ALCINO

*El fresno por la selva en hermosura
sabemos ya que sobre todos vaya,
y en aspereza y monte de espesura
se aventaja la verde y alta haya,
mas el que la beldad de tu figura
dondequiera mirado, Filis, haya,
al fresno y a la haya en su aspereza
confesará que vence tu belleza.*

*Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
le respondió; y, habiendo ya acabado
el dulce son, siguieron su camino
con paso un poco más apresurado.
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
todas juntas se arrojan por el vado,
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas ondas se cubrieron.*

(57) Con el sobrenombre Alcides se hace referencia a Hércules, nieto de Alceo, que fue el padre de Anfítrión, padre mortal de Hércules.





ELEGÍA PRIMERA

*UNQUE este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía,
que de consuelo estoy necesitado,*

*con que de su dolor mi fantasía
se descargase un poco, y se acabase
de mi continuo llanto la porfía,*

*quise, pero, probar si me bastase
el ingenio a escrebirte algún consuelo,
estando cual estoy, que aprovechase*

*para que tu reciente desconsuelo⁽⁵⁸⁾
la furia mitigase, si las musas
pueden un corazón alzar del suelo*

*y poner fin a las querellas que usas,
con que de Pindo⁽⁵⁹⁾ ya las moradoras
se muestran lastimadas y confusas;*

*que, según he sabido, ni a las horas
que el sol se muestra ni en el mar se esconde
de tu lloroso estado no mejoras;*

*antes en él permaneciendo, donde
quiera que estás tus ojos siempre bañas,
y el llanto a tu dolor así responde,*

*que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las montañas.*

*Si acaso el trabajado pensamiento
en el común reposo se adormece,
por tornar al dolor con nuevo aliento,*

*en aquel breve sueño te aparece
la imagen amarilla del hermano,
que de la dulce vida desfallece;*

*y tú, tendiendo la piadosa mano,
probando a levantar el cuerpo amado,
levantas solamente el aire vano;*

⁽⁵⁸⁾ El poeta quiere consolar en esta elegía a Don Fernando, duque de Alba, por la muerte de su hermano Don Bernardino.

⁽⁵⁹⁾ Las musas son las moradoras del Pindo, monte de Grecia, entre Epiro y Tesalia.



*y del dolor el sueño desterrado
con ansia vas buscando al que partido
era ya con el sueño y alongado.*

*Así desfalleciendo en tu sentido,
como fuera de ti, por la ribera
de Trápana⁽⁶⁰⁾ con llanto y con gemido*

*el caro hermano buscas, que solo era
la mitad de tu alma, el cual muriendo,
no quedará ya tu alma entera.*

*Y no de otra manera repitiendo
vas el amado nombre, en desusada
figura a todas partes revolviendo,
que cerca del Erídano, aquejada,
lloró y llamó Lampecie el nombre en vano,
con la fraterna muerte lastimada:*

*«Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Faetón⁽⁶¹⁾, si no, aquí veréis mi muerte,
regando con mis ojos este llano.»*

*¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte
avivadas las fuerzas, renovaba
las quejas de su cruda y dura suerte!*

*¡Y cuántas otras, cuando se acababa
aquel furor, en la ribera umbrosa,
muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!*

*Bien te confieso que, si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
entristecer un alma generosa,*

*con gran razón podrá ser la presente,
pues te ha privado de un tan dulce amigo,
no solamente hermano, un accidente;*

*el cual no sólo siempre fue testigo
de tus consejos y íntimos secretos,
más de cuanto lo fuiste tú contigo.*

*En él se reclinaban tus discretos
y honestos pareceres, y hacían
conformes al asiento sus efetos.*

⁽⁶⁰⁾ Trápana es una región de Sicilia, en la que murió Don Bernardino.

⁽⁶¹⁾ Una vez más recurre Garcilaso a la leyenda de Faetón, precipitado en el río Erídano (Po). Su hermana Lampecie lo lloró en vano.



*En él ya se mostraban y leían
tus gracias y virtudes, una a una,
y con hermosa luz resplandecían,*

*como en luciente de cristal coluna,
que no encubre de cuanto se avvicina
a su viva pureza cosa alguna.*

*¡Oh miserables hados! ¡Oh mesquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!*

*Y agora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad, cuyo progreso
muda de un mal a otro su figura.*

*¿A quién ya de nosotros el eceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca, y no ha cansado el gran proceso?*

*¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vio su vida
perder mil veces y escapar por yerro?*

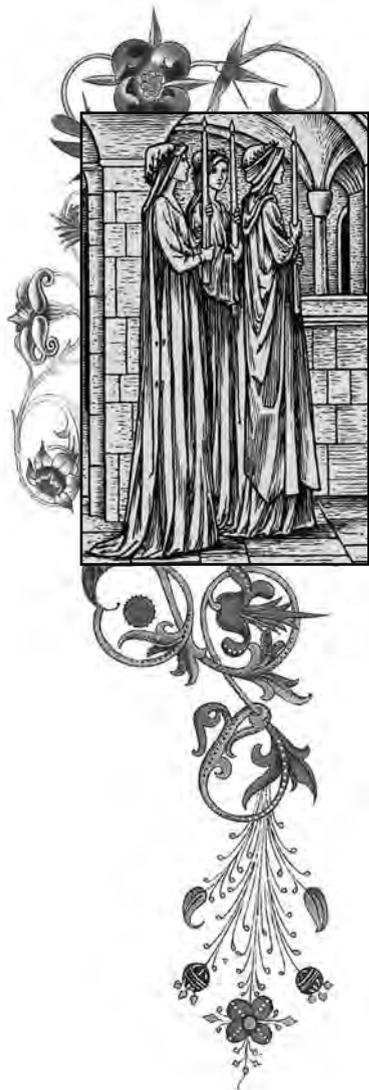
*¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa y la mujer y la memoria,
y de otros la hacienda despedida?*

*¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimientos?
Sabralo quien leyere nuestra historia.*

*Verase allí que como polvo al viento
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.*

*No contenta con esto la enemiga
del humano linaje, que envidiosa
coge sin tiempo el grano de la espiga,
nos ha querido ser tan rigurosa,
que ni a tu juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.*

*¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino?*



*¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?*

*Nunca los tuyos, mas los propios daños,
dolernos deben; que la muerte amarga
nos muestra claros ya mil desengaños:*

*hanos mostrado ya que en vida larga
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga;*

*hanos mostrado en ti que claros ojos
y juventud y gracia y hermosura
son también, cuando quiere, sus despojos.*

*Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser de vida ya privada,
no muestre el artificio de natura.*

*Bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada;*

*porque el calor templado que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro,
robado ya la muerte te lo había.*

*En todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño descansabas,
indicio dando del vivir futuro.*

*Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
de quien perdidamente eras amado,
a quien la vida con la tuya dabas?*

*Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado;*

*tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre viva fuerza.*

*A todas las contemplo desparciendo
de su cabello luengo el fino oro,
al cual ultraje y daño están haciendo.*



*El viejo Tormes con el blanco coro
de sus hermosas ninfas seca el río,
y humedece la tierra con su lloro,
no recostado en urna al dulce frío
de su caverna umbrosa, mas tendido
por el arena en el ardiente estío,
con ronco son de llanto y de gemido,
los cabellos y barbas mal paradas
se despedaza y el sutil vestido.*

*En torno dél sus ninfas desmayadas
llorando en tierra están sin ornamento,
con las cabezas de oro despeinadas.*

*Cese ya del dolor el sentimiento,
hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento;
consolad a la madre, que el piadoso
dolor la tiene puesta en tal estado,
que es menester socorro presuroso.*

*Presto será que el cuerpo, sepultado
en un perpetuo mármol, de las ondas
podrá de vuestro Tormes ser bañado.*

*Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
aguas metido podrá ser que al llanto
de mi dolor te muevas y respondas.*

*Vos, altos promontorios, entre tanto
con toda la Trinacria⁽⁶²⁾, entristecida
buscad alivio en desconsuelo tanto.*

*Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
sin enojos se pasa, moradores
de la parte repuesta y escondida,
con luenga experiencia sabidores,
buscad para consuelo de Fernando
hierbas de propiedad oculta y flores;*

*así en el escondido bosque, cuando
ardiendo en vivo agradable fuego
las fugitivas ninfas vais buscando,*

⁽⁶²⁾ Así es llamada Sicilia por sus tres cumbres.



*ellas se inclinen al piadoso ruego,
y en recíproco lazo estén ligadas,
sin esquivar el amoroso juego.*

*Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
y tus presentes obras resplandeces,
y a mayor fama están por ti obligadas,*

*contempla dónde estás; que, si falleces
al nombre que has ganado entre la gente
de tu virtud en algo te enflaqueces.*

*Porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de fortuna
con firme rostro y corazón valiente.*

*Y no tan solamente esta importuna,
con proceso cruel y riguroso,
con revolver de sol, de cielo y luna,*

*mover no debe un pecho generoso,
ni entristecello con funesto vuelo,
turbando con molestia su reposo;*

*mas, si toda la máquina del cielo
con espantable son y con ruido,
hecha pedazos, se viniere al suelo,*

*debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran ruina,
primero que espantado y conmovido⁽⁶³⁾.*

*Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.*

*En fin, Señor, tornando al movimiento
de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento;*

*mas el eceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito.*

*A lo menos el tiempo que descrece
y muda de las cosas el estado
debe bastar, si la razón fallece.*



⁽⁶³⁾ Estos versos recuerdan aquellos bien conocidos de Horacio: *si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae* "si se desmorona el universo, roto, los escombros lo herirán impávido" [al hombre justo y tenaz].



*No fue el troyano⁽⁶⁴⁾ príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido,
ni siempre de la madre lamentado;*

*antes, después del cuerpo redemido
con lágrimas humildes y con oro,
que fue del fiero Aquiles concedido,
y reprimido el lamentable coro
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.*

*El tierno pecho, en esta parte humano,
de Venus⁽⁶⁵⁾ ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano?*

*Mas, desde vido bien que corrompiendo
con lágrimas sus ojos no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,*

*y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la escura
y tenebrosa noche al claro día,*

*los ojos enjugó, y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura;*

*y luego con gracioso movimiento
se fue su paso, por el verde suelo,
con su guirnalda usada y su ornamento;*

*desordenaba con lascivo vuelo
el viento su cabello, y con su vista
alegraba la tierra, el mar y el cielo.*

*Con discurso y razón que es tan prevista,
con fortaleza y ser que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.*

*Tu ardiente gana de subir al templo,
donde la muerte pierde su derecho,
te baste, sin mostrarte yo otro ejemplo.*

*Allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.*

⁽⁶⁴⁾ Se resume en estos versos el episodio de la muerte y rescate del cuerpo de Héctor, hijo del rey Príamo.

⁽⁶⁵⁾ De nuevo se hace referencia a la leyenda de Venus y Adonis, muerto por un jabalí.



⁽⁶⁶⁾ Eta (Oeta) es el monte en el que Hércules (Alcides) murió, por causa de la túnica que le había regalado su esposa Deyanira.

⁽⁶⁷⁾ También en la égloga segunda se refirió Garcilaso al padre (Don García) y al abuelo (Don Fadrique) de Don Fernando.

*Vuelve los ojos donde al fin te llama
la suprema esperanza, do perfeta
sube y purgada el alma en pura llama.*

*¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta⁽⁶⁶⁾
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espirtu al alta meta?*

*Desta manera aquel por quien reparte
tu corazón sospiros mil al día,
y resuena tu llanto en cada parte,*

*subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro,
en la dulce región de la alegría;*

*do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales,
ciegos, errados en el aire escuro;*

*y viendo y contemplando nuestros males,
alégrase de haber alzado el vuelo
a gozar de las horas inmortales.*

*Pisa el inmenso y cristalino cielo
teniendo puestos de una y otra mano
el claro padre⁽⁶⁷⁾ y el sublime abuelo.*

*El uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes,
que el áspero camino hacen llano;*

*el otro, que acá hizo entre las gentes
en la vida mortal menor tardanza,
sus llagas muestra allá resplandecientes.*

*Dellas aqueste premio allá se alcanza;
porque del enemigo no conviene
procurar en el cielo otra venganza.*

*Mira la tierra, el mar que la contiene
todo, lo cual por un pequeño punto
a respeto del cielo juzga y tiene.*

*Puesta la vista en aquel gran trasunto
y espejo, do se muestra lo pasado
con lo futuro y lo presente junto,*



*el tiempo que a tu vida limitado
de allá arriba te está, Fernando, mira,
y allí ve tu lugar ya deputado.*

*¡Oh bienaventurado, que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
con quien acá se muere y se sospira;*

*y en eterna holganza y en sosiego
vives y vivirás cuanto encendiere
las almas del divino amor el fuego!*

*Si el cielo piadoso y largo diere
luenga vida a la voz desde mi llanto,
lo cual tú sabes que pretende y quiere,*

*yo te prometo, amigo, que entre tanto
que el sol al mundo alumbre, y que la oscura
noche cubra la tierra con su manto,*

*y en tanto que los peces la hondura
húmeda habitarán del mar profundo,
y las fieras del monte la espesura,*

*se cantará de ti por todo el mundo;
que, en cuanto se discurre, nunca visto
de tus años jamás otro segundo
será desde el Antártico⁽⁶⁸⁾ a Calisto.*

⁽⁶⁸⁾ Desde el Antártico al Ártico, representado aquí por Calisto, que fue convertida por Zeus en la constelación de la Osa Mayor.





ELEGÍA SEGUNDA

*QUÍ, Boscán⁽⁶⁹⁾, donde el buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
conserva la ceniza el Mantuano,*

*debajo de la seña esclarecida
de César Africano nos hallamos,
la vencedora gente recogida:*

*diversos en estudio, que unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;*

*otros, que hacen la virtud amiga
y premio de sus obras, y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga;*

*destotros en lo público difieren,
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren.*

*Yo voy por medio, porque nunca tanto
quise obligarme a procurar hacienda,
que un poco más que aquellos me levanto.*

*Ni voy tampoco por la estrecha senda
de los que cierto sé que a la otra vía
vuelven de noche, al caminar, la rienda.*

*Mas, ¿dónde me llevó la pluma mía,
que a sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es elegía?*

*Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
por donde vos sabéis, que su proceso
siempre ha llevado y lleva Garcilaso;*

*Y así, en mitad de aqueste monte espeso
de las diversidades me sostengo,
no sin dificultad, mas no por eso*

*dejo las musas, antes torno y vengo
dellas al negociar, y variando
con ellas dulcemente me entretengo.*

⁽⁶⁹⁾ Garcilaso dedica esta elegía a su amigo Boscán desde Sicilia y tras la victoria en Túnez de Carlos V (César Africano). Allí reposaban las cenizas de Anquises, padre de Eneas, según Virgilio (el Mantuano).



*Así se van las horas engañando,
así del duro afán y grave pena
estamos algún hora descansando.*

*De aquí iremos a ver de la Sirena
la patria⁽⁷⁰⁾, que bien muestra haber ya sido
de ocio y de amor antiguamente llena.*

*Allí mi corazón tuvo su nido
un tiempo; más no sé, triste, agora
o si estará ocupado o desparcido.*

*De aquesto un frío temor así a deshora
por mis huesos discurre en tal manera,
que no puedo vivir con él un hora.*

*Si, triste, de mi bien estado hubiera
un breve tiempo ausente, yo no niego
que con mayor seguridad viviera.*

*La breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor, que en fragua ardiente
el agua moderada hace al fuego,*

*la cual verás que no tan solamente
no lo suele matar, mas lo refuerza
con ardor más intenso y eminente;*

*porque un contrario con la poca fuerza
de su contrario, por vencer la lucha,
su brazo aviva y su valor esfuerza;*

*pero, si el agua en abundancia mucha
sobre el fuego se esparce y se derrama,
el humo sube al cielo, el son se escucha,*

*y el claro resplandor de viva llama,
en polvo y en ceniza convertido,
apenas queda dél sino la fama.*

*Así el ausencia larga, que ha esparcido
en abundancia su licor, que amata
el fuego que el amor tenía encendido,*

*de tal suerte lo deja, que lo trata
la mano sin peligro en el momento
que en apariencia y son se desbarata.*

⁽⁷⁰⁾ Así es designada Nápoles, porque allí se enseñaba el cuerpo muerto de la sirena Parténope. El poeta hace esa referencia porque allí tuvo un amor durante algún tiempo.



*Yo solo fuera voy de aqueste cuento;
porque el amor me aflige y me atormenta,
y en el ausencia crece el mal que siento;*

*y pienso yo que la razón consienta
y permita la causa deste efeto,
que a mí sólo entre todos se presenta;*

*porque, como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y deputado
al amoroso fuego en que me meto,*

*así para poder ser amatado,
el ausencia sin término infinita
debe ser, y sin tiempo limitado;*

*lo cual no habrá razón que lo permita;
porque, por más y más que ausencia dure,
con la vida se acaba, que es finita.*

*Mas a mí ¿ quién habrá que me asegure
que mi mala fortuna con mudanza
y olvido contra mí no se conjure?*

*Este temor persigue la esperanza
y oprime y enflaquece el gran deseo
con que mis ojos van de su holganza;*

*con ellos solamente agora veo
este dolor que el corazón me parte,
y con él y conmigo aquí peleo.*

*¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
de túnica cubierto de diamante,
y endurecido siempre en toda parte!*

*¿Qué tiene que hacer el tierno amante
con tu dureza y áspero ejercicio
llevado siempre del furor delante?*

*Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
soy reducido a términos que muerte
será mi postrimero beneficio.*

(71) Aunque no había encontrado hasta entonces la muerte en combate, ése sería su final poco después.

*Y ésta no permitió mi dura suerte
que me sobreviniese peleando⁽⁷¹⁾,
de hierro traspasado agudo y fuerte,*



*porque me consumiese contemplando
mi amado y dulce fruto en mano ajena
y el duro poseedor de mí burlando.*

*Mas, ¿dónde me trasporta y enajena
de mi propio sentido el triste miedo?
A parte de vergüenza y dolor llena,
donde si el mal yo viese, ya no puedo,
según con esperalle estoy perdido,
acrecentar en la miseria un dedo.*

*Así lo pienso agora y, si él venido
fuese en su misma forma y su figura,
tendría el presente por menor partido,
y agradecería siempre a la ventura
mostrarme de mi mal sólo el retrato,
que pintan mi temor y mi tristura.*

*Yo sé qué cosa es esperar un rato
el bien del propio engaño, y solamente
tener con él inteligencia y trato.*

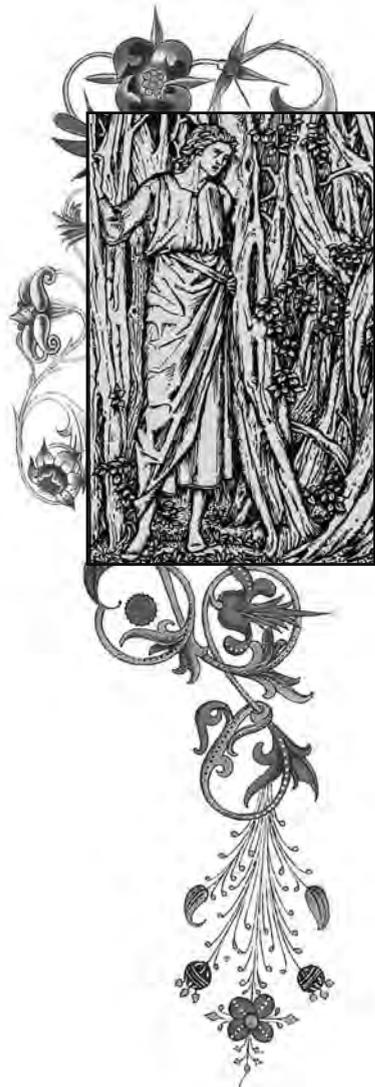
*Como acontece al mísero doliente,
que del un cabo el cierto amigo y sano
le muestra el grave mal de su accidente,
y le amonesta que del cuerpo humano
comience a levantar a menor parte
el alma suelta con volar liviano;*

*mas la tierna mujer, de la otra parte,
no se puede entregar a desengaño,
y encúbrele del mal la mayor parte;*

*él, abrazado con su dulce engaño,
vuelve los ojos a la voz piadosa,
y alégrase muriendo con su daño;*

*así los quito yo de toda cosa,
y póngolos en solo el pensamiento
de la esperanza cierta o mentirosa.*

*En este dulce error muero contento;
porque ver claro y conocer mi estado
no puede ya curar el mal que siento;*



*y acabo como aquel que, en un templado
baño metido, sin sentido muere,
las venas dulcemente desatado.*

*Tú, que en la patria entre quien bien te quiere⁽⁷²⁾
la deleitosa playa estás mirando,
y oyendo el son del mar que en ella hiere,*

*y sin impedimento contemplando
la misma a quien tú vas eterna fama,
en tus vivos escritos, procurando;*

*alégrate, que más hermosa llama
que aquella que el troyano encendimiento
pudo causar el corazón te inflama.*

*No tienes que temer el movimiento
de la fortuna con soplar contrario,
que el puro resplandor serena el viento.*

*Yo, como conducido mercenario,
voy do fortuna a mi pesar me envía,
si no a morir, que aquesto es voluntario.*

*Sólo sostiene la esperanza mía
un tan débil engaño, que de nuevo
es menester hacello cada día;*

*y si no lo fabrico y lo renuevo,
da consigo en el suelo mi esperanza,
tanto, que en vano a levantalla pruebo.*

*Aqueste premio mi servir alcanza,
que en sola la miseria de mi vida
negó fortuna su común mudanza.*

*¿Dónde podré huir que sacudida
un rato sea de mí la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?*

*Mas ¡ay! que la distancia no descarga
el triste corazón, y el mal, doquiera
que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga.*

*Si donde el sol ardiente reverbera
en la arenosa Libia⁽⁷³⁾, engendradora
de toda cosa ponzoñosa y fiera;*

(72) Alusión a la esposa de su amigo Boscán, Ana Girón de Rebolledo, inmortalizada en los versos de su marido. Su amor fue más hermoso que el de Paris y Helena (troyano encendimiento).

(73) Con Libia se hace referencia a África, pues aquél fue el nombre que le dieron los griegos.



*o donde él es vencido a cualquier hora
de la rígida nieve y viento frío,
parte do no se vive ni se mora;*

*si en ésta o en aquélla el desvarío
o la fortuna me llevase un día,
y allí gastase todo el tiempo mío,*

*el celoso temor con mano fría
en medio del calor y ardiente arena
el triste corazón me apretaría;*

*y en el rigor del hielo, en la serena
noche, soplando el viento agudo y puro,
que el veloce correr del agua enfrena,*

*de aqueste vivo fuego en que me apuro
y consumirme poco a poco espero,
sé que aun allí no podré estar seguro;
y así, diverso entre contrarios muero.*







CANCIÓN PRIMERA

*I a la región desierta, inhabitable
por el hervor del sol demasiado,
y sequedad de aquella arena ardiente,
o a la que por el hielo congelado
y rigurosa nieve es intratable,
del todo inhabitada de la gente,
por algún accidente
o caso de fortuna desastrada,
me fuédes llevada,
y supiese que allá vuestra dureza
estaba en su crueza,
allá os iría a buscar, como perdido,
hasta morir a vuestros pies tendido.*

*Vuestra soberbia y condición esquiva
acabe ya, pues es tan acabada
la fuerza de en quien ha de esecutarse.
Mirad bien que el amor se desagrada
deso, pues quiere que el amante viva
y se convierta a do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
y de mis males arrepentimiento,
confusión y tormento
sé que os ha de quedar, y esto recelo:
¡que aun de aquesto me duelo!
Como en mí vuestros males son de otra arte,
duélenme en más sensible y tierna parte.*

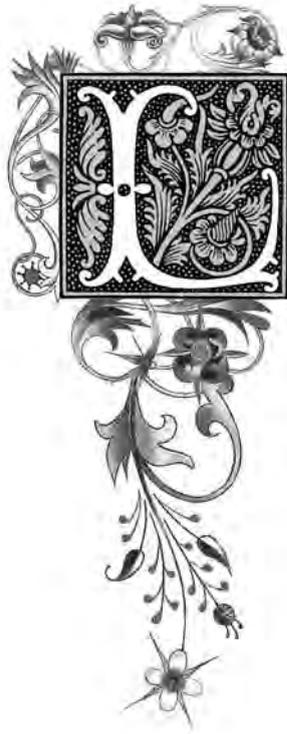
*Así paso la vida, acrecentando
materia de dolor a mis sentidos,
como si la que tengo no bastase;
los cuales para todo están perdidos,
sino para mostrarme a mí cuál ando.
Pluguiese a Dios que aquesto aprovechase
para que yo pensase
un rato en mi remedio, pues os veo
siempre ir con un deseo
de perseguir al triste y al caído;
yo estoy aquí tendido,
mostrándoos de mi muerte las señales,
y vos viviendo sólo de mis males.*



*Si aquella amarillez y los suspiros
salidos sin licencia de su dueño,
si aquel hondo silencio no han podido
un sentimiento grande ni pequeño
mover en vos, que baste convertiros
a siquiera saber que soy nacido,
baste ya haber sufrido
tanto tiempo, a pesar de lo que basto;
que a mí mismo contraste,
dándome a entender que mi flaqueza
me tiene en la tristeza
en que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
así que con flaqueza me defiendo.*

*Canción, no has de tener
conmigo que ver más en malo o en bueno;
trátame como ajeno,
que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
no quieras hacer más por mi derecho
de lo que hice yo, que el mal me he hecho.*





CANCIÓN SEGUNDA

*A soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
por ellos esparciendo
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen;
puesto que ellas merecen
ser de vos escuchadas,
pues son tan bien vertidas,
he lástima de ver que van perdidas
por donde suelen ir las remediadas.
A mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.*

*Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿Adonde iré, si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora
valerme en mi tristura,
si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
con quien mi voluntad
recibe tal engaño,
que viéndoos holgar siempre con mi daño,
me quejo a vos, como si en la verdad
vuestra condición fuerte
tuviese alguna cuenta con mi muerte.*

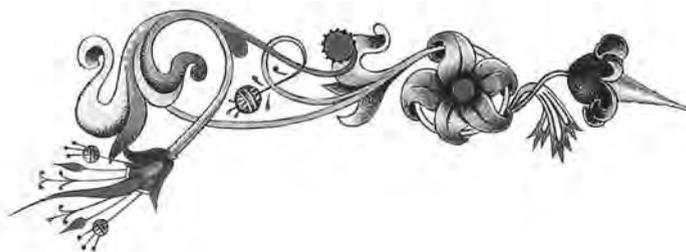
*Los árboles presento
entre las duras peñas
por testigo de cuanto os he encubierto;
de lo que entre ellas cuento
podrán dar buenas señas,
si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
en contar el dolor,
que es de orden enemigo?
No me den pena, pues, por lo que digo,
que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
de no esperar remedio y de quejarse!*



*Mas esto me es vedado
con unas obras tales
con que nunca fue a nadie defendido;
que si otros han dejado
de publicar sus males,
llorando el mal estado a que han venido,
señora, no habrá sido
sino con mejoría
y alivio en su tormento;
mas ha venido en mí a ser lo que siento
de tal arte, que ya en mi fantasía
no cabe; y así quedo
sufriendo aquello que decir no puedo.*

*Si por ventura estiendo
alguna vez mis ojos
por el proceso luengo de mis daños,
con lo que me defiendo
de tan grandes enojos,
solamente es allí con mis engaños;
mas vuestros desengaños
vencen mi desvarío
y apocan mis defensas,
sin yo poder dar otras recompensas,
sino que, siendo vuestro más que mío,
quise perderme así,
para vengarme de vos, señora, en mí.*

*Canción, yo he dicho más que me mandaron,
y menos que pensé;
no me pregunten más, que lo diré.*





CANCIÓN TERCERA

*ON un manso ruido
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio⁽⁷⁴⁾ una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien como yo estó agora no estuviera;
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiñeños
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca día ni noche cesan dellas.*

*Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado;
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.*

*El cuerpo está en poder
y en manos de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar,
en el mismo lugar,
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y ha hallado;
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.*

⁽⁷⁴⁾ El poeta se encuentra en una isla del Danubio, castigado por Carlos V. La causa fue haber asistido a la boda de su sobrino, a la que se oponía el emperador.



*No es necesario agora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada;
pues ha sido en un hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada.
¿Y al fin de tal jornada
presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo;
que aun nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.*

*Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas y siendo
en ellas anegadas;
si en tierra tan ajena
en la desierta arena
fueren de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas, siquiera,
porque su error se acabe en tu ribera.*

*Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte;
que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
si hubieras de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.*





CANCIÓN CUARTA

*L aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efetos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones,
sabr  el mundo la causa porque muero,
y morir  a lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
de un tal desatinado pensamiento,
que por agudas pe as peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera;
y, para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores
descanso, y dellos vengo a no acordarme;
mas él a más descanso no me espera;
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.*

*No vine por mis pies a tantos daños;
fuerzas de mi destino me trajeron,
y a la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y juicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí ni d  meterse,
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza costre ida,
con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón salió al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino,
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida.
Pensar en el temor de ser vencida,
la sangre alguna vez le calentaba,
mas el mismo temor se la enfriaba.*



*Estaba yo a mirar, y peleando
 en mi defensa mi razón estaba
 cansada, y en mil partes ya herida;
 y, sin ver yo quién dentro me incitaba,
 ni saber cómo, estaba deseando
 que allí quedase mi razón vencida.
 Nunca en todo el proceso de mi vida
 cosa se me cumplió que desease
 tan presto como aquesta: que a la hora
 se rindió la señora,
 y al siervo consintió que gobernase
 y usase de la ley del vencimiento.
 Entonces yo sentime salteado
 de una vergüenza libre y generosa;
 corrimo gravemente que una cosa
 tan sin razón hubiese así pasado.
 Luego siguió el dolor al corrimiento
 de ver mi reino en mano de quien cuento
 que me da vida y muerte cada día,
 y es la más moderada tiranía.*

*Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
 tornar clara la noche tenebrosa,
 y escurecer al sol a mediodía,
 me convirtieron luego en otra cosa.
 En volviéndose a mí la vez primera
 con el calor del rayo que salía
 de su vista, que en mí se difundía,
 y de mis ojos la abundante vena
 de lágrimas, al sol que me inflamaba,
 no menos ayudaba
 a hacer mi natura en todo ajena
 de lo que era primero. Corromperse
 sentí el sosiego y libertad pasada,
 y el mal de que muriendo está engendrarse,
 y en tierra sus raíces ahondarse
 tanto cuanto su cima levantada
 sobre cualquier altura hace verse.
 El fruto que de aquí suele cogerse,
 mil es amargo, alguna vez sabroso,
 mas mortífero siempre y ponzoñoso.*



*De mí, agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga;
que al un error añado el otro yerro,
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su meneo,
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento,
para matar aquel que está sediento,
mostralle el agua porque está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente;
mas, cuando llega ya para bebella,
gran espacio se halla lejos della.*

*De los cabellos de oro fue tejida
la red⁽⁷⁵⁾ que fabricó mi sentimiento,
do mi razón revuelta y enredada,
con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y, sometida,
en público adulterio fue tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.*

(75) Hay aquí una referencia a los amores de Venus y Marte. Hefesto, marido de Afrodita, preparó una red mágica para apresar a los amantes. En el caso de Garcilaso es la razón la que comete adulterio con el apetito.



*No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos el dolor, que el alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la fuerza del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando,
de nuevo protestando
que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo es ya perdido,
mas es en tanto daño del sentido
este dolor, y en tanto perjuicio,
que todo lo sensible atormentado,
del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
está de todo punto, y sólo siente
la furia y el rigor del mal presente.*

*En medio de la fuerza del tormento
una sombra de bien se me presenta,
do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto a mí que sienta
alguna parte de lo que yo siento
aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga,
que, si con algo yo no me engañase
para poder llevalla, moriría;
y así me acabaría
sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que, del estado más perdido
saco algún bien, mas luego en mí la suerte
trueca y revuelve el orden, que algún hora,
si el mal acaso un poco en mí mejora,
aquel descanso luego se convierte
en un temor que me ha puesto en olvido
aquella por quien sola me he perdido.
Así, del bien que un rato satisface
nace el dolor que el alma me deshace.*



*Canción, si quien te viere se espantare
de la inestabilidad y ligereza
y revuelta del vago pensamiento,
estable, grave y firme es el tormento
le di que es causa, cuya fortaleza
es tal, que cualquier parte que tocare
le hará revolver hasta que pare
en aquel fin de lo terrible y fuerte,
que todo el mundo afirma que es la muerte.*





CANCIÓN QUINTA

ODA «A LA FLOR DE GNIDO»



*I de mi baja lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento,*

*y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los trajese,*

*no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido,*

*ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.*

*Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;*

*y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.*



*Hablo de aquel cativo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.*

*Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.*

*Por ti, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.*

*Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.*

*Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
nafragio fui su puerto y su reposo.*

*Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.*

*No fuiste tú engendada
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada,
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.*



*Hágate temerosa
el caso de Anajérete⁽⁷⁶⁾, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió más tarde,
y así su alma con su mármol arde.*

*Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abajo mirando,
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.*

*Y al cuello el lazo atado,
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la eterna punición ajena.*

*Sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?*

*Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron,
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron;*

*las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura,*

*hasta que, finalmente,
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.*

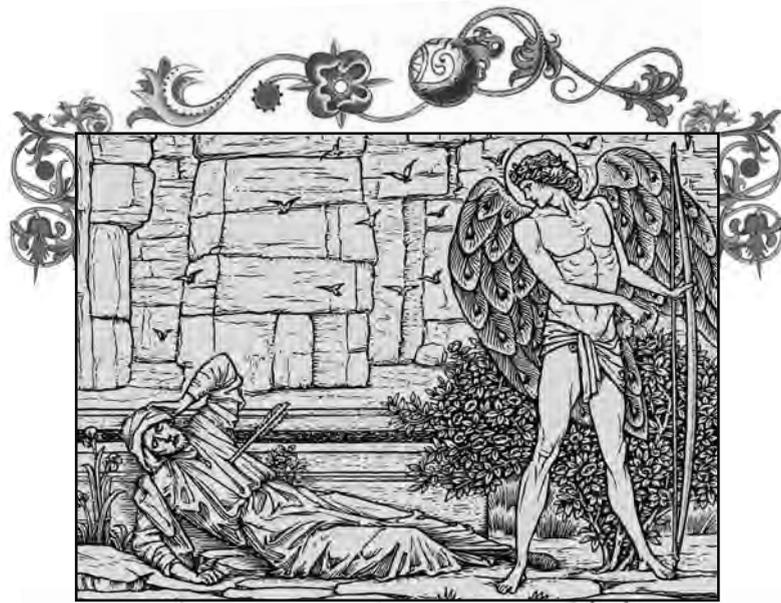
⁽⁷⁶⁾ En este amplio pasaje se cuenta la leyenda de Anaxáreta, de quien se enamoró el joven Ifis. Al verse rechazado se ahorcó a la puerta de la joven. Afrodita la convirtió en estatua de piedra en la postura que tenía cuando se asomó a la ventana para ver el entierro de Ifis. Garcilaso atribuye el castigo a Némesis, diosa de la venganza.



*No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas*

*den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable
que por ti pase triste y miserable.*







SONETO I

*CUANDO me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;*

*mas, cuando del camino estó olvidado,
a tanto mal no sé por do he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.*

*Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme
si ella quisiere, y aun sabrá querello,*

*que, pues, mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo ¿qué hará sino hacello?*

SONETO II

*EN fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado,
que aun aliviar con quejas mi cuidado,
como remedio, me es ya defendido.*

*Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta un espada en un rendido.*

*Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y la aspereza
dieron mal fruto dellas y mi suerte.*

*Basten las que por vos tengo lloradas.
No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
allá os vengad, señora, con mi muerte.*



SONETO III

*LA mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
yéndome alejando cada día
gentes, costumbres, lenguas he pasado.*

*Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.*

*De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello.*

*Mas de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo;
y, si esto lo es, tampoco podré habello.*

SONETO IV

*UN rato se levanta mi esperanza,
mas, cansada de haberse levantado,
torna a caer, que deja, mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.*

*¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh, corazón cansado!
esfuerza en la miseria de tu estado,
que tras fortuna suele haber bonanza.*

*Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso.*

*Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera,
desnudo espirtu o hombre en carne y hueso.*



SONETO V

ESCRITO está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escrebir de vos deseo;
vos sola lo escrebistes, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

*En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.*

*Yo no nací sino para quereros,
mi alma os ha cortado a su medida:
por hábito del alma misma os quiero.*

*Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.*

SONETO VI

POR ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo;
y, si a mudarme o dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado.

*Mas tal estoy, que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo;
y conozco el mejor y el peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.*

*Por otra parte, el breve tiempo mío,
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,*

*mi inclinación, con quien ya no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.*



SONETO VII

*No pierda más quien ha tanto perdido;
bástete, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame agora haber jamás probado
a defenderme de lo que has querido.*

*Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.*

*Yo había jurado nunca más meterme,
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro, como vano.*

*Mas del que viene no podré valerme;
y en esto no voy contra el juramento,
que ni es como los otros ni en mi mano.*

SONETO VIII

*DE aquella vista pura y ecelente
salen espirtus vivos y encendidos,
y, siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente.*

*Encuéntranse al camino fácilmente
con los míos, que de tal calor movidos
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.*

*Ausente, en la memoria la imagino;
mis espirtus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida;*

*mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.*



SONETO IX

SEÑORA mía, si de vos yo ausente
en esta vida turo y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero,
y al bien de que gozaba en ser presente.

*Tras éste, luego siento otro accidente,
que es ver que, si de vida desespero,
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y así ando en lo que siento diferente.*

*En esta diferencia mis sentidos
están en vuestra ausencia y en porfía:
no sé ya qué hacerme en mal tamaño.*

*Nunca entre sí los veo sino reñidos.
De tal arte pelean noche y día,
que sólo se conciertan en mi daño.*

SONETO X

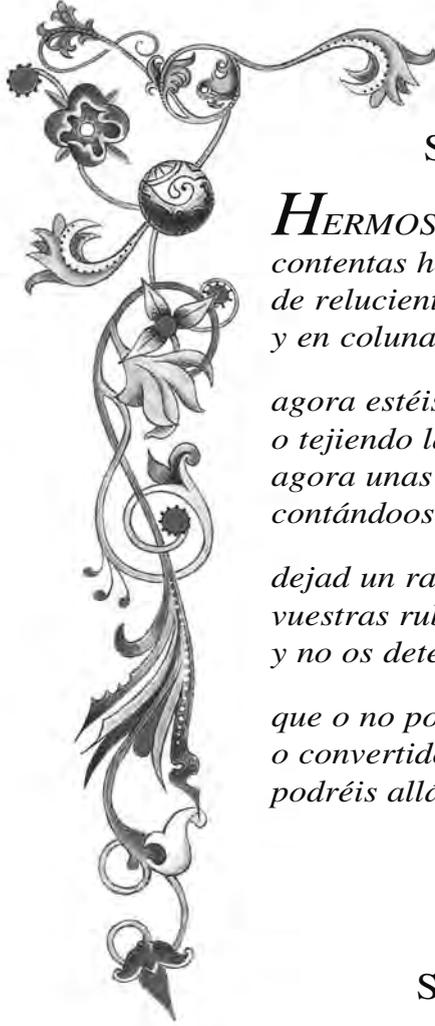
¡OH dulces prendas por mi mal halladas
dulces y alegres, cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

*¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?*

*Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto al mal que dejastes.*

*Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.*





SONETO XI

HERMOSAS ninfas, que en el río metidas
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en colunas de vidrio sostenidas;

agora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas,
agora unas con otras apartadas,
contándoos los amores y las vidas;

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando;

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando
podréis allá de espacio consolarme.

SONETO XII

SI para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,

no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso,
en tanta confusión, que nunca oso
fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquel que con las alas derretidas⁽⁷⁷⁾
cayendo fama y nombre al mar ha dado,

y la del que su fuego y su locura
llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?⁽⁷⁸⁾

(77) Se condensa en estos versos la leyenda de Ícaro, que se vio encerrado en el laberinto junto con su padre, Dédalo. Éste, para que su hijo pudiera salir de allí, ideó unas alas, pegadas con cera en los hombros de Ícaro. De forma imprudente se acercó al sol, derritiéndose la cera. Ícaro cayó al mar, que por su nombre fue llamado mar de Icaria.

(78) Una vez más alude a la leyenda de Faetón, que cayó al río Eridano (en el agua resfriado).



SONETO XIII

*A Dafne⁽⁷⁹⁾ ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro escurecían.*

*De áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros, que aún balbuciendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.*

*Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
el árbol que con lágrimas regaba.*

*¡Oh miserable estado, oh mal tamaño!
Que con lloralla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!*

SONETO XIV

*COMO la tierna madre que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa, de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente,*

*y aquel piadoso amor no le consiente
que considere el daño que haciendo
lo que le pide hace, va corriendo,
y dobla el mal, y aplaca el accidente,*

*así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría
quitar este mortal mantenimiento.*

*Mas pídemelo, y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte y aun la mía.*

⁽⁷⁹⁾ En la égloga tercera se refirió ya Garcilaso al amor de Apolo por Dafne, al que dedica de forma magistral este soneto.



SONETO XV

SI quejas y lamentos pueden tanto,
 que el curso refrenaron de los ríos,
 y en los diversos montes y sombríos
 los árboles movieron con su canto;
 si convirtieron a escuchar su llanto
 las fieras⁽⁸⁰⁾ tigres y peñascos fríos;
 si, en fin, con menos casos que los míos
 majaron a los reinos del espanto,
 ¿por qué no ablandará mi trabajosa
 vida, en miseria y lágrimas pasada,
 un corazón conmigo endurecido?
 Con más piedad debería ser escuchada
 la voz del que se llora por perdido
 que la del que perdió y llora otra cosa.

SONETO XVI

NO las francesas armas odiosas,
 en contra puestas del airado pecho,
 ni en los guardados muros con pertrecho
 los tiros y saetas ponzoñosas,
 no las escaramuzas peligrosas,
 ni aquel fiero ruido contrahecho
 de aquel para Júpiter fue hecho
 por manos de Vulcano⁽⁸¹⁾ artificiosas,
 pudieron, aunque más yo me ofrecía
 a los peligros de la dura guerra,
 quitar un hora sola de mi hado.

(80) Este soneto está impregnado por la leyenda de Orfeo, que con su canto amansaba las fieras y que bajó a los infiernos para sacar de allí a su amada Eurídice.

(81) Vulcano, como dios del fuego, preparaba en su fragua las armas para Júpiter.

*Más infición de aire en solo un día
 me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
 Parténope, tan lejos de mi tierra.*



SONETO XVII

*PENSANDO que el camino iba derecho
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.*

*El ancho campo me parece estrecho;
la noche clara para mí es oscura;
la dulce compañía, amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.*

*Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola que es ser imagen de la muerte
se aviene con el alma fatigada.*

*En fin, que, como quiera, estoy de arte,
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.*

SONETO XVIII

*SI a vuestra voluntad yo soy de cera,
y por sol tengo sólo vuestra vista,
la cual a quien no inflama o no conquista
con su mirar es de sentido fuera;*

*de do viene una cosa, que, si fuera
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera,*

*y es que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista, y encendido
tanto, que en vida me sostengo apenas.*

*Mas, si de cerca soy acometido
de vuestros ojos, luego siento, helado,
cuajárseme la sangre por las venas.*



SONETO XIX

*JULIO⁽⁸²⁾, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte,
y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,*

*de mi bien a mí mismo voy tomando
estrecha cuenta, y siento de tal arte
faltarme todo el bien, que temo en parte
que ha de faltarme el aire suspirando;*

*y, con este temor, mi lengua prueba
a razonar con vos ¡oh dulce amigo!
del amarga memoria de aquel día*

*en que yo comencé como testigo
a poder dar del alma vuestra nueva,
y a sabella de vos del alma mía.*

SONETO XX

*CON tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos,
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados.*

*El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destos acontecimientos,
que son duros, y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.*

*Aunque por otra parte no me duelo,
ya que el bien me dejó con su partida
del grave mal que en mí está de contino;*

*antes con él me abrazo y me consuelo,
porque en proceso de tan dura vida
atajaré la guerra del camino.*

⁽⁸²⁾ Dedicó este soneto a su amigo, el poeta italiano Julio César Caracciolo.



SONETO XXI

CLARÍSIMO Marqués, en quien derrama
el cielo cuanto bien conoce el mundo;
si al gran valor en que el sujeto fundo
y al claro resplandor de vuestra llama

aribaré mi pluma, y do la llama
la voz de vuestro nombre alto y profundo,
seréis vos solo eterno y sin segundo,
y por vos inmortal quien tanto os ama.

Cuanto del largo cielo se desea,
cuanto sobre la tierra se procura,
todo se halla en vos de parte a parte;

y, en fin, de sólo vos formó natura
una estraña y no vista al mundo idea,
y hizo igual al pensamiento el arte.

SONETO XXII

CON ansia extrema de mirar qué tiene
vuestro pecho escondido allá en su centro,
y ver si a lo de fuera lo de dentro
en apariencia y ser igual conviene,

en él puse la vista; mas detiene
de vuestra hermosura el duro encuentro
mis ojos, y no pasan tan adentro,
que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así se quedan tristes en la puerta
hecha por mi dolor, con esa mano,
que aun a su mismo pecho no perdona;

donde vi claro mi esperanza muerta,
y el golpe que os hizo amor en vano
non esservi passato oltra la gonna.



SONETO XXIII

*EN tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende al corazón y lo refrena;*

*y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;*

*coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.*

*Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.*

SONETO XXIV

*ILUSTRE honor del nombre de Cardona⁽⁸³⁾
décima moradora de Parnaso,
a Tansilo, a Minturno, al culto Tarso
sujeto noble de inmortal corona;*

*si en medio del camino no abandona
la fuerza y el espíritu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Helicon.*

*Podré llevar entonces sin trabajo
con dulce son que el curso al agua enfrena,
por un camino hasta agora enjuto,*

*el patrio celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.*

(83) Soneto dedicado a María de Cardona, poetisa considerada como la décima musa y por eso moradora del monte Parnaso y del Helicón. Recuerda también Garcilaso a sus amigos poetas italianos. Él mismo es nombrado con la segunda parte de su nombre, Laso.



SONETO XXV

¡OH hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas,
y esparciste por tierra fruta y flores.

*En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas,
y sordas a mis quejas y clamores.*

*Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,*

*hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.*

SONETO XXVI

ECHADO está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

*¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.*

*Las más veces me entrego, otras resisto
con tal furor, con una fuerza nueva,
que un monte puesto encima rompería.*

*Aqueste es el deseo que me lleva
a que desee tornar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.*



SONETO XXVII

*AMOR, amor, un hábito vestí,
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, mas apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.*

*Después acá de lo que consentí
tal arrepentimiento me ha tomado,
que pruebo alguna vez, de congojado,
a romper esto en que yo me metí.*

*Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,
que con él ha venido a conformarse?*

*Si alguna parte queda por ventura
de mi razón, por mí no osa mostrarse,
que en tal contradicción no está segura.*

SONETO XXVIII

*BOSCÁN, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.*

*Agora me castigo cada día
de tal salvatiquez y tal torpeza;
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.*

*Sabed que en mi perfecta edad y armado
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.*

*De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón. Si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.*



SONETO XXIX

*PASANDO el mar Leandro⁽⁸⁴⁾ el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.*

*Vencido del trabajo presuroso,
contrastar a las ondas no pudiendo,
y más del bien que allí perdía muriendo,
que de su propia vida congojoso,*

*como pudo esforzó su voz cansada,
y a las ondas habló desta manera,
mas nunca fue la voz dellas oída:*

*—Ondas, pues no os escusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor esecutá en mi vida—.*

SONETO XXX

*SOSPECHAS, que en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido pecho,
con dura mano, noche y día;*

*ya se acabó la resistencia mía
y la fuerza del alma; ya rendido
vencer de vos me dejó, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.*

*Llevadme a aquel lugar tan espantable,
do por no ver mi muerte allí esculpida
cerrados hasta aquí tuve los ojos.*

*Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable:
colgad en vuestro carro mis despojos.*

(84) Celebra el gran amor de Leandro por Hero. Leandro cruzaba todas las noches a nado desde Abidos hasta Sestos, situadas a una y otra parte del Helesponto. En una noche de tempestad murió Leandro, apareciendo al día siguiente frente a la torre de su amada, que se precipitó al vacío para no sobrevivir a su amante.



SONETO XXXI

DENTRO en mi alma fue de mí engendrado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fue su nacimiento
como de un solo hijo deseado;

mas luego dél nació quien ha estragado
del todo el amoroso pensamiento;
que en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha trocado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
y matas al abuelo! ¿por qué creces
tan disconforme a aquel de que has nacido?

¡Oh celoso temor! ¿a quién pareces?
¡Que la envidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el mostro que ha parido!

SONETO XXXII

ESTOY continuo en lágrimas bañado,
rompiendo el aire siempre con sospiros;
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado,

que viéndome do estoy y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

si a subir pruebo en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

Y, sobre todo, fáltame la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.



SONETO XXXIII

*MARIO⁽⁸⁵⁾, el ingrato amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,
mostrando en mí su vil naturaleza,
que es hacer más ofensa al más amigo,*

*teniendo miedo que, si escribo o digo
su condición, abajo su grandeza,
no bastando su fuerza a mi crueza
ha esforzado la mano a mi enemigo.*

*Y así, en la parte que la diestra mano
gobierna, y en aquella que declara
el conceto del alma, fui herido.*

*Mas yo haré que aquesta ofensa cara
le cueste al ofensor, que ya estoy sano,
libre, desesperado y ofendido.*

SONETO XXXIV

*GRACIAS al cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he sacudido,
y que del viento el mar embravecido
veré desde la tierra sin temello.*

*Veré colgada de un sutil cabello
la vida del amante embebecido
en su error, y en su engaño adormecido,
sordo a las voces que le avisan dello.*

*Alegrárame el mal de los mortales;
mas no es mi corazón tan inhumano
en aqueste mi error como parece,*

*porque yo huelgo, como huelga el sano,
no de ver a los otros en los males,
sino de ver que dellos él carece.*

⁽⁸⁵⁾ Es Mario Galeota,
amigo napolitano.



SONETO XXXV

*BOSCÁN, las armas y el furor de Marte,
que con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el romano⁽⁸⁶⁾
imperio reverdesca en esta parte,*

*han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya tuerza y valerosa mano
África se aterró de parte a parte.*

*Aquí donde el romano encendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa
sólo el nombre dejaron a Cartago,*

*vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.*

SONETO XXXVI

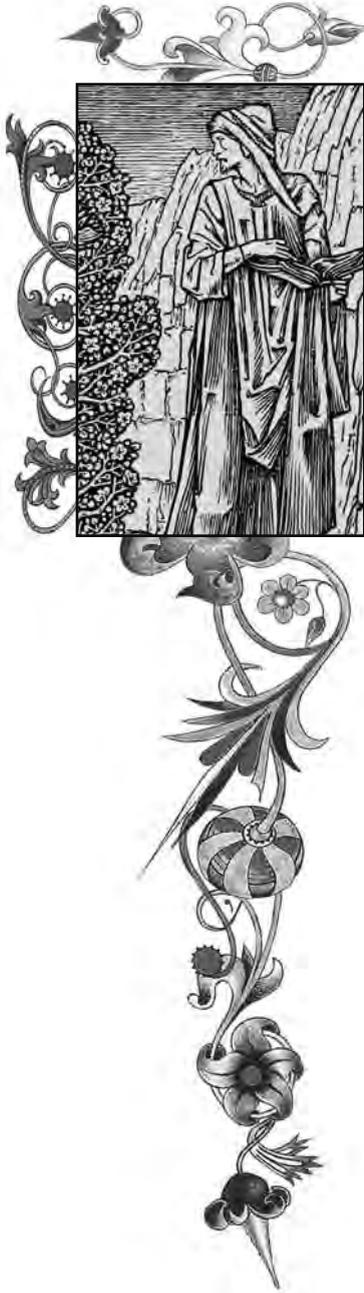
*A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba ni se vía,
vi que con estrañeza un can hacía
estremos de dolor con desconcierto;*

*ahora suelta el llanto al cielo abierto,
ora va rastreando por la vía;
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.*

*Y fue que se apartó de su presencia
su amor, y no le hallaba, y esto siente;
mirad hasta do llega el mal de ausencia.*

*Moviome a compasión ver su accidente;
díjele lastimado: «Ten paciencia,
que yo alcanzo razón, y estoy ausente.»*

(86) Al luchar en el norte de África recuerda Garcilaso las victorias de los romanos, que llegaron a aniquilar a Cartago (sólo el nombre dejaron).



SONETO XXXVII

*MI lengua va por do el dolor la guía;
ya yo con mi dolor sin guía camino;
entrambos hemos de ir con puro tino;
cada uno va a parar do no querría:*

*yo, porque voy sin otra compañía,
sino la que me hace el desatino;
ella, porque la lleve aquel que vino
a hacella decir más que querría.*

*Y es para mí la ley tan desigual,
que aunque inocencia siempre en mí conoce,
siempre yo pago el yerro ajeno mío.*

*¿Qué culpa tengo yo del desvarío
de mi lengua si estoy en tanto mal,
que el sufrimiento ya me desconoce?*

SONETO XXXVIII

*SIENTO el dolor menguarme poco a poco,
no porque ser le sienta más sencillo,
mas fallece el sentir para sentillo,
después que de sentillo estoy tan loco.*

*Ni en sello pienso que en locura toco,
antes voy tan ufano con oílo,
que no dejaré el sello y el sufrillo,
que si dejo de sello el seso apoco.*

*Todo me empece, el seso y la locura;
prívame éste de sí por ser tan mío,
mátame estotra por ser yo tan suyo.*

*Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal, do me destruyo:
yo lo tengo por única ventura.*





Obras Menores
COPLAS

I

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA



*ULPA debe ser quereros,
según lo que en mí hacéis;
más allá lo pagaréis,
do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis.*

*Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido
así me lo habéis mostrado,
que lo tengo bien sabido.*

*¡Quién pudiese no quereros
tanto como vos sabéis,
por holgarme que paguéis
lo que no han de conoceros
con lo que no conocéis!*

II

OTRA

*YO dejaré desde aquí
de ofenderos más hablando;
porque mi morir callando
os ha de hablar por mí.*

*Gran ofensa os tengo hecha
hasta aquí en haber hablado,
pues en cosa os he enojado
que tampoco me aprovecha.*

*Derramaré desde aquí
mis lágrimas no hablando;
porque quien muere callando
tiene quien hable por sí.*



III

A UNA PARTIDA

*ACASO supo, a mi ver,
y por cierto quereros,
quien tal hierro fue a hacer,
como partiese de veros
donde os dejase de ver.*

*Imposible es que este tal,
pensando que os conocía,
supiese lo que hacía,
cuando su bien y su mal
junto os entregó en un día.*

*Acertó acaso a hacer
lo que, si por conoceros
hiciera, no podía ser
partirse, y con sólo veros
dejaros siempre de ver.*

IV

TRADUCIENDO CUATRO VERSOS DE OVIDIO

*PUES este nombre perdí,
Dido⁽⁸⁷⁾, mujer de Siqueo,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:*

*«El peor de los troyanos
dio la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos.»*

(87) Dido, esposa de Siqueo, huyó de su tierra (Tiro) hasta Cartago. Allí se enamoró de Eneas, quien la abandonó (por eso *el peor de los troyanos*) para ir al Lacio.



V

A UNA SEÑORA QUE, ANDANDO ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPEZADA Y UN HUSO COMENZADO A HILAR EN ÉL, Y DIJO QUE AQUELLO HABÍA TRABAJADO TODO EL DÍA

*DE la red y del hilado
hemos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado.*

*Y, si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren
¿dónde lo pensáis echar?*

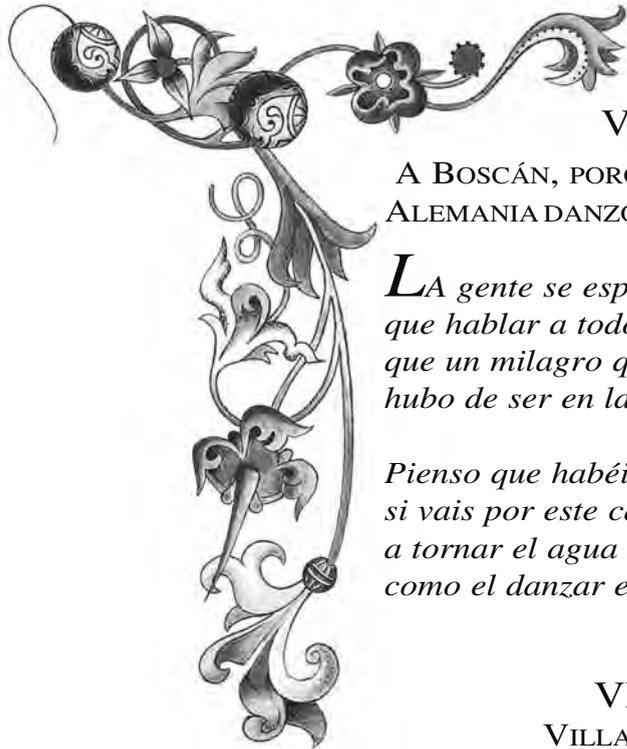
VI

GLOSA DE GARCILASO
SOBRE ESTE VILLANCICO

*¿QUÉ testimonios son estos
que le queréis levantar?
Que no fue sino bailar.*

*¿Ésta tienen por gran culpa?
No lo fue a mi parecer
porque tiene por desculpa
que lo hizo la mujer.*

*Ésta le hizo caer
mucho más que no el saltar
que hizo con el bailar.*



VII

A BOSCÁN, PORQUE ESTANDO EN
ALEMANIA DANZÓ EN UNAS BODAS

*LA gente se espanta toda
que hablar a todos distes,
que un milagro que hecistes,
hubo de ser en la boda.*

*Pienso que habéis de venir,
si vais por este camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reír.*

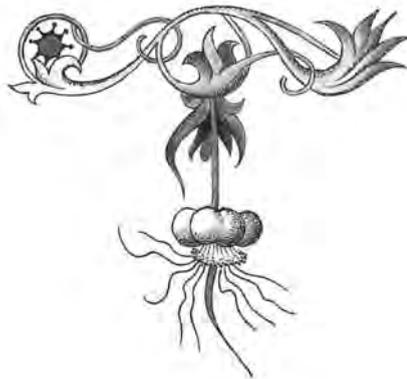
VIII

VILLANCICO

*NADI puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.*

*Porque la gloria de veros
en ese punto se quita,
que se piensa mereceros.*

*Así que, sin conoceros,
nadi puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.*





EPÍSTOLA

*EÑOR Boscán⁽⁸⁸⁾, quien tanto gusto tiene
de daros cuenta de los pensamientos
hasta en las cosas que no tienen nombre
no le podrá con vos faltar materia,
ni será menester buscar estilo
presto, distinto, de ornamento puro,
tal cual a culta epístola conviene.*

*Entre muy grandes bienes que consigo
el amistad perfeta nos concede,
es aqueste descuido suelto y puro
lejos de la curiosa pesadumbre;
y así, de aquesta libertad gozando,
digo que viene, cuanto a lo primero,
tan sano como aquel que en doce días
lo que sólo veréis ha caminado
cuando el fin de la carta os lo mostrare.*

*Alargo y suelto a su placer la rienda,
mucho más que al caballo, al pensamiento;
y llévame a las veces por camino
tan dulce y agradable, que me hace
olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
que con la fuerza del afán presente
también de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio
honesto y reposado en que el discurso
del gusto y del ingenio se ejercita.*

*Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que de la amistad mostró el camino;
y luego vos, de la amistad ejemplo,
os me ofrecéis en estos pensamientos.*

⁽⁸⁸⁾ Dirige Garcilaso a Boscán esta epístola, en la que sigue a Horacio en la mezcla de doctrina e intimidad.



*Y con vos a lo menos me acontece
una gran cosa, al parecer estraña;
y, porque la sepáis en pocos versos,
es que, considerando los provechos,
las honras y los gustos que me vienen
desta vuestra amistad que en tanto tengo,
ninguna cosa en mayor precio estimo,
ni me hace gustar del dulce estado,
tanto como el amor de parte mía.*

*Éste conmigo tiene tanta fuerza,
que, sabiendo muy bien las otras partes
de la amistad de la estrechez nuestra,
con solo aqueste el alma se entenece;
y sé que otramente me aprovecha
que el deleite, que suele ser pospuesto
a las útiles cosas y a las graves.*

*Llévame a escudriñar la causa desto
ver contino tan recio en mí el efeto,
y hallo que el provecho, el ornamento,
el gusto y el placer que se me sigue
del vínculo de amor que nuestro genio
enredó sobre nuestros corazones,
son cosas que de mí no salen fuera,
y en mí el provecho solo se convierte.*

*Mas el amor, de donde por ventura
nacen todas las cosas, si hay algunas
que a vuestra utilidad y gusto miren,
es razón grande que en mayor estima
tenido sea de mí, que todo el resto;
cuánto más generosa y alta parte
es el hacer el bien que el recibillo;
así que amando me deleito, y hallo
que no es locura este deleite mío.*

*¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!*



*Corrido de que ya por mentiroso
con razón me tendréis; arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan dina ya de vituperio;
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino;
llegar al fin a Napóles no habiendo
dejado allá enterrado algún tesoro,
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se halla ni se tiene.*

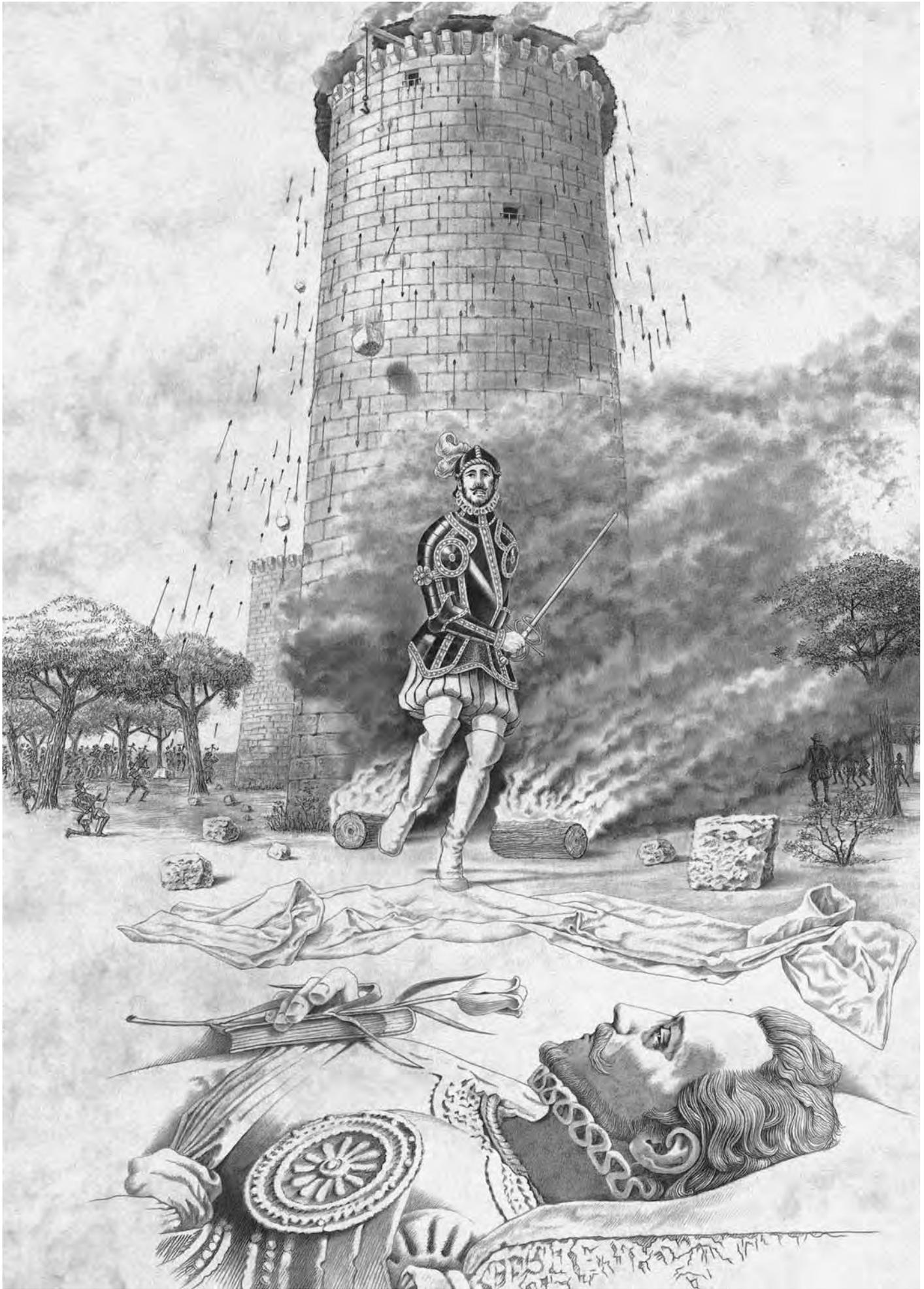
*A mi señor Dural estrechamente
abrazad de mi parte, si pudiéredes.
Doce del mes de otubre, de la tierra
do nació el claro fuego del Petrarca⁽⁸⁹⁾,
y donde están del fuego las cenizas.*

⁽⁸⁹⁾ Termina la epístola con una alusión al lugar de nacimiento de Laura, amada de Petrarca.





Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado
sin que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
pues se piensa mereceros.
Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sin que os haya mirado.



F/A.

RONCERO.



LÉXICO



a respeto de: con relación a
abajo: bajo, rebajo
abastanza: abundancia
acabó: consiguió
aceda: ácida
acedos: agrios
acidentes: síntomas
acordado: conformado
adolesca: enferme
afierra: sujeta
aflitos: afligidos
agora: ahora
albergo: albergue
alcores: colinas
almo: benéfico, vivificador
alongado: alejado
amancilla (se): se lamenta
amata: apaga
amena: dulce
apareja: prepara
aparejado: dispuesto
aportan: llegan
apriosa: de prisa
aqueso: eso
aquesta: esta
aqueste: este
argen: dinero (galicismo)
argento: plata
arribarás: llegarás
arte: manera, técnica
atendía: esperaba
atierra: aterra, tira a tierra
aveza (se): se acostumbra
avisada: concedora



baldía: vana
bastantes: suficientes
beldad: belleza
breña: tierra quebrada llena de matorrales
bullía(se): se movía



calidades: cualidades
campo: campamento
cana: blanca
cara: querida
carta: papel
caso: suceso, desgracia
castigarme: corregirme
cativo: desgraciado
céfiro: suave viento de poniente
cendrada: purificada en la cenra (pasta de ceniza de huesos para afinar el oro y la plata)
cierto: seguro
cojas: imperfectas
confesado: que ha expresado sus males
consejo: determinación
consuno (de): juntos
contino (de): continuamente
contrastan: prueban
contrastar: resistir



contraste: resista
convenible: conveniente
conversable: tratable
conversación: trato
convirtieron: hicieron volver
copia: abundancia
corajoso: corajudo
corcillo: corzo pequeño
corrido: avergonzado
corrime: me avergoncé
corrimiento: vergüenza
corusca: brilla
costreñida: obligada
crudo: cruel
crueza: crudeza
cuenta: cuento, narración
cuento: cómputo, número
cuitada: desdichada
curiosidad: esmero



daca: dame acá, ea, vamos
dañaba: reprendía
deas: diosas
defendido: prohibido (galicismo)
demandando: pido
deputado: destinado
desama: aborrece
desbañe: aflija
descójolos: los extiendo
deso: de eso
desparcido: libre
despartirse: solucionarse
desque: desde que

destotros: estos otros
diestra: hábil, experta
dina: digna
disforme: deforme, fea
diversos: apartados
diz: se dice
do: donde
domesticados: sometidos
donoso: gracioso
dubio: duda



ebúrnea: de marfil
ecedía: excedía, sobrepasaba
eceso: exceso
embebecido: embebido
empece: daña
empeciese: dañase
encontinente: inmediatamente
enfrena: pone freno
engarrataba(se): se agarraba
enherbolada: untada con veneno
 (la flecha)
enjuto: delgado
entramos: entrambos, ambos
errado: haber andado de un sitio
 para otro
errados: errantes
error: vagabundeo
escaliente: caliente
escura: oscura
escuridad: oscuridad
espacio (de): tranquilamente
espira: sopla



espirtu: espíritu
esprimiendo: expresando
estampa: molde
estanza: habitación
estiva: estival
estó: estoy
estotro: este otro
estriñendo: encogiendo
estudio: afán
expedita: desembarazada



fábrica: construcción
fe: lealtad
felice: rico
finés: confines
forceja: forcejea
fornicio: fornicación
fundo: baso
furor: locura



garzón: mozo (galicismo)
generoso: noble
gobierno: mantenimiento
grave: pesado
grúa: grulla
guarecido: curado



hircana: de Hircania, región antigua de Persia
hora: ahora
huelgo: estoy satisfecho, me regocijo
húmido: húmedo



incomportable: insoportable
inculta: no cultivada, agreste
indina: indigna
infelice: infeliz (improductiva)
ingenio: inteligencia
insana: loca, enfurecida
instabilidad: inestabilidad
instruto: instruido
jornada: expedición militar



lactivo: lascivo
largas: generosas
leve: ligero
licor: líquido, agua
lintas: aguas
luego: inmediatamente



luengamente: ampliamente
luengo: largo
lustres: lustros



mal su grado: a pesar suyo
mantenimiento: sustento
memoria: recuerdo
miseria: desgracia
míseros: desgraciados
modo: moderación
modos: melodías
mostro: monstruo



nadi: nadie
natura: naturaleza
negociar: resolver asuntos
notada: criticada
noticia: conocimiento
notifique: dé fama
número: ritmo
numeroso: rítmico



ofenderá: molestará
oficio: deber
otramente: de otra forma
ovas: algas



palo: horca
pararan (se): se enfrentaran
paresca: aparezca
parte: se aleja
Parténope: Nápoles
pasaje: paso
paso: despacio
perdido: loco
peregrino: excelente
pero: sin embargo
pieza: rato
poderosa: capaz
pongo: depongo, deajo
por caso: por casualidad
prendedero: broche
prestamente: rápidamente
proceso: procedimiento
proras: proas
punición: castigo



quedo: quieto
querella: queja



rebate: combate
recordando: despertando
rehuyó: huyó



relación: relato
relevadas: con relieve
remueve: aparte
repugnantes: oponentes



salteado: asaltado
salvatiquez: salvajismo
sano: cuerdo
secutando: ejecutando
segura: despreocupada
sello: serlo
sobran: superaban
somorgujó: sumergió
sospiros: suspiros
suceso: resultado
suma: resumen
superno: alto



tamaña: tan grande
terneza: ternura
tira: atrae
tornada: vuelta
tornado: vuelto
trastornaban (se): se trasponían
tristura: tristeza
trocado: cambiado
turo: duro



umbroso: sombrío
una: una sola
undoso: con olas
usas: acostumbres
valerme: protegerme
varletes: criados (galicismo)
venia: perdón
vía: camino
vía: veía
vido: vio
virtud: valor
viso: apariencia
voluntario: violento



yerro: equivocación



zorzales: nombre de pájaro

GARCILASO DE LA VEGA
EL POETA DEL RENACIMIENTO
BIOGRAFÍA

MARIANO CALVO





GARCILASO DE LA VEGA.

*Natural de Toledo, admiraçion de la Corte y la
Campana; Príncipe de los Doctos Castellanos; mu-
erto en la florida edad de 33. a. de una herida re-
cibida en un asalto en 1536.*

D. J. Maza lo dió.

D. B. Vazquez lo grabó.



QUIZÁ no haya en la Literatura Española otro poeta indiscutido a lo largo del tiempo y aclamado por la totalidad de las escuelas literarias como lo es Garcilaso de la Vega, cuya obra alcanzó ya desde los días de su muerte el pedestal de los modelos clásicos, consagrándole con el título de príncipe de los líricos castellanos.

Garcilaso de la Vega y de Guzmán nació en Toledo, presumiblemente el 30 de septiembre de 1499, y murió en Niza el 13 o el 14 de octubre de 1536. El breve curso de su vida —treinta y siete años— le bastó para esculpir una biografía de perfecto caballero renacentista, encarnando el modelo de caballero gentilhomme definido por Baltasar de Castiglione en su libro *El cortesano*, tan diestro en el manejo de las armas como en la artes cortesanías, poeta excepcional y militar valeroso que destacó por sus cualidades naturales entre los caballeros de su entorno.

Al decir de un contemporáneo, Garcilaso fue “el caballero más hermoso y gallardo de cuantos componían la corte del emperador Carlos V”, y, según definición de Gustavo Adolfo Bécquer, el “tipo completo de siglo más brillante de nuestra historia”.

Garcilaso supuso para nuestra poesía la asimilación plena de la modernidad y la incorporación a la lírica española de la brillantez y elegancia de las formas renacentistas italianas. Ofrendó sus tersos endecasílabos a los pies de un obsesivo dios, el amor, y nos trajo de Italia, en bandeja repujada de mitología, la luz renacentista de Toscana, el candor bucólico de Virgilio y el amoroso apasionamiento de Petrarca.

Su vida, aunque orlada de éxitos, se vio a menudo empujada por una oscura fuerza que lo condujo por sendas de fatalidad hasta su prematura muerte en campaña, y, pese a sus externos brillos, no se le ahorró experimentar las hieles del destierro, de las luchas

civiles, de las amarguras del amor imposible y de la muerte de su primogénito. Fue el poeta del “dolorido sentir”, que vivió, como él mismo dijo, “acrecentando materia de dolor a mis sentidos”.

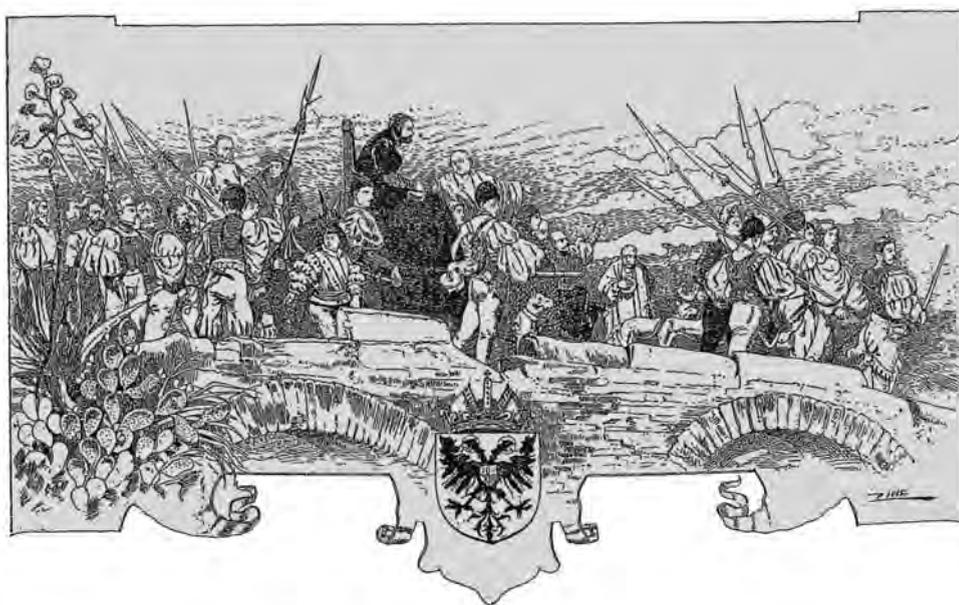
Si encarnó el arquetipo de poeta soldado no lo fue por su libre voluntad, sino por fuerza de circunstancias impuestas. Dentro de su armadura de capitán, él se vio siempre como un “conducido mercenario” y su obra está salpicada de los lamentos y renuencias de quien, por debajo de las apariencias, se sentía un poeta forzado a ser soldado:

*“Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
soy reducido a términos que muerte
será mi postrimero beneficio”.*

Su poesía exaltó sus dos grandes devociones: el amor y la amistad. Y amó la vida como solo saben amarla los que intuyen que la suya será corta.

Una primera circunstancia determinó su destino: Nació segundón en el seno de una familia de la mediana aristocracia castellana, y, al uso de la época, sus padres diseñaron su futuro orientándole hacia el servicio del rey. Por nacimiento y educación parecía abocado a brillar en el seno de una corte refinada como correspondía a la época del esplendor renacentista; pero sobre su existencia gravitará determinantemente la personalidad militarista e itinerante de un rey-emperador, Carlos V, menos humanista que soldado, que arrastró la biografía de nuestro poeta por sangrientos campos de batalla, persiguiendo un anacrónico sueño de imperio medieval al que Garcilaso, muy a su pesar y por razón de oficio, terminará sacrificando su vida.

El porqué alguien como Garcilaso —alma de poeta y exquisita educación humanística— acabó sus días con arreos de soldado en una oscura escaramuza bélica lejos de su patria, constituye el hilo conductor de su biografía y arroja luces reveladoras sobre uno de los períodos más trascendentes de la Historia de España.



Garcilaso fue el tercer hijo, segundo varón, de los siete que tuvieron don Pedro Suárez de Figueroa, señor de los Arcos, y doña Sancha de Guzmán, señora de Batres. Ambos desempeñaron cargos relevantes en la corte de los Reyes Católicos, y en su enlace matrimonial, a buen seguro, no anduvo ajena la mano muñidora de Isabel la Católica.

Entre los empleos palatinos que ejerció el padre de nuestro poeta figuraron los de maestresala de los soberanos, camarero mayor y ayo, junto con su mujer, del infante don Fernando, y miembro del Consejo de Estado. Además, ostentó los cargos de alcalde mayor de Badajoz, regidor de Toledo, alcalde de Gibraltar y comendador mayor de León de la Orden de Santiago. Prestó servicios de armas a los Reyes Católicos en las guerras de Granada y Portugal, pero de donde obtuvo los mayores réditos para su patrimonio fue de los cinco años que pasó de embajador en la corte del Papa Alejandro VI, en donde las crónicas afirman que “duplicó su fortuna”. A su vuelta de Roma, don Pedro Suárez de Figueroa compró el señorío de Cuerva y, como un acto de reinención de sí mismo, decidió cambiar su nombre por el de Garcilaso de la Vega, que habían llevado, antes que él, ilustres antepasados.

La estirpe de nuestro poeta entroncaba por parte de padre con el linaje del Marqués de Santillana, y por parte de madre con el cronista Fernán Pérez de Guzmán. Todavía hoy, sobre la puerta del castillo de Batres, señorío de la madre de Garcilaso, campea el escudo familiar, configurado por las bandas de Mendoza y “Ave María Gracia” de los Lasso, y las dos calderas jaqueladas con asas gringoladas y ocho armiños en orla de los Guzmán.

Sobre las almenas del castillo de Batres, el Garcilaso adolescente a buen seguro paseó en contemplativo diálogo con los paisajes del Guadarrama y escrutaría con voracidad lectora los libros atesorados por su antepasado Fernán Pérez de Guzmán. Tal vez, por influjo de esta biblioteca comenzase a sentir Garcilaso los primeros hábitos de su vocación literaria.

De la mansión toledana donde nació el poeta sólo queda en pie una puerta de hechura renacentista por la que se accede a un patio columnado, todo ello perteneciente a una casa aldea comprada por don Pedro cuando Garcilaso contaba unos cinco años de edad. El amplísimo solar donde se alzaron las casas principales y accesorias de los Laso de la Vega y de Guzmán —ocupado hoy por la Facultad de Humanidades y un bloque de viviendas—, deja adivinar la esplendidez que sin duda tuvieron, ubicadas en el que entonces era el barrio más noble de la ciudad: San Román.

En el mapa morisco de Toledo, angosto, empinado y tortuoso, transcurrieron los primeros años de la vida de Garcilaso, pero también en los señoríos de Batres, de Los Arcos y de Cuerva, en cuyos escenarios de infancia probablemente vivió el futuro poeta sus iniciales experiencias y juegos primerizos.

Garcilaso recibió la esmerada educación propia de la clase aristocrática y no puede descartarse que su preceptor fuera el famoso humanista milanés Pedro Mártir de Anglería, como consta que lo fue de su hermano mayor, Pedro Laso. De ser así, Garcilaso contó con un mentor privilegiado para introducirse en el conocimiento de los saberes humanísticos, mientras que presumiblemente fue el jurista toledano Juan Gaitán el que, en oficio de ayo, lo adiestrase en las habilidades y usos cortesanos.

En el umbral de la adolescencia, con solo trece años de edad, el futuro poeta experimenta el primer choque con la dura realidad de la muerte, al conocer el fallecimiento repentino de su padre. Cuando más necesitaba de un modelo existencial, se vio privado de la figura siempre referencial del padre, si bien no le habían de faltar los cuidados maternos de doña Sancha, la compañía de sus hermanos y la mano firme de su hermano mayor, Pedro Laso.

Cuando Carlos V llega a España, en 1517, Garcilaso es ya, a sus dieciocho años, un joven caballero de elegantes modales, aguerrido con las armas, ameno conversador, algo músico de vihuela y arpa y con incipiente fama de buen versificador. Era dueño, por tanto, de los instrumentos necesarios para lograr lo que constituía su decidido propósito: la conquista de un puesto en la corte de nuevo monarca.

Su madre, doña Sancha, había ido madurando desde mucho tiempo antes la estrategia familiar. Se da por supuesto que el nuevo soberano ha de proceder a un amplio reparto de cargos, y los Laso de la Vega se sienten con derecho a tantas prebendas como los que más. Pedro Laso, que por ley del mayorazgo ha heredado la mayor parte de los bienes paternos, aspira a heredar también los privilegios cortesanos de que disfrutó su padre y, si es posible, a acrecentarlos. Por su parte, el segundón Garcilaso, privado casi por completo de la herencia familiar, cifra sus expectativas en hacer carrera en la corte del nuevo rey. Su patrimonio personal sólo cuenta con los 80.000 maravedís anuales que producen los tributos de pasto de la jurisdicción de Badajoz, apenas un punto de partida para alguien que, como la mayor parte de los hidalgos y segundones, alienta la ambición de llegar a fundar un mayorazgo.

Para sus otros hermanos quedan los acostumbrados recursos de la milicia, la carrera eclesiástica o la docencia. Con el tiempo, Gonzalo llegará a ser profesor en la universidad salmantina; Francisco alcanzará a ser canónigo de la catedral de Badajoz y Fernando se hará soldado en el ejército de Italia. En cuanto a sus hermanas, Leonor se había ya determinado por la vida conyugal, casándose con el corregidor de Toledo don Luis Portocarrero, conde de Palma, y Juana profesará en el monasterio toledano de Santo Domingo el Real.

En esta época de su adolescencia, Garcilaso vive la hora de su primer amor con una joven quinceañera llamada Guiomar Carrillo, hija de la ilustre familia toledana de los Ribadeneira. Una relación que se remontaría a los días de su infancia, cuando los infantiles juegos se trocaron en adolescentes coqueteos que darían paso, en los umbrales de la juventud, a los primeros encuentros amorosos. Así parece evocarlo en la *Égloga II*:

*“¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos (...)?*

Carlos V pisa por primera vez tierras españolas en los primeros días del otoño de 1517 y entra en Valladolid el 18 de noviembre, acontecimiento al que Garcilaso debió de asistir formando número entre los caballeros y grandes del reino que por entonces acudieron en masa a besar las manos del monarca, “los más de ellos con intención de ser

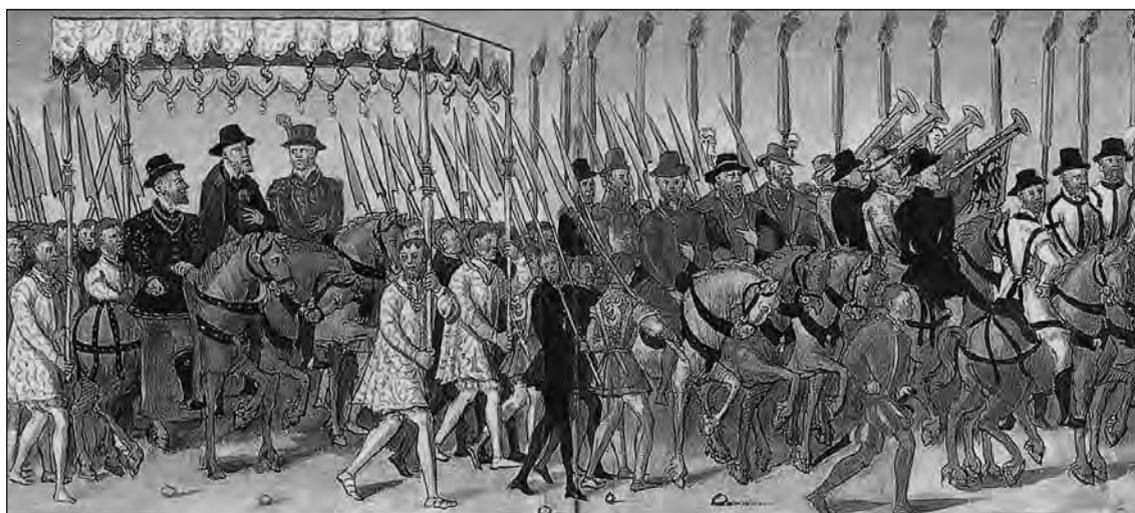
muy aprovechados”, como dejó anotado el cronista Francesillo de Zúñiga. Como un toledano más, Garcilaso desea que el monarca asiente sus reales en la vieja ciudad del Tajo, con lo que la ciudad podría recuperar la gloria de otros tiempos, y en particular porque, convirtiéndose Toledo en sede de la corte, sus planes de obtener un cargo en ella se verían notablemente favorecidos.

Pero la decepción no tarda en proyectarse sobre la nobleza toledana, que ve con desazón transcurrir el tiempo sin que el monarca se digne pisar la antigua capital visigoda y, lo que es peor, que comienza el reparto de los cargos y prebendas con acaparamiento de los mismos por parte de los consejeros flamencos del emperador. La frustración castellana encuentra su caja de resonancia en las Cortes de Valladolid de 1518, convocadas para recibir el juramento de los procuradores representantes de las 18 ciudades más importantes del reino, a las que asiste Pedro Laso de la Vega representando a Toledo, y, a su sombra, Garcilaso.



T O L E D O

En Toledo comienzan a gestarse protestas y algaradas, preludio de la rebelión que se avecina, y en ese ambiente de creciente agitación Garcilaso protagoniza, a los veinte años de edad, un “alboroto” contra el cabildo de la catedral de Toledo. El joven caballero, respaldado por varios jurados municipales y criados, defiende los intereses del Consistorio en torno a la posesión del patronazgo del Hospital del Nuncio. Se enarbolan armas y amenazas, los canónigos recurren a la justicia y, de resultas, Garcilaso es procesado. Lo es en ausencia, porque para entonces se encuentra en paradero desconocido, aunque eso no impide que sea condenado a una multa y a cumplir una pena de destierro de la ciudad durante tres meses.



COMITIVA DE CARLOS V

Carlos V se dispone a abandonar España y convoca Cortes en Santiago de Compostela. A esta convocatoria el concejo de Toledo envía una delegación encabezada por Pedro Laso, a la que también se incorpora Garcilaso. El resultado del viaje será bien diferente para ambos hermanos: Por su actitud crítica hacia el emperador, Pedro Laso es desterrado, mientras que Garcilaso, por intermedio de la casa de Alba, es favorecido con el cargo de contino. Por primera vez en la biografía del poeta vemos manifestarse el valimiento de la poderosa casa de Alba, cuyo apoyo acompañará a Garcilaso a lo largo de su vida.

Inevitablemente, estalla la Guerra de las Comunidades que para Toledo supuso la escisión ciudadana en dos facciones enfrentadas: una, leal al emperador; la otra, en rebelión contra la política imperial. Garcilaso se ve atrapado en una disyuntiva desgarradora: su hermano Pedro Laso ostenta el liderazgo del bando rebelde, pero él acaba de ser nombrado contino. Forzado a decantarse, Garcilaso se une al bando de los imperiales aunque con doloroso dislocamiento de conciencia: su corazón le inclina al bando comunero, pero él es ya gentilhomme a sueldo del emperador... No podía elegir.

Dos años duró la guerra comunera, donde por primera vez el joven Garcilaso cruzó las armas contra enemigos reales y, por ley fatal de las contiendas civiles, muchos de ellos vecinos y, en algunos casos, amigos e incluso parientes. En la más importante batalla del cerco, la de Olías, el joven poeta es herido en el rostro. La herida no es grave, pero sí bastante para que desde los veintiún años, como un macabro signo de mayoría de edad, lleve marcada en la cara la firma indeleble del oficio de las armas.

Acontece por entonces el nacimiento de su hijo Lorenzo, fruto de sus amores con la joven Guiomar. No es un asunto especialmente escandaloso en una época en la que los hijos naturales eran materia corriente entre los caballeros de su clase. Además, todo parece propiciar un pronto matrimonio, ya que ambas familias son conformes y los contrayentes se aman con intensa pasión juvenil. Pero el curso del conflicto comunero viene a alterarlo todo, determinando que el matrimonio no pueda llevarse a cabo: La familia de

Guiomar se cuenta entre las del bando perdedor, y casarse con la hermana de un comunero —él, hermano de otro— hubiera supuesto la conclusión de su porvenir y la ruina para el patrimonio familiar.

Al término de la Guerra de las Comunidades, aunque Garcilaso se alinea entre los vencedores, no siente la alegría de la victoria ni encuentra motivos de celebración. Su hermano Pedro Laso se encuentra refugiado en Portugal y los bienes de su mayorazgo han sido requisados. Además, el patrimonio familiar administrado por la madre se halla desbaratado tras los años de guerra. Por todo ello, Garcilaso siente que recae en sus hombros la responsabilidad de volver la hacienda de los Laso al lugar donde se hallaba al comienzo de la desdichada rebelión. Para ello inicia a partir de ese momento toda una serie de acciones y contactos que tienen como objetivo conseguir la restitución del buen nombre familiar y la reconciliación de Carlos V con su hermano.

Apenas un mes después de su entrada en Toledo, ya reorganizada en lo posible la casa familiar, emprende viaje a Vitoria para ponerse a las órdenes de los regentes y solicitar el pago de los atrasos de su remuneración como contino. En sus alforjas lleva un documento firmado por don Juan de Ribera en el que éste acredita su participación en el cerco de Toledo y pide para él, además del libramiento de sus pagas atrasadas, la concesión de algunas mercedes que, según afirma, “tiene muy bien merecido”.

Cuando Carlos V regresa a España, en julio de 1522, lo que más importa a Garcilaso es conocer los planes del emperador respecto a los inculpados del levantamiento comunero, y verá con disgusto cómo el César se muestra inflexible con Pedro Laso, al que excluye del perdón general que promulga para la mayor parte de los antiguos rebeldes. Golpe duro contra las expectativas de los Laso, aunque Garcilaso se empeña en ver en ese parcial perdón general un precedente esperanzador: al fin y al cabo, quien ha perdonado una vez, puede perdonar una segunda. Con este espíritu proseguirá sus gestiones de reconciliación, que a partir de ahora adoptarán la fórmula de estrategia matrimonial, ya que la reciente viudedad de Pedro Laso lo pone en disposición de enlazar con quien pudiera granjearle la benevolencia real.



VALLADOLID

Con la corte asentada provisionalmente en Valladolid, Garcilaso estrecha amistad con el que se convertirá en su más íntimo y entrañable amigo: Juan Boscán, ayo por entonces del futuro Duque de Alba. Era el catalán, al decir del propio Garcilaso, “un hombre perfecto en la difícil arte cortesana”, con el que compartía la misma vocacional inclinación a la poesía y —lo que viene a ser lo mismo—, a los enredos del corazón. La relación de Garcilaso con la casa de Alba, que se remontaba a viejos vínculos familiares y cuyo fruto había sido la consecución del puesto de contino, se hará en adelante tan estrecha que el toledano pasará a formar parte de su esfera clientelista y bajo su sombra protectora se cobijará hasta su muerte.

Es también a instancias de la casa de Alba que Garcilaso será nombrado, poco tiempo después, acroe de Flandes o gentilhombre de la casa de Borgoña con una remuneración que casi doblaba a la que venía recibiendo como contino. Por entonces ya era caballero de la Orden de Santiago por influencia de la misma mano protectora.

Los meses transcurridos en la corte de Valladolid suponen para Garcilaso una etapa llena de nuevas experiencias, asistiendo al desenvolvimiento de la chancillería palatina con su despliegue de consejeros, secretarios y funcionarios, y participa en los ires y venires de una corte agitada por el trasiego de variopintos personajes, comparables por su inescrupuloso afán de medro.

*“...unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;
otros, que hacen la virtud amiga
y premio de sus obras, y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga,
destotros en lo público difieren,
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren.”.*



En la corte de Valladolid, Garcilaso conoció a la que, dos años después, se convertiría en su esposa: doña Elena de Zúñiga, una de las damas de doña Leonor de Austria. La corte era en aquellos días un hervidero de actividades festivas en torno a las damas de la hermana favorita del emperador, y es imaginable que en aquel marco nuestro poeta brillaría con luz propia, cautivando a doña Elena e incluso a la propia doña Leonor, que aprobaría la elección o elegiría ella misma al joven caballero como candidato idóneo para esposo de una de sus damas.

A sus veintitrés años, Garcilaso inicia su vida militar al servicio de Carlos V participando en la toma de Salvatierra y Bayona, y luego en el cerco a Fuenterrabía, ocupadas por los franceses. La entrada victoriosa en la fortaleza la encabeza el adolescente don Fernando, futuro Duque de Alba, acompañado por su ayo Juan Boscán y el propio Garcilaso.

Tras la toma de Fuenterrabía, Garcilaso disfruta de una licencia temporal que emplea en viajar a Portugal, donde a la sazón permanecía exiliado su hermano Pedro Laso. Se trataba de organizar el matrimonio de su hermano con una de las damas de Isabel de Portugal, la prometida del César, como estrategia dirigida a alcanzar la clemencia de éste. La dama elegida —tal vez por consejo de la futura emperatriz— fue la bella Beatriz de Sá, cuyas gracias no le debieron pasar desapercibidas a Garcilaso. Pero no sería la única dama que suscitase su interés. Allí estaba también, entre las damas de la emperatriz, la dama que se ha venido suponiendo la musa de sus más encendidos cantos: Isabel Freire. ¿Son Isabel Freire y Beatriz de Sá las damas secretas que laten detrás de la Galatea y la Elisa de sus apasionados y melancólicos versos? ¿Quién, en definitiva, fue la fuente de unos amores que, por una u otra causa —amor prohibido, truncado por la muerte o desdeñado—, hicieron sufrir e inspiraron al poeta? El misterio, hoy por hoy y quizá para siempre, extiende su veladura sobre este debatido asunto.

Carlos V permaneció en Toledo casi todo el año de 1524, durante el cual, en medio del hervidero político y los fastos cortesanos, se urdieron un buen puñado de negociaciones matrimoniales. Se organizó la boda del emperador con Isabel de Portugal; la de doña Leonor de Austria con Francisco I (el rey francés, prisionero en Madrid), y Garcilaso, con Elena de Zúñiga, dama de doña Leonor. En la distancia de su confinamiento portugués, también Pedro Laso, a través de Garcilaso, tejió negociaciones matrimoniales con Beatriz de Sá.

Garcilaso y Elena de Zúñiga se casaron probablemente en la quincena del 21 de septiembre al 6 de octubre —únicos días en que Carlos V y doña Leonor coincidieron en Toledo durante la segunda mitad del 1525—, y quizá en la iglesia del monasterio de San Pedro Mártir, tan unido a su familia. Por gentileza de su majestad, Garcilaso fue obsequiado con un incremento en su sueldo de gentilhombre, que su madre, doña Sancha, amplió con una importante dotación económica. A su vez, doña Elena recibió una generosa dote del emperador, otra del rey de Portugal y una más de doña Leonor de Austria.

Pedro Laso casó con Beatriz de Sá el 5 de febrero de 1526 en Elvas, solo un mes antes que lo hicieran Carlos V e Isabel de Portugal en Sevilla. Los beneficios de la estrategia fueron inmediatos: a modo de guiño entre recién casados, Carlos V decretó el perdón para el antiguo comunero.

En aquel marco festivo y cosmopolita desarrolló Garcilaso contactos de amistad y entendimiento intelectual con ilustres personajes que, desde muy diferentes lugares de Europa, habían acudido a la celebración de la boda imperial. Y fue en Granada, durante la luna de miel de los monarcas, donde puede datarse el punto de inflexión hacia la modernidad de la lírica castellana; cuando el embajador de Venecia, Andrea Navagero, durante un paseo por el Generalife, animó a Boscán a escribir sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia. Aunque Garcilaso no estuvo presente en esta conversación, no resultó ajeno a ella, como lo señala Juan Boscán en una famosa carta a la duquesa de Osma: “Mas esto no bastara a hacerme pasar muy adelante si Garcilaso con su juicio, el cual no solamente en mi opinión, mas en la de todo el mundo, ha sido tenido por regla cierta, no me confirmara en esta mi demanda”.

A mediados de 1526 doña Elena, diligente en sus deberes de madre, da a luz al primogénito (legítimo) de Garcilaso, que será bautizado con el nombre del padre. La coincidencia temporal de la composición de sus primeras obras a la italiana con el nacimiento de su primogénito, arroja una nota de interés en la biografía del poeta y dibuja un sugerente marco en el que encuadrar psicológicamente el alumbramiento de los primeros sonetos garcilasianos. Pero esta coincidencia se resuelve en contraste, porque si la vida de sus versos se prolongará en el tiempo, no ocurrirá así con la vida de su hijo, que morirá en fecha para nosotros desconocida, siendo todavía un niño.

Los reyes abandonan Granada el 10 de noviembre camino de Valladolid donde habrán de celebrarse Cortes, pero Garcilaso no va con ellos sino que aún permanece varios días en la ciudad andaluza atrapado en la gestión de sus libranzas económicas. No obstante, cuando la corte hace etapa en Toledo, el 23 de diciembre, es muy probable que ya se encontrase en la vieja ciudad del Tajo, adelantándose al lento caminar de la comitiva regia que, a su enorme impedimenta, añadía como factor de morosidad los cuidados pertinentes al estado de gravidez de la emperatriz. Seguramente, pues, las Navidades de 1526 las pasará el poeta en su ciudad natal, al lado de sus familiares y amigos toledanos, y cerca también —pero tan lejos— de Isabel Freire..., de Beatriz de Sá...

Pasadas las Navidades, los soberanos dicen adiós a Toledo, prosiguiendo camino hacia Valladolid. Garcilaso no se une a ellos de momento, pero lo hará antes de la inauguración de las sesiones de Cortes generales, que tienen lugar el 11 de febrero de 1527. Poco antes de dejar su ciudad, el 24 de enero, Garcilaso otorga un poder notarial a su mujer “para que por mí y en mi nombre podáis comprar y compréis del procurador don Juan de Vargas unas casas suyas que son en esta dicha ciudad de Toledo en la colación de San Bartolomé de San Soles, que primero fueron del señor Ferrand Pérez de Guzmán”. Garcilaso y su mujer, que por entonces vivían en el domicilio de doña Sancha, debían de buscar afanosamente por entonces una casa adecuada en la que instalar su hogar, y en esta dirección debía de ir la gestión que encomendó a su mujer. Pero, por alguna razón que desconocemos, la compra que dejó dispuesta Garcilaso no llegó a realizarse. La adquisición de su hogar definitivo tendrá lugar un año más tarde, el 11 de marzo de 1528, con la compra de “unas casas principales con otras contiguas a ellas”, ubicadas a solo unos pasos de la de su madre, lo que puede dar la clave de cuál era la intención de su búsqueda y de por qué tardaron más de dos años en conseguirla.

Por esas fechas cunde la noticia del saco de Roma, perpetrado por las tropas imperiales. Garcilaso debió de recibir la noticia con doblada preocupación porque su hermano Fernando formaba parte del ejército imperial en Italia. Y, en efecto, poco después comprobará que sus temores no estaban excusados, pues se le informa de la muerte de su hermano, de solo veinte años, “por infición de ayre”, durante el asedio francés a Nápoles. La trágica nueva vendría a cruzarse en agridulce simultaneidad con el nacimiento de su segundo hijo legítimo, Íñigo de Zúñiga, aquel que con el tiempo vendrá a ocupar sitio escultórico junto a Garcilaso en el sepulcro de San Pedro Mártir.

Carlos V deseaba convertir en realidad su sueño de recibir de manos del Papa la corona imperial, y a primeros de marzo de 1529 emprende viaje a Barcelona con el propósito de pasar a Italia. Como el propio emperador y la mayor parte de los caballeros que se disponen a embarcar, Garcilaso se apresura a redactar su testamento ante lo incierto de la travesía. Así, “porque la muerte es natural a los hombres y es cosa cierta y la ora y día en que ha de ser es incierta...”, instituye su mayorazgo en su hijo primogénito, disponiendo que quien hubiere de sucederle en el mayorazgo adopte el nombre de “Garcilaso de la Vega”. Reconoce como legítimos herederos a sus hijos habidos hasta entonces con doña Elena. Éstos son: Garcilaso, el primogénito, que morirá niño aún; Íñigo de Zúñiga, que heredará el mayorazgo hasta su muerte en campaña contra los franceses, a los veintisiete años de edad, en 1555, y Pedro de Guzmán, recién nacido cuando el poeta redacta su testamento y que a los catorce años profesará de religioso dominico en el convento de San Pedro Mártir de Toledo con el nombre de fray Domingo de Guzmán.

Dos hijos le nacerán a Garcilaso con posterioridad a la redacción de su testamento: Sancha, en 1532, y Francisco, en 1534, que morirá sin rebasar los años de la infancia. La única descendiente femenina del poeta será la que, como consecuencia del fallecimiento o renuncia de sus hermanos, vendrá a poseer la sucesión, con lo que, a pesar de su empeño, Garcilaso no conseguirá perpetuar su nombre por vía de mayorazgo.

Por el testamento conocemos un dato interesante de sus aventuras eróticas: la existencia de una moza extremeña, probablemente una criada o campesina del señorío familiar de los Arcos, de la que el poeta confiesa “creer” que se halla en “deuda de su honestidad”. Todo induce a pensar que se trató de un idilio fugaz mantenido en sus idas y venidas al señorío de su hermano. De la moza ni siquiera sabe decir de qué pueblo era (pues duda de si era natural de La Torre o de El Almendral, cercanas aldeas próximas al señorío de Los Arcos) ni puede dar otros datos que su solo nombre: Elvira. Encarga que, si él muriese, envíen a alguien que sepa “si yo le soy en el cargo sobredicho, e si yo le fuere en él, denle diez mil maravedíes, e si fuere casada téngase gran consideración en esta diligencia a lo que toca a su honra y a su peligro”. Ignoramos si llegó a existir este “cargo sobredicho”, y, si fue así, qué fue de él. Cuando Garcilaso muere y es abierto el testamento, el supuesto hijo de Elvira podría tener unos nueve años. Nada sabemos a este respecto, y en nada podemos apoyarnos sino es en la especulación imaginativa, tan tendedora sin embargo.

A cerca de su hijo ilegítimo, Lorenzo, que por la fecha de la redacción testamentaria tenía unos ocho años de edad, dispone que “sea sustentado en alguna buena universidad y aprenda ciencias de humanidad hasta que sepa bien en esa facultad, y después si



tuviere inclinación a ser clérigo estudie cánones, y, si no, dese a las leyes; y siempre sea sustentado hasta que tenga alguna cosa de suyo”.

Bolonia recibió al emperador con el más espléndido ceremonial que hasta entonces había presenciado el gentilhomme toledano. Garcilaso integra el desfile con los caballeros de la casa del emperador, que marchan precedidos por el estandarte y la bandera bordada en oro de Carlos V. La ceremonia se dispuso con todo alarde y boato, pero esto no impidió que la pasarela por donde discurría la comitiva, a modo de puente entre el palacio pontifical y el lugar de la coronación, se quebrase de improviso con saldo de varios heridos y un muerto.

El aspecto del César y sus caballeros, incluido Garcilaso, ha cambiado: Como un símbolo de su inminente coronación cesariana, el emperador decidió cortarse la melena, cambiándola por un rapado a la manera de la estatuaria romana. Cuenta un cronista del



emperador que ello se produjo “con tanto sentimiento que lloraban algunos”. De lo que Carlos no quiso prescindir fue de la germánica barba, que sus caballeros, entre ellos Garcilaso, se vieron movidos a imitar de mejor o peor grado.

Tras la coronación de Bolonia, Garcilaso recibe la orden de regresar a España sin obligación de servir ni residir en la corte del César. Son días de feliz reencuentro con su entorno toledano, a donde llega con muchas cosas que contar sobre lo vivido en Italia. Pero un dolor le aguardaba en Toledo a Garcilaso. Su secreta amada portuguesa —quizá Isabel Freire o, tal vez, Beatriz de Sá—, ha muerto al dar a luz. La trágica noticia conmueve profundamente al poeta, que la dedica un soneto funerario, expresión sincera de su dolor:

*“Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron
dejándome con otros que te vean.”*

Su nuevo empleo consiste en servir a la emperatriz Isabel, que ejerce de virreina en Toledo, y pronto ésta le encarga una misión de naturaleza diplomática: deberá viajar a Francia para averiguar el trato que el rey Francisco I daba a la hermana del emperador, doña Leonor, tras su boda, acontecida solo un mes antes. Al mismo tiempo y secretamente, deberá observar el movimiento de tropas en la frontera de Italia.

Garcilaso entra en contacto con la corte francesa en Amboise, a orillas del Loira, donde es recibido por Francisco I y doña Leonor, a quienes traslada los parabienes de los emperadores sobre su reciente matrimonio. Luego, buscará la manera de dialogar a solas con la reina para recabar su opinión a cerca del trato que su consorte la dispensa. El comportamiento del rey era bueno, según le confesó doña Leonor, y así debió de transmitirlo Garcilaso a la emperatriz a su regreso a España. También la informaría de los asuntos concernientes a los aspectos políticos y militares, en cumplimiento de su faceta de espía. De todo lo cual solo sabemos, por una epístola en verso a su amigo Boscán, una faceta menor: que su impresión acerca de los caminos de Francia y sus posadas había sido muy positiva.

Pronto la suerte, que parecía estar de su parte, le va a volver pronto la espalda. Por esas fechas se encontraba Garcilaso en Ávila, donde moraba la corte, preparando su viaje con el Duque de Alba a Alemania, donde el emperador reunía las fuerzas del imperio para atajar el inminente cerco de Viena por los turcos. Según el relato del propio Garcilaso, contenido en sus declaraciones procesales, cierto día de agosto, después de comer, un paje le rogó que fuese a la iglesia mayor sin decirle quién lo llamaba ni de qué se trataba. Cuando entró en la catedral, se encontró con que iba a ser testigo en una de las capillas del templo de la boda clandestina de su sobrino homónimo, Garcilaso, hijo de su hermano Pedro Laso, con Isabel de la Cueva, rica heredera, ambos niños de catorce y once años, respectivamente.

Lo supiera o no, Garcilaso estaba incurriendo en una falta contra sus soberanos, ya que la boda de la que fue testigo no contaba, como era preceptivo entre personas del servicio real, con la autorización de los monarcas.

Cuando se ordena la apertura del proceso, Garcilaso ya se hallaba de viaje con don Fernando Álvarez de Toledo hacia Alemania. Pero los agentes del César lo detienen en la villa de Tolosa. El corregidor le conmina a decir bajo juramento si había participado como testigo de la boda. Al principio, Garcilaso se resiste a contestar abiertamente, pero acaba confesando afirmativamente, y el corregidor, en cumplimiento de las órdenes de la emperatriz, ordena a Garcilaso que salga desterrado del reino antes del plazo de seis días y que no entre en la corte hasta nueva licencia del emperador.

Garcilaso y Don Fernando continuaron su viaje, pero, en lo que al poeta concernía, sus ilusionadas expectativas se trocaban ahora en inquietud. El viaje fue una fatigosa marcha bajo el barrunto del inminente castigo, de la que Garcilaso nos ha dejado una magnífica crónica incrustada en el cuerpo de su *Égloga II*. Por fin llegan a Ratisbona, donde se va reuniendo el ejército multinacional del imperio Habsburgo. Si creemos el relato de Garcilaso, el recibimiento de Carlos V a Don Fernando fue algo más que caloroso, pero él no gozó de tanta suerte, ya que el emperador ordenó inmediatamente su destierro a una isla del Danubio. El Duque de Alba y su tío, el marqués de Villafranca, abogaron por él con insistencia, sin conseguir que el emperador, instigado por las cartas de la emperatriz, se plegara a escucharlos.

De su destierro en el Danubio el poeta nos ha dejado un delicioso testimonio autobiográfico en su *Canción III*:

*“Con un manso ruido
de agua corriente y clara
cerca el Danubio una isla que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien, como estó yo agora, no estuviera...
...aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena...”*

Fue, en verdad, un suave confinamiento en un entorno de sosiego y de belleza, pero amargo por lo que significaba de pérdida del favor real y estancamiento de su carrera cortesana:

*“que es mi necesidad muy apretada,
pues ha sido en un hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada”.*

Finalmente, las mediaciones del Duque de Alba y de su tío el marqués de Villafranca consiguen que el César levante el destierro tres meses más tarde. La resolución de Carlos V, donde se atisba la mano de los protectores de Garcilaso, determina que éste debe optar entre “ir a Nápoles a servir por el tiempo que fuere la voluntad de su majestad o encerrarse en un convento”. La disyuntiva distaba de ser dudosa, de modo que Garcilaso se vio de la noche a la mañana sirviendo al marqués de Villafranca, que acababa de ser nombrado virrey de Nápoles.

Garcilaso se siente en deuda con don Pedro de Toledo y le rinde tributo poético en la Égloga I, a él dedicada:

*“En tanto que este tiempo que adivino
Viene a sacarme de la deuda un día
Que se debe a tu fama y a tu gloria,
Que es deuda general, no solo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria”.*

Aunque el destino parecía desviarlo de su objetivo inicial, que era unirse a la milicia del César, seguramente Garcilaso no lamentó esta súbita mudanza de la fortuna que lo alejaba del escenario de la guerra, poniéndolo en el regazo de un virrey. Y así, con el contento que podemos imaginar, abandona Ratisbona junto al marqués de Villafranca en dirección a Nápoles, donde éste debía tomar posesión del virreinato.

Acababan de dar comienzo sus días más felices y los más fecundos literariamente para el poeta. La poesía hasta entonces escrita por Garcilaso sólo anunciaba lo que a partir de su estancia napolitana va a aflorar con toda esplendidez. La Italia del Renacimiento, plena de cultura clásica, de lujo y belleza artística, de edulcoradas costumbres y gusto por la vida, se abría llena de posibilidades ante el sensible poeta en la creadora plenitud de su vida.

Garcilaso y el marqués viajan solos, usando los servicios de la posta. Pasan por las ciudades de Trento, Verona, Siena y Roma, ciudad ésta donde son agasajados por el Papa Clemente VII durante diez días. Al llegar a Nápoles, el virrey fijó su residencia en Castelnuovo y se apresura a nombrar a Garcilaso “lugarteniente de la compañía de gente de armas” con un sueldo de cien mil maravedíes.



VISTA DE NÁPOLES

Una de las primeras cosas que hará Garcilaso en Nápoles será visitar la tumba de su hermano, Fernando de Guzmán, muerto durante el asedio a Nápoles, hacía cuatro años y medio. Y, a modo de epitafio, escribe un soneto en el que, con voz prestada, oímos la queja del desdichado hermano:

*“Mas infición del aire en solo un día
Me quitó al mundo y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra”.*

Nueve meses después de su llegada, el virrey encomienda a Garcilaso la misión de llevar un mensaje al emperador, que se encontraba en Génova a punto de embarcar para España. Pero cuando Garcilaso llega a Génova, el emperador acaba de embarcar con rumbo a Barcelona. Sin perder tiempo, Garcilaso embarca tras el César y consigue llegar a Barcelona sólo tres días después que éste.

Cumple la misión de informar a Carlos V de los asuntos del virreinato pero también hará algo más: visita a su amigo Juan Boscán y descubre que su amigo se encontraba dando término a la traducción al castellano de *El cortesano*, de Baltasar de Castiglione, obra por la que Garcilaso sentía predilección. La alegría que siente le mueve a dedicar una carta de agradecimiento a Jerónima Palova, la instigadora de tal empresa, cuyo texto epistolar constituye la única muestra de prosa literaria que tenemos del poeta. Dicha carta será puesta por Boscán como prólogo de su traducción, publicada al año siguiente, y por ella sabemos que Garcilaso no sólo se conformó con animar a su amigo, sino que lo ayudó “en la postrera lima” de la obra.

En Barcelona coincide con el Duque de Alba, que regresaba de la campaña de Viena, y con éste emprende camino hacia el interior de Castilla. Será una estancia de tres meses, el tiempo necesario para cumplir maritalmente con doña Elena y para la gestión de diversos asuntos, pero también será un tiempo señalado por el luto, pues en esas fechas asiste a la apertura del testamento de su hermano Francisco, el clérigo que le legó sus bienes, y que acababa de morir en Bolonia.

Durante los próximos catorce meses Garcilaso residirá en “la patria de la Sirena”, y en esta época de disfrute palaciego a la sombra del virrey terminará de escribir la *Égloga II*, la primera y más extensa de las tres que llegó a componer. Las prerrogativas que le proporcionaba su cargo, la opulencia de la corte, el ambiente cultivado en torno a la Academia Pontaniana y la famosa liberalidad napolitana se conjuntaban para la felicidad del poeta, que escribe en su *Oda latina II*:

*...”ya de la ciudad famosa
Por sus amadas murallas, la que el río Tajo con áureo
Abrazo se complace en sujetar, aquel amor no me
Atormenta, estando yo sobremanera enardecido
De las sirenas en la apacible patria y en el suelo
Cultivado, me agrada ya la hermosa Parténope,
Y el sentarme junto a los manes,
O más bien las cenizas, de Marón”.* (Traducción de Elías L. Rivers.)



Si un año antes lanzaba sus lamentos desde su destierro en el Danubio, quejándose de hallarse lejos de su tierra y “de cuanto bien, cuitado, yo tenía”, ahora, entre 1533 y 1534, Garcilaso confiesa sentirse enardecido en Nápoles, “...que bien muestra haber ya sido / de ocio y de amor antiguamente llena”, y hasta un poco olvidadizo de su lejana ciudad natal.

En el cenit de su madurez personal y literaria, Garcilaso absorbe el esplendor renacentista de la corte napolitana, donde se funden el cultivo de las artes, la música y la literatura con la afición a las justas y al desenfado de las fiestas cortesanas. La alta sociedad napolitana, nutrida de nobles damas, alegres al tiempo que cultivadas, tan distintas de las sobrias castellanas, brindaba a Garcilaso un escenario idóneo donde deslizarse en una vida de placeres sólo interrumpida por las esporádicas misiones que el virrey le encomendaba.

Fuera quien fuera su amor toledano, Isabel Freire, Beatriz de Sá o cualquier otra dama desconocida para nosotros, llegó el momento de su relevo por alguna de las encantadoras sirenas napolitanas. De este tiempo datan los amores de Garcilaso con una desconocida dama cuya difusa figura aparece, generadora de pasión y tormentosos celos, en algunos de sus poemas, como en el soneto VII, donde confiesa:

*“Yo había jurado nunca más meterme,
A poder mío y a mi consentimiento,
En otro tal peligro, como vano.
Mas del que viene no podré valerme,
Y en esto no voy contra el juramento,
Que ni es como los otros ni en mi mano”.*

Y en el soneto XXVIII, dirigido a Boscán, le dice al íntimo amigo:

*“De tan hermoso fuego consumido
Nunca fue corazón. Si preguntado
Soy lo demás, en lo demás soy mudo”.*

Se ha sugerido que este amor napolitano fue la dama Catalina Sanseverino, pero de cierto nada se sabe: su sombra cruza por la obra del poeta con el discreto sigilo que imponen las leyes del amor cortés. No obstante, el reflejo apasionado que irradian sus



versos nos autoriza a especular sobre su rara belleza y acaso sus dotes intelectuales, de las que no estaban desprovistas muchas de las cultas damas del Nápoles renacentista; entre ellas, doña María de Cardona, marquesa de Padula, a quien dedica Garcilaso el soneto XXIV, llamándola “décima moradora de Parnaso”, colocándola al lado de sus poetas amigos Tansillo, Minturno y Tasso.

Una corte como la napolitana, abundada de gentil-hombres poetas y bellas damas, había de producir necesariamente una generosa cosecha de versos galantes y amorosos. Garcilaso no sólo producirá los suyos propios, sino que será requerido para intermedio de las demandas amorosas de algún camarada. Así, la bella oda “Ad florem Gnidi” fue escrita por Garcilaso a instancias de su buen amigo Mario Galeota, y constituye el bello reclamo con el que Garcilaso quiso mover a compasión el corazón de Violante Sanseverino, hija del duque de Somma, hacia su desconsolado cortejador.

*“Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento,
y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trujiese:
no pienses que cantado
sería de mi, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido,
ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,*

*por quien los alemanes,
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados:
mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada”.*

Mario Galeota era hijo de un consejero del virrey de Nápoles y formaba parte del círculo de literatos napolitanos. El retrato que hace de su amigo Garcilaso es particularmente valioso: “hombre raro de ingenio, de valor y de letras, que no parece ser de dos naciones solamente en el mundo, la una de los buenos y la otra de los tristes”.

Garcilaso frecuentaba las sesiones de la Academia Pontaniana —“honesta domus” la llama el poeta— a la que asistía la elite intelectual del virreinato y donde se discutía en animada tertulia sobre temas especialmente literarios. Resultado de su contacto con la mejor literatura italiana del momento fue su inmediata devoción por *La Arcadia* de Sannázaro, cuyo mundo pastoril, exquisito y elemental a un tiempo, deja oír sus ecos en las *Églogas* II y III. Del éxito personal y literario del toledano en Nápoles dejó constancia el cardenal Pietro Bembo al decir que era el español mas distinguido, festejado y querido entre cuantos hasta entonces habían vivido en Nápoles. Como testimonio de ello, sus amigos conocidos componen una larga nómina que prácticamente agota la de los intelectuales napolitanos de su tiempo. En su mayor parte son caballeros que, como él, comparten el oficio de las armas con la afición a las letras. Pero también hay frailes, catedráticos, médicos...

En los primeros meses de 1534 Garcilaso viaja de nuevo a Toledo, donde se halla el emperador, con alguna misión del virrey. Una vez más, aprovecha para gozar de su familia y amigos toledanos, a los que hace casi un año que no ve, y para ocuparse de los inevitables asuntos económicos. Y consecuencia de esta estancia es que engendra a su quinto hijo legítimo, Francisco, que sin embargo no llegará a conocer, pues cuando, a mediados de abril de 1534, Garcilaso abandona Toledo, no sospecha que dice adiós para siempre a su ciudad natal, adonde sólo regresará después de muerto.

Se cree que es en esta fecha cuando, al llegar a Nápoles, aborda la composición de la *Égloga* I, considerada su más bella obra y la creación suprema de Garcilaso. Obsesionado por el recuerdo de la infortunada portuguesa —Isabel Freire o Beatriz de Sá—, que esconde tras el seudónimo de Elisa, vuelca en la *égloga* la expresión de su dolor, utilizando para ello las voces —“el dulce lamentar”— de los pastores Salicio y Nemoroso, trasuntos de sí mismo.

*“¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
Cuando en aqueste valle, al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que había de ver, con largo apartamiento,
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto*



*Que a sempiterno llanto
Y a triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento más es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.”*

En el verano de este mismo año — 1534—, el virrey Pedro de Toledo envía a Garcilaso a España para dar cuenta al emperador, que se hallaba por entonces en Palencia, de que el corsario Barbarroja, aliado de los turcos, ha saqueado la costa italiana. Mientras Garcilaso se halla en la corte, el marqués de Villafranca escribe a Carlos V solicitando para su lugarteniente la castellanía de Reggio de Calabria, guardiana del estrecho de Mesina. En su escrito de recomendación, el virrey expone a Carlos V que Garcilaso, “aunque ha dado algunos enojos a Vuestra Majestad”, merece el puesto porque le sirvió como caballero “con su persona y lo poco que tenía”. La carta evidencia los deseos del virrey de que Garcilaso se instale definitivamente en Italia: “Y con hacerle Vuestra Majestad esta merced —dice don Pedro de Toledo— haré que traiga a su mujer y se arraigue acá”.

Garcilaso regresa a Italia, esta vez por tierra a causa del acecho marítimo de Barbarroja. En sólo doce días, cabalgando sin descanso de posta en posta, llega a Aviñón. Allí no puede reprimir el impulso de escribir a su amigo Boscán para contarle que se encuentra en la patria de Laura, la amada de Petrarca. Sólo un año antes, la tumba de Laura había sido encontrada en el monasterio franciscano de Aviñón, lo que había supuesto un sensacional acontecimiento en los círculos cultos de Europa. En su epístola a Boscán, Garcilaso hace un íntimo canto a su mutua amistad —“del vínculo de amor que nuestro genio/ enredó sobre nuestros corazones”— y también, con la naturalidad de una conversación entre amigos, le comenta:

*“¡Oh, cuán corrido estoy y arrepentido
De haberos alabado el tratamiento
Del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
Con razón me tendréis; arrepentido
De haber perdido el tiempo en alabaros
Cosa tan digna ya de vituperio;
Donde no hallaréis sino mentiras,
Vinos acedos, camareras feas,
Varletes codiciosos, malas postas,
Gran paga, poco argén, largo camino.”*

A mediados de octubre, Garcilaso llega a Nápoles portador de la respuesta de Carlos V al virrey: se hará “armada gruesa para la primavera para la resistencia y ofensión de la de los enemigos”. Y poco después se recibe, expedido por Carlos desde Madrid, el nombramiento de Garcilaso como alcalde de Reggio de Calabria. Era la confirmación fehaciente del perdón definitivo del emperador.

Más adelante, el virrey escribe de nuevo a Carlos V intercediendo por Garcilaso para que se suspenda un pleito que su lugarteniente mantiene en la chancillería de Granada contra la Mesta. Argumenta que Garcilaso está demasiado absorbido por los

asuntos de Nápoles para poder viajar a España y ocuparse personalmente del pleito contra la poderosa organización ganadera, que le niega el pago del montazgo de la ciudad de Badajoz. Pero Garcilaso no obtuvo esta vez la gracia del emperador, que denegó su petición arguyendo que no acostumbraba a suspender semejantes cosas ni convenía a la buena administración de la justicia.

Los asuntos que absorben el tiempo de Garcilaso a comienzos de 1535 tienen que ver con su participación en la recluta y apresto de las tropas que han de acudir en castigo de Barbarroja. Ello le impedirá viajar a España para conocer a su quinto hijo, Francisco, y supondrá también un fastidioso paréntesis en la placentera rutina de sus tertulias en la Academia Pontaniana.

Pero regateando horas a los afanes y viajes, encontrará de cuando en cuando ese rincón de sosiego necesario para convertir sus emociones en escandida forma poética, y así, en este tiempo escribe algunos de sus mejores sonetos, todos ellos de invariable temática amorosa.

La flota imperial, reunida en Cerdeña, parte hacia Túnez el 10 de junio de 1535 y desembarca en la costa africana cinco días más tarde. Se trata de un ejército de unos 20.000 soldados, integrado por 8.000 lansquenetes alemanes, otros 8.000 soldados reclutados en Nápoles y Sicilia y 4.000 veteranos de los tercios viejos españoles; en suma, más de la mitad de las fueras totales del emperador.



EXPEDICIÓN DE CARLOS V A TUNEZ

Apenas puesto el pie en tierra, la fortaleza de La Goleta se perfila como el primer objetivo bélico de los expedicionarios. Desde allí, las posiciones cristianas eran hostigadas con frecuentes salidas a caballo, y en una de éstas, durante la primera semana de campaña, Garcilaso está a punto de perecer, acorralado por tres moros que lo hieren con sus lanzas en el brazo derecho y en la boca.

Durante los días de su convalecencia escribe un soneto a su amigo napolitano Mario Galeota, en el que frivoliza sobre la causa de sus heridas:

*“Mario, el ingrato amor, como testigo
De mi fe pura y de mi gran firmeza,
Mostrando en mí su vil naturaleza,
Que es hacer más ofensa al más amigo;
Teniendo miedo que si escribo o digo
Su condición, abajo su grandeza,
No bastando su fuerza a mi crudeza,
Ha esforzado la mano a mi enemigo.
Y así, en la parte en que la diestra mano
Gobierna, y en aquella que declara
Los conceptos del alma, fui herido.
Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
Le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
Libre, desesperado y ofendido”.*

Las lanzadas le dejan en el rostro una huella de violencia que se añade a aquella recibida catorce años atrás, en la batalla de Olías. Pero esta vez el hierro enemigo también le ha afectado la boca, dejándole una ligera alteración en la pronunciación. En adelante, aquella huella le hará aún más presente los riesgos del oficio guerrero, cuyo desencanto germinaba en su alma desde mucho tiempo atrás:

*“La cierta muerte, fin de tantos daños,
Me hace descuidar de mi remedio”.*



EMBARQUE DE CARLOS V EN LA GOLETA

Garcilaso y el resto de los expedicionarios regresan a Italia con halo y fanfarrias de victoria, aunque para muchos, como el Duque de Alba, el triunfo se traducía en secuelas de dolor y muerte. El hermano del duque, Don Bernardino, fallece en esos días en Trápana debilitado por la enfermedad, y Garcilaso es testigo de la desesperación de Don Fernando, que dej  descrita en la Elegía I:

*“Así desfalleciendo en tu sentido,
Como fuera de ti, por la ribera
De Trápana con llanto y con gemido”...*

Y en la misma Elegía vuelca el compendio triste de su experiencia guerrera:

*“ A quién ya de nosotros el exceso
De guerras, de peligros y destierro
No toca y no ha cansado el gran proceso?
 Qui n no vio desparcir su sangre al hierro
Del enemigo?  Qui n no vio su vida
Perder mil veces y escapar por yerro?
 De cuántos queda y quedará perdida
La casa, la mujer y la memoria,
Y de otros la hacienda despendida!
 Qu  se saca de aquesto?  Alguna gloria?
 Algunos premios o agradecimientos?
Sabralo quien leyere nuestra historia”...*

Son palabras de hondo desencanto donde navega una sombra premonitoria que no tardará en hacerse realidad. Garcilaso ve en el cadáver de su camarada el trasunto de su misma tragedia. En permanente recuerdo de la ferocidad de la guerra, su rostro muestra viejas y nuevas cicatrices, y su voz, aquella hecha para recitar versos de amor y cantar al son de la cítara, ahora se quiebra de extra nas resonancias que evocan las miserias de la batalla.

Durante el viaje de regreso a Nápoles, Garcilaso escribe una elegía epistolar (Elegía II) a Juan Boscán en la que le da cuenta de su estado con un fondo de tristeza muy lejano al que se supondría en un soldado victorioso. Denuncia la hipocresía de los medradores cortesanos, apunta su permanente empeño por simultanear el ejercicio de las armas con el de las letras y, tras envidiar la vida doméstica de su amigo, le confiesa su temor de que a su regreso a Nápoles encuentre “vacío o desparcido” el nido que en otro tiempo cobij  su amor. Hay en este precioso testimonio epistolar una dura visión de la corte, de la milicia y del amor; del mundo, en suma, habitual del poeta. La guerra lo ha endurecido, y a ésta le dedica una ce nuda alusión sin concesiones:

*“ Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
De t nica cubierto de diamante
Y endurecido siempre en toda parte!,
 qu  tiene que hacer el tierno amante
Con tu dureza y áspero ejercicio,
Llevado siempre del furor delante?
Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
Soy reducido a términos que muerte
Será mi postrimero beneficio”.*

No escapa a su crítica la fauna de los aduladores cortesanos, contra los que se rebela con un gesto de orgullosa integridad:

*“Yo voy por medio, porque nunca tanto
Quise obligarme a procura hacienda,
Que un poco más que aquéllos me levanto”;*

Y reconoce que es en la poesía donde encuentra refugio contra las ingratas circunstancias que le rodean:

*“Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
Por donde vos sabéis que su proceso
Siempre ha llevado y lleva Garcilaso;
Y así, en mitad de aqueste monte espeso
De las diversidades me sostengo,
No sin dificultad, mas no por eso
Dejo las musas, antes torno y vengo
Dellas al negociar, y variando,
Con ellas dulcemente me entretengo.
Así se van las horas engañando,
Así del duro afán y grave pena
Estamos algún ora descansando”.*

Garcilaso siente temerosa incertidumbre por su amor napolitano, de cuya fidelidad, tras estos meses de ausencia, alberga torturantes dudas:

*“Allí mi corazón tuvo su nido
Un tiempo ya, mas no sé, triste, agora
O si estará ocupado o desparcido”.*

Con el peso de esta inquietud llega a Nápoles, sin que sepamos si el recibimiento de aquella que le arrancaba suspiros de nostalgia respondió a sus deseos o a sus temores.

La corte de Carlos V vertía en Nápoles, aquel otoño de 1535, todo el brillo de su fasto. Pero los días de placentero descanso no iban a durar mucho. Después de cinco meses de celebración, nuevos sonos de guerra despiertan al poeta de su sueño, recordándole su condición de soldado. Ahora es Francisco I, con su ambición sobre Saboya y el Milanesado, el que va a separar a Garcilaso de su entrañable círculo napolitano.

Garcilaso viaja con el cortejo del emperador a Roma, donde asiste al famoso discurso que el emperador dirigió al Papa, colegio cardenalicio y embajadores extranjeros, pronunciado en lengua castellana. A las protestas de un obispo francés, de no entender la lengua utilizada en su discurso, Carlos replicó: “Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana”. Con ello enunciaba el César su profesión de españolidad, y puede pensarse que Garcilaso no debía de ser ajeno a la alta estima que Carlos demostraba tener de la lengua castellana.

Camino del norte de Italia, la comitiva pasa por Florencia, y el impacto que esta ciudad debió de causar en la sensibilidad ya cultivadamente renacentista de Garcilaso, es fácilmente adivinable. El legado de artistas como Giotto, Botticelli, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci o la evocación de literatos como Dante, embriagarían al toledano. Y aquí, en este marco de deslumbramiento artístico propiciado por los Médicis, puede que Garcilaso se sintiese motivado a dar comienzo a su Égloga III, que, según se supone, compuso intermitentemente a lo largo de la campaña de Provenza:

*“Entre las armas del sangriento Marte,
Do apenas hay quien su furor contraste,
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma”.*

En la dedicatoria de esta égloga se hallan los últimos versos autobiográficos que escribió el poeta, ciertamente pesimistas, en aquella hora que resultaría próxima a la postrera:

*“Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me aflige y de un trabajo en otro lleva;
Ya de la patria, ya del bien me aparta,
Ya mi paciencia en mil maneras prueba”.*

De esta triste confesión, inserta en la áspera realidad de la guerra, el poeta salta al bucolismo mitológico de las cuatro ninfas del Tajo —Nise, Filódoce, Dinámene y Climene—, a quienes describe surgiendo de las aguas para tenderse a la sombra de una amena espesura de sauces. Cada una de ellas tejía una tela con un asunto mitológico: Filódoce, el mito de Orfeo y Eurídice; Dinámene, el de Apolo y Dafne; Climene, el de Adonis. Pero la cuarta ninfa, Nise, no borda en su tela ninguna escena mitológica sino la muerte de Elisa, trasunto de la desconocida dama que tan honda huella dejó en su corazón, tal vez Isabel Freire..., tal vez Beatriz de Sá:

*“Elisa soy, en cuyo nombre suena
Y se lamenta el monte cavernoso,
Testigo del dolor y grave pena
En que por mí se aflige Nemoroso”.*

Cuando pensamos en el gentilhomme que en los preliminares de la acción guerrera evade su imaginación con recreaciones mitológicas, sentimos una tierna conmiseración para con aquel sensible espíritu atrapado en el arnés del soldado.

Apenas llegado a Florencia, el César encarga a Garcilaso la misión de llevar un mensaje al almirante Andrea Doria, que se halla en Génova, con instrucciones para atacar al enemigo. Después se dirige a informar al general Antonio de Leyva, que se halla en el frente de guerra, a 20 kilómetros de Turín. El general, a su vez, entrega a Garcilaso un mensaje para el emperador en el que le insta a enviar refuerzos y dinero.

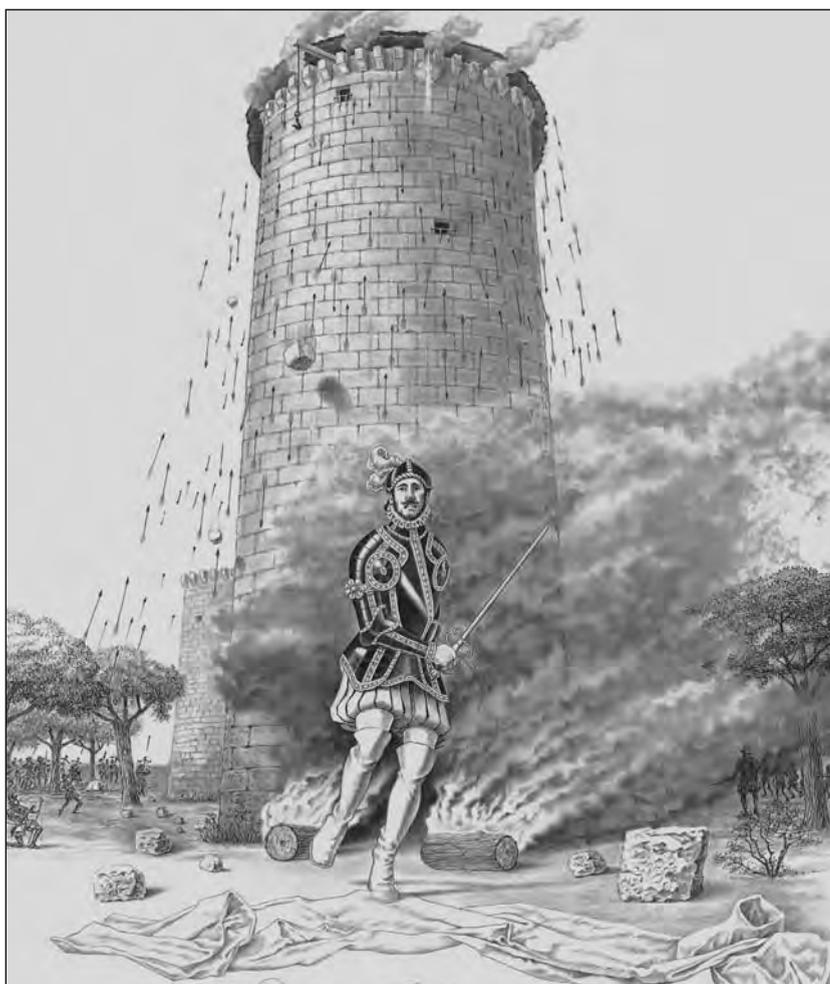
Garcilaso alcanza el cenit de su carrera militar en estos días, cuando es nombrado maestre de campo de 3.000 infantes españoles, al frente de los cuales desfila en Asti ante el emperador.

Los planes del emperador son entrar en Provenza y apoderarse de Marsella, cuyo puerto significaba el control del Mediterráneo occidental. Dos días antes de que el ejército se ponga en marcha, en ese rito del soldado que en la inminencia del peligro dedica su descanso a la correspondencia con familiares y amigos, escribe un puñado de cartas, en una de las cuales hace una curiosa revelación que nos dibuja al poeta enredado en intrigas y disputas: “Yo estoy bueno de salud, y estaríalo de todas las otras cosas si tuviese enemigos que valiesen más o que valiesen menos, mas el no valer mucho les hace que me dañen no como caballeros, y el no ser en todo poco hace que les suceda parte de los que procuran; mas con todo esto lloran más veces al día que ríen”.

Garcilaso forma parte de las fuerzas que toman posiciones cerca de Marsella, pero el cerco no llegó a realizarse. Obligado el ejército imperial a abastecerse casi exclusivamente de uvas, frutos verdes y grano sin moler a causa de la política de tierra quemada practicada por los franceses, y amenazado por una considerable concentración de tropas del enemigo, el emperador comprendió la inviabilidad del ataque y ordenó la retirada general.

Las circunstancias concretas del incidente que costó la vida a Garcilaso nos han llegado deformadas a través de diversos y contradictorios relatos, franceses unos, españoles otros, cada uno interesado en sus particulares visiones patrioteras. No obstante, de entre todos, el testimonio que ostenta mayores garantías de autenticidad es el del arcabucero cordobés Martín García Cereceda, que tiene la fiabilidad de proceder de quien asistió personalmente al desarrollo de los acontecimientos:

“En Muy hay un muy estrecho paso, vecino a la puerta de la villa, y este paso es una pequeña puente pegada a una fuerte torre que era alta y redonda (...). Aquí en esta torre había catorce personas, que eran doce hombres y dos muchachos (...) Como esto fue sabido por el emperador, manda que fuesen a saber qué gente eran, y así fueron ciertos caballeros; demandoles qué hacían allí; los caballeros les decían que se saliesen de la torre y que se fuesen a do fuese su voluntad, y ellos respondieron que no era su voluntad salir de la torre. Viendo esto el emperador, quiso ver qué gente era y a qué estaban allí, y así mandó que con el artillería que con el avanguardia era arribada se diese batería a la torre y así se dio y se hizo un pequeño portillo en la torre. Como este portillo estaba hecho, don Jerónimo de Urrea, caballero español, con una mala escala arremetió a la torre y entró por el portillo dentro en la torre. Tras de don Jerónimo de Urrea quiso subir el capitán Maldonado y el maese de campo Garcilaso de la Vega, entre los cuales hubo alguna diferencia por la subida. A la hora llega don Guillén de Moncada, hijo de don Hugo de Moncada, diciendo: «Señores: suplícoos, pues vuestras mercedes tenéis tanta honra, que me dejéis ganar a mí una poco honra». A la hora le respondió el capitán Maldonado diciendo: «Para tan valeroso caballero poco honra es ésta; suba vuestra merced». Así fue la segunda persona don Guillén Moncada. Subiendo Garcilaso de la Vega y el capitán Maldonado, los que en la torre estaban dejan caer una gran gruesa piedra y da en la escalera y la rompe, y así cayó el maese de campo y capitán, y fue muy mal descalabrado el maese de campo en la cabeza, de lo cual murió a pocos días”...



Garcilaso ha sido herido una vez más. En él es casi un desgraciado rito: Olías, Túnez... Pero esta vez el diagnóstico consiente pocas esperanzas. Muy de mañana se levanta el campamento en dirección a Niza, donde alojan a Garcilaso en el palacio del duque de Saboya y le rodean de cuidados, pero el estado del herido no mejora. El emperador, asumiendo lo que parece inevitable, nombra al sustituto de Garcilaso al frente del ejército de españoles. Una semana después Carlos V embarca en Génova, pero antes ordena que el tercio que fue de Garcilaso permanezca en Niza custodiando a su infortunado jefe.

Durante su larga agonía, que durará veinticinco días, el poeta tiene tiempo de dialogar a solas con el fantasma de su propia muerte y saborea largamente “aquel fin de lo terrible y fuerte / que todo el mundo afirma que es la muerte”.

Entre el 13 y el 14 de octubre de 1536, a los treinta y siete años de edad, quien supo dar vida a tantos versos inmortales exhalaba su último aliento bajo el cielo de Niza. Junto a su lecho se hallaban amigos y camaradas de armas, pero la mano consoladora del ser querido o esos ojos en los que leer un último mensaje de amor en la tierra, eso le faltó al poeta, que fue a morir con arreos de soldado, víctima, según su aciago pronóstico, del fantasma apocalíptico de la guerra.

No mucho antes había escrito un terceto de escalofriante oportunidad epigráfica:

*“Adiós, montañas; adiós, verdes prados;
adiós, corrientes ríos espumosos:
vivid sin mi con siglos prolongados.”*

Su cuerpo no encontró definitivo descanso en tierras de Provenza, sino que, dos años después de su enterramiento, su esposa doña Elena, desoyendo la voluntad testamentaria de Garcilaso, ordenó su traslado a Toledo, donde fue depositado en la capilla de Nuestra Señora del Rosario de la iglesia conventual de San Pedro Mártir.

Allí, bajo unos bultos funerarios de alabastro que reproducen su figura y la de su hijo Íñigo de Zúñiga al modo de guerreros orantes, permanece su cuerpo desde entonces, donde, al decir inspirado de Miguel Hernández, “un silencio de aliento toledano lo cubre y lo corteja”.

Su voz sigue sonando, no obstante, haciendo realidad los versos augurales del poeta: “Mas con la lengua muerta y fría en la boca / pienso mover la voz a ti debida... / y aquel sonido hará parar las aguas del olvido”.

Y en el silencio de su última morada, parece escucharse el verso de Salicio:

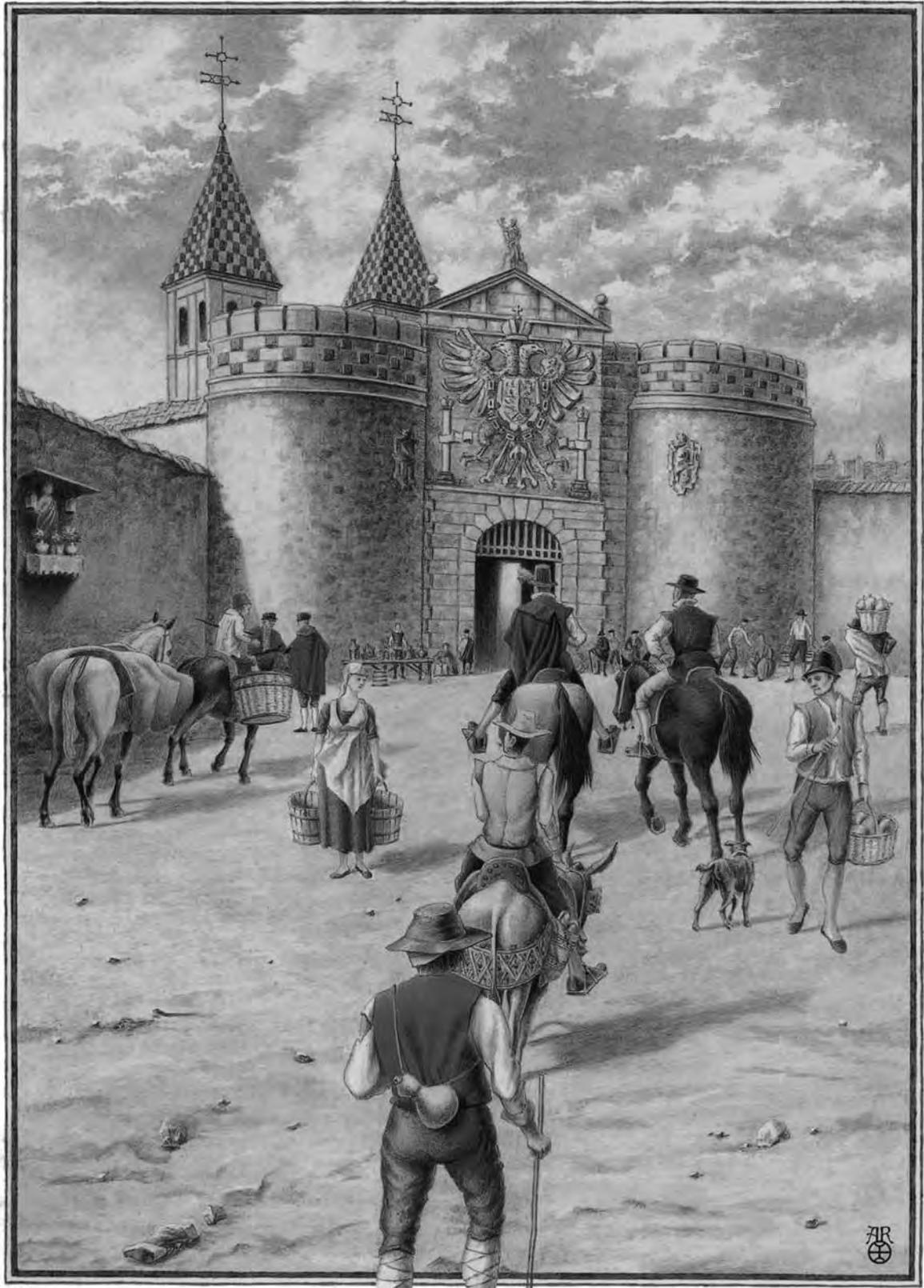
“Duerme, garzón cansado y afligido”...



EL TOLEDO
DE
GARCILASO DE LA VEGA

M.^a DEL CARMEN VAQUERO SERRANO





HP



EL RÍO, EL ALCÁZAR Y LA CATEDRAL

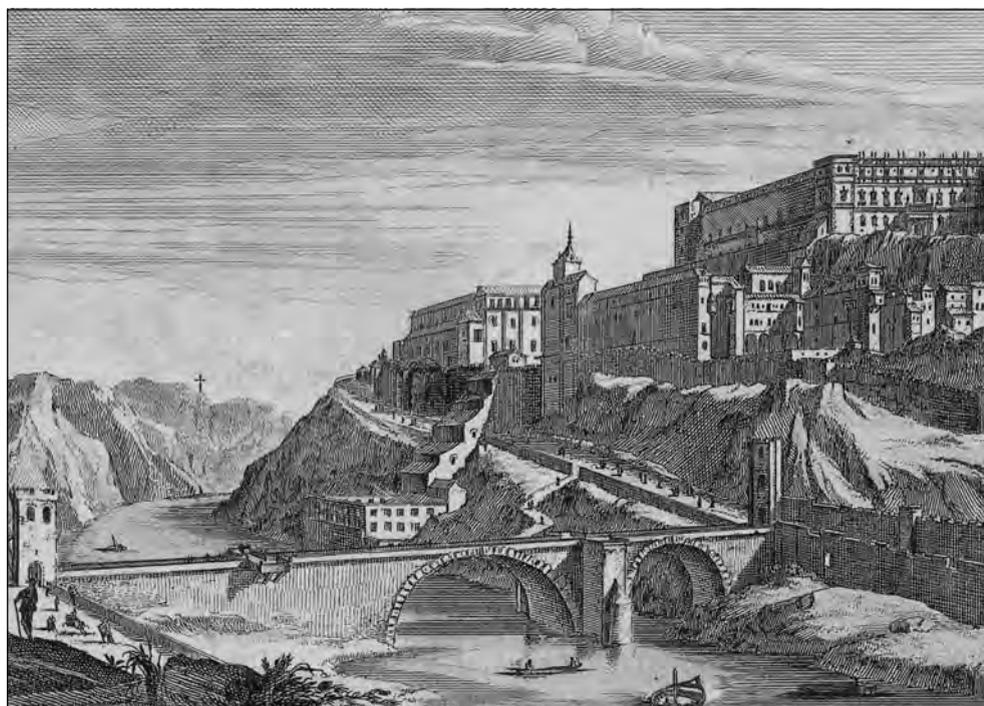


A ciudad donde nació Garcilaso en torno a 1499 es, a finales del siglo XV y primera mitad del XVI, la población más importante de la que será conocida mucho después como Castilla la Nueva. Puesta sobre un monte peñascoso y rodeada en su mayor parte por el río Tajo —cuyo caudal, según la tradición, arrastraba pepitas de oro—, vive toda ella volcada hacia esas corrientes de aguas puras, limpias y cristalinas. En las riberas del río que lo vio nacer (su “patrio río”) situará el poeta las aventuras amorosas de unos fingidos pastores llamados a gozar de larga fama. El propio Garcilaso nos describirá en sus versos aquel sorprendente paisaje:

*Pintado el caudaloso río se vía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía,
con ímpetu corriendo y con rüido
querer cercarlo todo parecía
en su volver, mas era afán perdido;
dejábase correr en fin derecho,
contento de lo mucho que había hecho.*

*Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre
d'antiguos edificios adornada.
D'allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.*





Y mientras el Tajo proseguía su curso hacia el océano, allí quedaba la ilustre ciudad llena de magníficos y antiguos edificios. Entre ellos sobresalían por sus dimensiones y altura de su fábrica dos: el alcázar y la catedral. Aquél era una impresionante y destartada fortaleza en una de las zonas más altas de la ciudad, que, en la primera mitad del siglo XVI, como residencia para los reyes y sus familiares, se utilizó, según parece por última vez, en la visita a Toledo en 1526 de doña Leonor, la hermana de Carlos V, porque en unos años se iba a iniciar la reforma que ejecutará, a partir de 1542, el arquitecto Alonso de Covarrubias por orden del Emperador. La catedral, en una parte honda de la urbe, pero ya destacando en el perfil de la ciudad con su, por entonces, única y elevada torre, no tenía ante sus puertas principales la gran plaza que hoy vemos, pues el solar del actual espacio abierto estaba repleto de casas, entre las que destacaban las de los escribanos locales. En el interior del templo, el cardenal Cisneros, arzobispo de la inmensa archidiócesis toledana, había ampliado en la nave central el espacio del presbiterio y había hecho instalar el imponente retablo del altar mayor. Las riquísimas y elegantes rejas de Villalpando (que cierran el espacio delante del presbiterio, entonces conocido como coro mayor o del Santísimo Sacramento) y la de Céspedes (que limita el coro actual o de los beneficiados) aún no existían, ni tampoco se había instalado la espléndida sillería alta del coro. En cambio, sí se había labrado la sillería baja, la de las escenas de la guerra de Granada, concluida desde 1495; se hallaba ya erigido el renacentista sepulcro del cardenal Mendoza (predecesor de Cisneros) y también estaba construida la capilla de los Reyes Nuevos.

Una relación de Álvaro Gómez referida a febrero de 1560, es decir, a unos veinticuatro años después de la muerte de Garcilaso, describía los dos edificios más relevantes de la ciudad del siguiente modo (véase ed. C. Fernández Travieso, 2007, p. 71):

Se [...] descubrió la ciudad de Toledo, puesta sobre un monte, cercada de muy fuertes muros [...]. Había principalmente dos edificios, los cuales entre otros muy a la clara señalaban, mostrando bien desde lejos a los que vienen el señorío y magestad de la ciudad. El uno es el Alcaçar, aposento de los reyes, cercado de muy fuertes y grandes torres. El otro es el templo principal de esta ciudad, cuya torre tiene forma de piramis muy alta y de mucha obra.

LOS MONASTERIOS DE RELIGIOSOS

Otro de los edificios sobresalientes de la ciudad es el **monasterio de San Pedro Mártir**, de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. Situado en la parte más elevada de la urbe, en él se instalaron los frailes dominicos a principios del siglo XV, aunque los religiosos llevaban en Toledo desde 1230. Su iglesia fue elegida como lugar de enterramiento de algunas de las grandes familias toledanas. Así, en la capilla mayor, será sepultado en 1545 don Fernando de Silva, cuarto conde de Cifuentes, junto a algunos de sus antecesores. Y en la capilla pequeña en el lado de la epístola, perteneciente a los Pérez de Guzmán, familia materna de Garcilaso, muy probablemente habían sido enterrados sus abuelos, Pedro de Guzmán y María de Ribera. Cuando el poeta otorgue su testamento en 1529, dirá:

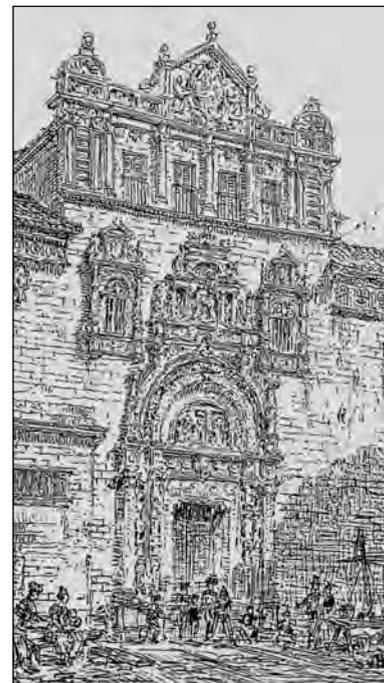
Entiérrenme en San Pedro Mártir, en la capilla de mis agüelas.

Por el alma del bisabuelo del poeta, el historiador Fernán Pérez de Guzmán, fallecido en 1460, ya se habían dicho misas en este monasterio. Y la esposa de Garcilaso, en su primer testamento conocido, de 1549, ordenará:

Que mi cuerpo sea enterrado en el monasterio de Sant Pedro Mártir desta dicha çiudad, en la capilla de Nuestra Señora, que está cabo la capilla mayor do está enterrado el dicho Garcilaso de la Vega, mi señor.

Desde 1480 parece que se había instalado en este convento la primera imprenta toledana en la que se imprimía la bula de la cruzada, mediante la cual se recaudaba dinero para ayuda a empresas religiosas.

Pero si los dominicos poseían un espacioso monasterio en la ciudad, los franciscanos ocupaban, al suroeste de la urbe y mirando hacia el puente de San Martín y el río, un espléndido edificio gótico-renacentista, el **monasterio**



de San Juan de los Reyes, mandado construir por los Reyes Católicos y donado a los franciscanos observantes desde 1477. Los trinitarios, por su parte, tenían su **monasterio de la Santa Trinidad** a mitad de camino entre la catedral y la parroquia de Santo Tomé, edificio que se empezó a construir en el siglo XIII y que había sido ampliado con donaciones de casas de su entorno. Los mercedarios, con su **monasterio de Santa Catalina**, muy próximo a las casas de Garcilaso, habitaban otro extenso espacio en el barrio conocido como La Granja, zona limitada en su parte inferior por la muralla y que ocupaba la parte posterior del edificio actual de la Diputación Provincial. El **monasterio de San Agustín** de religiosos de esta santa orden se hallaba cerca del puente de San Martín, junto a una de las puertas de la ciudad, la del Cambrón. Y muy alejado de éste, pero próximo al río y al puente de Alcántara, frente al castillo de San Servando, se situaba el **monasterio del Carmen**, en cuya capilla mayor habían sido sepultados don Pedro López de Ayala y doña Elvira de Castañeda, padres del primer conde de Fuensalida.

Extramuros de Toledo, mas no muy apartados de la urbe, había otros dos monasterios masculinos: el **de la Sisle** y el **de San Bernardo**. El primero de ellos, situado en un lugar alto, fresco y apacible en la parte meridional de la ciudad, era de religiosos jerónimos y fue construido a finales del siglo XIV. A él se retirará en determinados momentos de su vida el emperador Carlos V para hacer oración. El segundo, llamado por otro nombre monasterio de Montesión, de la Orden del Císter, y cuya construcción se inició en 1427, se había instalado en una vastísima finca en el camino que bordea el río Tajo por la margen izquierda hacia La Puebla de Montalbán. En tiempos de Garcilaso, contribuyó extraordinariamente a ampliar sus edificaciones un maestrescuela y canónigo de la catedral toledana, don Francisco Álvarez de Toledo, fundador de la universidad de la ciudad.



LOS MONASTERIOS FEMENINOS

Las religiosas, muy abundantes en Toledo, poseían también sus casas dentro de la urbe. Algunas, con edificios y espacios amplísimos, como las de **Santo Domingo el Antiguo**, cuyo monasterio lindero de la garcilasiana parroquia de Santa Leocadia, a pesar de su extenso solar, contaba entonces con una diminuta y apagada iglesia y no con la espléndida que años después se erigirá con trazas de Vergara, sustituidas después por las de Juan de Herrera, y cuyos retablos pintará el Greco a finales del siglo XVI. También de la Orden del Císter, el **monasterio de San Clemente**, a pocos pasos de la casa natal del poeta localizada entre las actuales calle de Esteban Illán y plaza de Padilla, era uno de los más remota fundación y también de enormes dimensiones.

Lindando con los mercedarios y con espléndidas vistas por encima de la conocida hoy como puerta de Alfonso VI (antigua de Bisagra), creado desde el siglo XIV se hallaba **Santo Domingo el Real**, monasterio de dominicas unido a la familia del poeta no sólo por el fundador de la Orden (antepasado por vía materna), sino porque en él se hallaban enterrados los primeros señores de Malpica, el mariscal Payo de Ribera y Marquesa de Guzmán, abuelos maternos de doña Sancha de Guzmán, la madre de Garcilaso, y también el tío carnal de ésta, el obispo de Coria y primer inquisidor, Vasco de Ribera, cuya escultura funeraria en posición orante aún se conserva en la iglesia de las religiosas.

El **monasterio de Santa Clara**, si bien fundado en 1250 extramuros de la ciudad, desde 1369 ocupaba las casas que, en la colación de San Vicente, había donado a estas religiosas la señora doña María Meléndez, viuda del alguacil mayor Suer Téllez de Meneses. Y entre el barrio de Santo Tomé y el Ayuntamiento, desde el siglo XIII, existía el **monasterio de Santa Úrsula** de monjas agustinas.

De más reciente fundación eran otros cuatro monasterios: **Santa Isabel, la Concepción, San Miguel de los Reyes y Santa Ana**. El primero, de monjas de Santa Clara, aunque creado en 1477, se había instalado pocos años después en unas casas del Rey Católico y a ellas había sido incorporado el edificio de la parroquia de San Antolín. En el coro de estas religiosas había recibido sepultura la princesa Isabel, hija mayor de los Reyes Católicos. El monasterio de la Concepción era el primero fundado en España de la Orden Concepcionista creada por Santa Beatriz de Silva. Desde 1501 su monasterio se hallaba en donde aún hoy día permanece, y en él tomaron el hábito muchas nobles de la ciudad. Y, enfrente de la iglesia de San Salvador, desde finales del siglo XV, en las casas del maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo, se había erigido el monasterio de San Miguel de los Reyes, fundación del hermano del maestrescuela, Diego López de Toledo, fallecido en 1501, y de su esposa, María de Santa Cruz, ambos sepultados en la capilla mayor. En él habían ingresado como religiosas numerosas niñas y jóvenes de la familia



judeoconversa de los Álvarez Zapata. El cuarto monasterio, acaso el más humilde de ellos, era el de Santa Ana (hoy hace mucho tiempo desaparecido) que se instaló, a principios del siglo XVI, en un edificio frente a Santa María la Blanca y cuyas religiosas pudieron comprar después las cercanas casas que llamaban de la Rica-hembra, adonde, según el cronista Pedro de Alcocer, se trasladaron en mayo de 1521.

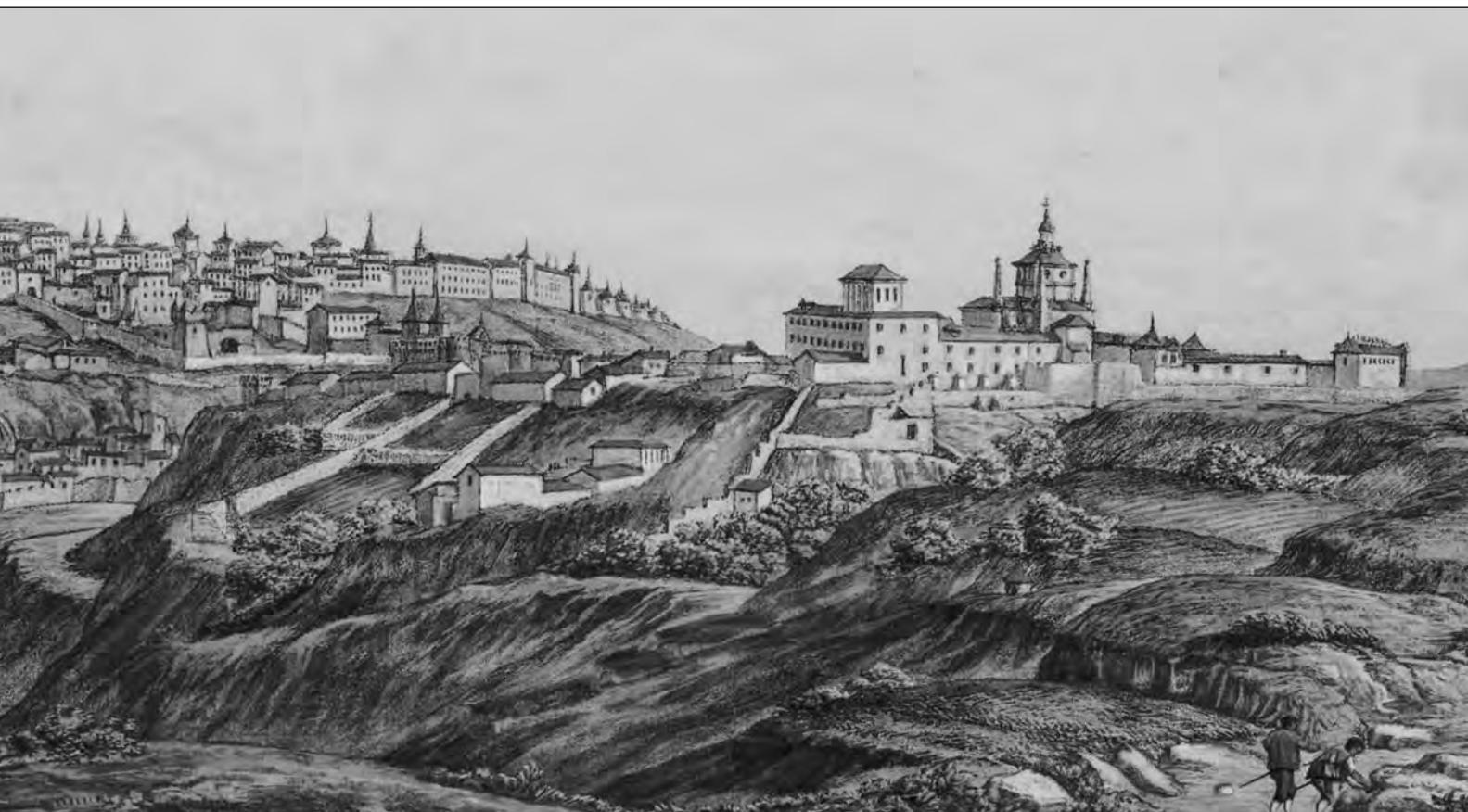
Pero merece la pena que nos detengamos en un monasterio especial para el círculo del poeta. Al poco tiempo de nacer Garcilaso, y por haber hecho los Reyes Católicos la reforma (o vuelta a la estricta observancia) de todos los monasterios de religiosos de la ciudad, se fundó en Toledo el **monasterio de Santa Fe**, de religiosas comendadoras de Santiago. Ello se debió a que las doncellas que se educaban en los conventos, por las nuevas circunstancias, no podían hacerlo y los nobles se habían quejado a los reyes del daño que se les causaba al no serles posible llevar a sus hijas a recibir doctrina de las religiosas. Las comendadoras, que llegaron a Toledo en 1501, estuvieron primero en el monasterio de San Pedro de las Dueñas (actual Museo de Santa Cruz); a comienzos de 1503, pasaron al monasterio del Carmen; y, poco después, en 1505, se instalaron en el antiguo palacio de los reyes godos o de Galiana, cerca de Zocodover. Allí ingresaron como religiosas (o, en algún caso, tal vez como alumnas) jóvenes de dos linajes, el de los Ribadeneira-Carrillo y el de los Sás, muy vinculados al poeta Garcilaso a causa de sus amores, y también otras de la propia familia Laso de la Vega.





Así consta que Leonor Carrillo y Catalina de Ribadeneira, hermanas de Guiomar Carrillo, el primer amor de Garcilaso, hicieron renunciación de sus bienes para entrar monjas en Santa Fe en 1513 y 1515, respectivamente. Leonor será religiosa en este convento durante toda la vida del poeta y hasta al menos 1554. Entre las sobrinas y otras parientes de Beatriz de Sá, esposa de Pedro Laso, el hermano mayor del poeta, dama que representó la gran ilusión platónica de éste y posiblemente la inspiradora de la Elisa de sus églogas, ingresó como religiosa en vida del poeta Beatriz de Sá, sobrina carnal de la bella cuñada de Garcilaso. Y después lo harían Guiomar de Sá y Venegas, María Venegas y Sá y otras jóvenes apellidadas Sá y Coloma y Coloma de Liquerque. Del afecto que sintió la familia Laso por este monasterio será prueba el hecho de que en él, andando el siglo, también ingresarán como religiosas tres sobrinas nietas del poeta (Teresa Carrillo, Sancha de Guzmán y Blanca de Sotomayor o Mendoza), hijas de su sobrino carnal Álvaro de Luna, uno de los hijos de Pedro Laso.

Muy decepcionante debió de resultar para la familia Laso-Guzmán la compra por parte de las religiosas franciscanas de la tercera regla (con aprobación desde 1514) y la instalación de su **monasterio de San Antonio** en 1525 en unas casas que adquirieron en el barrio de Santo Tomé, casas que habían sido propiedad de Hernando Dávalos, tío carnal político del poeta como marido que era de doña María de Ribera, la hermana de su madre. Dávalos, caballero natural y regidor de Toledo, se había visto obligado a huir



de la ciudad y a exiliarse para siempre en tierras portuguesas por su activa participación, entre los años 1519 y 1522, en la guerra de las Comunidades. De modo que el poeta y sus familiares hubieron de ver cómo el hogar de sus tíos maternos pasaba a ser propiedad, por aquellas tristes circunstancias, de las religiosas de San Antonio de Padua.

Finalmente, el postrer monasterio de religiosas fundado en Toledo en vida de Garcilaso fue el de las agustinas de **San Torcuato**, que se creó en 1520. Al principio estuvieron estas monjas en una casa cerca de San Agustín, en el Cambrón, pero después se mudaron junto a la iglesia mozárabe de San Torcuato, de donde recibieron el nombre.

LA IGLESIA TOLEDANA

En cuanto al gobierno de la ciudad, en el Toledo de Garcilaso podíamos decir que había dos poderes: el eclesiástico y el municipal. Dada la primacía de la sede toledana y la enorme extensión —con los consiguientes y abundantes ingresos— de la archidiócesis de Toledo, casi no haría falta subrayar la importancia de las personas de los arzobispos y, dentro de la ciudad, de las dignidades y canónigos catedralicios. Garcilaso conoció cuatro prelados, a saber: fray Francisco Jiménez de Cisneros, Guillermo de Croy, Alfonso de Fonseca y Juan Tavera. Asombro le produciría al niño Garcilaso saber que su arzobispo, fraile franciscano, creado cardenal un año antes, se pusiera, en 1508, al frente de una expedición para conquistar Orán, conquista que representó todo un triunfo para la archidiócesis toledana. Y no menor admiración produciría en la familia del poeta la fundación por el prelado, también en 1508, de la Universidad de Alcalá, con sus colegios mayores y menores y con la empresa humanística más representativa del Renacimiento español: la *Biblia Políglota*, que saldrá de las prensas complutenses entre 1514 y 1517. Muy consciente debió ser Garcilaso



de la segunda regencia de fray Francisco durante casi dos años, los transcurridos entre la muerte de Fernando el Católico (enero de 1516) y la llegada a la Península de Carlos I (1517). Y con el correr de la vida, el poeta habría de lamentar muy mucho la muerte, en este último año, del insigne cardenal por los graves acontecimientos que se produjeron en España tras la llegada del joven e inexperto soberano. Pero si magnífico había sido el arzobispado de Cisneros, perjudicial aunque efímero resultó el del extranjero Guillermo de Croy, que habría de morir en 1521 sin haber pisado España, y que sólo serviría para caldear los ánimos de los toledanos. Bajo su pontificado padeció el poeta el primero de sus destierros conocidos. Como se sabe, por haber intervenido, en 1519, en uno de los altercados previos a la sublevación de las Comunidades, Garcilaso fue desterrado de la ciudad por tres meses. Prácticamente el resto de su vida, el lírico vivió en época del arzobispo Alfonso de Fonseca, gran protector de los erasmistas y cuyo secretario, Juan de Vergara, uno de los más eminentes humanista toledanos, padeció un proceso instruido contra él por la inquisición toledana, proceso que se vio agravado por la muerte del arzobispo primado en 1534. Por último, el cardenal Tavera, promovido a la sede toledana tras la muerte de Fonseca, fue quien realizó espléndidas obras en la catedral toledana como la sillería alta del coro encomendada a Felipe Vigarny (o de Borgoña) y Alonso de Berruguete, conjunto de piezas artísticas incomparables que, desgraciadamente, nuestro poeta ya no pudo conocer.

Además de los arzobispos, en el mundo eclesiástico toledano tenían extraordinario peso las dignidades y canónigos de la catedral primada (llamada en el siglo XVI Iglesia Mayor o Santa Iglesia de Toledo). Las dignidades (o cargos importantes) del cabildo catedralicio eran catorce: el **deán**, el chantre o **capiscol**, el **tesorero**, el **maestrescuela**, los seis **arcedianos** (de Toledo, de Talavera, de Madrid, de Guadalajara, de Calatrava y de Alcaraz), los **abades de San Vicente y Santa Leocadia** (aquel referido a una abadía en la sierra toledana de San Vicente y éste a la iglesia de la mártir extramuros de la ciudad), el **capellán mayor** y el **vicario**. Y luego estaban los canónigos prebendados que eran cuarenta. Además, en la catedral había canónigos extravagantes, que, sin tanta renta como los principales, gozaban de silla en el coro; racioneros, capellanes, clerizones, etcétera.

El **deán** más duradero de la época de Garcilaso fue don Carlos de Mendoza, que lo fue desde 1513 a 1530. Como **capiscol** o chantre, el poeta pudo conocer a Alonso Yáñez y, con toda seguridad, a Bernardino Zapata de Herrera, que ocupó el cargo al menos desde 1520 hasta su fallecimiento en 1569. El **tesorero** con más actividad de la época se llamó Martín Zapata. Uno de los **arcedianos** más conocidos durante la juventud de Garcilaso fue el de Toledo de nombre Juan de Cabrera. Entre los **maestrescuelas**, el lírico debió de tratar a don Francisco Álvarez de Toledo Zapata, destacado comunero, que falleció en Valladolid en 1523, en pleno juicio por su participación en la sublevación de la ciudad; a don Francisco, el poeta, en su testamento de 1529,





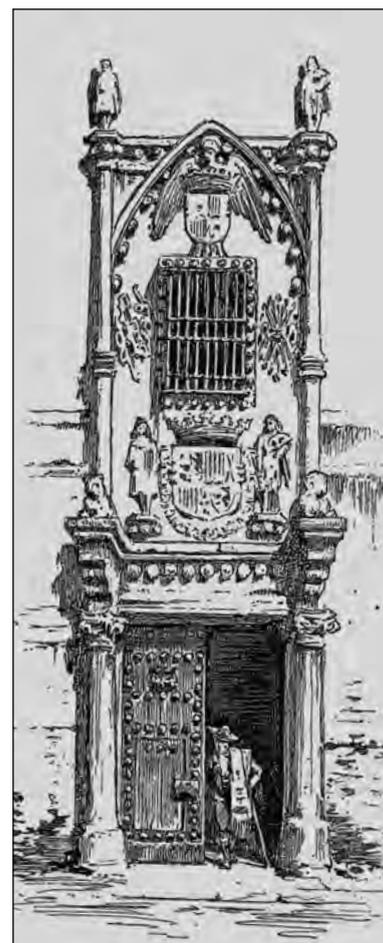
reconoce deberle diez ducados (“Devo al maestrescuela de Toledo pasado [...] diez ducados que me prestó); y también maestrescuela en vida de Garcilaso fue Bernardino Zapata, sobrino del anterior. **Abades de San Vicente de la Sierra** fueron, entre otros, Juan de Mariana y, desde 1530, Pedro de la Peña, uno de los albaceas que instituyó el poeta en sus últimas voluntades de 1529 (“Et para conplir e pagar y ejecutar este mi testamento [...] nombro por mis albaceas testamentarios [...] al licenciado Pedro de la Peña, canonigo de la santa iglesia de Toledo, juez e vicario general”). **Abad de Santa Leocadia** lo fue el posterior deán don Carlos de Guevara, a quien sucedió en 1513 Luis de Ávila, fallecido en 1519 y enterrado en San Juan de los Reyes, todo ello unos meses antes de que Garcilaso sufriera su primer destierro. El **capellán mayor** que había en Toledo a finales de 1520, es decir, en plenas Comunidades, era Juan de Vargas, sobrino del maestrescuela don Francisco Álvarez. Este capellán mayor debió de vivir hasta 1536, año de la muerte de nuestro poeta. Y, entre los **vicarios**, sobresale la figura de don Diego López de Ayala, hijo del conde de Fuensalida, canónigo toledano desde 1506 y dignidad de vicario en 1523. Fue obrero mayor de la catedral desde 1518 hasta 1557, es decir, durante treinta y nueve años. Su escudo con dos lobos pasantes se puede ver en numerosas obras artísticas de la Santa Iglesia de Toledo.

Tedioso resultaría dar la nómina de las personas que ocuparon las cuarenta canónjías del cabildo toledano en vida del poeta. Por eso me limitaré a unos pocos canónigos que considero interesantes. Don Pedro del Campo, además de primer rector de la Universidad de Alcalá y canónigo toledano, ostentaba el rango de obispo de Útica (en la actual Túnez). Fue uno de los más notables predicadores de la catedral de Toledo y también ardiente comunero al iniciarse la rebelión ciudadana. Asimismo entre los canónigos que tomaron parte por la Comunidad se contaron el ya citado maestrescuela Francisco Álvarez y el canónigo Rodrigo de Acevedo, exceptuados tanto uno como otro del perdón otorgado por Carlos V. Otro canónigo de tiempos de las Comunidades fue Blas Caballero, que fue echado de la ciudad por oponerse al comunero fraile Santamarina, pero que sobrevivió a la guerra y aparece en Toledo en las fiestas que hubo en 1525 con motivo de la estancia del emperador Carlos en la urbe y también en años posteriores. El canónigo más eminente que hubo en la catedral toledana en la época de Garcilaso por su calidad de gran humanista y profundo intelectual fue Juan de Vergara. Nacido en la ciudad del Tajo en 1492, estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se doctoró. Fue uno de los grandes colaboradores en la elaboración de la *Biblia Polígloa Complutense*. Viajó a Flandes para informar al arzobispo Guillermo de Croy del estado de la diócesis y allí se entrevistó con Erasmo. Vuelto a España, fue procesado por la Inquisición y puesto en prisión en 1533. Hubo de esperar mucho tiempo hasta que lo juzgaron en 1534, pero el proceso se prolongó todo el año siguiente, hasta que, por fin, el 21 de diciembre de 1535, abjuró en el cadalso, en pleno Zocodover. Vergara sobrevivió hasta 1557.

EL GOBIERNO MUNICIPAL

En la gobernación civil de la ciudad había los siguientes cargos: el supremo que era el de **corregidor** y Justicia mayor provisto por el rey; un **alcalde de las alzadas**, nombrado por el mismo corregidor y ante quien podían recurrirse todas las sentencias de aquél; un **alcalde mayor**, también designado por el corregidor y autoridad que entendía en las causas civiles y criminales; un **alguacil mayor** y dieciséis menores y cuatro **alcaldes ordinarios**, también para entender en las causas civiles; un **alcalde de mesta** provisto por el corregidor; y el **Ayuntamiento** presidido por el corregidor y compuesto por veinticuatro (aunque, a veces, serán más de treinta) **regidores** (unos, caballeros, y otros, ciudadanos) y cuarenta y dos (en ocasiones, hasta cuarenta y siete) **jurados**. En el Ayuntamiento también entraban el alcalde mayor, el de las alzadas, el de la mesta y el alguacil mayor. Otros oficios importantes en Toledo eran los **escribanos** del número de la ciudad (que eran entre treinta y treinta y tres), uno de los cuales ejercía también como escribano mayor del Ayuntamiento, y los **alcaldes** de los alcázares, puertas y puentes.

Entre los **corregidores** que conoció Garcilaso estuvieron mosén Jaime Ferrer, en tiempos del Rey Católico (1513); su propio cuñado, don Luis Puertocarrero, conde de Palma, casado con Leonor de la Vega (la hermana mayor del poeta), que ejerció el cargo entre 1516 y 1520; don Antonio de Córdoba, corregidor desde mediados de 1520, don Martín de Córdoba y Velasco, señor de la Casa de Montemayor, constatado en el puesto en 1523, y don Juan Hurtado de Mendoza, conde de Ribadavia, en 1526. **Alcalde de las alzadas** fueron don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, y el licenciado Antonio Álvarez (éste acaso lugarteniente del noble). El oficio de **alcalde mayor** lo ocupó el adelantado de Granada, don Diego de Cárdenas, hijo del gran colaborador de la Reina Católica, Gutierre de Cárdenas, y de la famosa y religiosísima doña Teresa Enríquez, conocida como la *Loca del Sacramento*. Don Diego, que recibirá el título de duque de Maqueda en 1529 por merced de Carlos V, había renunciado a su cargo de alcalde mayor en beneficio de su hijo Bernardino de Cárdenas unos años antes. También como alcalde mayor aparece en diciembre de 1506 el bachiller Juan Álvarez Guerrero, tal vez lugarteniente. Y como alcalde mayor por el corregidor don Martín de Córdoba, consta en 1523 el licenciado Luis Ponce de León. Don Pedro López de Ayala, conde de Fuensalida, fue **alguacil mayor**, aunque en ese oficio en 1506 figura el jurado Luis de Aguirre y durante las Comunidades aparece Pedro del Castillo, quizás sus lugartenientes. Francisco Ramírez de Sosa fue uno de los alcaldes ordinarios por el corregidor Córdoba. **Alcaldes de mesta** fueron el mariscal Fernando Díaz de Ribadeneira, de la familia de Guiomar Carrillo, y don Juan de Ribera, poseedor del oficio desde 1519 y, en 1538, galardonado por el rey con el título de marqués de Montemayor. Entre los **regidores** toledanos, destacaron



los comuneros Hernando Dávalos (tío carnal político del poeta, como ya dijimos), Juan de Padilla (el gran jefe comunero, que será ajusticiado en Villalar), Pedro Laso de la Vega (hermano mayor del lírico). Y tras la guerra, el propio Garcilaso, que ocupará el cargo del que había sido desposeído Gonzalo Gaitán. Jurados fueron los Ávila, los Sánchez de San Pedro, los Hita, etc. La **alcaldía del alcázar** la ostentó el ya citado don Juan de Ribera y del puente de San Martín Clemente Aguayo (acaso lugarteniente). Los escribanos mayores del Ayuntamiento pertenecieron a la familia Fernández (o Hernández) de Oseguera. Y entre los otros escribanos públicos del número de la ciudad se contaron Bernardino de Navarra, Hernán Rodríguez de Canales, Diego García de Alcalá, Juan Sánchez Montesinos, Gutierre Gómez, Payo [Rodríguez] Sotelo, Pedro Núñez de Navarra, Pedro García Yáñez y Diego Núñez de Toledo.

ALGUNOS CABALLEROS PRINCIPALES

Según el historiador Pedro de Alcocer, en tiempos del rey Enrique IV (1454-1474), había en la ciudad de Toledo cinco caballeros “los más principales de ella” que eran: don Alonso de Silva, conde de Cifuentes; Pedro López de Ayala, que después fue conde de Fuensalida y alcalde mayor de la ciudad; el mariscal Payo de Ribera; Lope de Stúñiga, hijo del mariscal Íñigo de Stúñiga; y Fernando de Ribadeneira, que después fue mariscal.

Las luchas entre los dos primeros, o lo que es lo mismo entre las emparentadas familias Silva y Ayala, proseguían cuando se inició el siglo XVI. Una de las constantes disputas entre el conde de Cifuentes y el de Fuensalida (éste con título estrenado desde 1470) era la posesión de los oficios del gobierno de la ciudad. El tercer conde de Cifuentes, don Juan de Silva, hijo de don Alonso, había contraído matrimonio con Leonor de Ayala, hija del conde de Fuensalida y a la que poco después repudió. La nueva esposa fue doña Catalina de Toledo, hija de los condes de Oropesa. El de Fuensalida, junto con su tío y consejero don Juan de Ribera, encabezaba la facción de los Silvas a principios del siglo XVI. Fue alférez mayor de la Reina Católica y presidente del Consejo Real. Tras su muerte en 1512, le sucedió al frente del condado su hijo Fernando o Hernando de Silva, cuarto conde de Cifuentes, quien, siendo alcalde de las alzadas en Toledo, tomó partido en la guerra de las Comunidades por el bando del rey y salió muy bien parado. En 1526, formó parte de la comitiva que se trasladó desde Toledo a recibir a la emperatriz Isabel en la raya de Portugal. Asistió a la coronación en Bolonia del Emperador en 1530. Este conde morirá en Madrid en 1545 y será sepultado en el toledano monasterio de San Pedro Mártir.

Cuando nació Garcilaso hacía como unos diez años que había fallecido el segundo conde de Fuensalida, Pedro López de Ayala. Aunque había



tenido un hijo varón llamado Pedro de Ayala, primer señor de Peromoro y uno de los grandes comuneros toledanos, este hijo era ilegítimo, y hubo de suceder al frente de la casa su sobrino carnal, Pedro López de Ayala, tercer conde de Fuensalida y alguacil mayor de Toledo en la época de las Comunidades. Su participación en la guerra no debió de ser muy destacada a favor de los comuneros, tal vez porque su primera esposa, doña Inés de Ribera, pertenecía a la familia de los Silva y era hermana del jefe del bando realista en Toledo, don Juan de Ribera. Tras dos nuevos matrimonios, el conde murió en 1537 (un año después de Garcilaso), sin descendencia y habiendo renunciado en 1529 al alguacilazgo mayor de Toledo en don Álvaro de Ayala.

Descendientes del mariscal y regidor de Toledo Payo de Ribera, primer señor de Malpica, habían sido, entre otros, sus hijos Perafán de Ribera, regidor de Toledo, Vasco de Ribera, el ya citado primer inquisidor, y María de Ribera, la abuela materna de Garcilaso, que había contraído matrimonio con Pedro de Guzmán, regidor de Toledo, cuarto señor de Batres e hijo del historiador Fernán Pérez de Guzmán. Doña Sancha de Guzmán, la madre del poeta Garcilaso, era, por lo tanto, nieta del antiguo mariscal.

Lope de Stúñiga, que dará su nombre a uno de los más famosos cancioneros del siglo XV, al menos de su esposa, doña Mencía de Guzmán, no dejó descendencia. Comendador de Guadalcanal en la provincia de León de la Orden de Santiago, mantuvo alguna que otra querrela con el conde de Fuensalida por los años de 1470. Al no existir, según parece, constancia de ningún hijo, hija o nietos suyos, no es posible hablar de la influencia de su linaje en el primer tercio del siglo XVI.

Al mariscal Fernando de Ribadeneira, que había llegado a ser también alcalde mayor de Toledo, le sucedió en 1474 su hijo, el mariscal Pedro de Ribadeneira, regidor de la ciudad. Cuando comienza el siglo XVI, encontramos al frente del linaje de los Díaz de Ribadeneira al mariscal Mateo, hijo de Pedro y alcalde mayor. Sucesor suyo fue su hermano Fernando [Díaz] de Ribadeneira, como quedó dicho alcalde mayor de mesta, cargo que ocupó desde 1502 por merced de los Reyes Católicos. Un tiempo después debió de dejar o ser privado del oficio, pues en 1528 y 1529 sólo consta como regidor de la ciudad y, según apuntamos, la alcadía de mesta pasó desde 1519 a don Juan de Ribera. Estos dos últimos Ribadeneira, Mateo y Fernando, eran primos hermanos de Guiomar Carrillo, el primer amor de nuestro poeta.

Otros muchos caballeros principales habitaron en el Toledo de Garcilaso. Uno de los más destacados fue don Diego de Mendoza, hijo del cardenal Mendoza y esposo de doña Ana de la Cerda, de la familia de los duques de Medinaceli. Su fama le vino no solo por ser hijo de quien fue, sino por su valentía y arrojo en las empresas italianas al lado del Gran Capitán. Por su actuación en ellas le fue concedido el título de conde de Mérito. Poseía sus casas en Toledo, en el solar donde años después se construirá el Colegio



de Doncellas. Murió en la urbe del Tajo en mayo de 1536, unos cinco meses antes del fallecimiento de Garcilaso, y fue enterrado en el monasterio de San Agustín.

Vinculado también al Toledo de la primera mitad del siglo XVI estuvo don Álvaro Pérez de Guzmán, quien, a partir de 1520, por merced de Carlos I, será conocido como conde de Orgaz. Señor asimismo de la localidad toledana de Santa Olalla, en la obra titulada *Sermón de Aljubarrota* se afirmará que “por donaire decimos que el conde de Orgaz es señor de Judea, no porque en Palestina ni en toda Mesopotamia tenga una sola almena, sino porque es señor de la villa de Santa Olalla, a donde los más de los moradores son conversos”. En 1535, don Álvaro embarcó en el puerto de Barcelona con el emperador y junto a él participó en la conquista de Túnez, empresa que también contó con la presencia de Garcilaso. Don Álvaro era descendiente de Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de Orgaz (+1323), cuyo entierro milagroso pintará El Greco.

Pedro López de Padilla, otro de los señeros de la historia toledana de los años primeros del siglo XVI, fue el padre del jefe comunero Juan de Padilla. Don Pedro, hermano del clavero y comendador mayor de la Orden de Calatrava Gutierre de Padilla, fue uno de los pocos varones que no abandonaron al rey don Fernando cuando Felipe el Hermoso desembarcó en España (1506) y se mantuvo absolutamente tenaz en su oposición al encierro de la reina Juana en Tordesillas. Perteneciente al bando de los Silva, no aprobó la actitud de su hijo Juan cuando se inició la sublevación de las Comunidades. Hijos suyos y de su segunda esposa, doña María de Guzmán, fueron también Gutierre y Pedro López de Padilla, ambos amigos de Garcilaso. Don Pedro murió en noviembre de 1521, en el monasterio de la Sisle, adonde se había retirado tras el ajusticiamiento de su hijo Juan.



Pertenciente a la familia de los Silva o de Ribera fue don Juan de Ribera, el más destacado anticomunero de la ciudad. Nacido en la localidad toledana de Gálvez en 1471, era señor, entre otros lugares, de Villaseca y Villaluenga. Regidor desde 1510, había heredado en 1519 el título de notario mayor del reino de Toledo, el oficio de alcalde mayor de la mesta y la tenencia de los alcázares, puertas y puentes de la ciudad. En 1538, dos años después de fallecido Garcilaso, le fue concedido el marquesado de Montemayor y en ese mismo año falleció en Villaseca.

Además de los citados, en Toledo hubo numerosos miembros de las tres órdenes militares. Caballeros de la Orden de Santiago fueron Garcilaso de la Vega, padre del poeta, que llegó a ser comendador mayor, sus hijos Pedro Laso de la Vega y Garcilaso, don Gutierre de Guevara, Lope Guzmán, Juan Gaitán y don Pedro de Ayala, señor de Peromoro. A la Orden de Calatrava pertenecieron el comunero Juan Carrillo y Tello de Guzmán, comendador de Almagro, hermanos del regidor anticomunero Hernán Pérez de Guzmán y de los canónigos Pedro Suárez de Guzmán y Ramiro de Guzmán. Y a la de Alcántara, Diego López de Toledo, comendador de Herrera, hijo del secretario regio Fernán Álvarez.



FAMILIAS JUDEOCONVERSAS

Tras el decreto de expulsión de los judíos en 1492, quedaron en Toledo algunos linajes de ascendencia hebrea, que habían pasado a ser, producida su conversión al cristianismo, lo que conocemos como familias judeoconversas. Ejemplo de ello fueron los Cota, que eran recaudadores y estaban vinculados a la Casa de la Moneda toledana. Es más, el solar donde se situó la segunda ceca de Toledo se hallaba en la misma finca donde vivían los Cota, casa situada en la calle entonces denominada Torno de las Carretas (hoy, Núñez de Arce), frente a la capilla de San José. Cuando Garcilaso debía de contar unos seis años, después de agosto de 1505, muere Rodrigo Cota, el más famoso miembro de este linaje en lo que a literatura se refiere. Autor del *Diálogo entre el Amor y un viejo*, el propio Fernando de Rojas le había atribuido el primer acto de *La Celestina*. Rodrigo era hijo de Alonso Cota, regidor en el Ayuntamiento toledano y tesorero real, y, por tanto, responsable máximo de la Casa de la Moneda. La familia había padecido en sus carnes y propiedades las revueltas que se produjeron en la ciudad en tiempos de Juan de II, por la recaudación de un dinero entre los ciudadanos que Alonso se vio obligado a hacer por orden del monarca, para restaurar la deteriorada Hacienda regia. Casado Rodrigo, en primeras nupcias, con Isabel de Sandoval, tuvo un hijo, Juan de Sandoval, de cuyo matrimonio con Isabel Galdo nació Pedro de Sandoval, vivo en tiempos de Garcilaso y propietario de la capilla de Nuestra Señora en la parroquia toledana de San Nicolás, conocida como capilla de los

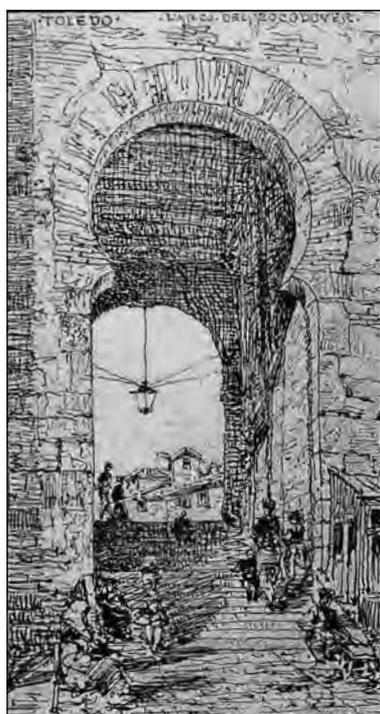
Sandoval. Viudo el escritor de su primera esposa, casó con Isabel de Peralta, de la que tuvo tres hijos. El mayor de ellos, Martín de Alarcón, casó con Isabel Zapata, hija del regidor Luis Álvarez de Toledo y sobrina carnal del secretario de los Reyes Católicos, Fernán Álvarez de Toledo, el más importante judeoconverso toledano de su época, políticamente hablando, y de quien me ocupó más adelante. Hijos de Martín e Isabel y nietos, por tanto, de Rodrigo Cota fueron Pedro de Peralta, que llegará a ser canónigo de Toledo, Juan Carrillo, Ana Carrillo y Rodrigo de Alarcón. Éste llegó a ser gentilhomme de la Casa Real en 1522 y casó con Bernardina de Toledo, hija del maestrescuela Juan Álvarez de Toledo y nieta del ya citado secretario regio Fernán Álvarez.

Si no yerra el profesor Cantera Burgos, otro miembro de la familia de los Cota, nieto del tesorero Alonso Cota por vía materna, fue el poeta Álar Gómez de Ciudad Real, hijo de Catalina (sobrina carnal de Rodrigo Cota) y de Pedro Gómez de Ciudad Real. Heredó de su padre el señorío de Pioz (Guadalajara), participó en la batalla de Pavía y acompañó al emperador Carlos V en su coronación de Bolonia (1530), acontecimiento en que el que también estuvieron presentes Pedro Laso y Garcilaso. Dejó varias obras, entre ellas, la *Talichristia*, extensísimo poema sobre la Redención y *De militia principis Burgundi, quam Velleris Aurei vocant*, («La Orden de caballeros del príncipe de Borgoña que llaman del Toisón de Oro»), compuesta alrededor de 1519 y publicada póstuma (Toledo, 1540). Álar Gómez murió en 1538, es decir, sobrevivió casi dos años a Garcilaso.

Del linaje de los Cota descienden también las toledanas familias apellidadas Belluga y Moncada. Un primo hermano de Rodrigo Cota, Sancho Cota, casó con Isabel Belluga de Moncada, y de este matrimonio proceden los toledanos Luis Belluga y Sancho de Moncada.

Otro de los grandes clanes judeoconvertos de la ciudad del Tajo era el de los Álvarez Zapata o Álvarez de Toledo Zapata. Descendientes del regidor del siglo XV Juan Álvarez, casado con Catalina Zapata, los miembros más destacados de la familia fueron tres hijos de este matrimonio: fray García Zapata, jerónimo que murió a manos de la Inquisición; el maestrescuela de la catedral toledana, Francisco Álvarez de Toledo Zapata, fundador de la Universidad de Toledo y muerto en Valladolid en 1523, acusado de ferviente comunero, y Fernán Álvarez de Toledo, secretario de los Reyes Católicos y hombre de confianza de los soberanos, que falleció en 1504, en Medina del Campo, en el mismo año y lugar que la reina Isabel. Hijos de Fernán Álvarez fueron los maestrescuelas toledanos Juan Álvarez de Toledo (+1546) y Bernardino de Alcaraz (+1556), personajes claves de la cultura de la ciudad en la primera mitad del siglo XVI.

Finalmente, a la familia de los Abulafia, algunos de cuyos miembros abandonaron España tras el decreto de 1492, pero de la que otros volvieron a la ciudad, perteneció el humanista judeoconverso Álvaro de Castro, médico del primer conde de Orgaz y abuelo del luego famoso helenista Álar



Gómez de Castro. Además de obras sobre medicina, Álvaro de Castro escribió una novela de caballerías, el *Libro segundo de don Clarián de Landanís* (Toledo, 1522). El escritor debió de morir hacia 1544 y, tal vez, en Santa Olalla, localidad toledana de donde procedía la familia.

HECHOS HISTÓRICOS DESTACADOS

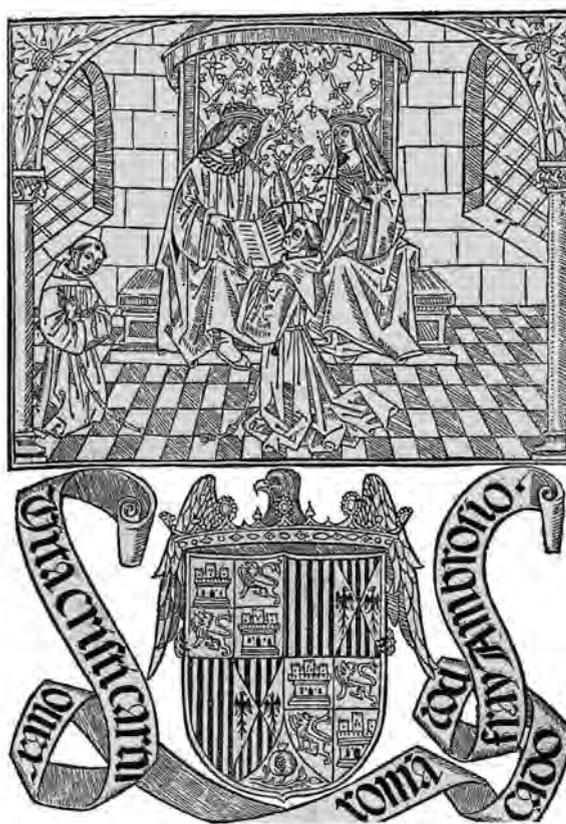
Doña Juana y don Felipe, príncipes herederos y reyes de Castilla

El primer acontecimiento histórico que repercutió en la ciudad de Toledo al filo del siglo XVI fue la muerte en el año 1500 del príncipe Miguel, nieto y heredero de los Reyes Católicos, lo que provocó que la herencia de los reinos de España recayera en doña Juana, segunda hija de los soberanos. En 1501, la nueva heredera y su esposo el archiduque Felipe emprendieron desde Bruselas viaje hacia la Península, adonde llegaron en 1502. En el mes de abril, don Fernando y doña Isabel esperaban a su hija y yerno en Toledo, pero su llegada se retrasó porque don Felipe padeció sarampión y hubo de quedarse en el cercano pueblo de Olías. Allí, saliendo desde Toledo, lo visitó don Fernando, y la reina no lo hizo porque su salud era bastante delicada. El 7 de mayo de 1502, entraban los archiduques en la ciudad del Tajo para ser jurados príncipes herederos. La solemne ceremonia se celebró en la catedral el domingo 22 de mayo. Y a continuación se reunieron las Cortes. La familia real permaneció un tiempo en la urbe. Pero el 8 de julio don Fernando partió hacia Zaragoza y a primeros de septiembre don Felipe y doña Juana emprendieron también viaje a Aragón para ser jurados como herederos de aquel reino. Vueltos a Flandes los archiduques y, tras el fallecimiento en 1504 de la Reina Católica, doña Juana y don Felipe hubieron de regresar a España en abril de 1506. A su llegada, los nobles y caballeros se dividieron, pues unos se inclinaron decididos hacia el bando del nuevo monarca Felipe el Hermoso, en tanto otros se mantuvieron leales al Rey Católico, que aún vivía y había actuado como regente en Castilla. De los primeros en inclinarse del lado de don Felipe fueron el conde de Fuensalida y Garcilaso, el padre del poeta, que de inmediato acudieron al encuentro del soberano. Y entre los perjudicados estuvieron don Juan de Silva, conde de Cifuentes, y Juan de Ribera, que perdieron sus oficios. Pocos meses después, el 25 de septiembre de 1506, moría en Burgos Felipe el Hermoso. Según Pedro de Alcocer, lo que entonces ocurrió en Toledo fue lo siguiente:

Con la repentina muerte del Rey no quedó grande que no pensó crecer su estado. En las ciudades resucitaron los vandos que estaban ya muertos... En Toledo hubo grandes revatos o devates, de una parte el Conde de Cifuentes y don Juan de Rivera y Pedro López de Padilla, y de la otra el Marqués de Villena y el Conde de Fuensalida, sobre



tener el Corredor que el Rey don Fernando dejó, que era don Pedro de Castilla, o tener a el que el Rey don Felipe proveyó; y como éste se tardó tanto en venir, y el Rey murió tan de presto, quando vino los de Silva no lo quisieron recevir, y el Marqués de Villena quisiera que sí. Además de esto, el Conde de Fuensalida, como era Alguacil mayor de aquella ciudad, quería traer vara y poner alguaciles de su manos, y sobre esto hubo llamamiento de gentes, y llegó la cosa a punto de pelear en la vega: al fin, el Conde de Fuensalida salió con su bara y dio una buelta por Toledo con ella, porque lo quiso el Conde de Cifuentes.



Los Silva, pues, querían mantener las decisiones del Rey Católico, mientras que los Ayala pretendían que se respetase lo dispuesto por el recién fallecido Felipe el Hermoso.

La concordia de diciembre de 1506

Tras la muerte de Felipe el Hermoso a comienzos del otoño de 1506, los caballeros y nobles toledanos decidieron firmar una concordia para guardar la paz en la ciudad. El acuerdo se juró y firmó el sábado 12 de diciembre de aquel mismo año. Primero, se llevó a cabo el juramento “en las casas del magnífico señor don Pero López de Ayala, conde de Fuensalida, alguacil

mayor de Toledo”, y allí se hallaron presentes e intervinieron, entre otros, Juan Niño, Perafán de Rivera y Antonio Álvarez. A continuación y ese mismo día, se juró y firmó la concordia “en las casas del magnífico señor Don Johan de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla”. Prestaron juramento allí, junto con otros, Pero López de Padilla, Gonzalo Gaitán y Tello de Guzmán, comendador de Calatrava. Al día siguiente, en el claustro de la Santa Iglesia de Toledo, esto es, de la catedral, hicieron lo propio, entre otros varones, don Carlos de Guevara (esposo de una hermana de Pedro López de Padilla), Rodrigo Niño y el regidor Fernando Díaz de Ribadeneira. Después, también en ese domingo, en su propia casa juró y firmó don Pedro de Castilla. Y en ese día, se pregonó la concordia por la ciudad. Primero, se leyó y pregonó a altas voces delante de la puerta del Perdón de la catedral; a continuación en la plaza de las Cuatro Calles; luego en la plaza de Zocodover; y, por último, en la plaza de Santo Tomé.

*El año de 1507. Los comienzos del reinado de Carlos I:
la guerra de las Comunidades*

Asentada la tregua entre los bandos toledanos el 2 de enero de 1507 y tras producirse al día siguiente un nuevo conflicto en el que murieron cinco o seis hombres, el 5 de enero los condes de Cifuentes y de Fuensalida firmaron un nuevo documento por el que se comprometieron a estar ellos y sus seguidores fuera de la ciudad dos meses, que se cumplirían el 5 de marzo. Pero Pedro de Alcocer, en referencia a este año, describe con tetricos colores la situación en la urbe. Escribe: “Bien se puede decir que en este año de quinientos siete las tres lobas rabiosas andavan sueltas, que eran hambre, guerra y pestilencia: *hambre*, a dos ducados la hanega de trigo; *pestilencia*, cada día morían en Toledo ochenta cuerpos y más; *guerra* en toda Castilla peleaban de noche y de día, y avía grandes devates”.

Esta terrible situación más las inquietudes y enfrentamientos que se arrastraban en Toledo desde mediados del siglo XV, unido todo ello a la errónea actuación de Carlos I al llegar a España en 1517, provocó la sublevación castellana conocida como la guerra de las Comunidades. Los abusos y entrometimientos de las autoridades flamencas en las que había depositado su confianza el nuevo rey fueron el detonante de la rebelión. El movimiento de Toledo lo iniciaron en 1520 los regidores del Ayuntamiento, muchos de ellos caballeros distinguidísimos de la ciudad. A ellos se sumó el clero, encabezado por algunas de las más altas dignidades de la catedral. Y, finalmente, se adhirió a los tumultos el pueblo toledano, en cuyas manos se acrecentó y desbordó el levantamiento. La sublevación se prolongó en la ciudad del Tajo desde 1520 hasta febrero de 1522. El ajusticiamiento de Juan de Padilla, tras





la derrota en Villalar el 23 de abril de 1521, no fue suficiente para poner fin a la rebelión toledana, que prosiguió con doña María Pacheco, hasta el día de San Blas, el 3 de febrero de 1522, fecha en que la viuda de Padilla abandonó la ciudad camino del exilio.

Los nombres más sobresalientes de los dos bandos (el partidario del rey o realista y el comunero) fueron, entre los caballeros defensores del rey, los de Juan de Ribera, su hermano Hernando de Silva y el regidor Hernán Pérez de Guzmán. Y entre los comuneros, los de Juan de Padilla, Pedro Laso de la Vega, Hernando Dávalos, Gonzalo y Juan Gaitán y doña María Pacheco. Y, entre los clérigos, destacados comuneros fueron el maestrescuela don Francisco Álvarez Toledo, el obispo don Pedro del Campo, el canónigo Rodrigo de Acevedo y el fraile agustino Juan de Santamarina.



Primera estancia del emperador Carlos V en Toledo

El 27 de abril de 1525 entró el Emperador por primera vez en la urbe del Tajo, donde permanecerá prácticamente el resto del año y los primeros meses del siguiente. Tras haberse pactado una tregua entre España y Francia, se convocaron las cortes generales del reino de Castilla, que se inauguraron el 1 de junio. Además de los procuradores de las ciudades, llegaron a Toledo muchos otros personajes. Entre ellos, destacados diplomáticos como los embajadores de Inglaterra y Portugal; Baltasar Castiglione, embajador del papa Clemente VII, y Andrea Navagero, embajador de Venecia; así como numerosos nobles, valgan de ejemplos Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba, acompañado por gran parte de los varones de su familia; Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar; Pedro Manrique de Lara, duque de Nájera; Juan de la Cerda, duque de Medinaceli; Fernando de Aragón, duque de Calabria; Fernando de Silva, conde de Cifuentes, y otros muy grandes señores de Castilla. Y altas jerarquías eclesiásticas como Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, y Juan Tavera, arzobispo de Santiago, presidente que era del Consejo Real.

Una vez reunidos los representantes de los diferentes estamentos, se iniciaron las sesiones, que se prolongaron desde primeros de junio a finales de agosto. Hallándose en plenos trabajos, el 20 de junio, se recibió la

noticia de que el rey Francisco I de Francia, preso desde la batalla de Pavía, había sido traído a España por el virrey Carlos de Lannoy. Virrey y prisionero entraron el 12 de agosto en Madrid, donde quedó retenido el monarca galo.

Pero volvamos a las Cortes toledanas. En su desarrollo se aprobaron algunas leyes necesarias y provechosas para el bien público. Y, al final, atendiendo a los grandes gastos que, en su hasta entonces corto reinado, había hecho el monarca, le otorgaron el mayor servicio, esto es, la mayor cantidad de dinero que nunca antes se había concedido. Por otro lado, se suplicó a Su Majestad que tuviese a bien casarse pronto y le rogaron encarecidamente que lo hiciese con su prima hermana Isabel de Portugal.

A finales de agosto, acabadas las Cortes, Carlos V realizó un viaje a Segovia, y regresó a últimos de septiembre a la ciudad. En estos días o en los primeros de octubre llegó a Toledo el cardenal Giovanni Salvati, sobrino del papa Clemente VII y legado suyo, a quien se había encomendado la liberación del soberano francés. En las jornadas siguientes, el soberano dispuso que hubiera fiestas de toros y cañas en honor del recién llegado. Y cuenta el bufón don Francesilla de Zúñiga que en los juegos participaron el propio cardenal y otros muchos eclesiásticos. Entre los citados aparecen Juan Tavera, arzobispo de Santiago; Diego de Ribera (hermano de don Juan de Ribera), obispo de Segovia, y los canónigos de Toledo, Diego López de Ayala y Blas Caballero. También participaron seglares como el conde de Palma y el poeta Garci Sánchez de Badajoz.

Según parece, el 3 de octubre entró en Toledo Margarita de Angulema, denominada por los cronistas Madame de Alençon, hermana del rey galo, futura reina de la Navarra francesa y autora del *Heptamerón*. Llegaba a la ciudad, donde fue muy bien recibida por el Emperador, para intentar conseguir la libertad de su hermano. Se alojó en el hogar de Diego de Mendoza, conde de Mélito, y en esta casa y en el alcázar tuvieron lugar las conversaciones sobre la liberación del prisionero. Terminadas sin fruto las conferencias, la de Alençon marchó para Madrid a mediados de octubre.

Otro de los personajes que visitó Toledo durante esta primera estancia de Carlos V fue la reina Germana de Foix, viuda, primero, del Rey Católico y, hacía poco, del marqués de Brandenburgo, que llegó a Toledo el 20 de enero de 1526. Venía cubierta de luto, en una litera también enlutada, trayendo un importante séquito. Salió a recibirla al puente de Alcántara el soberano con gran número de caballeros. Escoltada por el monarca y el legado pontificio, subieron todos ya de noche a la ciudad y doña Germana quedó hospedada en las casas de doña Sancha de Guzmán, viuda de Garcilaso. A los pocos días, el 1 de febrero, entraba también en Toledo doña Leonor de Austria, la hermana del Emperador e inminente nueva reina de Francia. El emperador salió igualmente a recibirla a más de un cuarto de distancia de la ciudad y, llegada a Toledo, se aposentó en el alcázar. El día 19 de febrero,





como uno de los acuerdos alcanzados para la paz con el rey francés, doña Leonor se desposó en Illescas con Francisco I. De vuelta en Toledo la soberana, e ido a Francia libre el monarca francés, el 24 de febrero partía Carlos V de Toledo para dirigirse a Sevilla a contraer matrimonio con Isabel de Portugal.

Segunda estancia de Carlos V

El 16 de octubre de 1528 llegaba el Emperador a Toledo en la que había de ser su segunda prolongada visita. Carlos V permanecerá los meses restantes del año y hasta el 8 de marzo de 1529 en la ciudad. En ella, según los cronistas, a fines de 1528, recibió a Hernán Cortés, conquistador de México, que había regresado a España para defenderse de las graves acusaciones vertidas contra él respecto a sus actividades en la conquista. Y también a Francisco Pizarro, que acababa de descubrir el Perú y que venía en demanda de auxilios para emprender la conquista de aquellas tierras.

El monarca empleó los dos primeros meses de 1529 en preparar desde Toledo su viaje a Italia, donde en 1530 habría de ser coronado solemnemente por el Papa. Por cierto, que el nuncio del pontífice, Baltasar Castiglione, que se hallaba también en la urbe, aproximadamente un mes antes de que saliera de ella el soberano, falleció en la Ciudad Imperial. Por aquellos mismos días, Carlos V firmaba en Toledo su testamento ante el secretario Francisco de los Cobos y otros testigos. Llegado el 3 de marzo, Su Majestad signó en la ciudad otros varios documentos nombrando regente a su esposa, la emperatriz, y dando instrucciones para la administración de los reinos durante su ausencia. Por último, el 8 de marzo de 1529, el soberano con su corte emprendía viaje hacia Barcelona, y la emperatriz, con sus hijos Felipe y María, marchaba para Madrid. Hoy sabemos con seguridad que hacia Bolonia, donde iba a tener lugar la coronación, partieron con el Emperador no sólo el poeta Garcilaso, sino también su hermano Pedro Laso de la Vega, que ya había sido perdonado por el monarca, y los también toledanos Gutierre López de Padilla y Rodrigo Niño.



Tercera estancia del soberano en Toledo

La noticia del desembarco de Carlos V en Barcelona en abril de 1533 y la probabilidad de una inminente venida del monarca a la ciudad del Tajo provocaron que los toledanos se lanzaran a celebrarlo con ocho días de fiesta. Según Cedillo, hubo “solemnes procesiones, luminarias, músicas, danzas,

máscaras y comparsas... corridas de toros, juego de cañas, lucidas cabalgatas, un notable simulacro de batalla naval...". Pero aún tardó un tiempo en realizarse la deseada visita, pues el Emperador no entró en Toledo hasta el 12 de febrero de 1534. Quizá el hecho más destacado de esta estancia que se prolongará hasta el 22 de mayo fue la provisión por parte del Emperador de la dignidad de arzobispo de Toledo en la persona de don Juan Tavera. Sonaban diferentes nombres para ocupar la seda vacante por la muerte de don Alfonso de Fonseca, pero, según se cuenta, el 1 de abril de 1534, Miércoles Santo, salía el Emperador de Toledo para dirigirse al monasterio de jerónimos de la Sisle, situado extramuros, donde iba a pasar el resto de la Semana Santa, y don Juan Tavera lo acompañaba en su salida. Cuando traspasaron las puertas de la ciudad, el soberano se volvió a Tavera y le dijo: "Volved, arzobispo de Toledo, y aguardad mi vuelta".

Para besar las manos de Su Majestad y resolver asuntos pendientes acudió en aquellos dos meses a la ciudad del Tajo gran parte de la nobleza española. Así se reunieron en la urbe los duques de Alburquerque, Béjar e Infantado, el almirante Enríquez, el conde de Benavente y el duque de Alba. Probablemente todos ellos —y quizá también Garcilaso, que por entonces se hallaba en la que sería su última visita a la ciudad natal— participaron en el torneo que el 19 de abril se celebró en la vega toledana, en el que, según el cronista Pedro Girón, intervinieron "Su Majestad y muchos señores y caballeros del reino". Los soberanos abandonaron la Ciudad Imperial el 22 de mayo y se dirigieron hacia Segovia.

LOS OFICIOS MASCULINOS EN LA CIUDAD DE TOLEDO

Resultaría casi imposible enumerar los múltiples oficios varoniles que existían en Toledo en el siglo XVI. Intentaré elaborar una relación alfabética de varios de ellos, dando en algunos casos nombres de quienes lo ejercieron en aquella época. Fueron los siguientes: **Agujeteros** u oficiales que hacían o vendían agujetas, es decir, tiras o correas de piel curtida, con un herrrete en cada punta, que servían para atar los calzones, jubones y otras cosas. **Albañiles** como Juan Gómez o Benito de Huerta. **Alfareros** como Pedro de Porras. **Alguaciles** como Pedro de Escobar, que intervino junto con Garcilaso en el alboroto que se organizó en el hospital del Nuncio en 1519. **Armeros**, que daban nombre a la calle de las Armas. **Arquitectos** como los hermanos Enrique y Antón Egas. **Azacanes** o aguadores, que vendían agua. **Barberos** como Juan de Madrid, que sirvió a Garcilaso. **Boneteros**, que ejercían quizá la profesión más corriente en la ciudad por la cantidad enorme de bonetes o prendas de abrigo redondas para la cabeza como las que aún hoy se usan en los países africanos. Boneteros fueron Antolín, Alonso de





Escalona, Juan de Medina, Juan de Murguía, Alonso de Ocaña, Gaspar de Torres o Alonso Ruiz. **Borceguineros** como Juan López Cordero o Alonso de Segovia, que eran quienes hacían o vendían borceguíes, calzados que llegaban más arriba del tobillo, abiertos por delante y que se ajustaban por medio de correas o cordones. **Boticarios** como Francisco de Puebla, Pedro Álvarez, Pedro de Quenca y Francisco Pérez. **Cabestros** como Andrés Sánchez, que hacían o vendían cuerdas de cáñamo o cordeles que se ataban a las cabezadas de las caballerías para llevarlas de ellos o para atarlas donde se quisiera con seguridad. **Calceteros** o maestros que tejían calzas de paño u otra tela de lana como Luis Gutiérrez y Martín de Zaldívar. **Caldereros**, es decir, los oficiales que hacían calderos y todo género de vasos de cobre, o bien los que andaban vendiendo por las calles sartenes, badilas y otros instrumentos caseros de cobre o hierro. **Carpinteros. Cambiadores** como Juan Álvarez, que podrían ser denominados cambistas o banqueros. **Carniceros. Carpinteros** como Miguel López. **Cereros**, que labraban la cera o tenían tienda para venderla. **Cerrajeros. Chapineros**, que eran oficiales que hacían o vendían chapines, calzado propio de las mujeres, como Gabriel de Santo Domingo. **Comerciantes** como Fernando de Alcocer. **Confiteros** como Juan de Toledo. **Cordoneros. Cuchilleros** como Sosa o Juan de Tolosa o Juan de Valladolid. **Escuderos** como Martín Alonso, Fernando Núñez o Espinosa. **Espaderos** como Salvador de Ávila y Juan de la Orta. **Gorreros. Guarnicioneros. Herradores** como maestro Pedro López. **Herreros** como maestro Juan Francés. **Hiladores de seda** como Borja. **Hortelanos. Impresores** como los Hagenbach, Juan de Villaquirán, Arnao Guillén de Brocar, Ramón de Petras, Gaspar de Ávila, Francisco de Alfaro, Juan de Ayala, Miguel de Eguía y Cristóbal Francés. **Joyeros. Jubeteros**, que hacían jubones, prendas de vestir que cubrían desde los hombros hasta la cintura. **Latoneros** como el furibundo comunero Diego López. **Lecheros. Lenceros. Libreros** como Juan Alonso o Juan de Santa Catalina. **Licenciados** como Antonio Álvarez o Fernando Días de Peñalver, Pedro de Herrera, regidor, o Francisco López de Úbeda, alcalde mayor por la Comunidad. **Médicos** (llamados comúnmente físicos) como los doctores Diego García de Amusco, Diego Núñez de Toledo o Jorge Gómez. **Mercaderes** como Alonso Álvarez Usillo, Gonzalo de Illescas, Alonso de Salamanca, Pedro de Teba o Juan de San Pedro, a quien el poeta reconoce haberle debido un dinero. Con respecto a esta profesión habrá que recordar la existencia en Toledo desde 1465, por merced de Enrique IV, de la existencia de un mercado franco el martes de cada semana. **Mesoneros** como García de Segovia. **Molineros** como Alonso Sánchez. **Monederos** o fabricantes de monedas, de los que llegó a haber más de ciento trabajando en la ceca o casa de la moneda toledana. **Mozos de espuelas** como Escobar o el Gallego. **Odreros**, que hacían o vendían odres, cueros cosidos para contener líquidos como el vino, así Alonso de Toledo o Juan de Villarreal. Aquí cabe recordar que, en la gran revolución del siglo XV en

Toledo, la de Pero Sarmiento, en 1449, tuvo como promotor a un odrero, sobre el cual había quedado en la ciudad el dicho conservado con múltiples variantes como las siguientes:

Sopló el odrero
y alborotose Toledo.

Soplará el odrero
y levantarase Toledo

Pajes como Fernando Vázquez, que sirvió a doña Aldonza de Alcaraz, viuda del secretario regio Fernán Álvarez. **Pellejeros** como Herrera y Salamanca. **Pertigueros**, que eran servidores seculares de la catedral, que asistían acompañando a los que oficiaban en el altar, coro, púlpito y otros ministerios, como Álvaro Barroso o Pedro de Vergara. Llevaban en la mano una vara o pértiga guarnecida de plata, de donde les vino el nombre. **Pasteleros**. **Pintores** artísticos como Juan de Borgoña. **Plateros** como Juan Díaz, Cristóbal de Ordaz y Enrique de Arfe. **Pregoneros** como Andrés Dávila y Sebastián de Valverde. **Refitoleros** o encargados de administrar los bienes de alguna institución como Gil Martínez, que lo fue del Colegio de Santa Catalina, o Antón López de Toledo y Pedro de Uzeda, ambos de la catedral. **Rejeros** como maestre Diego, que hizo una reja en la catedral para la capilla de San Eugenio donde estaba enterrado el obispo Castillo. **Roperos**, que eran los que vendían vestidos hechos como Diego Fernández. **Sacristanes** como Diego del Moral, sacristán de San Salvador, o Juan García y Alonso Pérez, que lo eran del sagrario de la catedral. **Sastres** como Robles. **Sombrereros** como Rodrigo Moreno y Diego de Ulloa. **Tejedores** como Adrada o Andrés de Toledo. **Tejedores de lana**. **Tejedores de lienzos** como Alonso de Ocaña. **Tejedores de oro tirado** como Castillo, citado por Garcilaso como persona a la que debía un dinero. **Tejedores de seda** como Juan Ruiz o Diego de Madrid. **Tejedores de terciopelo** como Juan de Villanubla. **Tintoreros** como Diego Fernández, Miguel Pérez y Luis Álvarez. **Toqueros**, que tejían o hacían tocas o las vendían, como Juan de Toledo. **Traperos** como Martín Gómez, García Álvarez, Álvaro de Torrijos, Julián García. **Tundidores**, los que cortaban o igualaban con tijeras el pelo de los paños, como Nicolás de Yepes. **Venteros** como Antón Sánchez. **Yeseros** como Francisco de Vargas. **Zapateros** como Zamarrilla, Juan de Ocaña y Gabriel de Espinosa. Y **zurra-dores**, que tenían por oficio zurrar y curtir cueros.

Por último, sin que ejercieran un oficio como tal, pero con una función en la sociedad renacentista, son dignos de mención los esclavos, personas que en la época eran consideradas como bienes de sus amos. Así, en el inventario de las propiedades de Garcilaso, se citan, además de dos esclavas mujeres, dos esclavos, “uno que se llama Roman y el otro Ham[an]”.



LA INQUISICIÓN

El Tribunal de la Inquisición para el reino de Toledo que había comenzado a funcionar en Ciudad Real, en mayo de 1485 trasladaba su sede a la ciudad del Tajo. Los primeros inquisidores fueron el doctor Vasco de Ribera, arcediano de Talavera, y don Pedro Díaz de la Costana, canónigo de Burgos. El primer auto de fe celebrado en Toledo tuvo lugar el domingo 12 de febrero de 1486, durante el cual varios centenares de judaizantes se reconciliaron con la Iglesia. Salieron los penitenciados del monasterio de San Pedro Mártir, hicieron por la ciudad el recorrido de la procesión del Corpus Christi y acabaron en la catedral, donde se les leyeron las penitencias que habían de cumplir. Uno de los casos más sonados de los primeros tiempos de la Inquisición toledana fue el de fray García Zapata, fraile jerónimo hermano del maestra escuela Francisco Álvarez y del secretario regio Fernán Álvarez. Fray García fue delatado ante el Santo Tribunal y éste lo quemó entre 1486 y 1487. El mismo don Francisco Álvarez se vio también acusado de judaizante, pero, al final de un largo proceso, resultó absuelto. Y ya, en plena madurez de Garcilaso, el arresto, juicio y abjuración del canónigo Juan de Vergara, entre 1530 y 1535, pusieron en alerta a muchos toledanos.



El Tribunal de la Inquisición toledana estaba formado por **dos inquisidores** (aunque en muchas ocasiones coincidían tres); **un fiscal**; **un alguacil mayor**; **cuatro notarios del secreto** o secretarios; **un notario de los secrestos** (o secuestros), que daba fe de los bienes retenidos a los acusados; **un receptor**; **un carcelero**; **un nuncio**; **un portero**, **un juez de bienes**; **un notario de la audiencia de este juez**; y, según algunas fuentes, **un tesorero**, varios **consultores** y calificadores teólogos y juristas, **comisarios** y **familiares**.

Casi todos los inquisidores —en número de 57 entre 1482 y 1598— eran licenciados o doctores en leyes y procedían muchos de ellos de exclusivos colegios mayores. La escasez de personal con que contaban hizo que buscaran la ayuda de algunos paisanos. Éstos eran **los familiares**, servidores laicos del Santo Oficio prestos en cualquier circunstancia a prestar su colaboración al tribunal. En 1510 se ordenó que los familiares no pasasen de quince y que fueran cristianos viejos, casados y personas no revoltosas ni escandalosas. Según J. Meseguer Fernández, **inquisidores** toledanos fueron, por ejemplo, en el año 1507, el licenciado Juan de Palacios y el bachiller Rodrigo de Acevedo (luego famosísimo canónigo en los tiempos de la Comunidad), simultánea y solidariamente con los cuales fue nombrado en mayo de 1509 el bachiller Pedro de Nebreda, colegial del Colegio de Santa Cruz de Valladolid. Un mes después era despedido de su oficio Juan de Palacios. En 1511, constan como inquisidores los licenciados Alonso Escudero (que ya lo era desde 1509 y será trasladado a Sevilla en 1511), Francisco de Herrera, capellán mayor, y Alonso de Mariana, canónigo en la catedral toledana. En junio de 1511 también se proveyó por inquisidor de Toledo al licenciado Rodrigo de Argüelles, para que lo fuera simultáneamente con los hubiere. En 1512 aparece, junto a Herrera y a Mariana, el licenciado Villanueva y, en 1516, era nombrado el licenciado Mendoza. Ocho años más tarde eras designado para el puesto el licenciado Alonso Mejía, canónigo de Toledo, que tomará posesión en 1529 y seguirá actuando como tal en 1532. Tras la guerra de las Comunidades y en agradecimiento a sus servicios el Emperador nombró inquisidor de Toledo al conocido escritor y orador fray Antonio de Guevara. También fueron inquisidores los canónigos Blas Ortiz y Pedro de la Peña. El cargo de **fiscal** lo desempeñó, entre otros, Martín Jiménez, canónigo de Logroño (1507-1512). **Alguaciles mayores** fueron sucesivamente Salazar y Pedro Vázquez del Busto (1507-1511). Entre los primeros **notarios del secreto** en el siglo XVI constan los nombres de Francisco de Ribera, Rodrigo Maldonado, Antonio de Segude (?) y Martín de Sandoval, a quienes sucedieron, en 1507 y hasta al menos 1511, el jurado Diego López de Tamayo, Juan de Obregón y Diego de Pedrosa. Éste fue sustituido en mayo de 1511 por Cristóbal de Prado, que continuó por los menos hasta 1517, a pesar de estar casado con una conversa. **Notario de los secuestros** fue el jurado Alonso Açafrán, a quien siguieron Francisco Maldonado (1507-1511) y Diego de Ávila (1516). El puesto de **receptor** de los bienes confiscados por los delitos de herejía fue ocupado, entre otros, por Juan Martínez de Guillestigui o Guilistegui (1507-1517) y Juan del Pozo (1517). **Carcelero** fue, entre los primeros, Martín Fernández Lagarto, tras su muerte pasó el oficio a Pedro de Espinosa (1509-1511), que antes había sido portero. En 1515 desempeñaron este cargo de guarda de los presos, uno seguido del otro, Melchor de Saavedra y Hernando de Sepúlveda, y en sustitución de éste se nombró en 1516 a Gonzalo de Torres. Como **nuncios** trabajaron Gonzalo de Hita y el mencionado Melchor de Saavedra (1508-1511).



Fueron porteros el ya citado Pedro de Espinosa y Juan de Ortega. Como **juez de bienes** ejerció el bachiller Ginés de Corvalán (1507-1511), **notarios** de cuya audiencia fueron Juan Ibáñez (o Yanes) de la Plaza (1509-1511), Antón Gómez de Gómara y Agustín Illán (1516).

La primera casa que ocupó la Inquisición estaba en la colación de San Justo. Era propiedad del regidor Gonzalo de Pantoja y allí permaneció el tribunal desde 1485 a finales de 1513. Se conserva la orden dada por el Rey Católico en diciembre de este último año por la que mandaba aposentar el Tribunal de la Inquisición en las casas de Rodrigo Cota, debajo de la iglesia de San Nicolás, dado que las de Gonzalo de Pantoja habían sido destinadas por su dueño a una obra pía (iban a ser demolidas para construir San Juan de la Penitencia). Acaso nunca llegaran a instalarse en el solar de los Cota, porque historiadores toledanos, como Francisco de Pisa, dicen que, después de las casas de San Justo, el Tribunal se trasladó a las de don Alonso de Rojas, arcediano de Segovia, situadas en la plazuela junto a San Marcos, es decir, en la actual plaza del Juego de Pelota. En uno y otro sitio conocería Garcilaso las sedes del tribunal.

INSTITUCIONES EDUCATIVAS Y SANITARIAS

Desde no sabemos qué año de finales del siglo XV funcionaba en Toledo un Estudio de Gramática, una primera y humilde fundación para escolares, creación del maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo. Se hallaba instalado en unas casas propiedad del fundador “cerca de San Andrés” y en ellas había un bachiller o maestro y los colegiales. El más famoso de los profesores fue un contemporáneo de Garcilaso, el maestro Alejo Venegas, que ejercerá en Toledo hasta 1544. Y, entre los discípulos, sobresalieron los jesuitas Alfonso de Salmerón y Pedro de Ribadeneira y el escritor, después instalado en México, Francisco Cervantes de Salazar.

En tiempos del cardenal Mendoza, exactamente en 1485, se funda en Toledo el Colegio de Santa Catalina, que habría de ser el germen de la futura universidad toledana de 1520. Su fundación se debe también al maestrescuela Francisco Álvarez, que logró del papa Inocencio VIII la bula para la creación del centro. En él habrían de ser instruidos los jóvenes aspirantes al estado eclesiástico. Para su instalación, el maestrescuela cedió su propia casa “cerca de San Sebastián”. Las primeras constituciones se redactaron en fecha anterior a 1508. Y, entre los primeros colegiales, destacó fray Francisco Ruiz, el gran amigo y compañero de Cisneros. El Colegio de Santa Catalina fue elevado a universidad a petición del maestrescuela y por una bula concedida por el papa León X en febrero de 1520.

Otro centro formativo, aunque de muy distinto carácter y para doncellas, fue el de San Juan de la Penitencia, creado en el año 1514 por el cardenal Cisneros. Monasterio de religiosas de la Tercera Orden de San Francisco, con cuarenta religiosas, daba albergue también, si bien en casa distinta

aunque contigua a la de las monjas, a veinticuatro doncellas, a las que se formaba en principio para casarse o, si lo deseaban, para ingresar en el mismo convento como religiosas.

De entre los varios hospitales existentes en Toledo a principios del siglo XVI, como el de Santiago (dedicado a la cura de las bubas) o el de la Misericordia, me detendré, primero, en el hospital del Nuncio. Situado muy cerca de la catedral, fue fundado en 1483 por don Francisco Ortiz, arcediano de Briviesca, canónigo de Toledo y nuncio apostólico, para dar cobijo a treinta y tres dementes y trece niños expósitos. En el verano de 1519, un grupo de jóvenes, entre los que se encontraba Garcilaso, entraron en el hospital con armas y organizaron un tremendo alboroto, por el cual nuestro poeta, como ya dije, fue desterrado de la ciudad.

Pero, sin duda, el hospital más importante de Toledo en época de Garcilaso fue el que el cardenal Mendoza dispuso que se crease con su dinero, el llamado Hospital de Santa Cruz (hoy museo del mismo nombre, próximo a Zocodover). El prelado no pudo verlo construido, pero, para que se cumpliera su voluntad, los Reyes Católicos entregaron los terrenos del monasterio de San Pedro de las Dueñas y una parte de la antigua casa de la moneda. El hospital, dirigido por un canónigo como rector, contaba con cien camas para cuidar enfermos y, además, en él se criaban los niños abandonados (llamados en Toledo de la Piedra), cuyo número en ocasiones pasaba de cuatrocientos y que —siempre según Alcocer— permanecían en la institución hasta los tres años en que se los acomodaba con señores u oficiales.



MUJERES EN EL TOLEDO DE GARCILASO

Aunque ya me he referido a las religiosas, no podría cerrar este panorama de la Ciudad Imperial sin hacer referencia al mundo femenino en general que en ella habitaba y se movía, manejando, en ocasiones, trascendentales hilos de su historia. En la infancia de Garcilaso habría llegado a sus oídos noticia de dos grandes mujeres, la portuguesa Beatriz de Silva, fundadora en Toledo de la Orden Concepcionista y muerta y enterrada en la urbe del Tajo, en 1490, con fama de santidad y, por supuesto, la Reina Católica, la gran soberana fallecida en 1504. Pero a quien seguro conoció, y probablemente trató, fue a otras dos señoras que ejercieron una enorme influencia sobre los toledanos de principios del XVI. Me refiero a doña Teresa Enríquez, viuda del eminente personaje de la corte de los Reyes Católicos Gutierre de Cárdenas, conocida como la *Loca del Sacramento*, y a doña María Pacheco, primero, esposa, y luego viuda de Juan de Padilla. Muerto Gutierre de Cárdenas en 1503, su cónyuge, usufructuaria vitalicia de todos sus bienes, desempeñó un papel capital no sólo en la cercana localidad de Torrijos, donde erigió importantes edificios, sino en la ciudad del Tajo, en cuya pacificación intervino durante la guerra de las

Comunidades, junto con su hijo Diego de Cárdenas, alcalde mayor de Toledo. Postura contraria adoptó la granadina doña María Pacheco, que mantuvo sublevada a la ciudad a lo largo de casi un año tras el ajusticiamiento de su marido en Villalar. La fortaleza y empuje de la viuda de Padilla debieron de ser bastante inolvidables para los toledanos de la época. Y por seguir con damas de la nobleza en tiempos de las Comunidades, no podemos dejar de citar a doña Sancha de Guzmán, sexta señora de Batres, madre del poeta y de Pedro Laso, y a su hermana doña María de Ribera, esposa del también comunero Hernando Dávalos. Y del lado contrario, doña Brianda Portocarrero, esposa del regidor anticomunero Hernán Pérez de Guzmán, primo hermano de doña Sancha y de doña María, que vio cómo sus casas eran saqueadas y arruinadas por el populacho. Otra dama muy conocida en estos momentos, aunque su esposo el regidor Lope Conchillos, por su avanzada edad, apenas desempeñó ningún papel en la guerra, fue doña María Niño de Ribera, señora de Noez y Mazarambroz, vinculada a la casa de Malpica. Tras la muerte de su esposo en 1521, vivió auténticos momentos de necesidad, si bien logró que su hija Francisca Niño de Ribera matrimoniara con don Pedro López de Ayala, tercer conde de Fuensalida. Además de todas estas señoras de origen toledano, a partir de 1526, en Toledo fue muy notable la presencia de damas portuguesas llegadas con la emperatriz Isabel. Entre ellas y, para la vida amorosa de Garcilaso, debió de ser muy importante la presencia de la segunda esposa de su hermano Pedro, doña Beatriz de Sá, que pudo haber sido la inspiradora de la pastora Elisa de las églogas del poeta toledano.

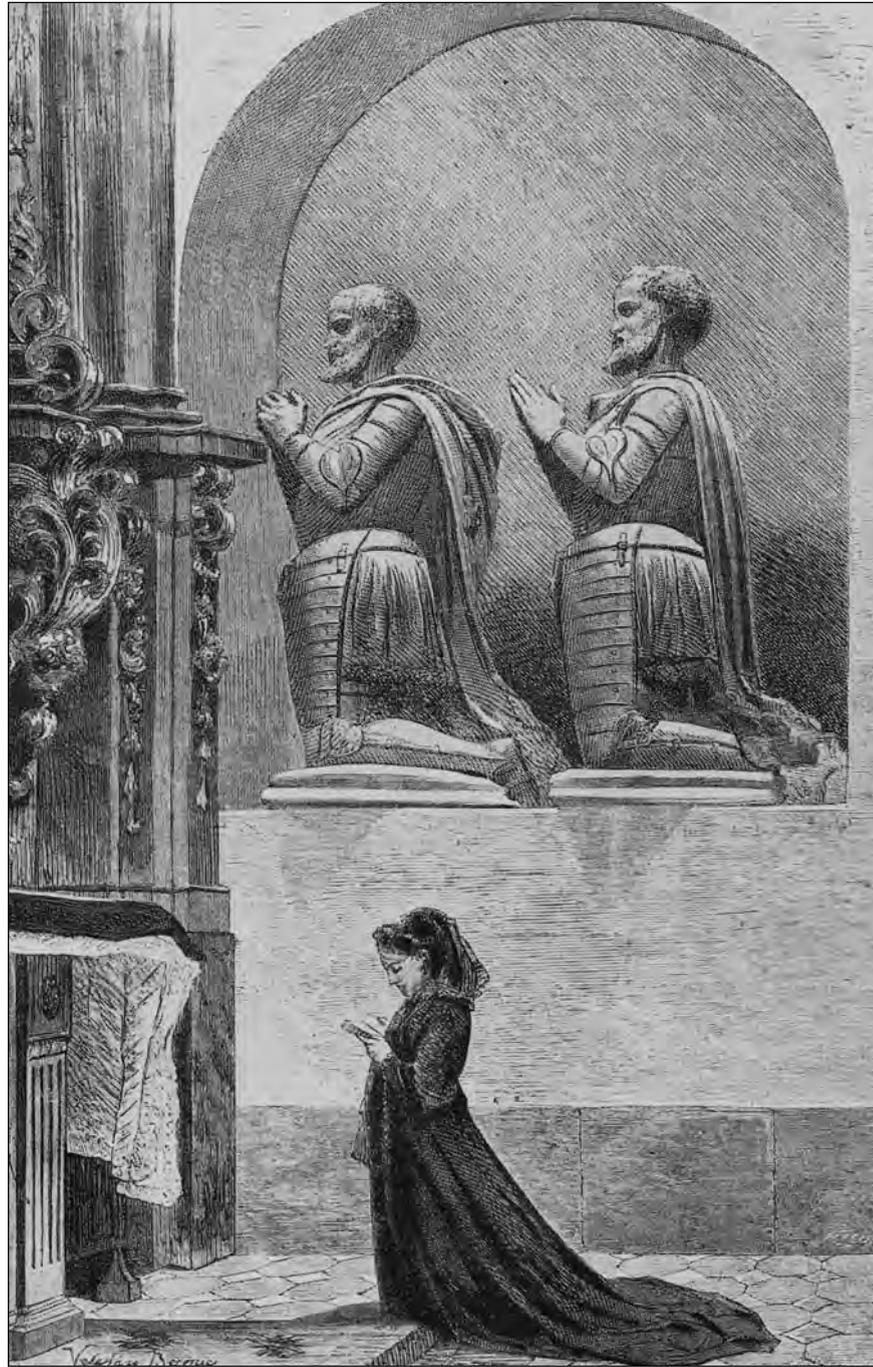
A otras clases sociales inferiores pertenecerían las dueñas como María de Valenzuela, que lo fue de doña María Pacheco; las hilanderas de algodón, que hacían bonetes, como las citadas en el Tratado tercero del *Lazarillo*; y las parte-ras, como María de Mena, Ana de los Reyes, María de Santo Agustín o Catalina Sánchez. Y en el extremo más bajo de la sociedad, las esclavas como Fátima y Mariquita, que lo fueron del poeta Garcilaso, y a quienes se cita como unos objetos más en el inventario de sus bienes realizado en enero de 1537.



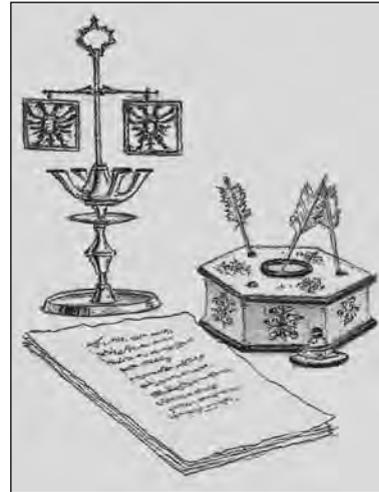
LA INFLUENCIA DE
GARCILASO DE LA VEGA
EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS DE ORO
UNA APROXIMACIÓN

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO





SEPULCRO DE GARCILASO DE LA VEGA Y SU PADRE
Dibujo de Valeriano Becquer



No exageraremos si decimos que la obra de Garcilaso supone uno de los momentos más importantes de la poesía española de todos los tiempos, ya que con ella se produce un cambio de formas y de temas que trae consigo una profunda renovación en las maneras de escribir el verso, amoldando el decir castellano a las estructuras italianas e instalando definitivamente el Renacimiento en la poesía española del siglo XVI. Así lo entendieron la mayoría de los escritores de aquel tiempo, que imitaron y siguieron de cerca el quehacer poético de Garcilaso, convirtiendo a éste en una referencia obligada y en el adalid de la nueva poesía.

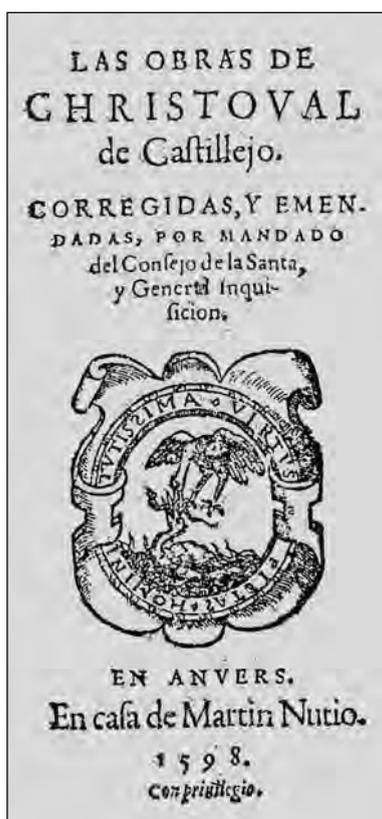
Centrarse en el influjo de Garcilaso en los siglos XVI y XVII supone transitar con intensidad una de las más fecundas épocas de nuestra literatura y, por tanto, perderse en una maraña de vestigios, muy claros a veces y a veces meras referencias, que harían de este trabajo una extensa monografía que excedería con creces los límites de estas páginas. No hemos de perder de vista que el Renacimiento (y por extensión el Barroco) es un periodo en el que tiene una enorme importancia el concepto de la *imitatio*, la imitación, que lleva a los escritores a seguir de cerca lo que han escrito quienes les han precedido, partiendo de la base de que esa imitación es un valor añadido a la obra que uno escribe, y nunca una simple copia ni mucho menos un plagio. Para los autores del Renacimiento, imitar es seleccionar lo que han dicho otros y, tomando elementos de acá y de allá, elaborar la propia obra, original y deudora, a la vez, de las palabras del maestro imitado: las fuentes son, por lo tanto, una recurrencia básica para los escritores renacentistas, y su importancia será



crucial tanto en el siglo XVI como en el XVII, cuando la estética barroca matiza temática y formalmente las formas de expresión literaria. Por eso, nos vamos a encontrar con el eco de Garcilaso en construcciones que recuerdan sus palabras, en textos contrahechos y hasta en frases repetidas letra por letra, configurando de este modo un entramado de referencias que nos hablan a las claras de la importancia que sus contemporáneos, y quienes se dedicaron a la literatura en las generaciones inmediatas, concedieron a la obra de este poeta. Se hace preciso, pues, delimitar los márgenes de nuestro trabajo, que se va a ceñir prioritariamente al estudio de la huella de Garcilaso en la poesía, con unas incursiones mínimas fuera de ésta, con las cuales pretendo testimoniar esa influencia intensa que abarca todos los géneros, aunque el análisis detenido quede para otra ocasión. No será posible tampoco la exhaustividad, dadas las características de este trabajo, pero sí ofreceremos un recorrido amplio por la obra de quienes recibieron más de cerca la herencia garcilasiana.

GARCILASO EN LOS POETAS DEL SIGLO XVI

La introducción de la métrica y de las formas poéticas italianas (endecasílabos, heptasílabos, sonetos, estancias, octavas...) en la poesía castellana, impulsada por el propio Garcilaso y por su íntimo amigo, el poeta barcelonés Juan Boscán, atrajo desde el primer momento a quienes cultivaban el verso en aquella España naciente, pero tuvo también sus detractores, defensores a ultranza del verso tradicional castellano (octosílabo, sobre todo) y de las formas estróficas que se habían venido usando hasta el siglo XV. De este modo, podríamos hablar, para empezar, de una presencia basada en la negación y el rechazo, como la que encontramos en el poeta de Ciudad Rodrigo Cristóbal de Castillejo (¿1492?-1550), quien escribe un extenso y variado poema titulado *Reprensión contra los poetas españoles que escriben en verso italiano*, donde, paradójicamente, mezcla el verso octosilábico con formas métricas italianas, concretamente tres sonetos y una octava. El tono general de este poema oscila entre el símil religioso, ya que Castillejo afirma que los poetas a quienes censura “han renegado le fee / de las trovas castellanas” (*PLSO*, p. 51) y luego implora: “Dios dé su gloria a Boscán / y a Garcilaso poeta, / que con no pequeño afán / y por estilo galán / sostuvieron esta seta” (*PLSO*, pp. 52-53). En la España católica del siglo XVI, la asimilación de la nueva poesía con una secta (‘seta’) opuesta a la fe de la que reniegan a los ojos de Castillejo los citados poetas se tiñe de connotaciones heréticas que, figuradamente, convierten a Boscán y a Garcilaso en malas influencias para cualquier espíritu puro. Pero no acaba en esto la acusación, ya que más adelante vemos cómo estos dos son tratados como extranjeros y casi como traidores a la patria; llegados junto a los poetas “que en esta nuestra lengua y sus primores / fueron en este siglo señalados”, al ser escuchados por ellos, “oyéndoles



hablar nuevo lenguaje / mezclado de extranjera poesía, / con ojos los miraban de extranjeros” (PLSO, p. 53). Ellos mismos, Garcilaso y Boscán, “claramente se burlaban / de las coplas españolas”, al tiempo que “cantan otras forasteras” (PLSO, pp. 53-54). Castillejo simula entonces un juicio de los poetas antiguos a estos dos renegados, que termina con las palabras de rechazo que aquel pone en boca de los improvisados jueces, poetas antiguos como Jorge Manrique, Garci Sánchez de Badajoz, Juan de Mena o Torres Naharro.

Sin embargo, esta sátira (por otro lado inocente; nunca llegó a mayores la pugna por el uso de un tipo u otro de estrofas) será una excepción, ya que lo más corriente fue la incorporación de las formas italianas y la convivencia de éstas con los metros tradicionales castellanos. De este modo, podríamos hablar de una primera generación de poetas italianizantes o petrarquistas (por su apego a la poesía del italiano Francesco Petrarca, a quien siguen e imitan Garcilaso y sus seguidores), entre los que comienza a tener un protagonismo creciente la nueva poesía.

Tal vez el primer poeta al que hay que traer a estas páginas es Juan Boscán (¿1487?-1542), a quien, entre otras cosas, debemos el conocimiento de Garcilaso, ya que su intensa amistad con el toledano hizo posible que, a su muerte, su viuda, Ana Girón de Rebolledo, se planteara publicar las poesías de aquél junto a las de su marido. Testimonio de su amistad y de su admiración es el siguiente soneto que Boscán escribe a la muerte de su amigo:

*Garcilaso, que al bien siempre aspiraste,
y siempre con tal fuerza le seguiste,
que a pocos pasos que tras él corriste,
en todo enteramente le alcanzaste;*

*dime: ¿por qué tras ti no me llevaste,
cuando desta mortal tierra partiste?
¿Por qué al subir a lo alto que subiste,
acá en esta bajeza me dejaste?*

*Bien pienso yo que si poder tuvieras
de mudar algo lo que está ordenado,
en tal caso de mí no te olvidarás.*

*Que, o quisieras honrarme con tu lado,
o, a lo menos, de mí te despidieras,
o si esto no, después por mí tornarás.*

(APESO, p. 79)



En Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575) hay pocas referencias claras a la obra de Garcilaso, muy probablemente porque, como Boscán, éste vive en los mismos años y comparte con él el aprendizaje del petrarquismo y de la nueva poesía italianizante que se empieza a cultivar en aquellas primeras décadas del siglo XVI. Sin embargo, sí hay ideas comunes, frases y palabras que



Hurtado de Mendoza parece haber aprendido en Garcilaso. En sus sonetos apreciamos algunos de estos ecos, como en el caso del número tres (XXXIII en la numeración general de su obra), un poema sobre la ausencia, en cuyo verso 5 nos dice: “Mi alma es hecha *campo de batalla*” (Hurtado, p. 252), expresión que recuerda al soneto XVII de Garcilaso, cuando éste confiesa que es “duro *campo de batalla* el lecho” (Garcilaso, p. 53). Ambos tienen una base común en Petrarca, pero no deja de ser significativo que coincidan en el uso de la misma expresión, aunque asociada a realidades distintas (el alma y el lecho) que, no obstante, están ligadas las dos a la idea del amor. El soneto V de Garcilaso, y más concretamente su primer verso, “Escrito ’stá en mi alma vuestro gesto” (Garcilaso, p. 41) resuena con otras palabras en el número 20 (L) de Hurtado: “Pero yo, que en el alma tu figura / tengo en humana forma abreviada” (Hurtado, p. 269), y el estribillo que repite Salicio en la égloga I (“Salid sin duelo, lágrimas, corriendo”, Garcilaso, p. 121 y ss.), está escrito, como una variación musical, en el primer verso del soneto 25 (LV) del poeta que comparamos: “Salid, lágrimas más, ya cansadas” (Hurtado, p. 274). También se nos antoja una huella de Garcilaso una de las octavas que componen la *Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta*, en la que leemos: “...con la sombra deste árbol tan tendido / que a los rayos del sol no da lugar...” (Hurtado, p. 177), donde parece repetirse esta misma idea de Garcilaso, extraída de la égloga III: “...toda de hiedra revestida y llena / (...) / y así la teje arriba y encadena / que’l sol no halla paso a la verdura” (Garcilaso, p. 195).

Admirado de igual forma por sus contemporáneos y por quienes leerán después con pasión sus poemas, Garcilaso se hará presente en múltiples maneras a lo largo de la poesía áurea. Muy cercano aún a él, y compañero suyo en la milicia, se encuentra el vallesoleño Hernando de Acuña (1518-1580), quien escribe su poema *A un buen caballero, y mal poeta, la lira de Garcilaso contrahecha*, en el que parafrasea la *Ode ad Florem Gnidi* (canción V de Garcilaso) casi verso a verso, repudiando el estilo de otro poeta, Jerónimo de Urrea, que parafraseó, a su vez, la traducción que el propio Acuña había hecho en 1553 de *El Caballero Determinado*, del francés Olivier de la Marche. El resultado es una burla hacia Urrea y, a la vez, un homenaje a Garcilaso, cuyo poema le sirve de molde para encauzar sus iras hacia aquél. Veamos el arranque de los dos poemas, empezando por el de Garcilaso:



*Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento,

y en ásperas montañas
con el süave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trujiese:*

*no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido...*

(Garcilaso, pp. 93-94)

Hernando de Acuña escribe lo siguiente:

*De vuestra torpe lira
ofende tanto el son, que en un momento
mueve al discreto a ira
y a descontentamiento,
y vos solo, señor, quedáis contento.*

*Yo en ásperas montañas
no dudo que tal canto endureciese
las fieras alimañas,
o a risa las moviese
si natura el reír les concediese.*

*Y cuanto habéis cantado
es para echar las aves de su nido,
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reído
de veros tras Apolo andar perdido.*

(Acuña, p. 322)



Si pudiéramos comparar aquí los dos poemas completos, veríamos que Acuña sigue con rigor la rima de Garcilaso en todas las estrofas, repitiendo muchas veces las mismas palabras y construyendo un poema que tiene exactamente el mismo número de versos que la canción V garcilasiana. Pero al margen de la paráfrasis burlesca, Acuña tiene presente a menudo los versos del toledano, como sucede en el soneto “Cuando contemplo el triste estado mío”, que recuerda la desolación latente en el soneto I de Garcilaso (“Cuando me paro a contemplar mi ’stado”). Así, leemos en Acuña: “Cuando contemplo el triste estado mío / y se me acuerda mi dichoso estado, / hallo mi ser en todo tan trocado, / que pensar tuve bien es desvarío” (Acuña, p. 286), lo que se corresponde en gran medida con los versos iniciales del soneto garcilasiano: “Cuando me paro a contemplar mi ’stado / y a ver los pasos por dó me han traído, / hallo, según por do anduve perdido, / que a mayor mal pudiera haber llegado” (Garcilaso, p. 37). La semejanza entre las dos estrofas queda fuera de toda discusión.

En la misma línea del poeta soldado que tan bien representa Garcilaso, se encuentra el sevillano Gutierre de Cetina (c.1514,1517-c.1554), en cuya poesía se observan también claras huellas de los versos de nuestro poeta. Una de ellas la tenemos en el soneto 105, con claras resonancias del V de Garcilaso. “Por vos ardí, señora y por vos ardo”, dice su primer verso, para



concretarse más adelante en “por vos deseo morir y por vos muero” (Cetina, p. 182), con palabras casi idénticas a las que emplea Garcilaso para dar fin al citado soneto V: “por vos he de morir y por vos muero” (Garcilaso, p. 41). Pero sobre todo nos atrae en Cetina la insistencia en la recreación de la fábula mitológica de Hero y Leandro, que está presente en los sonetos 115 y 116, aunque sólo el primero de éstos dos recuerda con claridad al soneto XXIX de Garcilaso, dedicado también a los amores trágicos de la pareja. Así, mientras el toledano comienza diciendo: “Pasando el mar Leandro el animoso, / en amoroso fuego todo ardiendo” (Garcilaso, p. 65), el sevillano dice: “Leandro que de amor en fuego ardía” (Cetina, p. 192), con la misma metáfora del fuego para expresar la pasión amorosa del joven que cruza a nado el estrecho del Helesponto, cada noche, para reunirse con su amada Hero, y que encontrará la muerte en una noche oscura en la que el mar se embravece y el viento apaga la antorcha que ella mantenía encendida para que le sirviera de guía. Leandro pide a las olas que le dejen llegar hasta su amada, aunque cuando se separe de ella, a la vuelta, le precipiten a la muerte. Garcilaso pone estas palabras en boca del enamorado: “Ondas, pues no se escusa que yo muera, / dejadme allá llegar, y a la tornada / vuestro furor ejecutá en mi vida” (Garcilaso, p. 65). Y Cetina estas otras: “...a las fieras ondas se volvía (...): / dejadme al fin llegar de este camino / pues poco ha de tardar, y a la tornada / secudad vuestra saña y mi destino” (Cetina, p. 192). En el soneto de Cetina se repite la palabra “ondas”, se calca la expresión “dejadme allá llegar” (“dejadme al fin llegar”), se reitera la colocación del sustantivo “tornada” en posición idéntica a la del soneto de Garcilaso y, por último, se emplea el verbo “ejecutar”, en su forma arcaica (“ejecutá”, “secudad”).

Una última parada en la obra de Gutierre de Cetina nos ofrece un nuevo caso de poema contrahecho, como el que arriba comentábamos de Hernando de Acuña. Se trata ahora del número 232, dedicado, como el XXIV de Garcilaso, a la poetisa italiana María de Cardona, y que comienza repitiendo exacto el primer verso de éste: “Ilustre honor del nombre de Cardona”, para seguir luego una alabanza de las virtudes poéticas de la dama, muy en la línea marcada por Garcilaso, cuyas rimas repite en cinco versos, además de parafrasear el segundo: “décima moradora de Parnaso” (soneto XXIV), “no décima a las nueve de Parnaso” (soneto 232).

Fray Luis de León (1527-1591) hará de la lira garcilasiana su más depurada forma de expresión poética, además de su estrofa predilecta. Con este esquema métrico, heredero directo de la citada *Ode ad Florem Gnidi* de Garcilaso, Fray Luis escribe la mayor parte de sus poesías en castellano. En ellas, aquí y allá, la huella indeleble de las palabras de nuestro poeta se percibe con gran facilidad. Si nos fijamos en el más celebrado texto de Fray Luis de León, la *Canción de la vida solitaria*, veremos con claridad el reflejo de Garcilaso: “despiértenme las aves / con su cantar sabroso no aprendido” (Fray Luis, p. 71), que nos lleva a “las aves sin dueño, / con canto no aprendido”, de la égloga II (Garcilaso, p. 137), de donde procede también el

“manso ruido” que Fray Luis emplea en el verso 59 y que calca, a su vez, el comienzo de la canción III de Garcilaso: “con un manso ruido”. Igualmente toma el agustino ideas y expresiones de la égloga I cuando describe la fuentecilla que riega su huerto deleitoso:

...y, luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

(Fray Luis, p. 72)

Percibimos en estos versos la presencia de los elementos básicos de un *locus amoenus* (el lugar agradable en plena naturaleza idealizada, tan propio de la literatura renacentista), procedentes de la citada égloga I como “hiedra que por los árboles caminas, / torciendo el paso por su verde seno”(Garcilaso, p. 128), pero también de otros lugares, como el soneto XXV (“esparciste por tierra fruta y flores” (Garcilaso, p. 61), o la canción III (“do siempre primavera / parece en la verdura / sembrada de las flores” (Garcilaso, p. 83).

En una lectura sosegada de la obra poética de Fray Luis de León haríamos un recorrido, intermitente pero constante, por las huellas de Garcilaso, con referencias a veces muy evidentes, como “el fiero Marte airado” (canción IV, Fray Luis, p. 87), “el sanguinoso Marte airado” (canción VIII, Fray Luis, p. 111), “que agora el Marte airado” (canción XXII, Fray Luis, p. 187), calco indiscutible de “el fiero Marte airado” del verso 13 de la canción V garcilasiana. O en la canción XX, titulada *A Santiago*, donde Fray Luis comienza diciendo: “Las selvas conmoviera, / las fieras alimañas, como Orfeo, si ya mi canto fuera...” (Fray Luis, p. 170), en donde resuena también la canción V: “con el suave canto enterneciese / las fieras alimañas” (Garcilaso, p. 93); y, más adelante, en el mismo poema, el verso “esfuerza, viento, esfuerza” (Fray Luis, p. 172), repite la expresión de Garcilaso en la égloga II, cuando éste dice: “¡Ay, viento fresco...! (...) / esfuerza, esfuerza / tu soplo...” (Garcilaso, p. 157). O en la canción VI, *A la Magdalena*, que comienza con una referencia al tópico renacentista del *tempus fugit* (sobre la fugacidad de la vida), recogido de varios lugares garcilasianos. Dice Fray Luis: “Elisa, ya el preciado / cabello, que del oro escarnio hacía, / la nieve ha variado” (Fray Luis, p. 95), haciendo imposible no recordar el celebrado soneto XXIII de Garcilaso, en el que tenemos el “cabello, qu’n la vena / del oro s’escogió” (Garcilaso, p. 59) y la metáfora de la nieve para referirse a las canas, pero también la égloga I, que nos habla de “los cabellos que vían / con gran desprecio al oro” (Garcilaso, p. 129); y todo ello envuelto en el garcilasiano nombre de Elisa. Referencias múltiples que no tienen aquí su punto último y que aún darían para más comparaciones que dejaremos para otra ocasión.



La consideración de Garcilaso de la Vega como un clásico se produce a partir de los primeros comentarios de su obra, llevados a cabo en fecha muy temprana. El poeta sevillano Fernando de Herrera (1534-1597) publicará sus *Anotaciones a las obras de Garcilaso* en 1580, poco después de que vieran la luz los comentarios de El Brocense, en 1574, mostrando de este modo la admiración que le produce la poesía del toledano. Y eso es, sobre todo, lo que encontramos en la obra de Herrera: admiración y elogios, más allá de la pura coincidencia temática o formal, o de la imitación deliberada. Puros homenajes a Garcilaso son el soneto que comienza “Musa, esparze purpúreas, frescas flores / al túmulo del sacro Lasso muerto” y la égloga *Salicio* (Herrera, pp. 215-224). En el primero de estos poemas, escrito a la muerte de Garcilaso, Herrera demuestra esa admiración que siente hacia él, cuando dice: “Lasso (...) / yaze entre verdes hojas de amaranto. / Incline al nombre claro, que celebro, / sus coronas Parnasso, i, admirado, / venere'l alto i noble i tierno canto” (Herrera, pp. 215-216). En esa morada de las musas que es el monte Parnaso, han de estar todos dispuestos a homenajear al poeta muerto, celebrado con devoción por Herrera. En la citada égloga *Salicio*, otro lamento por la muerte de Garcilaso, el sevillano no sólo rememora el nombre del pastor que representa a aquél, sino que incluye, también, una referencia hermosa a la égloga I del homenajeado, cuando dice: “Llora, i los versos Galatea canta / que t'óía, aunque dura, elada i fiera...” (Herrera, p. 219), con un recuerdo dolorido de aquellos versos sublimes: “¡Oh más dura que mármol a mis quejas / y al encendido fuego en que me quemo / más helada que nieve, Galatea!” (Garcilaso, p. 121). El mismo tono encomiástico permanece en la elegía I del libro titulado *Algunas obras de Fernando de Herrera*, de 1582, donde hablando del camino que lleva a la gloria inmortal, afirma que “por esta senda sube al alto asiento / Lasso, gloria immortal de toda España” (Herrera, p. 365), con palabras tomadas de la elegía I del propio Garcilaso: “por estas asperezas se camina / de la immortalidad al alto asiento” (Garcilaso, p. 105). También elogiosa es la elegía IX, recogida en el volumen *Versos de Fernando de Herrera*, publicado en Sevilla en 1619, donde al citar a nuestro poeta con su denominación de siempre, Lasso, añade “cuyo igual no sufre España” (Herrera, p. 712). En definitiva, Fernando de Herrera celebra con elogios constantes, salpicados por su poesía, la admiración que le suscita la obra de Garcilaso y que le llevó, como dijimos, a publicar su edición comentada. Fuera de esto, podemos encontrar versos en los que se deja notar el influjo del toledano en el sevillano. Valgan de muestra un par de ejemplos seleccionados, a sabiendas de que dejamos otros muchos sin glosar. El primero, un eco del verso inicial del soneto XV garcilasiano, “Si quejas y lamentos pueden tanto” (Garcilaso, p. 51), en el cuarto verso del soneto XIX de Herrera, incluido en este último libro de 1619: “si lágrimas prolixas valen tanto” (Herrera, p. 653): la estructura paralela hace indiscutible la herencia que aquí proponemos. El segundo, un soneto entero que



FERNANDO DE HERRERA EL DIVINO

Herrera escribió “al mismo intento” que el número XI de Garcilaso; se trata del numerado con el 81 entre los poemas en metros italianos. Si Garcilaso invoca a las ninfas del río, Herrera lo hace al mismo río Guadalquivir: “Betis, qu’ en este tiempo solo i frío / escuchas mi dolor...” (Herrera, p. 327). Ambos textos tratan sobre el dolor del desengaño amoroso y, en ellos, los dos poetas se plantean diluirse, hechos lágrimas, en la corriente del río. Así Garcilaso: “o convertido en agua aquí llorando, / podréis allá [en las aguas del río donde moran las ninfas] despacio consolarme” (Garcilaso, p. 47); así Herrera: “Que mi Luz ceñirá su bella frente / de mis hojas, o en llanto desatado / seré’n sus blancas manos recogido” (Herrera, p. 327). Las “blancas manos” a las que alude el sevillano son las del Betis al que invoca.

Un poeta en el que es muy perceptible la influencia de Garcilaso de la Vega es Francisco de la Torre, cuya fecha de nacimiento ignoramos, pero que debía de haber muerto ya en 1570. Fue Quevedo quien publicó, en 1631, su obra poética, de clara estirpe petrarquista y, por lo tanto, también garcilasiana. Su extenso poema *La bucólica del Tajo* se compone de ocho églogas escritas siguiendo el tono que empleara Garcilaso, cuya presencia se nos hace necesaria desde el mismo título, con el protagonismo del río Tajo. En estas églogas, Torre emplea varios tipos de estrofas italianas, en las que predominan las estancias (en cinco de ellas), aunque también hay lugar para las octavas (en otras dos) e incluso para los endecasílabos blancos (en una). Todos estos moldes fueron empleados también por Garcilaso, tanto en sus églogas (estancias en la I y parte de la II, octavas en la III), como en las canciones (todas en estancias, incluyendo la lira). También usó el toledano los endecasílabos blancos en su *Epístola a Boscán*. Si me detengo en esta relación de estrofas es por dejar constancia de que no son solo los sonetos la forma métrica que se implanta a partir de Garcilaso, sino también el resto de estructuras italianas que empleó nuestro poeta. Adentrándonos en los versos de *La bucólica del Tajo*, hallaremos en ellos la lectura provechosa que Torre hizo de Garcilaso. Así, al final de la égloga primera, vemos cómo aquel recoge la tradición virgiliana atribuyendo plantas y árboles a los dioses, del mismo modo que lo hace también éste en su égloga tercera. Dice Torre:

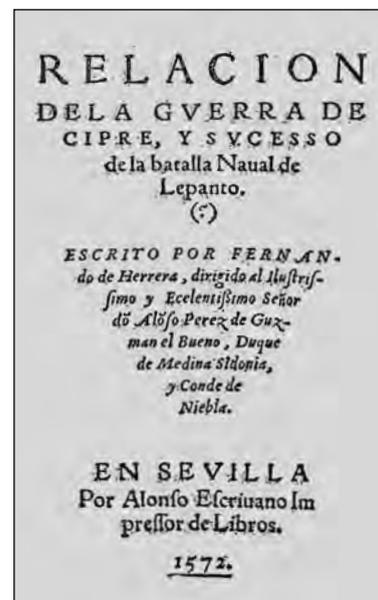
*El mirto a Venus, y el laurel a Febo,
y a Alcides es el álamo agradable;
la enzina a Iove, a Isis el azebo,
y a Palas es la verde oliva amable.*

(Torre, p. 112)

Lo que se corresponde con Garcilaso:

*El álamo de Alcides escogido
fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;
de la hermosa Venus fue tenido
en precio y en estima el mirto solo...*

(Garcilaso, p. 207)



La deuda parece evidente y se hace más marcada si le añadimos que ambos poemas están escritos en octavas.

En la segunda de las églogas de Francisco de la Torre, la descripción de un *locus amoenus* comienza con el verso: “Claras corrientes, cristalinas ondas” (Torre, p. 118), en el que percibimos de inmediato las “corrientes aguas puras, cristalinas” de la égloga primera de Garcilaso. Los versos siguientes discurren por senderos ya transitados en esta última y en otras composiciones del toledano: “riberas de mil flores coronadas, / en quien florece eterna Primavera (...) / Clara agua, verde prado, fuente amena, / manso aire, luna oscura, valle umbrío...” (Torre, p. 119); cualquier lectura detallada de la égloga I o III de Garcilaso nos devolverá la sonoridad bucólica de estos versos de Francisco de la Torre, del mismo modo que el verso: “causa cruel del grave mal que siento” (Torre, p. 120) nos conducirá irremediablemente a “yo me vi tan ajeno / del grave mal que siento”, en los versos 245 y 246 de la égloga II de Garcilaso.

La cuarta égloga de Torre contiene reminiscencias de la canción V, en los siguientes versos: “al son dulce acordado / de una sonora lira, / amansando la ira / de los contrarios fieros elementos” (Torre, pp. 133-134). Nos llama la atención la sucesión de lira e ira, en una disposición muy parecida a la de los primeros versos del poema de Garcilaso, con la misma capacidad de calmar la ira asociada al instrumento musical.

Aún es posible incluir tres casos más de imitación, esta vez en la égloga sexta. El primero es el calco de un sintagma: “la doliente ánima”, en el verso “salva ya *la doliente ánima* mía” (Torre, p. 157), que claramente procede de la égloga segunda de Garcilaso, donde leemos: “recibid las palabras que la boca / echa con *la doliente ánima* fuera” (Garcilaso, p. 153). Pero más evidente, si cabe, es la huella cuando Torre dice: “alegra juntamente y entristece, / ofreciendo continuo confianza, / que tras fortuna suele aver bonança” (Torre, p. 165), donde repite íntegro, una vez más, un verso de nuestro poeta: “esfuerza en la miseria de tu estado, / que tras fortuna suele haber bonanza” (Garcilaso, soneto IV, p. 40), exactamente igual que unos versos atrás, en los que Torre nos dice: “pues llega mi pasión a tal extremo, / que estoy muriendo, y aun la vida temo” (Torre, p. 164), copiando las palabras de Salicio en la égloga primera de Garcilaso: “Estoy muriendo, y aun la vida temo; / témola con razón, pues tú me dejas” (Garcilaso, égloga I, p. 121).

En el resto de la producción de Francisco de la Torre es fácil encontrar frases sueltas, sintagmas y otras resonancias garcilasianas, de manera que el soneto XXIII del toledano aparece desgajado en varias composiciones de aquél. Veamos sólo unos ejemplos sueltos. La expresión “marchitará la rosa” (Garcilaso, p. 59), la encontramos idéntica en la oda 1 del libro primero de Torre (Torre, p. 8), en la que se trata el tema del *carpe diem*, igual que en el citado soneto. Curiosamente el soneto 23 del libro primero de Francisco de la Torre recoge las siguientes expresiones tomadas de Garcilaso: “el apacible



viento desordena” y “la tempestad del viento y mar serena” (Torre, p. 29), que recuerdan mucho los versos “el viento mueve, esparce y desordena” y “con clara luz la tempestad serena” (Garcilaso, p. 59).

De toda la pléyade de poetas líricos que dio a nuestra literatura el siglo XVI, hemos espigado, sin orden y sin pretensiones de exhaustividad, ejemplos varios en los que se hace presente el decir garcilasiano. Por empezar con alguno, traemos a estas páginas a Juan de la Cueva (1543-1612), más conocido como autor teatral que como poeta, quien retoma, a su manera, la predestinación y la dependencia del enamorado respecto a la mujer amada, que tan magistralmente definió Garcilaso en su soneto V. Así, el “por vos nací, por vos tengo la vida, / por vos he de morir y por vos muero” (Garcilaso, p. 41), queda resumido en el primer terceto de un soneto de Juan de la Cueva, donde leemos: “Bien conocéis de mí que por vos muero, / y por vos vivo, y sólo a vos os amo” (APRH, p. 186). Palabras sueltas son, a veces, un recuerdo aislado de la poesía de Garcilaso, como el verso “por ásperos caminos”, que incluye el rondeño Vicente Espinel (1550-1624) en su poema *Canción a su patria* (APRH, pp. 201-203), donde es fácil traer a la memoria el comienzo del soneto VI del toledano: “Por ásperos caminos he llegado...” (Garcilaso, p. 42). El humanista y teólogo Juan de Almeida (muerto en 1572) calca casi idéntico un verso del soneto X de Garcilaso, cuando al invocar a sus “deshechas esperanzas” les dice: “fuisteis alegres cuando Dios quería” (APRH, p. 242), como las “dulces prendas” que por su mal halló Garcilaso fueron “dulces y alegres cuando Dios quería” (Garcilaso, p. 46). Además, Almeida utiliza para un pastor el nombre de Nemoroso, de clara ascendencia garcilasiana, y, en otro lugar, constata la extrañeza que le produce ver “aqueste valle donde moro / en medio del invierno tener flores” (APRH, p. 241), una maravilla de la naturaleza como la que describe el pastor Albanio al comienzo de la égloga II de Garcilaso: “En medio del invierno está templada / el agua desta clara fuente” (Garcilaso, p. 135). Ecos del *colli-ge, virgo, rosas* del poeta latino Ausonio, impregnados de la voz de nuestro poeta, se escuchan con facilidad en Francisco de Medrano (1570-1607):

*Y mientras no con rigurosas nieves
tu edad marchita el tiempo y tus verdores,
coge de tus amores,
coge las rosas breves.*

(APRH, p. 304)

Y en Garcilaso:

*...coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que'l tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera...*

(Garcilaso, soneto XXIII, p. 59)



El celebrado autor de la novela pastoril *Diana enamorada*, el valenciano Gaspar Gil Polo (1530-1585), en sus *Rimas provençales*, comienza el parlamento de Alcina con un conocido verso que le presta la égloga II de Garcilaso: “Corrientes aguas, puras, cristalinas” (APRH, p. 322), y el mucho menos famoso Cristóbal Mosquera de Figueroa (¿1547?-¿1610?) dedica a nuestro poeta una *Elegía a Garcilaso de la Vega en su muerte*, en la que comienza asimilando a éste con el pastor Salicio: “Murió Salicio, gloria de pastores / (...) / ¿quién sabrá ya cantar quejas y amores?” (APRH, p. 189). El elogio a ese Garcilaso disfrazado de Salicio (como en las églogas propias del toledano) encumbra su figura como poeta del amor, antes de llevar a cabo un recorrido por algunos de los ríos que cantó este último: el Tajo y el Danubio, “río divino” lo mismo en Mosquera que en su homenajeado (APRH, p. 191 y Garcilaso, canción III, v. 53, p. 85). Pero además hay una presencia de la canción V: “que su dolor las piedras movería / y la furia del mar y el movimiento” (APRH, p. 192), con este último verso tomado de aquella: “aplacase la ira / del animoso viento / y la furia del mar y el movimiento” (Garcilaso, p. 93). Y sobre todo, resonancias más o menos parejas de las églogas: de la primera, estos versos: “¿Quién habrá ya que cante la aspereza / de aquella más que mármol Galatea...?” (APRH, p. 193); como es sabido, con un “¡Oh más dura que mármol a mis quejas...!””, definió Salicio a Galatea en el verso 57 de la citada égloga I (Garcilaso, p. 121). Un conocido pasaje de la égloga III, por último, se trasluce en los siguientes versos:

*Y las ninfas del Tajo, que salieron
al manso viento de aquel sitio umbroso,
y a su labor atentas se pusieron;
oyeron el cantar artificioso
y aquellas dos zampoñas, que a porfía
extremaban el son maravilloso.*

(APRH, p. 194)

Así describe Garcilaso el lugar ameno que contempla la ninfa Filódoce a la orilla del Tajo: “Moviola el sitio umbroso, el manso viento, / el suave olor de aquel florido suelo...” (Garcilaso, p. 196). Y después, cuando cae la tarde, nos cuenta cómo las ninfas recogen su labor y vuelven al río, en el momento justo en el que se oyen las zampoñas amorosas de dos pastores, Tirreno y Alcino. Tal y como lo recuerda Mosquera de Figueroa en esta elegía en tercetos encaadenados que le dedica a su admirado poeta.

De Francisco de Aldana (1537-1578) podemos traer a estas páginas pocas resonancias garcilasianas, pero la más importante, sin duda, es la que encontramos en el poema *Glosa del soneto “Pasando el mar Leandro...”*, donde, como indica el título, se va glosando el soneto XXIX de Garcilaso. El poema, escrito en octavas, cuenta con detalle la fábula mitológica de Hero y Leandro, a la vez que homenajea a nuestro poeta, cuyo soneto se va deshinchando, verso a verso, en el último de cada octava. Amén de este poema,

recogeremos escasas reminiscencias del toledano. Algunas de ellas serían la “zampoña rústica” del soneto 17 (Aldana, p. 19), que recuerda mucho a la “zampoña ruda” que se atribuye el propio Garcilaso en el verso 42 de la égloga III (Garcilaso, p. 194); la descripción del cabello rubio de una joven en las *Octavas en diversa materia*, donde nos dice: “Por ese oro sutil, nuevo y luciente, / que por mano de Amor se ordena y mueve” (Aldana, p. 59), bastante cercano al cabello que “el viento mueve, esparce y desordena” del soneto XXIII (Garcilaso, p. 59): solo se opone el orden que inspira Amor en Aldana al desorden que provoca el viento en Garcilaso... Y poco más.

Si Garcilaso está presente en la obra poética de San Juan de la Cruz (1542-1591) es, sobre todo, en el tono bucólico que se percibe en algunas de sus obras, de la que es un claro ejemplo el *Cántico espiritual*, donde, además, se emplea la lira como molde métrico, estrofa, como es sabido, introducida en España por Garcilaso, al imitar el esquema de una estancia del italiano Bernardo Tasso, y que también es usada por el místico en su otro gran poema, *Noche oscura del alma*. En San Juan, la naturaleza idealizada es el paisaje del encuentro amoroso del Alma con Cristo, de la misma manera que en Garcilaso sirve como escenario del amor mundano. El ambiente pastoril, propio de las églogas, se nos hace presente, también, en el celebrado poema del pastorcico, donde los temas básicos del amor (los desdenes, la ausencia) pasan, por la vía alegórica, a representar el amor de Cristo por los mortales: petrarquismo y bucolismo al servicio de la fe. E incluso una huella palpable: el pastorcico de San Juan de la Cruz “se dexa maltratar *en tierra ajena*” (San Juan, p. 349), del mismo modo que Garcilaso estuvo, durante su destierro en el Danubio, “preso y forzado y solo *en tierra ajena*” (Garcilaso, p. 83).

GARCILASO EN LOS POETAS DEL SIGLO XVII

La poesía del siglo XVII tiene tres nombres indiscutibles que oscurecen en gran medida al resto de los poetas que escribieron durante la centuria. Hablamos de Francisco de Quevedo, Luis de Góngora y Lope de Vega, cuyas obras ingentes dominan en este tiempo en el que se impone la estética barroca. Los temas renacentistas se ven matizados y pasados por el filtro que imponen los nuevos tiempos: el pesimismo y el desencanto, pero también la burla y la sátira, pasando por la parodia, que, muchas veces, dirige sus dardos a los personajes de la mitología grecorromana. Así, cuando aparece el *carpe diem* lo hace teñido del sentimiento amargo de la fugacidad del tiempo, del mismo modo que si encontramos una fábula mitológica será, muy a menudo, una visión ridiculizante del episodio que ésta narra. En los poetas del XVII, la huella de Garcilaso será visible, a veces con detalle y a veces desde el punto de vista panorámico que ofrecen la estética y la temática petrarquista, con todos los tópicos del amor idealizado y de la dama desdeñosa,



FRANCISCO DE QUEVEDO

con un remarcar de los contrarios imposibles que, paradójicamente, hacen posible a esa mujer amada y terrible. Por todo ello, no faltarán fuegos que hielan ni amadas enemigas, del mismo modo que tampoco faltarán los rendidos enamorados que solo se mueven por los caprichos de sus amadas, todas ellas de cabellos de oro que compiten con el sol y de rostros matizados por las flores más hermosas. Nada nuevo, en apariencia: Petrarca destilado por Garcilaso y, tras un largo viaje a través de las poesías de los garcilasistas del Renacimiento, vertido en los mismos moldes (sonetos, liras, estancias, silvas, tercetos encadenados, octavas...), pero con palabras renovadas, como recién estrenadas por las nuevas exigencias formales y temáticas del Barroco.

Los hermanos Argensola, Lupercio Leonardo y Bartolomé Leonardo, Luis Carrillo y Sotomayor, Juan de Arguijo, Francisco de Rioja, Pedro Soto de Rojas, Juan de Salinas, Pedro de Espinosa, el conde de Villamediana, Gabriel Bocángel, Salvador Jacinto Polo de Medina, Rodrigo Caro, Juan de Jáuregui, Sor Juana Inés de la Cruz, y tantos otros, fueron fieles al empleo del verso italiano que implantó Garcilaso y trataron muchas veces sobre los grandes males del amor y sobre las ingratas damas que los provocan: la lectura de cualquier poema escrito por alguno de ellos nos ofrecerá un catálogo de recurrencias en la línea de la poesía amorosa. Tal vez se hayan reducido los ecos directos de Garcilaso, pero su magisterio se percibe de manera general, en la temática, en los esquemas métricos, en el tono. Sírvannos de ejemplo de lo que estamos diciendo un par de sonetos: el primero del conde de Villamediana, don Juan de Vera y Tasis (1582-1622):



*Amor no es voluntad, sino destino
de violenta pasión y fe con ella;
elección nos parece y es estrella
que sólo alumbra el propio desatino.*

*Milagro humano en símbolos divino,
ley que sus mismas leyes atropella;
ciega deidad, idólatra querella,
que da fin y no medio a su camino.*

*Sin esperanza, y casi sin deseo,
recatado del propio pensamiento,
en ansias vivas acabar me veo.*

*Persuasión eficaz de mi tormento,
que parezca locura y devaneo
lo que es amor, lo que es conocimiento.*

(APESO, p. 330)

Amor involuntario, pesada carga, pasión terrible, muerte constante, locura, fe...: todo un catálogo del amor petrarquista y garcilasiano que remite a la poesía del toledano y de quienes siguieron su estela a lo largo del siglo XVI.

Veamos el otro soneto, esta vez de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (¿1651?-1695), cuyo título dice: *Que consuela a un celoso, epilogando la serie de los amores*:

*Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos,
susténtase en llantos y de ruego.*

*Doctrínale tibiezas y despego,
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego.*

*Su principio, su medio y fin es este;
pues, ¿por qué Alcino, sientes el desvío
de Celia que otro tiempo bien te quiso?*

*¿Qué razón hay de que dolor te cueste,
pues no te engañó Amor, Alcino mío,
sino que llegó el término preciso?*

(APESO, pp. 366-367)



De nuevo todo un listado de características y de estados de ánimo que propicia el amor: los dos cuartetos recogen sucintamente toda la temática amorosa de dos siglos teñidos de la misma estética, para cantar, como resumió Cervantes, desdenes, celos y ausencia. Alcino se llama, además, uno de los dos pastores de la égloga III de Garcilaso.

Más clara nos parece la referencia que recogemos a continuación. El antequerano Pedro de Espinosa (1578-1650) escribió un *Soneto sobre la belleza frágil y perecedera*, en el que retoma los tópicos del *carpe diem* y del *tempus fugit* (este último más barroco y más tenebroso). En el primer terceto leemos: “Ya de la edad tocaste tristemente / la meta, y pinta tu victoria ingrata / con pálida color *el tiempo airado*” (APESO, p. 289). He subrayado la expresión “el tiempo airado”, que repite las mismas palabras de Garcilaso en el soneto XXIII: “Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto antes que’l *tiempo airado*...” (Garcilaso, p. 59). El segundo terceto de Espinosa, al igual que el que acabamos de transcribir, incide en la revisión pesimista del luminoso soneto garcilasiano, en la línea del “Mientras por competir con tu cabello”, de Góngora, al que volveremos más adelante: “Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata, / de los ojos, del labio, de la frente, / el resplandor, las flores, el brocado” (APESO, p. 289).

Lope de Vega (1562-1635) sí parece tener muy presente a Garcilaso. Así, en un soneto incluido en sus *Rimas sacras*, comienza con palabras muy parecidas a las que inician el soneto I de nuestro poeta: “Cuando me paro a contemplar mi estado / y a ver los pasos por donde he venido...” (RS, p. 131),



casi igual que en Garcilaso: “Cuando me paro a contemplar mi ’stado / y a ver los pasos por dó me han traído” (Garcilaso, p. 37). En Lope el soneto es una reflexión sobre la vida desde un punto de vista metafísico, mientras que en Garcilaso el tema es amoroso, pero es indiscutible el deseo de imitación por parte del Fénix de los Ingenios. En otras ocasiones el tono que emplea Lope es más paródico, como en el soneto que comienza: “Juana, mi amor me tiene en tal estado”, correspondiente a las *Rimas de Tomé de Burguillos*, donde burlescamente trata el tema de la amada renacentista, cuya ausencia le lleva a decir: “ni escribo ni manduco ni paseo”. La dependencia amorosa que Garcilaso plantea en su soneto V es tratada aquí por Lope en tono paródico, como decimos, pero con referencias directas a los versos de aquel: “...tan vivo me derrienga mi deseo / *en la concha de Venus amarrado*. / De Garcilaso es este verso, Juana; / todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco” (Lope, p. 460). En efecto, como el mismo Lope advierte, el verso que he subrayado está en la canción V del toledano: “...que está muriendo vivo, / al remo condenado, / *en la concha de Venus amarrado* (Garcilaso, p. 95). El mismo tono emplea Lope en su soneto titulado *Sentimientos de ausencia, a imitación de Garcilaso*, con esta indicación expresa, y con el mismo comienzo que el del soneto IX: “Señora mía, si de vos ausente / en esta vida duro y no me muero, / es porque como y duermo, y nada espero...” (Lope, p. 480). Hay que notar el matiz cómico que imprime el tercer verso transcrito, después de la repetición casi idéntica de los versos garcilasianos: “Señora mia, si yo de vos ausente / en esta vida turo y no me muero, / pareceme que ofendo a lo que os quiero” (Garcilaso, p. 45). Al leer el tercer verso en el texto de Garcilaso, se ve mejor el sesgo burlesco del soneto de Lope, quien, dicho sea de paso, mejora el primero al eliminar la sinéresis poco elegante que forzaba el verso del soneto IX con la inclusión del pronombre personal ‘yo’.

Dentro aún de la parodia, incluiremos un par de casos más, recolectados en las obras de Lope de Vega, extraídos ahora de su poema épico-burlesco *La gatomaquia*, donde los gatos protagonistas citan con soltura versos de Garcilaso, como en el siguiente pasaje:

*¿Es posible –decía
con lastimosas quejas–,
¡oh, más dura que mármol a mis quejas
(porque el gato las Églogas sabía)
y al amoroso fuego que me enciende
más helada que nieve, Galatea!...*

(*Gatomaquia*, p. 198)

Los subrayados remiten directamente a Salicio en la égloga I, conocida por el gato y variada por él mismo en el verso “y al amoroso fuego que me enciende”; Salicio dirá: “y al encendido fuego en que me quemo” (Garcilaso, p. 121). En otro lugar del mismo texto encontramos el eco del soneto X de Garcilaso: “...de Dido y de Cartago, / por quien dijo Virgilio, / destituida

de mortal auxilio, / que llorando decía: / ¡Ay dulces prendas cuando Dios quería!” (*Gatomaquia*, p. 109). La misma referencia es empleada en tono más grave por el propio Lope en el romance *Al bajar de la Cruz*, de sus *Rimas sacras*:

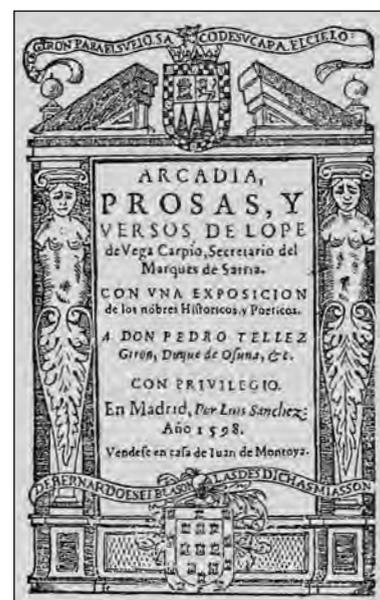
*Las entrañas de María
con nuevo dolor traspasan
los martillos que a Jesús
de la alta Cruz desenclavan.
¿Quién dijera, dulces prendas,
para tanto bien halladas,
que para alcanzar el Cielo
hubiera en la tierra escalas?*

(RS, p. 387)

Como es sabido, en Garcilaso los dos primeros versos son; “¡Oh dulces prendas por mi mal halladas, / dulces y alegres cuando Dios quería..!” (Garcilaso, p. 46). Lope nos lleva de la cita atribuida a Dido en *La gatomaquia*, que emplea las mismas palabras del soneto X levemente alteradas, a la refundición de las *Rimas sacras*, donde juega con la expresión garcilasiana y cambia de dirección el tono de los versos, ya que aquí las “dulces prendas” han sido halladas “para tanto bien”. El peso de la palabra de Garcilaso es contundente como vemos, pues se adentra en los versos de Lope hasta convertirse en creación propia de éste.

Abandonamos a Lope (cuyo recorrido completo sería inabarcable en este trabajo) con un soneto del *Laurel de Apolo*, en el que se censura el deterioro de la lengua de Castilla en el breve plazo de un siglo escaso, el que transcurre desde la muerte de Garcilaso hasta el momento en el que escribe Lope de Vega. Garcilaso y Boscán, “dos caballeros del Parnaso”, llegan pidiendo posada a un lugar que creen está en Castilla, y son recibidos por la posadera, que les habla de manera enrevesada: “Que afecten paso, / que obstenta limbos el mentido ocaso / y el sol depinge la porción rosada”. Esto hace exclamar a los dos poetas peregrinos: “¡Que en tan poco / tiempo tal lengua entre cristianos haya!” El poema termina con una ironía en boca de Garcilaso: “Boscán, perdido habemos el camino, / preguntad por Castilla, que estoy loco, / o no habemos salido de Vizcaya” (Lope, p. 401). La referencia a Vizcaya como lugar donde se hablaba de forma estrambótica es un tópico muy extendido en los Siglos de Oro; recordemos el episodio del vizcaíno en el *Quijote* o el entremés de *El vizcaíno fingido*, del propio Cervantes. Aquí me parece relevante, dentro de la alabanza y el encomio a la poesía de Garcilaso, que éste sea considerado un paradigma del buen uso de la lengua.

En la obra poética de Luis de Góngora (1561-1627), la huella de Garcilaso es también muy visible. Nos detendremos prioritariamente en los sonetos, para evitar que estas páginas se dilaten, y encontraremos frases repetidas, resonancias claras y ecos más o menos lejanos. Por empezar por algún



sitio, es llamativo el uso que hace Góngora, en dos ocasiones, del verso segundo de la égloga III, “ilustre y hermosísima María”, que aparece también en el segundo del soneto 114, pero sobre todo en el primero del 150, un poema de claras resonancias garcilasianas en tanto que toca de lleno el tema del *carpe diem*, magistralmente tratado por el toledano en su soneto XXIII: la repetición de un verso de Garcilaso en un soneto sobre el aprovechamiento de la juventud no deja dudas sobre los deseos de imitación del cordobés, quien, además, desarrolla el tema en su conocido soneto 149, “Mientras por competir con tu cabello”, de forma paralela a como lo había hecho nuestro poeta en el citado soneto XXIII, “En tanto que de rosa y d’azucena”. Dos concepciones de la vida se enfrentan en estos dos sonetos: la vitalista, teñida del hedonismo propio del Renacimiento, que nos ofrece Garcilaso, y la pesimista y amarga de Góngora, dominada por el desengaño ante la vida breve que se impone durante el periodo barroco. Bastará comparar los dos tercetos finales de cada soneto para ver que esto que decimos es cierto. Primero Garcilaso:

*coged de vuestra legre primavera
el dulce fruto antes que'l tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.*

(Garcilaso, p. 59)

Y frente a él Góngora:

*goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o víola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

(Góngora, Sonetos, p. 230)

El tránsito que refleja Garcilaso es suave y armónico, natural diríamos, mientras que el que nos ofrece Góngora es destructivo y aniquilador, al tiempo que nos recuerda, con resonancias religiosas, que hemos de morir y convertirnos en polvo. Sin embargo, con un tono más jovial trata Góngora el mismo tema en un romance del mismo año que este soneto, 1582, el que lleva el estribillo “¡Que se nos va la pascua, mozas, / que se nos va la pascua!”, en cuya última estrofa invita a las jóvenes al amor, antes de que pase el tiempo y convierta al rubio cabello “en luciente plata”. Así, con un tono más vitalista, advierte: “quered cuando sois queridas, / amad cuando sois amadas, / mirad bobas, que detrás / se pinta la ocasión calva” (Góngora, *Romances*, p. 193).



Aparte de este tema, en otros sonetos de Góngora tenemos muy clara la presencia de Garcilaso. Es el caso del soneto 50, en el que se recoge la expresión “y partiré a lo menos confesado” (Góngora, *Sonetos*, p. 114), que recuerda mucho al verso seis de la canción IV, “y moriré a lo menos confesado” (Garcilaso, p.87); o el 138, en el que leemos: “nos decís la mudanza, estando queda” (Góngora, *Sonetos*, p. 217), como en la égloga I, cuyo verso 396 dice: “y su mudanza ves, estando queda” (Garcilaso, p. 133); o en el soneto 75, donde Góngora considera que “la bella desdeñosa”, una dama de quien habla en el poema, es tal porque “la engendró la Libia ponzoñosa” (Góngora, *Sonetos*, p.140), con claras reminiscencias de la garcilasiana elegía II, que nos habla de “la arenosa Libya, engendradora / de toda cosa ponzoñosa y fiera” (Garcilaso, p. 114).

Otras veces es el tono, con ecos lejanos que recuerdan el decir de Garcilaso, aunque no lo repiten rigurosamente. De este modo lo encontramos en el soneto 130, en el que Góngora rememora, como ya había hecho Herrera (y ha quedado comentado arriba) el soneto XI, “Hermosas ninfas, que en el río metidas” (Garcilaso, p. 47), por el tono general, pero sobre todo por la referencia a diluirse a través del llanto en las aguas del río. Dice el cordobés: “...que, vista esa belleza y mi gran llanto, / por el cielo seremos convertidos, / en Géminis vosotras [dos jóvenes hermanas cuya muerte lamenta el soneto], yo en Acuario” (Góngora, *Sonetos*, p. 205).

Un último ejemplo lo tenemos en el soneto 167, cuyo primer cuarteto es como sigue: “Cuantos forjare más *hierros* el hado / a mi esperanza, tantos oprimido / arrastraré *cantando*, y su rüido / instrumento a mi voz será acordado” (Góngora, *Sonetos*, p. 253). Las resonancias garcilasianas que he subrayado proceden de los versos 85 y 86 de la Canción IV: “Estoy cantando yo, y está sonando / de mis atados pies el grave hierro” (Garcilaso, p. 90). Como habíamos visto antes en Lope, la idea de Garcilaso se transforma en palabras de Góngora, propias de él y, a la vez, prestadas por nuestro poeta.

No es habitual la presencia directa del poeta del Tajo en los versos de Francisco de Quevedo (1580-1645), aunque sí es palpable la influencia indirecta, sobre todo en su poesía amorosa, donde se recrean los grandes temas de la tradición petrarquista y garcilasiana, tocados a menudo por los tópicos más comunes de la descripción de la belleza femenina. Un claro ejemplo lo tenemos en el soneto *A Aminta, que se cubrió los ojos con la mano*, donde se contraponen el ardor propio del amor, asociado al fuego, con la blancura nívea de la piel de la mujer: “Lo que me quita en fuego, me da en nieve / la mano que tus ojos me recata” (Quevedo, p. 221). Ese fuego de la mirada que reside en los ojos de la amada es el mismo que se recoge en el tantas veces citado soneto XXIII de Garcilaso: “vuestro mirar ardiente, honesto...” (Garcilaso, p. 59). En otro lugar se retoma la metáfora del oro para referirse a los cabellos femeninos: “Al oro de tu frente unos claveles / veo matizar...” (Quevedo, p. 225). Pero tal vez sea más clara la idea de la pervivencia del



amor más allá de la muerte, tópico también presente en Garcilaso, concretamente en la égloga III: "...mas con la lengua muerta y fría en la boca / pienso mover la voz a ti debida" (Garcilaso, p. 193). El tema es desarrollado por Quevedo en uno de sus más bellos sonetos, comúnmente conocido por el título de *Amor constante más allá de la muerte*, cuyo terceto final predice lo que ocurrirá con tres de las partes capitales del ser humano, el alma, las venas y las médulas, cuando llegue el momento de la muerte. Así se expresa Quevedo: "su cuerpo dejará [el alma], no su cuidado; / serán ceniza [las venas], mas tendrá sentido; / polvo serán [las médulas], mas polvo enamorado" (Quevedo, p. 256). La intensidad de los versos citados de Garcilaso, multiplicada en este soneto fundamental de nuestra literatura.

BREVES APUNTES SOBRE LA PRESENCIA DE GARCILASO EN LA OBRA DE CERVANTES

Mención aparte merece la influencia de Garcilaso en Cervantes, no tanto por la relevancia de este último, como por el hecho demostrable de que el autor del *Quijote* fue uno de los más rendidos admiradores del poeta de las églogas, tal y como comprobará cualquiera que se dedique a leer con detenimiento su obra. Aquí tendremos que limitarnos a esbozar la naturaleza de esta admiración cervantina, aduciendo un puñado de ejemplos de las decenas que salpican la producción del alcalaíno, y que serían suficientes por sí solos para un artículo de dimensiones superiores al que ahora afrontamos.

En el *Quijote* (obra a la que vamos a prestar más atención), podríamos incluso establecer varios grados de influencia, según la presencia más o menos marcada de los versos de Garcilaso en la prosa de Cervantes, quien, además, no suele tomar las palabras del toledano por capricho, sino que, por lo general, las aplica a la intención que le mueve en cada momento de su escritura. Así, habrá citas textuales, en las que Garcilaso aparece como autoridad, como en las siguientes palabras de don Quijote, al comienzo de la segunda parte:



MIGUEL DE CERVANTES

"... y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice *el gran poeta castellano nuestro*, que

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de allí declina."

(*Quijote*, II, 6, p. 735)

Subrayo la expresión “el gran poeta castellano nuestro”, que justifica la admiración que, como decimos, sentía Cervantes por Garcilaso, de quien transcribe los versos 202 a 204 de la elegía I, dedicada “Al Duque de Alba en la muerte de don Bernaldino de Toledo”, su hermano, desaparecido en plena juventud. Una sola variante: Garcilaso termina con “quien de *aquí* declina”. El cambio del adverbio indica que, con seguridad, Cervantes copiaba de memoria los versos de su admirado poeta. Tanto es así, que más adelante vuelve a poner en boca de don Quijote las mismas ideas, pero, en esta ocasión, formando parte del parlamento del caballero, en lo que podríamos considerar un paso más en la imitación, haciendo propias las palabras del poeta imitado. Dice el Caballero de los Leones: “¿Por ventura es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino *las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?*” (*Quijote*, II, 32, p. 974). Cervantes echa mano de esta elegía I, cuyo tema fundamental es el de la fama, para apoyar las ideas que él expone por medio de don Quijote.

Otro ejemplo de la asimilación de los versos de Garcilaso en la prosa del *Quijote* lo encontramos en el capítulo octavo de la segunda parte, donde se hace un resumen del núcleo central de la égloga III, con una nueva demostración por parte de Cervantes del conocimiento de la obra de aquél. Don Quijote asimila estos versos refundidos a la actividad que supone estará realizando Dulcinea en sus palacios:

“Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas.”

(*Quijote*, II, 8, p. 747).

Filódoce, Dinámene, Climene y Nise son las cuatro ninfas garcilasianas cuyas labores pondera don Quijote. En ocasiones, la compenetración es casi total, como demuestran estos versos: “De cuatro ninfas que del Tajo amado / salieron juntas...” Y, más adelante: “Las telas eran hechas y tejidas / del oro que el felice Tajo envía...” (Garcilaso, pp. 195 y 197). Nótese la expresión “nuestro poeta”, sin mención expresa de ningún nombre, que coloca a Garcilaso en una posición única, nombrado casi por antonomasia.

Sin referencia directa al poeta, Cervantes incluye, muy a menudo, versos de éste en su obra, como citas espontáneas, dando a entender la gran importancia que para él tiene su poesía. Veamos solo un par de casos. El primero tiene que ver con el comienzo del soneto X, uno de los más celebrados de Garcilaso. Don Quijote lo trae a colación al llegar a casa del Caballero del Verde Gabán, cuando se encuentra ante unas tinajas de El Toboso; allí exclama el manchego andante: “¡Oh dulces prendas por mi mal halladas, dulces y



alegres cuando Dios quería! ¡Oh tobosesca tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!” (*Quijote*, II, 18, p. 839). El recuerdo de Dulcinea, burlescamente traído a la mente de don Quijote por unas vulgares tinajas, se torna poesía cuando el caballero ofrece el quiebro de sus últimas palabras, rehechas sobre el patrón garcilasiano: “la dulce prenda de mi mayor amargura”. El segundo ejemplo procede de otros versos famosos, esta vez correspondientes a la égloga I. En este caso no será don Quijote quien los pronuncie, sino Altisidora, su fingida enamorada durante la estancia del caballero en tierras de los duques. El verso, adaptado para su intención, lo toma prestado Altisidora de los lamentos de Salicio: “Dos días ha que con la consideración del rigor con que me has tratado, ¡Oh más duro que mármol a mis quejas, empedernido caballero!, he estado muerta...” (*Quijote*, II, 70, p. 1300).

Precisamente esta última coincidencia la incluyó también Cervantes en su primera obra, *La Galatea*, convertida en estribillo de las octavas que, al final del relato, canta el pastor Lenio. Tomamos como muestra dos versos de la primera de estas cuatro octavas: “¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me dejas? / ¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!” (*Galatea*, p. 432).

Las “dulces prendas” aparecen también en el entremés de *La guarda cuidadosa*, cuando el soldado le dice al zapatero: “Pues señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas, llévelo, a lo menos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí a dos días...” (*Teatro*, p. 773). Pero de igual manera están presentes en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuando en el capítulo cuarto del libro primero, Periandro encuentra a su amada Auristela y exclama: “¡Oh querida mitad de mi alma, oh firme columna de mis esperanzas, oh prenda, que no sé si diga por mi bien o por mi mal hallada..!” (*Persiles*, p. 67).

En la comedia de *La gran sultana*, el personaje del turco trae a su parlamento ecos de la égloga III de Garcilaso cuando dice: “...y aunque del cercado ajeno / es la fruta más sabrosa / que del propio, ¡extraña cosa!, / por la que es tan mía peno” (*Teatro*, p. 409). Con palabras muy parecidas había iniciado el pastor Tirreno su parlamento a las orillas del Tajo: “Flérída, para mí dulce y sabrosa / más que la fruta de cercado ajeno...” (Garcilaso, p. 205). Encontramos otros restos de esta égloga III en el *Viaje del Parnaso*: “...seis seguidillas le encajó en la boca, / con que le hizo vomitar *el alma*, / que salió *libre de su estecha roca*” (*Parnaso*, p. 156). Subrayo las concomitancias con Garcilaso: “libre mi alma de su estrecha roca...” (Garcilaso, p. 193).

Un último apunte en estas apresuradas notas sobre Garcilaso en Cervantes. Aunque no son las mismas palabras, sí se aplica la descripción al mismo lugar: la ciudad de Toledo vista en su emplazamiento, sobre el monte que la sustenta desde hace tantos siglos. Dice Garcilaso en la citada égloga III, quizás su más perfecta composición: “Estaba puesta en la sublime cumbre /



del monte (...) / aquella ilustre y clara *pesadumbre* / d'antiguos edificios adornada" (Garcilaso, p. 201). Y Cervantes, en su última obra, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuando los protagonistas ven a lo lejos Toledo, pone estas palabras en boca de Periandro: "¡Oh peñascosa *pesadumbre*, gloria de España y luz de sus ciudades...!" He subrayado la palabra "pesadumbre", común a los dos textos, porque en ella está sin duda la imitación cervantina, con esa sensación plomiza de los edificios sobre el monte. En el mismo capítulo del *Persiles*, tan solo unas líneas más arriba de la cita que acabamos de insertar, Cervantes ha convertido a Periandro en un gran lector y conocedor de la poesía del toledano, a quien el narrador califica como el "jamás alabado, como se debe, poeta Garcilaso de la Vega" (*Persiles*, p. 327). Acabamos como empezábamos, con el elogio y admiración de Cervantes hacia Garcilaso.

OTRAS HUELLAS DE GARCILASO EN LOS SIGLOS DE ORO

Terminaremos nuestro análisis trayendo a estas páginas un manojo de citas recogidas en diversos autores, en ocasiones muy secundarios, que vendrán a confirmar, precisamente por ser menos conocidos, la presencia inabarcable de Garcilaso en el quehacer de quienes escribieron después de él. Comenzaremos por el humanista Álvarez Gómez de Castro (¿1515?-1580), quien, en un poema dedicado a doña María de Mendoza, escrito en latín y fechado en 1553, titulado *Coralium (El coral)*, retoma precisamente la misma referencia garcilasiana que acabamos de comentar, cuando escribe: "Por donde el Tajo violento revuelve sus auríferas arenas, encajonado entre dos montes, *posee ilustres edificios, monumentos antiguos*, una de las colinas a las que la raza antigua, contemplando su situación, le dio por nombre Toledo..." (Vaquero, p. 64). Subrayo las palabras que nos recuerdan los versos y que confirman, otra vez, la omnipresencia de nuestro poeta en la literatura áurea.

También hay algún recuerdo garcilasiano en la *Tragedia de la honra de Dido restaurada* (1587), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1558-1616), como es el uso del verso "Salid sin duelo, lágrimas, corriendo", de la égloga I de Garcilaso, repetido como estribillo por Salicio en sus lamentos por la distante Galatea. En la obra que citamos, también es usado como estribillo por la propia Dido, hacia el final de la primera jornada. Allí leemos, por ejemplo:

*No ay peña que no sea
tocada de mi llanto,
ni risco leuantado
que ya no esté ablandado
y conmovido a mi áspero quebranto.
Pues esto conociendo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

(*Dido*, vv. 551-557)



Otra nueva huella de la égloga III la tenemos en el poema caballeresco *Florando de Castilla* (1588) de Jerónimo de Huerta (¿1573?-1643), donde el héroe llega a un *locus amoenus* inspirado en la ribera del Tajo que Garcilaso describe en dicho poema. De las cuatro octavas que remedan los versos de éste, selecciono aquí una:

*Moviole el sitio umbroso, el manso viento,
la alegre vista del florido suelo;
las aves vio en aquel aloxamiento
descansar del trabajo de su buelo,
cobrando nuevo espíritu y aliento
para empinarse por el aire y cielo.
También le dava gusto y recreava
un susurro de avejas que sonava.*

(APCC, p. 236)

Compárese con la octava 10 del poema de Garcilaso (vv. 73-80, Garcilaso, p. 196): Huerta parafrasea a este manteniendo incluso casi todas sus rimas.

Para terminar, el heterodoxo Antonio Enríquez Gómez (1600-1663), en su variada obra *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña* (1644), introduce, en su “Transmigración III”, unas palabras tomadas también de Garcilaso, nuevamente de la égloga III, tal vez el poema más imitado del toledano: “Y apenas animé la inanimada, / cuando por flojedad de la materia / me hallé en doña Quiteria, / ninfa del Tajo, en soledad amena, / de flores siempre llena / y de tanta hermosura / que por el tronco sube hasta la altura” (Enríquez, pp. 97-98). Es difícil no traer a nuestra memoria los célebres versos de Garcilaso: “cerca del Tajo, en soledad amena, / de verdes sauces hay una espesura / toda de hiedra revestida y llena, / que por el tronco va hasta el altura...” (Garcilaso, p. 195).

PALABRAS FINALES

Poco hemos de añadir como conclusión, ya que lo que antecede habla por sí solo; sin embargo, creo que es muy significativo que, en este repaso apresurado y constreñido por las limitaciones del espacio, hemos podido ver, diseminadas a lo largo de dos siglos (los más gozosos de nuestra literatura, por cierto), una cantidad ingente de huellas de Garcilaso que pregonan a los cuatro vientos su grandeza, su importancia y el grado de estima en el que sus versos fueron tenidos por sus contemporáneos y por las generaciones sucesivas. La influencia de la poesía de Garcilaso se convierte en un caudal inagotable con el que podríamos llenar muchas más páginas de las que aquí hemos escrito. Quede para otra ocasión el reto.

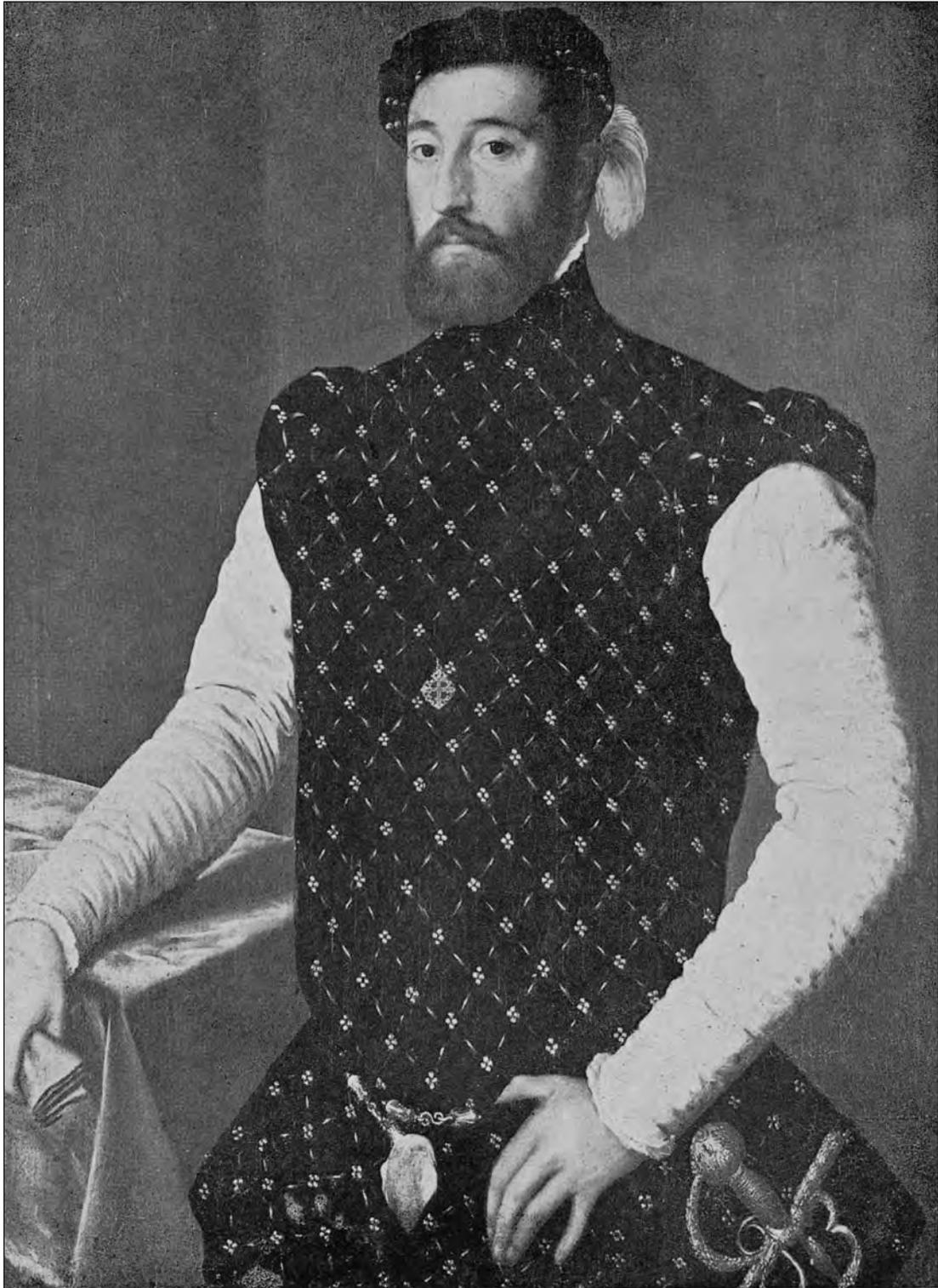
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña:** Acuña, Hernando de, *Varias poesías*, edición de Luis F. Díaz Larios, Madrid, Cátedra, 1982.
- Aldana:** Aldana, Francisco de, *Poesía*, edición, introducción y notas de Rosa Navarro Durán, Barcelona, Planeta, 1994.
- APCC:** Pantoja Rivero, Juan Carlos, *Antología de poemas caballerescos castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- APESO:** *Antología de la poesía española del Siglo de Oro (Siglos XVI-XVII)*, edición de Pablo Jauralde Pou, apéndice de Mercedes Sánchez Sánchez, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.
- APRH:** *Antología poética del Renacimiento hispánico*, edición preparada por Antonio Prieto, Barcelona, Ediciones Orbis, 1982.
- Cetina:** Cetina, Gutierre de, *Sonetos y madrigales completos*, edición de Begoña López Bueno, Madrid, Cátedra, 1990.
- Dido:** Lasso de la Vega, Gabriel Lobo, *Tragedia de la honra de Dido restaurada*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital a partir de *Primera parte del Romancero y tragedias*, Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1587.
- Enríquez:** Enríquez, Antonio, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, edición de Teresa de Santos, Madrid, Cátedra, 1991.
- Fray Luis:** Luis de León, fray, *Poesía*, edición de Juan Francisco Alcina, Madrid, Cátedra, 1989.
- Galatea:** Cervantes, Miguel de, *La Galatea*, edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza Editorial / Centro de Estudios Cervantinos, 1996.
- Gatomaquia:** Vega, Lope de, *La gatomaquia*, edición, introducción y notas de Celina Sabor de Cortázar, Madrid, Castalia, 1982.
- Garcilaso:** Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, edición de Elias L. Rivers, Madrid, Castalia, 1987.
- Góngora, Sonetos:** Góngora, Luis de, *Sonetos completos*, edición, introducción y notas de Biruté Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1985.
- Góngora, Romances:** Góngora, Luis de, *Romances*, edición de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2000.
- Herrera:** Herrera, Fernando de, *Poesía castellana original completa*, edición de Cristóbal Cuevas, Madrid, Cátedra, 1985.
- Hurtado:** Hurtado de Mendoza, Diego, *Poesía*, edición de Luis F. Díaz Larios y Olga Gete Carpio, Madrid, Cátedra, 1990.
- Lope:** Vega, Lope de, *Poesía selecta*, edición de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 1984.
- Parnaso:** Cervantes, Miguel de, *Poesías completas, I. Viaje del Parnaso y Adjunta al Parnaso*, edición, introducción y notas de Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1974.
- Persiles:** Cervantes, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, edición, introducción y notas de Juan Bautista Avallé Arce, Madrid, Castalia, 1978.
- PLSO:** *Poesía lírica del Siglo de Oro*, edición de Elias L. Rivers, Madrid, Cátedra, 1980.
- Quevedo:** Quevedo, Francisco de, *Poesía varia*, edición de James O. Crosby, Madrid, Cátedra, 1989.
- Quijote:** Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición, notas e introducción de Alberto Blecha, Madrid, Espasa Calpe, 2007.
- RS:** Vega, Lope de, *Rimas sacras*, edición de Antonio Carreño y Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Editorial Iberoamericana / Universidad de Navarra, 2006.
- San Juan:** Juan de la Cruz, san, *Cántico espiritual. Poesías*, edición, estudio y notas de Cristóbal Cuevas García, Madrid, Alhambra, 1979.
- Teatro:** Cervantes, Miguel de, *Teatro completo*, edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Barcelona, Planeta, 1987.
- Torre:** Torre, Francisco de la, *Poesías*, edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- Vaquero:** Vaquero Serrano, María del Carmen, *En el entorno del maestro Álvaro Gómez. Pedro del Campo, María de Mendoza y los Guevara*, Ciudad Real, Oretania Ediciones, 1996.

GARCILASO
Y EL
HUMANISMO RENACENTISTA ITALIANO

ÁNGEL GARCÍA GALIANO





GARCILASO DE LA VEGA



OR las mismas fechas en que nacía en Toledo nuestro poeta, y en Gante el futuro Emperador, la situación cultural de Italia (divida por un mosaico de reinos, estados, ducados y repúblicas ciudadanas más o menos autónomas) brillaba en tres grandes centros desde los que se irradiaba su amplio influjo de novedad y Renacimiento, de humanismo neoplatónico, al resto de Europa; a saber: Venecia, Florencia y Nápoles.

Estos tres principales focos punteros de difusión de la nueva *civiltà* influirán con el pasar de los años en el espíritu y, por tanto, la obra literaria de Garcilaso. Nápoles, de manera harto fecunda, directa y biográfica, como veremos en el último recodo de estas páginas; Venecia, entre otros, a través del fundamental encuentro de Andrea Navagero, embajador del Dux, con su amigo y fedatario Juan Boscán, en Granada; y Florencia, Florencia irrumpirá gloriosamente en Garcilaso a través de los versos transidos de Petrarca y de la exquisita filosofía neoplatónica, sobre todo la contenida en las páginas de *El Cortesano*, de Castiglione.

Recordemos que en Italia, dos siglos atrás, había nacido, con los burgos, el burgués, el hombre nuevo, antropocéntrico, individualista, ciudadano. Ahora, en el siglo XVI, tres de esas ciudades se disputan la primacía de lo renacentista, emulándose en un tropel increíble, como nunca antes ni después, de poetas, filósofos, editores, pintores y escultores. Lo que nadie podía imaginar es que, al menos en el ámbito de la poesía, esa primacía total,



durante casi un siglo, la heredará España por el cauce canónico, y milagroso, de Garcilaso, quien trasvasa al verso castellano, con talento inalcanzable, la nueva forma poética de transmitir la descubierta sensibilidad humanista, que es al mismo tiempo bucólica, petrarquista, cortesana, mitológica y neoplatónica. Si Petrarca, hace siglo y medio, se convirtiera en objeto de imitación para todos los poetas italianos, Garcilaso será su modelo en español contribuyendo, como nadie, a incoar el llamado Siglo de Oro de nuestra literatura.

EL DULCE ESTILO NUEVO

Recordemos que no es casual que Dante intitule su primera gran obra *La vida nueva*, en donde, con la aparición de Beatrice, inventa una forma estrictamente novedosa de comprender la poesía, el amor y la busca espiritual desligada de mediaciones religiosas y ajena a teologías escolásticas. Del mismo modo que él y todos sus maestros, como Cavalcanti, practican el “dolce stil nuovo” o que Boccaccio, su primer biógrafo, escriba, orgulloso, “novelle”, porque lo que él va a tratar en su *Decameron* no son ya relatos folklóricos o patrimoniales, sino “historias nuevas”, burguesas, inventadas para un público liberal y ciudadano como él mismo.



La corte siciliana de Federico II, una de las personalidades más admirables que ha gestado la vieja Europa, a principios del siglo XIII produce en su seno una copia de poetas que van a cambiar el panorama de la lírica mundial al decidir escribir poesía culta no en latín, la lengua de prestigio, sino en “vulgar”, en romance. Para ello, con el fin de elevar este tosco y naciente nuevo idioma a las mismas cotas que la latina, inventan un verso, el endecasílabo, que ve de imitar el hexámetro dactílico de la clasicidad más acendrada. Y descubren una estrofa, el soneto, cuyo alcance universal a nadie se le escapa, sobre todo desde que Dante, y luego Boccaccio y Petrarca, vuelcan en él sus impresionantes inspiraciones amorosas.

Italia, en el siglo XIV, descubre el endecasílabo, el soneto, la canción, la octava real, la estancia. Y, sobre todo, descubre el Alma (la razón de amor) de todos estos nuevos metros, a Beatrice, capaz de llevar al poeta, sin otra mediación que su fervor y su estro, al Paraíso. Por eso necesita el poeta, el amante, el filósofo (el amante de la Sabiduría) de un arte nuevo, odres nuevos para verter literariamente esa fundamental invención. Objeto de veneración erótica y de indagación estética, amor y poesía, de la mano, indisolublemente, Beatrice, como símbolo, será Laura en Petrarca y Elisa en Garcilaso o Dulcinea en el ingenioso hidalgo. El gran Petrarca inventa en su *Cancionero* la manera de retratarse como amante y como “ejemplo” en una suerte de biografía erótica presidida por la muerte de la amada (canciones “in vita” y canciones “in morte”), el yo poético encadenado a las redes del amor y el arrepentimiento, la plurimetría y la indagación estrófica. El amor petrarquista y su manera de convertirlo en canción, mediante la norma retórica de la imitación poética, irrumpirá en la lírica de occidente hasta conformar, en España, gracias a Garcilaso, una nueva forma de escribir y de entender el amor: recuérdese solo que Beatrice (Laura, Elisa) es al mismo tiempo el amor y la “razón de amor”, la poesía y “la voz a ti debida”.



EL NEOPLATONISMO FLORENTINO

A mediados del siglo XV, la irrupción del neoplatonismo en la corte florentina de los Médicis supone (tras la admirable revolución petrarquista que sellará durante siglos el destino poético de Europa) una ampliación fecunda en esta nueva comprensión de lo humano y lo divino.

Es ahora cuando surge la conciencia de que el hombre está compuesto de tres niveles, el material, el mental y el espiritual, y que cada uno de ellos se corresponde con un tipo de amor, a saber: el amor material, germinativo; el “amor ferino”, instintivo, brutal en su irracionalidad, apto para la conservación de la especie; el amor psíquico, racional, doméstico y burgués, el amor de los matrimonios (con el que transmitimos la herencia, el patrimonio), y el amor espiritual o pneumático, ése cuya contemplación eleva el espíritu a las altas cimas de la sabiduría, un amor que provoca el ascenso del alma hacia la divinidad y que tiene en la mujer bella, contemplada, el camino propicio para iniciar ese mismo ascenso, un amor que entra por los ojos, a través de los espíritus, humores de la sangre, que impregnan el alma enamorada (“escrito está en mi alma vuestro gesto”) y la convocan irremediable y felizmente a la escritura (“y cuanto yo escribir de vos deseo”).

Aparte del canónico ensayo de Marsilio Ficino en su *De amore*, comentario al *Banquete*, de Platón, será Castiglione quien en su *Cortesano* cifre las características de este amor renacentista (fusión de petrarquismo dantiano y neoplatonismo) y de las condiciones cordiales y civiles (cortesanas)



BALTASAR CASTIGLIONE

del poeta en su condición de enamorado, pues como le explica con lengua paciencia don Quijote (modelo de caballero renacentista, por cierto) a su escudero, el poeta ha de estar siempre enamorado y, si no, ha de fingir que lo está, pues ha de entonar su voz a la amada y encomendar a ella siempre sus actos. Y olvidando que Sancho es analfabeto, le espeta esta breve lección de historia literaria contemporánea:

“¿Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que los libros (...) están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron?” (*Quijote* I, 25).



Se ha solido extender el bello dicho de que la forma poética le llegó a Garcilaso de oriente (por Italia: el endecasílabo) y la materia de occidente (por Lusitania e Isabel Freyre como sujeto amoroso casi biográfico), pero lo cierto es que tanto la forma (la égloga, la lira, la octava real, el soneto, la estancia) como la materia poética (Elisa, “el hábito del alma”) son invenciones (hallazgos) más que brillantes del humanismo renacentista.

LA ITALIA DE GARCILASO

De modo que cuando Garcilaso nace, esta nueva cosmovisión, poética y filosófica, está ampliamente consolidada y hasta ha dado ya algunos frutos en España: toscos intentos del marqués de Santillana, con sus *Sonetos fechos al itálico modo* y genial fervor petrarquista en el excelso poeta Ausias March, uno de los maestros indiscutibles del toledano. Sin este enorme influjo, cuyo crisol indudable es Garcilaso de la Vega, pues solo él lo vierte al castellano

y lo expande (merced a la devoción imitativa que adquiriera ya tempranamente en vida y luego eternamente en muerte), la poesía española de los siglos de Oro habría sido muy diferente. Piénsese que Garcilaso es el padre, el motor y el modelo de todo lo que se va a escribir en nuestro país desde entonces y que ni Juan de la Cruz, Fray Luis, Aldana, Quevedo, Góngora o Lope, por citar a los más grandes solamente, habrían podido encauzar su curso si éste no hubiera sido abierto (¡y de qué genial manera!) por el toledano. Por eso, para todos los citados, y para el resto de poetas españoles, incluso hasta nuestros días, la forma poética instaurada por Garcilaso (en consonancia lúcida con la revolución estética y métrico-filosófica acaecida antes en Italia) es, sin más, el camino diáfano por el que continuar profundizando, emulando, la senda que él, con pasmosa y difícil sencillez señalara.

Decíamos que tres eran los focos de difusión de este nuevo espíritu humanista, reformador, antiescolástico, que se miraba, como la cuna de todo progreso espiritual, en el pasado grecolatino como fuente de inspiración y de emulación. El foco veneciano, en torno a la rica corte del Dux, sobre todo, tras la invención de la imprenta, al calor de los talleres de Aldo Manuzio, creador de los caracteres itálicos, editor de Petrarca y Dante (fue él quien bautizó como “divina” su *Comedia*), al cuidado del cardenal Bembo, primera vez que a unos escritos en lengua vulgar se les daba el tratamiento filológico de clásicos. Y cuyo emblema del ancla y el delfín aún hoy son sinónimos de exquisitez y buen hacer literario.

En torno a su imprenta discurrían las personalidades literarias de la República, renombrados humanistas grecolatinos y autores como Aretino, o poetas como el ya citado Pietro Bembo, figura fundacional de la Academia Aldina, en cuyos *Asolanos* concilia como nadie el petrarquismo con la filosofía neoplatónica. Pietro Bembo (Venecia, 1470-Roma, 1547), humanista preocupado por la antigüedad clásica, filólogo (editor, estudioso de la lengua), viajero (Florenia, Messina, Roma, Bérgamo, Urbino, Ferrara...), amigo de los mejores y más grandes humanistas y escritores de la época (Poliziano), y finalmente cardenal tras la muerte de su compañera, la Morosina. Sin lugar a dudas, el mayor representante de la clase intelectual del momento.

Y autor de ese maravilloso epitafio a la temprana muerte de Rafael, enterrado en el Panteón: «Esta es la tumba de Rafael, en cuya vida la Madre Naturaleza temió ser vencida por él, y a cuya muerte ella también murió.» Y presente en Bolonia, en 1530, para la coronación del emperador, bien pudo allí conocer a Garcilaso, a quien tanto y tan positivamente influyó, y de quien escribió admirativamente sobre su obra poética. Bembo es además personaje principal de *El Cortesano*, explícitamente homenajeado así por Castiglione, cuyo discurso sobre el amor incide directamente en la poesía de Garcilaso, como luego veremos. Y es autor de una tesis admirable acerca de la imitación de los clásicos: igual que en latín imitamos la prosa de Cicerón, o el verso de



FRANCISCO PETRARCA



Virgilio, así en italiano ha de imitarse a Boccaccio y Petrarca, respectivamente. Nunca imaginaría el cardenal, mentor de nuestro poeta, que los españoles, a los pocos lustros, se sirvieron de sus tesis para proponer como digno único de emulación en verso castellano a su admirado Garcilaso.

En los fastos imperiales de la coronación debió de conocer sin duda Garcilaso a otro gran veneciano: Gian Giorgio Trissino, en este caso exiliado por problemas políticos con su república, algo que conocía bien Garcilaso en las carnes de su hermano, y que no le sería ajeno a él mismo, andando el tiempo. Nombrado continuo por el Emperador, Trissino, autor de una serie de escritos de reflexión literaria fundamentales, seguramente contribuyó a forjar, desde un punto de vista teórico, poético, la concepción tan clásica como arriesgada con que Garcilaso estaba comprendiendo su nuevo quehacer literario al tener que inventar (como Dante hiciera con el toscano, y Trissino, fiel seguidor suyo, explica) una forma poética (y una concepción del mundo, no se olvide, que lleva aparejada toda revolución formal) en nuestro idioma.



Al otro gran veneciano, embajador en la corte de Carlos V, y autor de un delicioso *Viaje a España*, lo conoció Garcilaso seguramente en su tierra en las semanas festivas de los esponsales del Emperador con Isabel de Portugal, mientras él, recién casado también, disfruta el cargo de regidor de Toledo. Pero el encuentro decisivo entre la poesía italiana y nuestro autor le vino indirectamente, a través de su mentor, albacea poético y amigo, el gran poeta Juan Boscán. Sucedió en Granada, en 1526, y nos lo cuenta él mismo

en su epístola a la duquesa de Soma que abrirá, póstumamente, como prólogo, el Libro II de sus obras completas (editadas por su viuda en 1543 y seguidas, como cuarto libro, por las de su amigo Garcilaso):

“Estando yo un día en Granada con el Navagero [...] tratando con él en cosas de ingenio y de letras y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dijo por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores en Italia; y no solamente me lo dijo así livianamente, mas aún me rogó que lo hiciese. Partime pocos días después para mi casa, y con la largueza y soledad del camino, discurriendo por diversas cosas, fui a dar muchas veces en lo que el Navagero me había dicho. Y así comencé a tentar este género de verso, en el cual al principio hallé alguna dificultad por ser muy artificioso y tener muchas particularidades distintas del nuestro. Pero después, pareciéndome quizá con el amor de las cosas propias que esto comenzaba a sucederme bien, fui paso a paso metiéndome con calor en ello. Mas esto no bastara a hacerme pasar muy adelante si Garcilaso con su juicio, el cual no solamente en mi opinión, mas en la de todo el mundo, ha sido tenido por regla cierta, no me confirmara en esta mi demanda. Y así alabándome muchas veces en mi propósito, y acabándomelo de aprobar en su ejemplo, porque quiso él también llevar este camino, al cabo me hizo ocupar mis ratos ociosos en esto más fundadamente.”



ANDREAS NAVAGERO

Boscán abre el camino y su genial amigo Garcilaso reconoce en esa nueva senda el curso que habrá de seguir su poesía desde entonces. Y todo ello, gracias a los libros y a las buenas conversaciones con personajes como Navagero o Castiglione, algunos años antes de pisar la tierra del *dolce stil nuovo*, o de turbarse con profunda emoción (en Aviñón) ante la tumba de Laura, recién descubierta, de cuyo hecho deja emocionada memoria en el colofón de su *Epístola a Boscán*:

*“Doce del mes d’otubre, de la tierra
do nació el claro fuego del Petrarca
y donde están del fuego las cenizas.”*

El encuentro con Castiglione, nuncio de Clemente VII en la corte del emperador, revestirá tanta o mayor importancia que el acaecido con Navagero. Recordemos que Boscán acomete la traducción de su *El cortesano* a un extraordinario castellano (alabado por Garcilaso en su prólogo). Fue en España, precisamente, en 1528, cuando el nuncio papal autorizó la edición veneciana de su obra, ya muy conocida en manuscrito. Y pocos años después Boscán edita, con carta prólogo de su íntimo amigo, la traducción castellana, libro sin parangón en la historia del humanismo español (junto con los también neoplatónicos *Diálogos de amor*, de León Hebreo) por la influencia que ejerció durante más de un siglo en nuestros hombres de letras. Castiglione



introduce, en el marco exquisito de la corte de Urbino y los contertulios de la duquesa Isabel Gonzaga, una serie de personalidades, entre otras su amigo Pietro Bembo, o Julián de Médicis. Sabido es que el libro termina con una prodigiosa definición y defensa del *eros neoplatónico* en el que, entre otras cosas, Bembo dice lo siguiente a propósito del enamoramiento, puesto en paladino castellano por el catalán Boscán:

“Así que el enamorado que contempla la hermosura solamente en el cuerpo, pierde este bien luego a la hora que aquella mujer a quien ama, yéndose de donde él está presente, le deja como ciego, dejándole con los ojos sin su luz, y, por consiguiente, con el alma despojada y huérfana de su bien; y esto ha de ser así forzosamente, porque estando la hermosura ausente, aquel penetrar e influir que hemos dicho del amor, no calienta el corazón como hacía estando ella presente, y así aquellas vías por donde los espíritus y los amores van y vienen, quedan entonces agotadas y secas, aunque todavía la memoria que queda de la hermosura mueve algo los sentimientos y fuerzas del alma.”

Reléase ahora el soneto VIII de nuestro poeta, escrito casi al vuelo de la prosa de Castiglione, en la traducción de su amigo, y reflexiónese sobre cómo ha influido la Italia de sus contemporáneos en el estro poético del toledano.

*“De aquella vista pura y excelente
salen espirtus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente;
éntranse en el camino fácilmente
por do los míos, de tal calor movidos,
salen fuera de mi como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.
Ausente en la memoria la imagino;
mis espirtus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida;
mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.”*

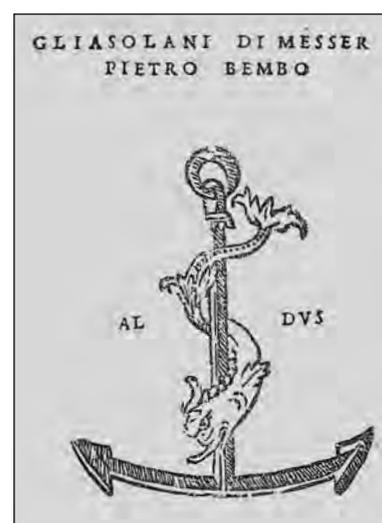
Garcilaso apenas sí conoció, al paso, en campaña militar y diplomática, al servicio del Emperador, la corte Florentina, pero en ella latían aún los rescoldos impresionantes de finales del XV en las espléndidas arquitecturas urbanas, civiles y religiosas, en los tratados de poesía, filosofía y arte, en los cuadros de Botticelli, las esculturas de Miguel Ángel, los frescos de Ghirlandaio y Gozzoli, en el clima exaltado de la cuna de la moderna *civiltà*,

en los versos y los comentarios a los versos de Petrarca, o las ninfas y los pastores de Boccaccio. Y en los grandes poetas y humanistas casi contemporáneos del Toledano: Angelo Poliziano, Lorenzo Valla, Pico della Mirándola, Marsilio Ficino, que habían celebrado la *Rinascita* del espíritu de la clasicidad, el descubrimiento de los clásicos grecolatinos, el amor por la bibliofilia (¡maravillosa biblioteca laurentina!) y la ecdótica, el placer de revivir la obra insustituible de Plotino y de su maestro, el divino Platón, la nueva concepción del amor, la fusión de petraquismo y neoplatonismo y, sobre todo, el concepto de *ingenium*. Ello merece, aunque breve, un epígrafe propio.

EL INGENIUM

Garcilaso descubre en Florencia, en sus poetas y filósofos, algo admirable: la fe en la palabra poética, la única capaz de hacer parar “las aguas del olvido” al entonar “la voz a ti debida”. Renacimiento es sinónimo de “ingenio”, de hombre imaginativo y con fe en la palabra poética capaz de immortalizar a la amada en la tercera esfera, o de crear un marco simbólico dentro del cual (así Botticelli en su *Primavera* o Sannazaro en su *Arcadia*, como veremos, o Garcilaso en sus *Églogas*) se trasciende el tiempo, su inexorable fluir impermanente, por obra y gracia de la palabra poética y la fe renacentista en ella. Desde el *Ninfale fiesolano* de Boccaccio (octavas que Boscán imita orgulloso en su *Octava Rima*, bajo los auspicios de Bembo), sabemos que el poeta (el pastor enamorado de la ninfa) puede alcanzar la dignidad y la elegancia del sabio, transformado por el amor (es decir, la contemplación de la belleza) y por la palabra que lo proclama, hasta el punto de que casi se funden amor y poesía, vencer, pues, al rigor absurdo de la muerte y el olvido entonando la palabra precisa, la immortalizante, en la esfera frágil, humana, pero hacedera, del arte enamorado.

El poeta “ingenioso” es el que inventa un mundo “ideal”, merced a su *ingenium*, a su capacidad de nombrar las cosas por primera vez, nuevo Adán, que al decirlas poéticamente les confiere el don de la inmortalidad, la modesta eternidad a la que puede aspirar el creador humano. Qué otra cosa fue sino un “ingenioso hidalgo” quien saliera a los Campos de Montiel, bajo la invocación de su amada, a mirar el mundo por primera vez y a ver de inventarlo. Cervantes, admirador, seguidor fiel de Garcilaso, fue nuestro último renacentista y nuestro primer Barroco, al plasmar luego el regreso mohíno de don Quijote y su “desengaño”, al pintar la España de claroscuros y contrastes que ya no cree en la palabra poética y que ha perdido la fe en la capacidad de la poesía de inventar (y redimir) el mundo al nombrarlo desde el Alma, desde Dulcinea. Ingenio *versus* desengaño: Renacimiento y Barroco, dos siglos de historia y creación nos contemplan.



Y Garcilaso, nuestro ingenioso hidalgo castellano y casi manchego, merced a su fe en la palabra creadora, aprendida de los florentinos, es capaz de escribir estos versos definitivos:

*“Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida,
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida:
libre mi alma de su estrecha roca,
por el Estigio lago conducida,
celebrando te irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.”*

NÁPOLES

Sin embargo, todo lo dicho no habría adquirido el grado de extraordinaria relevancia al que llegó si el destino (y carácter es destino, como proclamara el viejo Heráclito) no le hubiera deparado a Garcilaso el encuentro con la ciudad de la Sirena, donde Garcilaso había llegado directamente desde su exilio danubiano en el otoño de 1532 para unirse al tío del Duque de Alba, Pedro de Toledo, recientemente nombrado virrey del reino partenopeo. Allí conocerá y hará propio el pujante y fecundo maridaje entre innovación y clasicismo que un grupo de poetas, en seguida sus amigos, estaban practicando.

En Nápoles, nuestro autor se encuentra con la poesía latina, sobre todo el genial Horacio y el impresionante Virgilio, el bucolismo de Sannazaro, la indagación estrófica de Bernardo Tasso, el concepto de poeta *rhetor et philologus* que practica conscientemente la imitación ecléctica de los modelos (como predicaran y practicaran con el ejemplo Angelo Poliziano o, más fielmente petrarquista, Pietro Bembo), la calidad humana y zumbona del *vir doctus et facetus*, o las corrientes antipetrarquistas de Varchi, que se querían sacudir la férula asfixiante del canon rígido.

Con todo ello, aupado por su estro, arrebatado por el furor poético de la bahía, fundiendo fecundamente saber y sentimiento, Garcilaso, en sólo tres años, reinventa la poesía renacentista (en églogas, epístolas, sonetos, canciones y odas) y la vierte al castellano más terso que jamás se haya escrito.

Frecuentador de la Academia Pontaniana, amigo de todos los grandes humanistas de la corte, impregnado de neoplatonismo, aprendiz voraz de los nuevos afanes retóricos y poéticos que están inventando (con la recepción de Platón y la traducción de Aristóteles) una nueva manera de representar el mundo. Lector entusiasta y fecundamente impregnado de la *Arcadia* de Sannazaro, recientemente fallecido, pero cuya áura bucólica (capaz de parar el tiempo mediante el *ingenium* y la palabra poética) aún se respira.



El encuentro con la belleza de la *Arcadia* provee a Garcilaso ámbitos nuevos de imaginación literaria: el mundo pastoril y eglógico en el que, mediante el *ingenium*, va a ser capaz de tejer un tapiz de inmortalidad literaria en el que paliar las heridas del amor ferino, aspirar a la bendición del humano y suspirar por la eternidad del divino, allá en la tercera esfera donde el pastor Nemoroso, transubstanciado por la belleza y sublimado por el dolor de la muerte, y Elisa, la ninfa inmortalizada en la palabra debida, puedan, por fin, “mano a mano” buscar otros montes y otros ríos donde el poeta “descanse y siempre pueda verte/ ante los ojos míos,/ sin miedo y sobresalto de perderte”



De aquella vida fecunda, filosófica y literaria, Garcilaso da cuenta en un soneto que compuso en honor de una noble dama de la ciudad y que, salvo honrosas excepciones, no ha recibido la atención que a mi juicio merece:

*“Ilustre honor de nombre Cardona
 décima moradora del Parnaso,
 a Tansillo, a Minturno, al culto Tasso
 sujeto noble de inmortal corona,
 si en medio del camino no abandona
 la fuerza y el espíritu a vuestro Lasso,
 por vos me llevará mi osado paso
 a la cumbre difícil de Helicon.
 Podré llevar entonces sin trabajo,
 Con dulce son que el curso al agua enfrena,
 Por un camino hasta agora enjuto,
 el patrio celebrado y rico Tajo
 que del valor de su luciente arena
 a vuestro nombre pague el gran tributo.”*

El significado profundo de este soneto se nos revela, si bien en la forma usual de la composición panegírica, como la declaración de un verdadero programa de arte poético. Como Orfeo, a quien tácitamente invoca, va a intentar torcer el curso del patrio y celebrado río Tajo, que hasta ahora llevaba un camino en exceso enjuto y áspero. Ello parece querer significar que, con su canto, nuestro poeta, convencido por la calidad de lo allí aprendido, pretende reencauzar la poesía española del recorrido seguido por ella hasta entonces para imponerle un rumbo absolutamente nuevo: y eso es lo que, definitivamente, hará. En solo tres años de absoluta revolución lírica, métrica y temática.



Tal y como queda perfectamente expuesto en el soneto, Garcilaso ha decidido, junto con otros a los que no cita (Sannazaro, Bembo, etc.) seguir las huellas de los tres poetas italianos llamados en causa, y merecer así —a la par de ellos— la “inmortal corona” de poeta laureado. Parece claro, entonces, que en este poco conocido soneto Garcilaso está evidenciando su entusiasmo por los hallazgos napolitanos (encarnados en la voz a ti debida de su musa, doña María) enunciando un programa poético que, en síntesis, consiste en la ruptura definitiva con la antigua tradición española a favor del modelo italiano. Ruptura que comenzara siete años antes, en la conversación entre Boscán y Navagero y que ahora el toledano ha visto con perfecta claridad y absoluta madurez lírica.

En efecto, a finales del siglo XV y principios del XVI, bajo la protección de los reyes aragoneses, el reino de Nápoles había producido lo más brillante de la poesía neolatina renacentista de Italia: la poesía erótica y catuliana de Giovanni Pontano (1426-1503) y las églogas y el poema épico de Jacopo Sannazaro (c. 1455-1530), entre otros escritores. Garcilaso a partir de su

llegada en 1532, en contacto con los círculos napolitanos y la Academia Pontaniana, busca asimilarse a esta cultura. El latín es la lengua propia de los humanistas italianos que consideran bárbaros a españoles, franceses o alemanes, incapaces de expresarse elegantemente en la lengua de Virgilio.

Incluso la creación en toscano, una lengua artificial y lejana para los napolitanos, tiene un rango menor frente al latín. En ese contexto, un exiliado como Garcilaso, que busca aceptación en los círculos cultos de la ciudad, al escribir en latín intenta no sentirse extranjero. Con sus odas neolatinas Garcilaso pretende mostrar que no es tan salvaje como piensan en su fuero interno los sofisticados miembros de la Academia: el cardenal Girolamo Seripando, Antonio Minturno o el virgilianista Scipione Capece, actual anfitrión de la Academia, tras la muerte de Sannazaro. De esta época data, pues, toda su obra en lengua latina (en la que da cuenta de toda esta impresionante revolución literaria), además de la clara intuición de que ha llegado, como así sería, a la madurez plena de su estilo mediante un sincretismo, una valentía y un arrojo literario que no siempre ha sido bien comprendido por editores y comentaristas, tendentes en lecturas posteriores a “proporcionar” y neoclasificar su “graciosa presunción” y osada capacidad innovadora en todos los ámbitos, desde el métrico y fónico, hasta el semántico o el pragmático.

Este ambiente feliz, fecundo y apasionado de las reuniones en la “honesta domus” de la Academia, queda muy bien reflejado por el propio toledano en la *Oda II*, ahora en las vestes de poeta neolatino:

*“Después una honrada casa nos acoge a todos
y surge una conversación sin trabas, aunque no
impunemente, pues si de algo entre tortuosos
rodeos envuelto te atreves
a convencernos, esperando más por el ingenio
que por la verdad arrastrarnos a tu
parecer, al punto el grupo nuestro te acomete
como el de los cicones cayó sobre el encantador.
¿Pensabas tú que el Tajo que fluye por riquezas
o los prados regados por las ruedas rociadas,
los cambiaba yo, insensato
y desmemoriado, por los dulces amigos?”*

De nuevo, como en el soneto, una alusión al Tajo, a la patria, y una serena pero contundente convicción de que, acaso, Garcilaso ha encontrado su verdadera patria (la literaria) en las hermosas tierras de su “dorado exilio”.

Ahora bien, y termino, Petrarca, Bembo, Castiglione, Sannazaro, Ariosto, Tansillo o Tasso, todos ellos claros influjos poéticos en mayor o menor medida actuantes, no son sino circunstancias extraordinarias, cauces abiertos para que el gran poeta explote en universos de belleza diáfana. Todos ellos, fecundos y circunstanciales, necesitaban de una serena y excelsa materia prima para poder obrar su influjo, necesitaban del “juicio” y del



“ingenio” de nuestro poeta que supo metabolizar toda esa variada gama de iridescencias (como la abeja que liba de flor en flor, por usar el senequista ejemplo del propio Petrarca) en una armonía, ahormada en tersa lengua castellana, que conformó una nueva manera, no sólo de crear poesía, sino de mirar el mundo entorno. Es claro que todos los autores citados (y otros, advertidos desde el principio por los comentaristas, Herrera y el Brocense, orgullosos de extraer los modelos imitativos del culto Garcilaso) sirvieron de guía en unos casos, de estímulo en otros o, sencillamente, se limitaron en proporcionarle materiales para su labor creadora. En general, fueron revelando al poeta un mundo, una nueva manera de mirar y de decir, que sin duda ya llevaba dentro, pero que, con el encuentro italiano, fecundó hasta alturas antes inexpresadas, quizá ni intuidas. Como dice el maestro Lapesa, “si el saber humanístico que muestran las obras escritas en Italia no pudo ser improvisado, menos aún la fina sensibilidad”.

Este creciente madurar, este marcado gusto por la plasticidad, este paganismo feliz del que descubre la mitología y se fusiona en ella, como el pastor Ameto de Boccaccio en su encuentro con las siete ninfas, en Fiésole, este fecundo maridaje entre Toledo y Nápoles, entre España e Italia, entre el petrarquismo neoplatónico y el humanismo castellano, abrieron un surco, un rumbo nuevo y nunca antes usado, “un camino hasta ahora enjuto”, por el que pudieron discurrir, a su sabor, y gracias al toledano, desde Hurtado de Mendoza a Lope de Vega, pasando por Juan de la Cruz, fray Luis, Aldana o Quevedo. Todo el Siglo de Oro feliz de la literatura en lengua castellana parece estar contenido, orgullosa y decididamente, en los versos del soneto a doña María de Cardona, su musa napolitana, antes citado.

*“Podré llevar entonces sin trabajo,
Con dulce son que el curso al agua enfrena,
Por un camino hasta agora enjuto,
el patrio celebrado y rico Tajo”*

Vale.



GARCILASO Y SUS AMORES

VALLE VAQUERO SERRANO







ASTA hace un tiempo relativamente cercano, los conocimientos que teníamos sobre la vida amorosa de Garcilaso de la Vega eran más bien escasos y nebulosos. Sabíamos con seguridad que se había casado con una dama adinerada y que con ella había tenido varios hijos. Asimismo, y por su propio testamento, conocíamos que creía deber algo por un favor amoroso, al parecer sin ninguna trascendencia, a una tal Elvira, que no dejó ningún rastro más en su biografía. También teníamos noticia de un escarceo napolitano. Y eso era todo lo que oficialmente nos constaba de los amores del poeta. La historia con Isabel Freyre nació de la anotación de un comentarista tergiversada después por los estudiosos.

Ahora bien, detrás de esta aparente sequía, de esta parquedad de datos documentales, nadie podía ignorar que en la vida de Garcilaso reinó el amor, que todo en la obra del toledano habla de amor, de amores. Amores frustrados, atormentados, terribles, amores que marcaron su existencia de una manera tan plena y definitiva que, si hoy y siempre Garcilaso es conocido y admirado, se debe a los bellísimos versos que tales pasiones hicieron salir de su pluma, amores que nos conmueven en tal forma que no podemos dejar de pensar en quiénes pudieron ser las damas que los inspiraron, que, desde luego, no fueron ni su esposa, ni la efímera Elvira, ni la desconocida napolitana.

Y así, generación tras generación de estudiosos de la poesía del toledano, han intentado, con más o menos éxito, averiguar los nombres y las vidas de las simpares Galatea, Elisa... Los datos en los que se podían apoyar para saber quiénes habían quedado ocultas tras esos nombres eran pocos. Las noticias que de ellas dejaron los contemporáneos del poeta, sus amigos, sus conocidos, los comentaristas más cercanos a él,

apenas daban escasas referencias. Y el tiempo transcurría intentando correr el velo con el que tan cuidadosamente Garcilaso había procurado ocultar sus personalidades. El reto seguía siendo descubrir, a través de su obra o de cualquier otro texto o documento, el secreto que con tanta cautela el poeta había querido guardar, como buen caballero que era, para no herir las honras de las amadas, para no aumentar el dolor que esos amores les habían causado, como él sin cesar repetía en sus versos...

Mas ocultar para siempre un secreto es muy difícil, prácticamente imposible. De la abundancia del corazón habla la boca. Y, en este caso, la pluma. E inevitablemente quedaron rastros, señales quizá no del todo involuntarias. Un sentimiento tan profundo, aunque se tenga por vergonzoso, por dañino, desde lo más hondo de su misma existencia, anhela dejar constancia de su ser, huellas sutiles, susurros sabios, jirones entre la niebla...

Una de las enormes ventajas de que gozamos al estudiar esta época es la cantidad ingente de documentos notariales que las familias del estatus social de Garcilaso de la Vega producían. Al rebuscar entre los legajos de los escribanos de aquel tiempo, sus operaciones financieras, sus últimas voluntades, sus pleitos y diferencias por propiedades o títulos o privilegios, sus acuerdos, etc., surgen por doquier permitiéndonos reconstruir con gran fidelidad sus existencias, sus preocupaciones, sus economías. Y, al estudiarlos, podemos rastrear, aunque sea de un modo indirecto, sus problemas y sinsabores amorosos.

Algunos de estos documentos notariales han sido, como más adelante explicaré, fundamentales para el conocimiento actual de los amores del poeta toledano. Sobre todo, el extraordinario acto de donación de la madre del primogénito de Garcilaso hacia su común hijo. Documento a todas luces nada corriente y que habla del primer amor del poeta y su fruto.

El estudio exhaustivo de la obra del toledano y de los documentos originales que se le relacionan conservados en archivos y bibliotecas, el conocimiento profundo de la época y de sus personajes, el análisis de los seguidores de sus obras, unidos a una racional interpretación de lo que de todo ello se deduce, nos abren un mundo nuevo y hasta hoy casi desconocido y, desde luego, no agotado. Todavía quedan archivos sin explorar, entre ellos quizás el más interesante: el de los más directos descendientes de su hermano Pedro Laso. Y muchos más donde, por sorpresa, como ocurrió con el de los Cedillo, pueden aparecer datos apasionantes que el tiempo ha mantenido guardados entre pergaminos y viejos legajos. España es tan rica en archivos que, a pesar de los muchos destruidos, existen tesoros aún ocultos por descubrir, esperando al paciente y curioso, al infatigable e inagotable investigador, que, sin prisa, sin perder nunca la esperanza, sigue buscando papeles, dejándose los ojos en la intrincada escritura de la época, para que algún día se pueda penetrar el misterio, y así los nombres, las vivencias de las tan amadas no mueran nunca, y nunca se olvide ni se apague el fuego que tan gloriosamente ardió en sus almas.

Lo que se ha descubierto con mucho estudio y más paciencia es lo que voy a pasar a narrarles. Para mí, ha resultado una de las historias más apasionantes de mi vida. Sería una inmensa satisfacción que ustedes la disfrutaran como yo lo he hecho. Y estoy convencida de que Garcilaso, en su tumba, temblará de gozo al volver a oír los nombres de sus amadas, ahora que ni la deshonra, ni las convenciones sociales de su tiempo pueden dañarles.

EL PRIMER AMOR: GUIOMAR CARRILLO

El descubrimiento de un documento notarial en un archivo privado de un noble toledano, el conde de Cedillo, nos reveló hace diez años el nombre del primer amor hasta ahora conocido de Garcilaso de la Vega. En él, de una manera cruda e insólita por lo directa y valerosa, una dama toledana perteneciente a una de las más importantes familias de la ciudad, nada menos que los Ribadeneira, mariscales de Castilla, familia de gran prosapia y fortuna, reconoce ante un escribano y dos testigos relevantes, que ella, doña Guiomar Carrillo, siendo soltera y libre, tuvo amores “mucho tiempo” con el también toledano Garcilaso de la Vega, hijo del comendador de León del mismo nombre y de doña Sancha de Guzmán, cuando el dicho Garcilaso de la Vega era igualmente soltero y libre. Afirma que de esta relación amorosa nació un hijo, que se llamó don Lorenzo Suárez de Figueroa (primogénito, por lo tanto, del poeta toledano), y al que dona una importante suma de dinero, para que pueda vivir honradamente, pueda casar con quien quisiere y para que todo el mundo sepa que ella es su madre. Lo realiza en Novés, villa no muy lejos de Toledo y cercana a su señorío de Caudilla, donde su familia posee una magnífica fortaleza y reside a menudo.

La fecha de la escritura es fundamental para su comprensión, pues se realiza poco después del fallecimiento del poeta y de la inmediatamente posterior muerte de la madre del lírico, doña Sancha de Guzmán. En sus líneas, y aunque en aquellos siglos fuera una expresión bastante común, doña Guiomar afirma –y también resulta de gran interés– que lleva a cabo tal donación por el “mucho amor” que tuvo por Garcilaso.

Era de todos conocido que el toledano, según constaba en su testamento, había engendrado un hijo fuera de su matrimonio, de quien solo se conocía el nombre: Lorenzo. El padre ordena en sus últimas voluntades que cuiden de él, que se le den estudios. Y nada más.

Doña Guiomar, en su documento, nos informa de que tal niño nació antes de casarse Garcilaso con Elena de Zúñiga. Era, por tanto, el primer hijo del poeta, y debió de ser un hijo amado y apreciado, pues el lírico le puso el nombre más ilustre de su familia paterna, nombre glorioso para los Laso de la Vega, nada menos que Lorenzo Suárez de Figueroa. El documento nos lleva a suponer que el niño se crió, como era costumbre en la época, en la casa paterna, y que se ignoraba, al menos oficialmente, quién era su madre, ya que ella insiste en su deseo de que se sepa.

Al donarle tan importante suma, doña Guiomar nos quiere decir bien a las claras que la viuda de Garcilaso no había cumplido la voluntad de su marido de que cuidasen al adolescente, puesto que ella tiene que acudir con sus bienes para que su hijo pueda “vivir honradamente”. Le dice también al joven que lo hace para que “os podáis casar con quién quisiereis y bien os estuviere a vuestra voluntad”, con lo que parece darnos a entender que su padre, es decir, Garcilaso, no pudo hacerlo así.

Nos consta que Guiomar Carrillo y Garcilaso eran vecinos en Toledo, pues las casas de sus respectivos padres, situadas en la parroquia de Santa Leocadia, debían de estar muy próximas. Por vivir cerca y pertenecer a la misma clase social, las familias eran muy probablemente amigas. Varones de los dos linajes eran regidores en el Ayuntamiento

de Toledo. Y también eran ambas familias vecinas del futuro jefe comunero Juan de Padilla. Igualmente es sabido que todos ellos desempeñaron un importante papel en la revolución de las Comunidades: Pedro Laso, el hermano mayor de Garcilaso, fue uno de sus principales caudillos, y es muy posible que Fernando de Ribadeneira, hermano de Guiomar, estuviese gravemente implicado en la revuelta.

En la época, cuando un hombre y una mujer de la misma clase social y libres los dos concebían y tenían un hijo, se consideraban casados, ya que por aquel tiempo era legal el matrimonio secreto, y el simple hecho de tener un hijo se consideraba como una dación de fe entre ambos. ¿Qué ocurrió entonces para que Garcilaso y Guiomar no se casaran oficialmente, y lo que es más curioso, qué sucedió para que, hasta después de la muerte del poeta, Guiomar no se declarara madre de su hijo?

Mirándolo someramente nada se oponía a su matrimonio. Era de lo más natural que dos jóvenes libres, de familias amigas, con un hijo en común, contrajeran matrimonio o, más normal todavía, que, ante Dios y los hombres, por el mero hecho de haber mantenido relaciones sexuales, se los tuviese ya por casados. Pero nada de eso ocurrió. Lorenzo pasa a vivir a la casa de los Laso, doña Guiomar desaparece de la escena hasta el día de hoy y, lo que es más grave, Garcilaso se casa oficialmente con otra mujer, vive con ella y con ella tiene cinco hijos...

Basta estudiar lo ocurrido, la cronología de los hechos, para encontrar una posible explicación a tan extraña historia. Si analizamos las fechas en las que muy probablemente todo ello ocurrió, comprobamos que los toledanos estaban por aquel entonces inmersos en plena guerra de las Comunidades. Muchas familias nobles y, desde luego, la de Garcilaso y tal vez la de Guiomar se implicaron en ella de manera muy importante. El rey gana la guerra y la venganza se abate sobre los perdedores. Pedro Laso, el hermano mayor del poeta, huye de una muerte segura exiliándose a Portugal. Fernando Ribadeneira, el hermano de Guiomar, acaso fuera encarcelado. Solo hay una forma de salvar vidas y bienes, haciendo todo lo posible para apaciguar al rey, retractarse de las anteriores actitudes o negarlas incluso si daba lugar.

Doña Sancha de Guzmán trata de salvar lo que puede de las expropiaciones reales y, ante todo, intenta que su hijo Garcilaso, cuyo papel en la revuelta no había sido destacado e incluso al final de la guerra había sido herido con el ejército del emperador, se acerque lo máximo al monarca, usando su título de contino y tratando de congraciarse con los Austrias invitándolos a alojarse en su casa cuando visiten Toledo y adulando y ganándose el favor de doña Leonor, la hermana del rey. Y es doña Leonor la que sugiere que Garcilaso, supuestamente libre, contraiga matrimonio con una de sus damas favoritas, Elena de Zúñiga. E incluso ofrece una gran dote para tal matrimonio.

Pues bien, si en ese momento Garcilaso y Guiomar confiesan su unión, descubren que tienen un hijo, todo se hubiera perdido: el favor real, la esperanza del perdón para Pedro Laso, la recuperación de sus bienes y de su posición en la corte... Y, ante esto, Guiomar desaparece. Creemos que se va a su fortaleza de Caudilla. Lorenzo, su hijo, permanece con la abuela Sancha. Allí casi con toda seguridad nadie habla de su madre. Y él es un bastardo más de un joven caballero que, antes de contraer matrimonio, tuvo un hijo con alguien sin importancia.

Finalmente, Garcilaso de la Vega se casa con Elena de Zúñiga con el beneplácito real. Se consigue el perdón para su hermano y la vida discurre normalmente. Pero todo parece indicar que el poeta siguió viéndose con doña Guiomar. Caudilla y Batres, las fortalezas de los dos amantes, estaban bastante cerca. Quien lea sus versos puede entender que no se conformó con no verla...

Y lo más significativo: la actitud de Elena de Zúñiga a la muerte de su esposo. No cumple su voluntad, se venga en el fruto de aquel amor de juventud. Si ella hubiera pensado que había sido agua pasada, un hecho pretérito de lo que había quedado un hijo de alguien olvidado e intrascendente, no hubiese actuado de esa forma contra el joven. Algo sabía, y lo que sabía no le gustaba nada, y actuó como cualquier mujer despechada hubiera hecho por un amor no correspondido.

Guiomar Carrillo se esfuma en las sombras tras el día de la donación. Podemos suponer que siguió viviendo en la soledad de Caudilla, con esporádicos viajes al cercano Toledo. No sabemos si sobrevivió a su hijo Lorenzo, cuya vida no fue muy larga. Si fue así, imaginamos la amargura de ver cortarse el último hilo que la unía a su largo y gran amor.

En aquel entonces, Toledo no era una ciudad muy grande, y las personas de la alta sociedad se conocían todas y mucho más viviendo en el mismo barrio. Guiomar sabría del traslado de los restos de su amado desde Niza a su ciudad natal. Con toda seguridad, vio la tumba de Garcilaso y las estatuas orantes que del poeta y de su hijo legítimo homónimo encargó doña Elena y colocó sobre sus restos en la capilla propiedad de la familia en el monasterio toledano de San Pedro Mártir.

¿Qué sentiría al ver el rostro inmóvil del amado, que ya no podía volverse para mirarla?

Al reflexionar sobre el papel que doña Guiomar Carrillo representó en la vida amorosa de Garcilaso, no podemos dejar de admirar su sacrificio por la persona amada, su discreción para no perjudicarla, su enorme valentía para reconocer a su muerte y de la manera más cruda posible cómo habían sido sus relaciones, aun a costa de su honra. Y, sobre todo, la contundencia y firmeza para defender al hijo de ambos que, a la muerte de su padre y de su abuela paterna, había quedado desprotegido y a merced de la viuda de Garcilaso y de sus rencores y mezquinas venganzas.

El documento de donación para su hijo común es un monumento de amor, de bravura y de orgullo que nos retrata a una Guiomar Carrillo lejos de temores humanos, y que, una vez que su amado no puede sufrir las consecuencias que sus amores con ella podrían acarrearle, ya que su vida terrena ha terminado, proclama su maternidad bien alto y bien fuerte, para que todo el mundo sepa que Garcilaso y ella se amaron mucho y mucho tiempo, que tuvieron un hijo muy querido por los dos y que, de ningún modo, ella había sido una aventurilla sin importancia, y que don Lorenzo, por parte de madre, pertenecía también a una de las más ilustres familias toledanas, que jamás consentiría que quedase abandonado a su suerte como si de un completo huérfano se tratase.

Quizás algún día, revolviendo papeles en algún archivo, doña Guiomar nos vuelva a revelar nuevos datos sobre sus amores. O tal vez nunca sepamos nada más de ella y ese misterio sea más bello que la posible realidad.

SU AMADA PORTUGUESA: DOÑA BEATRIZ DE SÁ

Debió de ser Garcilaso de la Vega un hombre muy atractivo. Si su estatua funeraria le hace honor, el poeta tuvo que ser bien parecido, elegante, de buen gusto. Era además culto, de muy buena familia y, sobre todas las cosas, hubo de tener una conversación irresistiblemente encantadora. Sabemos que poseía una preciosa voz con la que, además de conquistar hablando, cantaba con gusto y gracia las canciones de su tiempo. Dominaba el laúd y el arpa. En fin, que para las mujeres que lo conocieran era imposible que pasase desapercibido y seguramente todas ellas se deleitarían con su presencia y amistad.

Del mismo modo conocemos por sus poemas que era un hombre enamorado, fácil víctima del amor, y desde luego, que no fue varón de una sola mujer. El amor lo rindió repetidas veces y con mucha intensidad. No cabe la menor duda de que sus versos amorosos hablan de varias damas y la que parece haber tenido más importancia en su vida es, sin duda, una mujer portuguesa, dama misteriosa, a la que el poeta trata de esconder con todo su afán. Ella nunca correspondió al poeta. Fue un amor frustrado que le hacía sentir vergüenza al no poder evitarlo y que le causaba un gran temor y un remordimiento infinito. Amor sin remedio y sin esperanza. Pecado de pensamiento y sentimiento al que no encuentra disculpa y del que no puede arrepentirse ni despedirse, ni en vida ni en muerte, pues también sabemos que la dama lusitana murió pronto. Fue un amor, al que ninguno de los otros sentidos por el poeta hizo sombra y al que ninguno pudo sustituir.

Mucho se ha especulado acerca de la identidad de la dama portuguesa. Y el velo que la cubre es tan espeso que hasta ahora solo pueden establecerse hipótesis sobre su identidad.

Durante siglos, datos posibles, pero tergiversados por algunos en su interpretación, han hecho que la mayoría de los estudiosos del tema hayan afirmado y mitificado a doña Isabel Freyre como la amada secreta de Garcilaso. Mas, volviendo a estudiar la época, sus personajes, la cronología de los acontecimientos, releendo y estudiando a los que pudieron y debieron de estar al tanto de ese amor y, sobre todo, escuchando y profundizando en las palabras, en los versos en los que el poeta canta a su amada imposible, las últimas investigaciones apuntan, con mucha verosimilitud pero siempre hipotéticamente, a otra dama, desde luego portuguesa, como Garcilaso insistentemente afirma, pero más cercana al toledano, infinitamente más próxima, una mujer con la que el poeta convivió en la casa familiar, tan bella que fue cantada por todos los poetas portugueses de su tiempo, una dama que murió de parto hallándose Garcilaso a su lado porque falleció en su mismo hogar. Y era verdadero y horrible pecado, como el poeta afirma, estar enamorado de ella, al tratarse, ni más ni menos, que de su cuñada, la segunda mujer de su hermano mayor Pedro Laso. Era, pues, un enamoramiento incestuoso para la época. Aquella dama era de una beldad tal que fue considerada como la “mujer más hermosa que se halló en Portugal”, consideración que, en tiempo de bellezas como la misma emperatriz Isabel, nos hace pensar en algo muy extraordinario. Si es cierto todo lo que tantos datos apuntan

y que poetas contemporáneos (alguno de ellos parientes de la dama) nos indican y que incluso Garcilaso nos intenta revelar en una preciosa adivinanza en uno de sus más hermosos sonetos (el XXVIII), la dama en cuestión era doña Beatriz de Sá, nacida en San Miguel, en la islas Azores, en “el mar de Lusitania”, y criada en la corte portuguesa siempre junto a la futura emperatriz Isabel.

Garcilaso la debió de conocer en uno de sus viajes al país vecino para ver a su hermano exiliado a consecuencia de la guerra de las Comunidades. Ello pudo suceder, si analizamos las fechas, en los momentos en los que posiblemente le fue negada su unión con Guiomar. Pedro, viudo de su primera mujer, andaba en tratos para casarse con Beatriz. Un enlace muy conveniente para él por tratarse de una dama tan próxima a la inminente esposa del emperador, y una boda que, con seguridad, le proporcionaría el perdón real, el regreso a su país y la devolución de sus bienes.

En el viaje de doña Isabel a España para casarse con don Carlos, Beatriz de Sá la acompañaba y, antes de abandonar Portugal, muy cerca de la frontera, concretamente en Elvas, Beatriz se casó con Pedro, ya que este no podía aún entrar en nuestra nación. Pedro se quedó en Portugal, pero Beatriz continuó viaje con su señora hasta Sevilla donde tendría lugar su enlace con el emperador. Llegado el cortejo a la ciudad del Guadalquivir, allí es casi seguro que se hallaba Garcilaso. Y Beatriz y el poeta solo tendrían en sus mentes un propósito: conseguir, aprovechando las mieles de la boda real, el perdón para Pedro.

Podemos suponer que los ya cuñados se verían y hablarían con frecuencia para tratar del problema que les preocupaba. En la primavera sevillana, y en aquel ambiente feliz y amoroso, Garcilaso se reuniría muy a menudo con la bellísima Beatriz. Planearían juntos, según creo, la estrategia para lograr que el muy enamorado emperador perdonara, ciego de felicidad, todo lo imperdonable. Debió de ser un trabajo refinado, difícil y casi imposible, ya que don Carlos odiaba cualquier cosa que le recordara el levantamiento comunero y, ciertamente, no era muy proclive a la clemencia. Pero los días de Sevilla, las dulces palabras de su amada y la que sospechamos incansable insistencia de Beatriz y Garcilaso lograron lo imposible.

Cuando los recién casados huyen del calor sevillano hacia la más fresca Granada para proseguir su luna de miel, el perdón está concedido, y Beatriz y Garcilaso vuelan a Toledo a reunirse con Pedro a quien ya se han enviado correos a Portugal con el perdón del emperador.

No sabemos si fue en este periodo de trato tan cercano e íntimo con Beatriz cuando Garcilaso acabó enamorándose perdidamente de su cuñada. Pero es fácil que así fuera porque todo se mostraba a favor: su cercanía y confianza, el ambiente amoroso que, sin duda, se respiraba en Sevilla, la belleza inconmensurable de la dama, el carácter enamoradizo del poeta y su soledad amorosa. Desde luego, si no fue así, hubiera sido una rareza.

Entiendo, pues, que Garcilaso se enamoró locamente de aquella beldad portuguesa, que ella lo rechazó, o quizá ni siquiera lo considerase al estar casada y, según parece, ser fiel a su marido. Tal vez, el poeta no fuera capaz ni de confesarle su amor, o si lo hizo, fue desde luego desdeñado y despreciado.

Llegados a Toledo los dos protagonistas de esta historia, viven en la misma casa materna, donde también reside doña Elena de Zuñiga, casada ya con Garcilaso. Y, con

Pedro muy probablemente lejos de su hogar en muchas ocasiones –había de recobrar su buen nombre ante el emperador y acudía a todas las empresas guerreras que fuera necesario– era casi siempre Garcilaso el único hombre en la casa de doña Sancha.

Beatriz muere de parto muy pronto. El poeta, antes de que le llegara a la joven su hora final, la ha oído lamentarse y ha permanecido a su lado hasta su muerte, cosa imposible si la amada hubiese sido Isabel Freyre –en todo caso amiga de la familia–, pero algo admisible si se trataba de su cuñada y él era el único varón en el hogar.

Garcilaso y su esposa compran más tarde una casa propia muy cercana a la materna. Allí nacerán los hijos que el poeta y su mujer engendraron en las escasas ocasiones que compartieron, ya que el toledano debía acompañar al rey y acudir a las múltiples batallas que don Carlos con tanta facilidad emprendía.

Pedro Laso volvió a casarse. Esta tercera vez lo hizo con Isabel de Sá, hermana pequeña de Beatriz, aquella su segunda esposa que tan dulcísimo recuerdo hubo de dejarle. Las hermanas Sá debieron de compartir hermosura y atractivo. Ninguna de las dos dejó herederos en la casa de los Laso, aunque sí lo hicieron otras hermanas que también se casaron en España y de las que nos consta documentalmente su descendencia hasta varias generaciones posteriores. Algunas de las jóvenes del linaje entraron en religión y sus nombres se repiten en los libros de los conventos toledanos. Y hasta de la muerte de una de ellas, no monja sino casada, pero bellísima como todas las Sá, nos habla un famoso soneto de Góngora, donde, al igual que hizo Garcilaso en otra composición con doña Beatriz, se compara a la dama con una rosa, jugando con la sílaba final de la flor y la misma del apellido portugués (Sá). ¿No procederá de aquí el nombre de Elisa de la pastora muerta de parto en las églogas del poeta toledano?

Resulta curioso saber que las Sá descendían de Teguisse Guanarteme, una princesa guanche que casó con Maciot de Bettencourt, uno de los conquistadores normandos que, a las órdenes de los reyes de Castilla, ganaron las islas Afortunadas para la corona de España. La familia Bettencourt pasó de las Canarias a las islas Azores y de allí al continente, a la corte portuguesa, para terminar en España, que es donde se desarrolla nuestra historia de amores y desamores.

Finalmente, cuando Garcilaso, entre viaje y viaje, tras la muerte de su cuñada, regrese a Toledo, no dejará de visitar Cuerva, la villa propiedad de sus padres. Allí derramará lágrimas sin fin sobre la tumba de su amada imposible, enterrada junto a la familia de su esposo. El natural enamoradizo del poeta le hará caer en el amor muchas más veces. Pero ninguna de sus nuevas amadas será como la portuguesa a la que nunca pudo conseguir, aquella que fue su pecado más hermoso e inolvidable.

SU ESPOSA OFICIAL: DOÑA ELENA DE ZÚÑIGA

Garcilaso de la Vega solo contrajo un matrimonio oficial, pues su relación que por entonces hubiese podido ser considerada como conyugal con Guiomar Carrillo fue ocultada y arrinconada por sus familias. El poeta, por tanto, tuvo una sola esposa oficial en su corta vida, y esta fue doña Elena de Zúñiga.

Según Guiomar Carrillo deja entrever en su escrito de donación a su hijo, su amado no pudo casarse con quien quiso sino que hizo una boda de conveniencia, cosa por otra parte muy habitual en su tiempo.

No obstante ser atrayente y seductor, como ya dijimos, Garcilaso tenía sobre sí varios y enormes inconvenientes a la hora de elegir esposa. En primer lugar, era segundón, es decir que, a pesar de pertenecer a una familia acomodada, su situación económica no era nada buena, dado que la mayor parte de los bienes de su casa entraban en el mayorazgo y, en consecuencia, estaban destinados a su hermano mayor Pedro Laso. Él se había de conformar, pues, con las migajas que su madre doña Sancha de Guzmán (cuyo ojito derecho, al parecer, era Garcilaso) pudiera distraer del patrimonio familiar. En segundo término, por ser contino del rey, no podía contraer matrimonio sin el consentimiento expreso del monarca, hecho que volvía a limitar sus posibilidades. Y a ello habría que añadir –como tercer obstáculo– que era miembro de una muy señalada familia comunera y que, por tanto, había de hacer todo lo posible por congraciarse con el emperador. Las tres circunstancias citadas nos llevan a comprender perfectamente el matrimonio que Garcilaso contrajo.

Elena de Zúñiga era una joven castellana de familia adinerada, que había sido dama de compañía de doña Leonor de Austria, la hermana del emperador esposa del rey portugués, y que, al enviudar, regresó a Castilla, donde volvió a ser la mano derecha de su hermano Carlos, de cuya confianza gozaba plenamente. Podíamos decir que, después de la emperatriz, doña Leonor era la mujer más influyente del reino.

Garcilaso, por su condición ya referida de contino, frecuentaba mucho la corte y, claro está, el círculo de amistades de doña Leonor. Y, según todos los indicios, fue ella la que propuso dotar generosísimamente a Elena de Zúñiga si se casaba con el toledano. Esto, a todas luces, se podía interpretar como una orden para que este casamiento se efectuara. Y así se hizo. Garcilaso y Elena de Zúñiga se casaron y, desde entonces, el poeta obtuvo más y más prebendas, pues el afecto de doña Leonor de Austria y de los reyes por su esposa allanaba cualquier inconveniente para el ascenso en la corte del lírico.

Instalado el matrimonio en Toledo, pudo, en no mucho tiempo, gozar de casa propia, casa cuyo emplazamiento se acaba de descubrir. Y concibieron, también como era normal en la época, varios hijos, a pesar de las largas temporadas que Garcilaso pasaba lejos de su hogar.

Parece que el poeta tuvo una relación cortés y sin apasionamientos con su esposa, a la que no intuimos en ninguno de los versos amorosos de su marido y sí quizá solo en aquel que habla de una unión no muy feliz y del lecho como una dura batalla. Es indudable que Garcilaso tuvo amores extraconyugales mucho más placenteros y dichosos que el que mantenía en su casa con su esposa. Lo que sí creemos intuir, y con gran posibilidad pensar, es que doña Elena de Zúñiga sí cayó en las redes amorosas de su atrayente marido. Podemos también imaginar el sufrimiento que padecería al saber de sus amantes y es muy probable que llegase a conocer, antes de la muerte de su esposo, quién era la madre de Lorenzo y, desde luego, lo corroboró tras la muerte de Garcilaso al otorgar Guiomar Carrillo la donación a su hijo, mediante documento notarial.

La de Zúñiga hubiese sido ciega de no ver el éxito que Garcilaso tenía entre las damas (y no tan damas) de la corte, y sería muy doloroso para ella notar que su unión

era un mero trámite obligatorio y no muy gozoso para su marido. Porque nada de esto se le ocultaría. Siempre habría alguien que le hablase de las correrías y amores de su marido, porque chismosos nunca faltan.

Es difícil pensar que doña Elena, que siempre conservó la estrecha amistad con doña Leonor de Austria y con la emperatriz Isabel, no comentara con ellas y se quejara amargamente de las infidelidades de su esposo. Y, desde luego, estas dos damas tan virtuosas no verían con buenos ojos las andanzas amorosas del toledano y sus devaneos con otras faldas extraconyugales.

Es casi natural, al ver el carácter serio y seco de la emperatriz, que ella no tuviese ninguna simpatía por el caballero que tan poco formalmente se comportaba con su buena amiga Elena de Zúñiga. Y su rigurosidad y malas pulgas con el poeta, su verdadera persecución hacia él, podrían explicarse por el conocimiento que debía tener del poco amor que Garcilaso demostraba hacia su esposa. Ciertamente Isabel de Portugal nunca demostró benevolencia hacia el toledano e hizo lo que pudo para castigar cualquier torpeza que tuviese. Tras la boda en Ávila del sobrino del poeta, ordenó que detuvieran al lírico, tardó en escuchar al duque de Alba que intentaba protegerlo, y probablemente fue ella la inductora del destierro del toledano en el Danubio. Todo esto podemos decir que lo hizo hasta con saña muy femenil y quizás inspirada por la mala opinión que tenía de Garcilaso, opinión que debía provenir de las informaciones que de él daba su esposa legítima.

Elena de Zúñiga, por su posición en la corte, debió de ser una dama educada y culta, con una economía saneada que le daba poder para muchas cosas. Lo que parece que no logró nunca fue el amor completo y apasionado de su marido. Una señal muy clara de lo ofendida que estaba por ello es la forma en que actúa a la muerte del poeta. La venganza es un plato que se come frío y ella esperó a que Garcilaso muriera para, según deducimos, no respetar ni obedecer las órdenes que su marido daba en sus últimas voluntades en relación a su hijo Lorenzo. Una mujer que se hubiese sabido amada habría cumplido al pie de la letra, y sin dudarle, lo que su amante esposo le rogaba que se hiciera a su fallecimiento. Del mismo modo, si ella no hubiera estado profundamente enamorada del poeta, no le habría importado nada lo que hubiese dejado dispuesto su marido a favor de sus amantes o del fruto de sus amores extraconyugales, lo habría cumplido fríamente sin preocuparse lo más mínimo por ello. Y no fue así.

Garcilaso había pedido en su testamento que, si moría lejos de su patria, Toledo, fuera enterrado allí donde muriese, sin ser trasladado a su tierra natal. Por el contrario, doña Elena de Zúñiga dispuso inmediatamente el viaje de los restos de su marido desde Niza, donde murió, a la Ciudad Imperial. Llegado el cadáver a la urbe del Tajo, no fue sepultado en Cuerva, en el panteón de los Laso, donde ya descansaban los restos de Beatriz de Sá, cosa lógica por otra parte, ya que allí se enterraba la familia directa del mayorazgo, es decir, de Pedro Laso. Y puesto que Garcilaso poseía su propia capilla heredada de sus antepasados en el toledano monasterio de san Pedro Mártir, doña Elena ordenó darle sepultura en ella. Años después, fallecido el también llamado Garcilaso, hijo del poeta y de doña Elena, esta encargaría que se les hiciesen sendas estatuas funerarias orantes. Así, padre e hijo juntos, destacando en sus figuras en mármol el enorme parecido de uno con otro, yacieron en Toledo para la eternidad.

En cuanto a las deudas que Garcilaso ordenaba saldar, llama la atención que doña Elena no cumpliera sus deseos relativos a que se hiciera un pago en Nápoles a doña Catalina Sanseverino. Suponemos que la viuda tampoco preguntaría por Extremadura si a una tal Elvira su marido le debía algo.

Por último, intuimos que la de Zúñiga no cumplió la orden expresa de su marido de que a su hijo Lorenzo no le faltara dinero para comida ni para su educación, ya que Guiomar Carrillo, su verdadera madre, tuvo que correr en auxilio del joven y darle lo que la viuda de su padre, según parece, le negaba.

El retrato que todas estas acciones nos llevan a pergeñar de doña Elena de Zúñiga es el de una mujer enamorada y desdeñada, resentida y con despecho, puesto que si hubiese amado a Garcilaso con toda su alma, habría cumplido sus últimas voluntades sin excepción alguna. Y su fría venganza final nos habla claramente de sus celos y de una amarga satisfacción al no cumplir los deseos de aquel marido que no la había amado.

UN AMOR EXTREMEÑO: LA FUGAZ ELVIRA

Aunque se trate de un amor menor, al parecer sin trascendencia alguna, a mí siempre me ha parecido muy curioso y extraordinario que el poeta la recordara, y con su nombre, en el importante documento, para cualquier persona, de sus últimas voluntades. En repetidas ocasiones me he preguntado qué clase de relación tendría con aquella Elvira para recordarla y nombrarla ante una posible muerte.

Es de suponer que, dados el carácter y la personalidad de Garcilaso, amores de paso, de poca importancia, tendría muchísimos. Pero, qué casualidad, cuando se para a prevenir su propia muerte, cuando piensa en no dejar deudas que saldar al dejar este mundo para que Dios no le pida cuentas sobre ellas, el poeta no olvida a esta lejana Elvira porque piensa que pueda deberle algo en cuanto a su honestidad.

Sabemos muy poco de ella. Hasta el mismo Garcilaso duda del lugar dónde sea posible localizarla. Cree que su hermano Francisco podría dar pistas sobre ella. Lo que es seguro es que Elvira vivía en o muy cerca de las posesiones extremeñas de los Laso, en Almendralejo o en Los Arcos, allí en las tierras serranas que separan España de Portugal.

Era, pues, la joven una moza de pueblo, una lugareña de aquellas zonas fronteras, que quizá no tenía un sitio fijo de vivienda, lo que puede inducirnos a darle en nuestra imaginación el aspecto de una cuidadora de los rebaños que pastaban las hierbas de las dehesas propiedad de los Laso en los alrededores de Badajoz.

Quien haya viajado por aquellas tierras, se haya animado a llegar hasta el interior de las inmensas fincas y haya visto los restos de la fortaleza de Los Arcos se habrá percatado de lo montaraz de aquel terreno, rico en encinas y en pastos, con preciosos riachuelos para bebederos de animales salvajes y de los criados por el hombre, muy propio para escondrijos y retiros de la mundanal y, a veces, peligrosa corte. Y además, para fortuna de los varones Laso, una tierra tan estratégicamente cerca de Portugal, del acogedor y protector Portugal, lleno de parientes y amigos.

Por estas mismas razones siempre me ha parecido que Elvira para Garcilaso era lo que fueron las serranillas para su ancestro el marqués de Santillana. Una mujer encontrada en el monte, que conoce los caminos y riesgos que en él hay y que en momentos de peligro y soledad lo acoge, lo ayuda, lo guía y comparte con él una humilde choza, una frugal comida y un cálido y no muy mullido, ni muy limpio lecho en la fría noche del invierno.

Y, al igual que las serranillas del marqués, una vez cumplida su misión o colmado su placer, pide –acaso exige– una recompensa económica por los favores concedidos, algún dinero que pague su “honestidad perdida”. Que ya se sabe que esas cosas se pagan.

Garcilaso, siempre con prisas por aquellos lugares, duda de si abonó a Elvira lo que le debía, y no quiere dejar de pagárselo, porque es seguro que a ella le hacen buena falta los dineros. Y quizás el caballero la nombra en su testamento porque recuerda que la chica fue tan confiada que no se los pidió por adelantado.

Como quiera que fuese, Garcilaso no la había olvidado y yo me planteo que alguna razón habría. Alguna gracia, alguna ternura especial tenía Elvira para que el poeta la recuerde e intente quedar bien con ella, no deberle nada.

Para un caballero tan refinado como nuestro protagonista, estos amores asilvestrados y montaraces debieron de tener un encanto especial, por el rudo contraste con sus amores cortesanos. La lugareña Elvira no tendría nada que ver en modales, en educación, en apariencia con las damas a las que Garcilaso estaba acostumbrado a tratar, pero esto mismo provocaría su morbo. Desde luego, Elvira no fue la inspiradora de las pastoras que Garcilaso describe en sus églogas. Galatea y Elisa no guardarían mucho parecido con las auténticas y prístinas pastoras de los montes extremeños. Pero, insisto, el poeta no la olvidó y Elvira ha quedado para siempre inscrita en la historia de los amores del toledano.

Me reitero también, y para terminar, en que no sabemos nada más de ella. Mas podemos imaginar que, si concedió favores a Garcilaso, el gentil, el cortés Garcilaso, esto debió de suponer para ella, la campesina de Los Arcos, algo imborrable e imperecedero, algo que quizá contase en su vejez a sus nietos a la orilla de la lumbre: “Yo conocí hace muchos años a un caballero muy hermoso y galante, que decía las palabras más bellas que os podáis imaginar... Supe que murió joven en tierras del rey de Francia...”.

LOS AMORES NAPOLITANOS

Garcilaso, tras su destierro en la isla del Danubio, logró el perdón real pero tuvo que elegir entre su entrada a un convento o un destino en Nápoles. No tuvo, claro es, ninguna duda al respecto y optó por el virreinato. La nueva poesía, el arte nuevo en la arquitectura, todas las nuevas tendencias estéticas que revolucionaban el mundo conocido en Occidente florecían y daban fruto espléndido en aquella bellísima región del sur de Italia.

Además de Roma, donde los papas mantenían suntuosas cortes ricas en todas las artes, la península Itálica estaba repleta de ciudades casi míticas, donde nobles y

antiguas familias ejercían sus mecenazgos generosos sobre pintores, escultores, arquitectos, músicos y escritores. Es decir, un paraíso para una persona como Garcilaso de la Vega.

Nápoles, ciudad por aquel entonces española, fue el lugar al que el poeta llegó en el verano de 1532, lugar ideal cuyo virrey don Pedro de Toledo, tío del duque de Alba, se convertirá en el gran protector de Garcilaso. La ciudad era un rico puerto, llave del África del norte, desde donde se planeaban y cocían todos los proyectos africanistas del emperador y también desde donde se vigilaba al Papa y sus movimientos a favor del rey francés, refugio y cuartel de la tropas españolas que cuidaban de que el Turco no se adueñara del Mediterráneo y, en definitiva, cabeza de todos los afanes de España en lo que había sido el gran imperio romano hacia el sur.

Y allí tenemos a nuestro Garcilaso: “el caballero más hermoso y gallardo de cuantos componían la corte del emperador”. El toledano encuentra en la ciudad no solo una nueva forma de poesía, evolucionada de Petrarca, influida por los grandes escritores latinos y griegos, sino una forma diferente, muy diferente de vida de la que el conocía y había vivido en su antigua urbe patria. Garcilaso entra, de repente, en un mundo nuevo, más liberal, menos encorsetado y riguroso, más abierto a ideas rompedoras, que decían retornar al ambiente paganizante y relajado del recordado y rico imperio romano, un ambiente que pretendía cortar con el Medievo, época durante la cual, según ellos, Europa se había visto sumida en un oscuro periodo de cultura limitada y limitante.

Garcilaso debió de quedar deslumbrado al conocer a aquellos escritores y artistas que le abrían paso a una vida nueva, a una concepción completamente distinta del arte, que le permitiría expresarse en nuevos metros, en un universo hasta ahora desconocido y casi ni soñado por él. Y ciertamente que hizo uso de todo ello y llevó a las letras españolas, a la poesía, a una altura y belleza nunca vistas. Y su vida cambió.

No menos sorpresa sentiría ante las damas naturales de la zona que allí conoció. Acostumbrado a las castellanas, a las portuguesas, con sus rígidas morales, con sus inamovibles conceptos del pecado, de la fidelidad... En Nápoles, el poeta trata a jóvenes con ideas más amplias, distendidas, relajadas, mujeres que durante generaciones no han tenido en cuenta el “qué dirán” y para quienes el viejo sentido del honor y de la honra no es algo tan imponente, ni tan limitante como lo era para españolas y portuguesas de su tiempo. Y Garcilaso debió de quedar encantado ante el cambio.

Sabemos, sin ninguna clase de duda, que el poeta tuvo amores en Nápoles. De ellos habla en sus composiciones y desde Túnez y Sicilia los recuerda con nostalgia, los extraña con verdadera pasión. Lo que desconocemos son los nombres de las damas, ocultos caballerosamente por el poeta, como en él ya era costumbre inveterada.

Habla de una de ellas en un poema y parece ser que se trataba del amor fallido de Mario Galeota, un amigo suyo napolitano. La composición, una de las más famosas del toledano por el empleo de una estrofa hasta entonces no usada en la lengua de España, parece estar dirigida a Violante Sanseverino, conocida dama que vivía en el barrio napolitano del Gnido. El poema se titula *Oda a la flor del Gnido*.

Cuando, al regreso de la toma de Túnez, el poeta se halle en Sicilia y escriba una elegía a Boscán, recordando Nápoles y a la amada que quedó en la ciudad, pensará en su

amor napolitano y le dirá al amigo: “Allí mi corazón tuvo su nido”. ¿Querrá decir con este verso que su amada también vivía en el mismo barrio?

Se ha dicho que podría tratarse de Catalina Sanseverino, mas ninguna prueba hay de ello. Lo cierto es que en Nápoles había mujeres tan interesantes que cualquiera de ellas podría haber inflamado el tierno y enamorado corazón de nuestro poeta. ¿Cómo no caer ante el hechizo de una Vittoria Colonna, bella como una diosa griega, de fácil palabra y encantador trato conforme aseguran los que la conocieron? La Colonna, según parece, estuvo en Nápoles en tiempos de Garcilaso y el lírico hubo de conocerla. Escriben los que la vieron que era verdaderamente irresistible.

No menos bella y atractiva debió de ser Giulia Gonzaga, protectora de artistas y escritores, amiga de ellos. ¿La conoció el toledano? En fin, la lista sería interminable y todo son conjeturas.

Lo único verdadero es que nuestro poeta lo pasó muy bien en Italia, que allí tuvo amores novedosos e inolvidables de los que dio cuenta y que le inspiraron para sus poemas. Sin aquellas mujeres napolitanas, cuyo nombre aún hoy no podemos precisar, habríamos perdido versos como:

*Yo solo fuera voy d'aqueste cuento,
porque l amor m'aflige y m'atormenta
y en el ausencia crece el mal que siento [...],
porque como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y diputado
al amoroso fuego en que me meto.*

Y en ese amoroso fuego se metió nuestro poeta y nunca supo salir de él.



GARCILASO DE LA VEGA

AYER Y HOY (SIGLOS XVIII AL XX)

M.^a LUISA PICÓN GARCÍA





GARCILASO DE LA VEGA



UÁL es la impronta de Garcilaso en la lírica española? ¿Cuál es su legado? ¿Es o no un poeta vivo? ¿Puede llegar a emocionar su palabra a un lector actualmente?

Trataremos de responder a estas preguntas recogiendo, sin pretensión de ser exhaustivos, las huellas que las palabras del toledano han dejado a lo largo de los años en nuestros poetas. Seguimos básicamente para el estudio *La antología poética en honor de Garcilaso de la Vega* de Antonio Gallego Morrell (Ediciones Guadarrama. 1958) y *Garcilaso y la poesía española 1536-1936* de Guillermo Díaz-Plaja. (Seminario de Estudios Hispánicos, Vol. II. 1937).

Dejamos aparte la influencia que ejerció en la gran lírica barroca del siglo XVII, que sería incomprensible sin la revolución poética que protagonizó, por no ser objeto de este estudio y lo centramos en los siglos XVIII, XIX y XX.

En la primera mitad del siglo XVIII la lírica barroca se prolonga de una manera mimética, reiterativa y cada vez más oscura y decadente.

Según especifica J. L. Alborg en su *Historia de la Literatura Española, III, Siglo XVIII*, el crítico Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, aventura la idea de que esa decadencia era reflejo y consecuencia del mismo desmoronamiento del Estado español que sobreviene con el reinado de Carlos II: “La esterilidad intelectual ha de reinar irremediabilmente allí donde la sociedad entera ve cegadas las fuentes de su actividad y de su gloria. Las letras, pobres y desnaturalizadas como la nación que las producía, habían caído en un abismo verdadero de afectación y de artificio... La poesía lírica, flor delicada de épocas tranquilas y risueñas o centella ardiente de tiempos borrascosos ¿cómo había de prosperar en una atmósfera sin luz, sin vida y sin calor?”.

Alborg sin desechar del todo esa idea añade además meras razones literarias para explicar dicha decadencia; la tradición creada en el Renacimiento se había agotado y era necesaria una nueva revolución de pensamiento.

Pero mientras tanto nuestros poetas siguen recreando y viviendo un mundo pasado y en algunos de sus poemas percibimos la huella de Garcilaso muy mezclada con las influencias de Góngora o Quevedo: Gabriel Álvarez de Toledo, Gerardo Lobo, Torres Villarroel, Porcel, Verdugo Castilla... son algunos de los poetas del momento.

José Antonio Porcel y Salablanca. Este canónigo granadino está muy influido por el lenguaje gongorino, aunque es un ferviente admirador de Garcilaso y de los poetas del XVI. Participó activamente en la Academia del Trípode de Granada, que reunía a los poetas granadinos y pretendía renovar el lenguaje poético sin perder el espíritu de Góngora y cuyo mentor era Verdugo Castilla, conde de Torrepalma. Es además un contertulio de la Academia del Buen Gusto de Madrid. Entre sus poemas encontramos un juguetón e intrascendente soneto al modo como lo hacía Góngora, pero parafraseando al inicio y al final versos de Garcilaso desde su Granada natal. ¿Se refiere al Darro cuando evoca el Dauro?

Enviando unos dulces a una dama, que no gustaba de otros versos
que los de Garcilaso, en ocasión de hallarse indispuesta

*Cerca del Dauro, en soledad, amena,
con tu memoria, oh Julia, divertía
los males de mi triste fantasía,
de cuyo bien la ausencia me enajena.
Cuando por nuevo susto, nueva pena...
Ya no quiero más culto, Julia mía,
digo en pluma corriente; que ayer día
me dijeron que no quedabas buena;
que era el mal, resfriado, y yo en tal caso
almendras te receto, confitadas;
prendas son de mi afecto en nada escaso;
y con motivo de tu mal buscadas;
comételas, y di, con Garcilaso:
¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!*

Para el yo lírico las almendras son prendas de su afecto, elegidas para la ocasión, para remediar el resfriado que padece la dama. Copia el inicio del maravilloso soneto X de Garcilaso, convirtiendo en un festivo y gratuito juego de palabras lo que es emoción contenida en el original.

También escribió “*El Adonis*”, un poema formado por églogas venatorias, en el que hay versos enteros de Garcilaso, pero como en el anterior poema no alcanzan ni el lirismo ni la emoción del poeta imitado.

Eugenio Gerardo Lobo. Toledano, poeta y soldado, como Garcilaso, con el que tiene cierto parecido y con el que le unen lazos de paisanaje. Nació en Cuerva y alrededor de los diez años sus padres se trasladaron a Toledo donde continuó su formación.

Lógicamente en ambos sitios estaba presente Garcilaso, que había pasado también temporadas de su niñez en Cuerva, lugar que pertenecía a sus padres. Desdeñó su labor literaria y sus versos circularon manuscritos, sin publicarse. Tuvo mucha fama en la corte de Felipe V, quien lo denominó “el capitán coplero”. Lo mejor de su obra son sus sonetos llenos de los tópicos amorosos de la poesía petrarquista. Admirador de Góngora, como buen toledano ofrece su particular homenaje a su paisano, dejando traslucir sus huellas en un soneto de tema frívolo e intrascendente en el que el amante arroja la prenda que perteneció a la amada, esquiva y traidora. El diamante, recuerdo de ese amor, ya no sirve ni como recuerdo, ni para cumplir la función que tuvo, lucir en el dedo de la amada:

Amante que celoso arroja en un río un diamante
que traía por memoria de su objeto

*¿Oh dulce prenda, testimonio un día
de la jurada fe de quien, traidora,
el pacto ultraja y la razón desdora
de la noble verdad que me debía!
¡Oh dulce prenda, cuando amor quería!
Dulce más que a las flores blanda aurora,
alegre entonces, como triste ahora:
¡Tan inconstante fue la suerte mía!
Vuelve a tu dueño; pero no: ese errante
fugitivo cristal selle tu gloria,
digno sepulcro de tu luz cambiante;
pues trocada en ofensa mi victoria,
ni ya en su dedo puedes ser diamante,
ni ya en el mío puedes ser memoria.
Obras poéticas líricas...*

Madrid, 1738

La pasión amorosa de Garcilaso se convierte en Lobo en mero elegante juego festivo y menor, ausente de profunda sentimentalidad. También escribió una *Carta bucólica a un amigo, condiscípulo suyo*, que nos recuerda el tono y el tema de la Égloga I, pero carente de fuerza y pasión.

Ignacio de Luzán en su *Poética* de 1737 establecía como normas literarias la claridad, el orden y la armonía, es decir, las reglas del sentido común. El buen gusto consistía en la ausencia de cualquier exceso y las normas que sirvieron para luchar contra el barroquismo humanista del siglo XV, contra los excesos de Juan de Mena, servían ahora contra el exceso del barroquismo de Góngora. Luzán aplaudirá a Garcilaso y lo denominará “príncipe de la lírica española”. Como apostilla J. L. Alborg el buen gusto es clasicismo, es culminación del ideal renacentista.

Se ponen de moda los poetas renacentistas: Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera. Esa renacida valoración de la poesía de los clásicos sirvió de espoleta depuradora de gongorismos y demás excesos barrocos. El bagaje idiomático y literario del siglo XVI salvó la lengua y literatura castellanas de la decadencia en que estaban sumidas y las revitalizó,

hecho al que ayudó además la moda que venía de fuera, las modas francesas. Pero no hay duda que fue clave la tradición literaria del XVI, la claridad y sencillez de nuestros clásicos.

Desde la aparición de *La Poética* en los salones literarios donde se reunían nobles y poetas se caminaba hacia un clasicismo cada vez más claro. Uno de los salones más famosos fue el de la Marquesa de Sarria que patrocinó La Academia del Buen Gusto.

Hacia los años 60 el clasicismo se ha afianzado y como el poeta es hijo de su siglo, las ideas ilustradas influirán en el quehacer de muchos. El poeta neoclásico exigía a la poesía intención pedagógica y moralizadora, porque estaba preocupado por los problemas reales del ser vivo y quería cambiar el mundo. La poesía no debía ser ajena a esa función social de la literatura. Así vemos las huellas de Garcilaso en el auge de la poesía bucólica porque era el marco perfecto para que los cortesanos, disfrazados de pastores, dialogaran sobre un mundo mejor en el marco de la naturaleza idealizada de las églogas:

“Pastores, gente sencilla, zagales simples y apasionados requiere sencillez de su estado. Discursos puros, y naturales que dejan el sabor de la rusticidad y el olor de la simplicidad de los que pronuncian, atribuye a las personas de la égloga el que traslada a sus versos la verdad de la Naturaleza”.

(J. Pablo Forner en *Cotejo de las Églogas*)

En esta cita percibimos la fusión entre lo bucólico renacentista y lo pedagógico neoclásico.

En ese ambiente de recuperación de los clásicos, se inician nuevas publicaciones de sus obras. Se reeditan también las obras de Garcilaso en 1765 y se traducen a otros idiomas, entre ellos al italiano. En 1771 el conde italiano Juan Bautista Conti hizo una edición bilingüe español-italiano de la Egloga I, *La célebre Égloga Primera de Garcilaso de la Vega* que se publicó acompañada de una serie de poemas laudatorios en honor al traductor y al poeta castellano a cargo de algunos de sus amigos de la tertulia Fonda de San Sebastián, fundada por Nicolás Fernández de Moratín: Gómez Ortega (el editor), Ignacio López de Ayala, Juan de Iriarte, Pietro de Nápoles, Ignacio Bernascone... No solo aparecían poemas en castellano sino también en latín como epigramas de Gómez Ortega, Guevara Vasconcelos, López de Ayala, Iriarte y en italiano del mismo Conti, de Giuseppe Olivieri, Plácido Bordón, Pietro de Napoli, entre otros. Este hecho demuestra las relaciones intensas entre la cultura italiana y la española en estos años.

Nicolás Fernández de Moratín compuso dos sonetos, una anacreóntica y una oda para que figuraran en el prólogo de dicha edición. En uno de los sonetos, tomando los dos primeros versos de la Égloga 1^a, Moratín se dirige de nuevo a las ninfas y las convoca a un nuevo acto poético: la audición de la traducción de esa égloga hecha por su amigo Conti, cuya pericia y arte alaba, comparándolos con el arte de Garcilaso. Presente y pasado se unen en el poema, si las ninfas se embelesaron antiguamente con el arte de Garcilaso, se volverán a embelesar y emocionar con la pericia de Conti, capaz de dominar las fieras.

*Hermosas Ninfas, que entre juncia y flores
oísteis con agrado placenteras
del aurífero Tajo las riberas
el dulce lamentar de dos pastores.*

*Venid, escucharéis nuevos primores
de voces al compás de las primeras,
que enfrenará del Po las ondas fieras
llevando allá los trágicos amores.*

*Pues cantando a la sombra en la verdura
Conti iguala al Hispano armonioso;
siendo tanta la gracia, y hermosura
del uno y otro canto sonoros
que diréis que repiten la dulzura
Salicio juntamente y Nemoroso.*

En el segundo soneto que empieza “*Las verdes Drías del undoso río*”, Moratín reelabora el mito de Faetón, hijo del “*rubicundo Apolo*”, del Sol, que se precipitó en el río Eridano fulminado por Zeus. Estas resonancias mitológicas grecolatinas tienen la finalidad de alabar la destreza traductora de Conti cuyo arte hace olvidar a las hermanas del hijo del Sol la muerte del hermano:

*Cantaste, Conti; y a tu voz volvieron
atónitas las ondas a escucharte
las quejas de Salicio en son toscano:
Lampecia, y sus hermanas no sintieron
mientras cantaban con destreza, y arte
el precipicio del perdido hermano.*

En la Anacreóntica, escrita en romance endecha, el amor es el protagonista. Como es típico de este género en esta época es un poema festivo, ligero e intrascendente, al modo de los que tanto se llevaban. Estuvieron tan de moda los poemas anacreónticos que Forner escribió en la introducción a los suyos: “Es increíble lo que han delirado los copleros de Madrid con las furias de anacreontizar en estos últimos años”.

Aquí asistimos a un diálogo entre el amor y el enamorado en el que aquel responde al enamorado que solo si escribe a la manera de Conti podrá cumplir con su palabra de ablandar el pecho duro y esquivo de la amada:

*...Alza el humilde estilo,
con que la has celebrado,
pues el Eolio verso
ni aun basta a empeño tanto
ni los que las suaves
Piérades cantaron
de Anacreón de Teyo,
ni de la Lesbia Safo;
sino los que redujo
de Íbero en son Tosano
el dulcísimo Conti
del tierno Garcilaso.*

La Oda es un doble diálogo con Nemoroso y con Conti. Alaba hiperbólicamente el arte poético de Garcilaso creador de las palabras de Nemoroso que produjeron la admiración del Tajo hasta el punto de que se paró a escucharlas y la envidia de Febo por su musicalidad. Alaba igualmente el arte del traductor que ha deleitado de nuevo los oídos de Febo.

*¿Ves con la acorde cítara las Musas,
con que tus quejas, Nemoroso, dijo
Laso, y el claro de doradas ondas
Tajo paróse?
¿Ves cómo Febo llora, y el canoro
plectro deshecha, ni a decir algunos
versos se atreve con sonoras cuerdas
envidioso?*

*Mas ya los tuyos, oh, feliz Poeta,
su oído halagan: sólo le recrean.
Sólo estos siempre con eburna lira
cantas Apolo.*

Esta oda fue también publicada en latín en el mismo libro.

Mariano Estanislao Morales y el italiano **Ignacio Bernascone** subrayan en sendos sonetos la dulzura de los versos de Garcilaso con la que compite la dulzura de la traducción hecha por Conti.

Morales identifica a Conti con una abeja que liba el néctar de las flores (los bellos versos de Garcilaso) y lo convierte en fragante, olorosa y dulce miel (los versos de su traducción), destacando su profesionalidad, su laboriosidad, el trabajo bien hecho y el acierto en la elección de la mejor poesía de Garcilaso:

*Recorre ansiosa la prudente abeja
el valle de mil flores matizado,
y cada una que sirve a su cuidado
con alegres susurros la festeja.
Cruza la selva, viene, va y se aleja,
vuela en torno, se para y del rosado
néctar, que de las flores ha chupado
el sabroso panal labrado deja.
Con docto anhelo Conti de esta suerte
bebe el suave humor a las más bellas
flores de amena Vega del Parnaso;
y en un tan dulce néctar le convierte
que conserva el fragante olor de aquellas
y aún iguala en dulzura a Garcilaso.*

Bernascone pone el acento en señalar que Conti es el primer traductor del poeta al italiano y que esa traducción tiene tal fuerza poética que lo vivifica, lo vuelve a la vida, es como si Garcilaso se reencarnara en Conti y escribiera en italiano con igual perfección:

*Aquella gracia y singular dulzura
que encierra el verso del cantor ibero,
a la toscana lira tú el primero
trasladas compitiendo su hermosura.
Al nuevo acento de versión tan pura
suspenso admire el crítico severo,
que el cielo en ambos puso con esmero
ingenio, y alma de la misma hechura;
tan igual en los dos es la armonía,
que el que fue honor de Samos, de este caso
pruebas para su dogma sacaría,
diciendo: Ved cómo a la Ausonia el paso
se abrió a despecho de la Parca impía
y en Conti vive el dulcísimo Garcilaso.*

José María Vaca de Guzmán. El abogado andaluz nacido en Marchena fue uno de los poetas más premiados por la Academia de la Lengua Española. Derrotó a Nicolás Fernández de Moratín y a su hijo Leandro en sendos concursos poéticos convocados por la R.A.E. en 1777 y 1779 respectivamente. Alborg lo considera un “poeta de concurso” y González Palencia dice de él que “es un poeta clasicista, frío y académico...de escasa inspiración poética”. Lo mejor que escribió son sus sonetos amorosos. En uno de ellos *Pidiendo unas plantas de frutales de la huerta de la “Esgaravita”, de Alcalá de Henares, a su dueño* copia dos versos de la Égloga III de Garcilaso, aplicados no a la amada Flérída, como hace Tirreno; sino a unas plantas –“verde renuevo”– dadas por un hermoso dueño, a quien les pide que se llenen de frutos. Hay una auténtica trivialización del lirismo de los versos renacentistas y se percibe ese espíritu ilustrado que mezcla el clasicismo con las inquietudes prácticas (en este caso propias de la horticultura):

*Crece del viento escándalo frondoso,
y llega a estar de suave fruto lleno,
que viniendo de dueño tan hermoso
a enriquecer, fecundo, mi terreno
ha de ser para mí dulce y sabroso
más que la fruta de cercado ajeno.*

Juan Pablo Forner. El extremeño Juan Pablo Forner (Mérida) fue uno de los escritores neoclásicos más importantes por su erudición, sus dotes de polemista satírico, su capacidad crítica y sus ensayos. Abogado, profesor de jurisprudencia, llegó a ser Fiscal del Consejo y un defensor acérrimo de la tradición española frente a la moda francesa que se imponía. A pesar de ser neoclásico expone su rechazo de la Ilustración por lo que tiene de herencia francesa.

Como poeta perteneció a la llamada escuela salmantina formada en torno a Cadalso cuando este permaneció en la ciudad. Escribió un poema *Fragmentos II. La Pedantiada* en el cual realiza un homenaje personal al poeta toledano destacando sus cualidades como hombre enamorado y como guerrero. Escrito en octavas, alaba y exalta por

un lado las cualidades poéticas con las que los dioses han premiado a Garcilaso, que también proporcionan gloria y fama al emperador Carlos V y a España, y por otro su valentía y bravura en el combate que impone pavor a los enemigos:

*El vate excelso en cuya voz divina
del sacro Olimpo el soberano coro
la fuerza puso que a adorarle inclina
dando a su plecto el resonar sonoro:
aquel que vio de Túnez la rüína
con el César feliz, pavor del moro
cuya gloria, que tanto le animaba
con la espada y la pluma duplicaba.*

*Émulo blando del cantor de Delo,
cuando en números tristes, inmortales
llevó su llanto hasta el supremo cielo,
hombres de su Elisa, funerales;
el que del Tajo el desatado hielo
aumentaba dulcísimo en sus males,
y dio a su Iberia en juveniles años
la envidia y el terror de los extraños.*

Los escritores ilustrados consideraban la poesía como un género menor, inútil en la mayor parte de los casos, salvo que fuera una vía más para expresar su ideología y para extender su visión de la vida. Pero escribían poesía, aunque se avergonzaran de ella y no publicaran sus versos, y mucho más si eran amorosos. Cadalso consideraba sus poemas como “un género menos útil”. Jovellanos escribió: “en medio de la inclinación que tengo a la poesía siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio”. Sin embargo ambos nos dejaron poemas en los que se percibe la huella de Garcilaso.

José Cadalso. Este gaditano de origen vasco compatibilizó como Garcilaso o Gerardo Lobo las letras y las armas. Militar de vocación, prosista, dramaturgo, poeta (aunque parte de sus poemas no fueron publicados hasta 1894), vio truncado su amor, también como Garcilaso, por la muerte de su amada, hecho que inspiró “Noches lúgubres” de claro matiz prerromántico.

Formó en Salamanca una tertulia literaria a la que acudía entre otros Meléndez Valdés. Fruto de la correspondencia con sus amigos surgen varios poemas, entre ellos una sextina, en los que alaba y toma como modelo a Garcilaso; una octava y una canción, poemas laudatorios en los que ensalza el arte poético de Meléndez cuyo genio artístico vendrá a llenar el hueco dejado por el toledano.

Remitiendo a un poeta las poesías de Garcilaso
con algunos versos míos

*Si mis ásperos metros yo te envío
con dulces versos del divino Laso,
no juzgues que el orgullo necio mío
me finja que le igualo en el Parnaso.*

*Lo hago porque juntas quiero darte,
Con prendas de mi amor, reglas de arte.*

Con motivo de conocer al joven Meléndez de exquisito gusto,
particularmente en las composiciones amorosas

*Cuando Laso murió, las nueve hermanas
lloraron con tristísimo gemido,
destemplaron sus liras soberanas,
que solo daban lúgubre sonido.
Gimieron más las musas castellanas,
creyéndose entregadas al olvido;
mas Febo dijo “Aliéntese el Parnaso
Meléndez nacerá, si muere Laso.*

En la Canción pide al “joven gracioso” que siga tocando con dulce lira su canción inspirada por los dioses para envidia del siglo de oro, famoso por “*los Lasos y Villegas*”, porque será capaz de ablandar a la “zagala”:

*Aunque más dura sea
que mármoles y jaspes de Granada
cual otra Galatea;
o sea más helada
que fuente por los hielos estancada.*

Gaspar Melchor de Jovellanos. El insigne asturiano Jovellanos es el hombre clave de la Ilustración española que compendia en su vida todos los avatares y contradicciones de los ilustrados españoles. Magistrado, polígrafo, reformador, político, educador y pedagogo sufrió en sus carnes las tensiones de la época. Podemos resumir los elogios que le han hecho críticos de todo signo y estudiosos de la literatura española con las palabras de M. Menéndez Pelayo, citadas por J. L. Alborg, “aquella alma heroica y hermosísima, quizás la más hermosa de la España moderna”. Como hemos dicho se avergonzó de escribir poesías, aun las más serias que no tenían como tema el amor: “Pero prescindiendo de su poco mérito, es preciso ocultarlas sólo porque son versos”. También en sus poemas vemos la huella de Garcilaso.

En la *Epístola de Fabio a Anfriso*, en la parte titulada “Descripción del Paular”, percibimos en bastantes versos la atmósfera y el tono de las Églogas de nuestro autor, unidos en ocasiones a las odas de Fray Luis de León, más un cierto prerromanticismo en la aparición del yo melancólico. Se trata de un poema en endecasílabos sueltos:

*...Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas copas,
o ya sobre las aguas encorvados...
De la siniestra orilla un bosque umbrío
hasta la falda del vecino monte
se extiende; tan ameno y delicioso...
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo
mi desventura y dolor adulan...*

*Con blando impulso el céfiro suave,
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido...*

Podríamos seguir comentando obras de autores ilustrados ya al albor del romanticismo en las que se perciben las huellas de Garcilaso, como el soneto *A la memoria de Garcilaso* del zamorano **Juan Nicasio Gallego** o la *Epístola a Don Fernando Rivas* del sevillano **Alberto Lista**, pero creemos representativa de la época la visión dada.

* * *

A pesar de que en el Romanticismo se pierde la vigencia estilística de Garcilaso, que ya no es tomado como modelo poético o como antídoto contra el modelo vigente, seguimos percibiendo su huella en algunas obras de Zorrilla, Espronceda, Bécquer o Romero Larrañaga.

José Zorrilla. Fue el poeta más famoso y laureado del romanticismo, ídolo en su patria chica, Valladolid, considerado “poeta nacional” en su tiempo y uno de los primeros en vivir de su poesía. Le dedicó a Garcilaso el siguiente poema en octavas, inserto en la *Fantasia a Don Bartolomé Muriel* que precede a *Granada*, su mejor poema narrativo:

A un retrato de Garcilaso

*Y tú dulce y amante Garcilaso,
cortesano cantor de los pastores,
que cuenco pastoril el áureo vaso
hiciste do libaste los amores:
tú que entre miel y ámbar a tu paso
sembraste versos que brotaron flores
ve si a los míos tu dulzura inspiras
desde ese marco en que tenaz me miras.*

Zorrilla, que se consideraba a sí mismo “el más fecundo” y a su poesía “flor sin aroma, frasco sin esencia, / de sentido o y de lógica vacía/ no es tal vez más que un son mi poesía”, pide a Garcilaso, como si de un dios se tratara, inspiración para crear hermosos poemas, tan dulces y hermosos como los suyos.

José de Espronceda. El extremeño Espronceda muestra en los poemas amorosos de su juventud un clasicismo derivado de la lectura de los clásicos y de las enseñanzas de su maestro Alberto Lista, hasta que se forjó un estilo personal, desbordante, volcando en sus poemas su sensibilidad atormentada, sus ideales de libertad y de justicia o sus frustraciones amorosas. El poeta que, como Garcilaso, murió en plena juventud (a los 34 años) nos vuelca en *El canto a Teresa* su historia de amor, su desesperación ante el fracaso y la pérdida de la amada por el abandono primero y por su muerte después. Aunque el tono es diferente, los ecos de Garcilaso resuenan en algunas de las octavas del Canto:

*¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?*

*¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?*

*¿Quién pensara jamás llegase un día
en que perdido el celestial encanto
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?*

El madrileño **Gregorio Romero Larrañaga** glosó en varias composiciones cuartetos de Garcilaso, tomando literalmente sus versos como final de los cuartetos de sus poemas y compuso también una obra de teatro, un drama de escaso valor literario titulado *Garcilaso de la Vega*, que fue estrenada en su tiempo, aunque no tuvo ningún éxito. (Se mantuvo dos días en cartel). No fue el único drama publicado sobre nuestro autor, en este momento en que se pone de moda el pasado como materia literaria. También el poeta murciano **Antonio Arnao** publicó el drama lírico *La muerte de Garcilaso* en 1875.

Nada más alejado del espíritu y sensibilidad de Garcilaso que el gran poeta romántico **Gustavo Adolfo Bécquer**, cuyo dolorido intimismo se desborda en sus versos ante el lector, pero tampoco ignoró a Garcilaso y nos dejó unas bellas palabras en un artículo que con el nombre de *Enterramientos de Garcilaso de la Vega y de su padre en Toledo* publicó en *La Ilustración de Madrid* el día 12 de febrero de 1970. Bécquer rememora su descubrimiento de la tumba de Garcilaso en San Pedro Mártir en un día que, perdido al azar, deambulaba por Toledo y entró en el templo viendo a una hermosa mujer rezar ante ella. Se lamenta de la desidia en la que yace el sepulcro del poeta: “*¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre!*”, ensalza su vida: “*¡Qué hermoso sueño de oro su vida. Personificar en sí una época de poesías y combates...ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea...!*” y expresa la convicción de que siempre habrá alguien, una mujer hermosa que irá a recordarlo.

* * *

No hay presencia garcilasiana en la poesía escrita por los miembros del grupo o generación del 98. El vitalismo desbordado de Garcilaso, su llanto amoroso demasiado humano, sin ningún sentido trascendente, pleno de matices melancólicos y sensuales, no encuentra eco en la poesía noventayochista que es expresión de las inquietudes existenciales y metafísicas de Antonio Machado y Miguel de Unamuno, que esconden pudorosamente sus propios sentimientos amorosos.

La presencia del poeta la percibimos en otro gran poeta lírico, lector infatigable, domeñador de la palabra y renovador del lenguaje de la época. Se trata de **Juan Ramón Jiménez** y nada más ni nada menos la huella garcilasiana aparece en un poema de *Diario*

de un poeta recién casado, ese magnífico libro donde Juan Ramón introduce la poesía pura y que es una de sus más altas creaciones poéticas. Ese libro elige Juan Ramón para rendir homenaje a su maestro. En *Garcilaso en New York*, escrito el 26 de abril de 1916, Juan Ramón se reencarna en Garcilaso recitando su recreación del paisaje del Tajo bajo un árbol del Washington Square donde solía ir a pasear: “Aquí, bajo un árbol preñado de verdura, Garcilaso... está conmigo, es decir, en mí, mirando con mis propios ojos... En ningún libro, (...) en ninguna insinuación de aquí hay una frescura, un verdor, una suavidad, un rumor, una transparencia más igual a la de esta primavera que en estos once versos de Garcilaso que yo digo en voz alta...”. Según Juan Ramón cada verso que lee transfigura el espacio y llena de belleza las avenidas de New York. ¿Acaso está leyendo estos versos?

“Cerca del Tajo en soledad amena
De verdes sauces hay una espesura...
(Égloga III)

* * *

Son los poetas de la **Generación del 27** (Salinas, Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, García Lorca, Alberti, Aleixandre, Cernuda, Prados, Altolaguirre...) quienes, en una genial síntesis, además de introducir y aclimatar en nuestra literatura las nuevas corrientes poéticas vanguardistas (los -ismos), recuperan los ritmos de Góngora a quien tienen por indiscutible maestro conmemorando de manera fastuosa el III centenario de su muerte y continúan haciendo suyo el arte sereno de Garcilaso. Hay que recordar que la poesía española había estado de espaldas a los ritmos y al estilo de Góngora desde principios del XVIII, mientras que siempre Garcilaso estuvo presente en los versos de los poetas tal como estamos viendo.

Una buena muestra de la admiración que los jóvenes del 27 sentían por Toledo, sus calles, su historia y su literatura es la fundación de la Orden de los Hermanos de Toledo por Buñuel y Moreno Villa, entre otros de la que formaron parte casi todos los miembros de la generación y que los impulsó a visitar frecuentemente la ciudad desde 1923 hasta 1936.

Pedro Salinas rinde homenaje al poeta toledano eligiendo parte de un verso de la Égloga III “pienso mover la voz a ti debida” como título de su primer libro de poemas amorosos *La voz a ti debida*, publicado en 1933. En este libro el autor poetiza el desarrollo de una pasión desde su nacimiento hasta su finalización; está presente ese amor total, que todo lo vivifica y que es constante en la poesía de Garcilaso:

*Tengo miedo a una nube
a una ciudad, a un número
que me pueden robar
un minuto al amor
entero a ti debido*
(464-68)

Percibimos “el dolorido sentir” de la *Égloga I* en los versos 2191 y siguientes:

*No quiero que te vayas
dolor, última forma
de amar: Me estoy sintiendo
vivir, cuando me dueles...*

El final de la obra recuerda al lector el final del llanto de Nemoroso: los amantes son sombras que piden juntarse como pide Nemoroso a Elisa que ruegue por su pronta muerte en los versos 2441 y siguientes:

*Acude, ven conmigo,
tiende tus manos, tiéndeles tu cuerpo.
Los dos les buscaremos
un color, una fecha, un pecho, un sol...*

Jorge Guillén rindió su particular tributo a nuestro poeta en su poema “*El Greco*” perteneciente a *Homenaje. Reunión de vidas* (1949-1966) escrito en el exilio, desde donde el poeta canta de una manera vitalista y jubilosa el quehacer y la labor de artistas y escritores contemporáneos y amigos suyos (como Salinas, Machado y Lorca por poner un ejemplo), así como la de autores del pasado que forman parte del acervo cultural universal (como Goethe, Rilke o Quevedo). El poeta fusiona en el mismo poema el homenaje a Toledo, al Greco y a Garcilaso como parte de un mismo todo:

*La peñascosa pesadumbre estable
Ni se derrumba ni se precipita,
Y dando a tanto siglo eterna cita
Yergue con altivez hisopo y sable.
¡Toledo!...*

Gerardo Diego hace múltiples referencias a Garcilaso; elegimos como ejemplo las que plasmó en dos obras. En la “*Égloga a Antonio Bienvenida*” (publicada en Santander en 1956 por la que recibió por segunda vez el Premio Nacional de Literatura) identifica la gracia, la elegancia, el arte del toreo de Antonio con el ritmo elegante del verso de Garcilaso:

*...pero ¿cómo cantarle el solo alarde
sostenido a lo largo de una tarde,
si todo lance, todo pase y paso
fue puro Garcilaso?*

Por otro lado él identifica su estilo, su arte poética con la del poeta toledano, quiere ser como él para poder cantar tanta belleza, tanta pasión y dramatismo:

*...y merecía
tu cruzar por la plaza paso a paso
el verso natural de Garcilaso*

Reelabora el eje significativo del llanto de Salicio de la *Égloga I* para explicar la emoción sentida ante el dramatismo del momento: “*Salid, sin duelo, lágrimas, llorando*”. Ese dramatismo le lleva a no saber la naturaleza de su poema, si elegía por el dramatismo o égloga por la alegría de la “fiesta”, y llega a un momento en que se identifica, como expresa el verso anterior, con Salicio, confundiéndolo con el yo poético:

*Si yo Salicio fuera,
no al del Alba ofrendaría
en heráldico brindis este toro...*

Sentimos toda la *Égloga I* de Garcilaso bullir es esta obra, mitificando a Antonio Bienvenida.

En el poema “*En Toledo*”, dedicado a su amigo Gregorio Marañón, evoca también las églogas de Garcilaso en la voz de un capitán que saluda al soldado-amigo en su jura de bandera ante la naturaleza toledana. Es como si jurara defender el ser de Toledo quizá aludiendo el compromiso que tuvo el famoso médico y escritor con la ciudad:

*Juró bandera al ocre, alzado enfrente,
arreboles de aurora y luz de ocaso
de Toledo. Tangible y transparente.
Un capitán le sonreía al paso,
mano en el hombro: –No hubo Garcilaso.
Yo soy Salicio. Bebe de mi fuente.*

Rafael Alberti dedicó varios poemas a Garcilaso. Ya desde su primera obra *Marinero en tierra* (1924), rinde un sentido homenaje al toledano bajo el significativo título de “*Con él*” reconociendo su deuda. Se muestra rendido ante el vitalismo del poeta-guerrero y desearía haber sido su escudero, haberle acompañado en sus azarosas fatigas guerreras y en su fructífero quehacer literario:

*Si Garcilaso volviera,
Yo sería su escudero;
Que buen caballero era...
¡Qué dulce oírle, guerrero...*

En “*La elegía a Garcilaso*” de *Sermones y Moradas* (1929) emana una honda tristeza por la muerte prematura del poeta; elementos de la naturaleza (yedras, agua, nardos, lirios) participan de ese dolor y velan al caballero difunto:

*Yo no sé lo que mira en las almenas esa
inmóvil armadura vacía...
Vivir poco y llorando es el sino de la nieve
que equivoca su ruta.
En el sur siempre es cortada casi en flor
el ave fría*

La muerte prematura es el destino trágico de algunos elegidos, vidas “antes de tiempo y casi en flor cortada” utilizando palabras de Garcilaso.

En el destierro vuelve sus ojos de nuevo al poeta toledano, también desterrado a orillas del Danubio. *Pleamar* (1944) es un poemario cuajado de un universo lleno de heridas dejadas por tanta muerte y destrucción, pero en uno de los Cármenes (serie de poemillas que destilan serenidad en medio de los otros poemas) se dirige a él identificándose con el dolor y la nostalgia de la pérdida, aunque aquí Alberti se refiere a la pérdida de España, y su dolor se desborda lleno de nostalgia en cantos a lo que se ha perdido:

*Nadie podrá quitarnos
a la gente de España,
Garcilaso, aquel tuyo
“dolorido sentir”*

Parece decir que, a partir de ahora, medio superadas las heridas, inicia una nueva etapa en la que ese poso servirá como acicate de un nuevo impulso poético.

Hay ecos también garcilasianos en los versos finales de “*Retornos del amor en los antiguos callejones*” poema perteneciente a *Retornos de lo vivo lejano* (1948-52) donde el poeta rememora recuerdos de sus vivencias toledanas junto a M.^a Teresa León:

*llevándonos
a las fluviales arboledas, donde
ya libres, como el alba,
ennohecimos en un claro sueño*

Finalmente Alberti cuenta en *La arboleda perdida* una anécdota significativa de lo que fue para él Garcilaso. En el rito de iniciación para ser admitido en la Orden de los Hermanos de Toledo, Alberti deambula en una noche sin luna por Toledo y topa con la lápida de la casa de Garcilaso: “*Era una losa blanca, una lápida escrita, interrumpida aquí y allá por el cabello oscuro de la enredadera. El temblequeo de un farolillo colgado a una hornacina me ayudó a descifrar –AQUÍ NACIO GARCILASO DE LA VEGA...– ...Y me pareció entonces como si Garcilaso, un Garcilaso de hojas frescas y oscuras, se desprendiera de aquella enredadera y echase a caminar conmigo por el silencio nocturno de Toledo en espera del alba*

Cerca del Tajo en soledad amena...

La del alba sería cuando, con estos versos de Garcilaso en la boca, encontré la posada de la Sangre...”.

Luis Cernuda deja también constancia muchas veces de su deuda con los poetas del Siglo de Oro, entre ellos también con Garcilaso. Especialmente significativas son sus palabras en el “*Historial de un libro*” (*Poesía y Literatura*, Seix Barral, p. 241): “*Mi amor y mi admiración por Garcilaso (el poeta español que más querido me es) me llevaron con alguna adición de Mallarmé, a escribir la Égloga*”. Parte de su libro *Égloga, Elegía y Oda* (1927-28) está inspirado por las Églogas.

Gustavo Correa puntualizará en “*Mallarmé y Garcilaso en Cernuda*”: “el poeta castellano le da la visión del paisaje idílico y el ritmo métrico de las estrofas y en parte insinúa la conformación de sus figuras mitológicas”, (Derek, Harris, *Cernuda, Luis*, Madrid, Taurus, 1984). Su poema *Égloga*, aparte de la deuda del ritmo estrófico de la *Égloga II*, tiene ecos de la percepción que Garcilaso nos muestra del paisaje equilibrado y armónico del Tajo en la *Egloga III*:

...que ni la luz salta	4
este espacio sombrío	
ni su divina soledad desvela...	
aguzándose lento	12
como el silencio solo y sin acento?...	
rosados torbellinos	33
de ninfas verdaderas	
en fuga hacia el bosque...	
el agua tan serena	40
gozándose a si misma su hermosura...	

En su madurez, la poesía de Cernuda tomaría un tono más meditativo, más cercano a la poesía inglesa y a la poesía religiosa (ascética y mística) española.

Manuel Altolaguirre, uno de los poetas menores de la Generación, crítico literario y editor con una labor en la difusión de las obras del grupo, escribió una biografía de Garcilaso. Participaba del ambiente preparatorio del 400 aniversario de la muerte de Garcilaso que se celebraría en el 36. Podemos deducir que intentaba homenajear al poeta toledano y además, según dejó escrito, huir del momento convulso que le tocó vivir: “*mientras el mundo esté como ahora... prefiero la noche interior y encenderme escribiendo esta biografía*”. No preveía ni podía imaginar la barbarie de la guerra que se avecinaba y que esa celebración no podría celebrarse.

Escojo algunas de sus frases más significativas: “*El sueño de la muerte y los sueños del amor le aguardaban, y tomando ora la espada, ora la pluma, dibujó una de las vidas más hermosas y atrayentes de su época... enlazó sus versos con sus acciones, de forma que estas eran, respecto de aquellas, hermanas en belleza, y sus versos como grandes victorias... toda su vida está esclarecida con la luz del fuego interior que le devoraba*”.

* * *

Aunque no se celebró el IV centenario de la muerte de Garcilaso, sí se produjo coincidiendo con esas fechas y con el clima de hervor político que precedió a la guerra, un proceso de rehumanización de la poesía, abandonando el clima estetizante existente. De esta manera se derivó un acercamiento mayor a la figura de Garcilaso y a los metros y estrofas por él adoptados (sonetos, elegías). Este proceso lo habían iniciado ya los miembros de la generación del 27, pero se consolidó con los miembros de la llamada Generación del 36: Luis Rosales, Luis F. Vivanco, Miguel Hernández, Germán Bleiberg... y con los Garcilasistas de posguerra.

Luis Rosales escribió en *Abril* (su primera obra) una “*Égloga de la Soledad*”, reelaborada después en su *Segundo Abril*, que recuerda totalmente el ambiente bucólico de las *Églogas* de Garcilaso, aunque el tono religioso de amor a Dios en la naturaleza esté tan lejos del paganzante y profano del toledano:

*Las mansas aguas de los verdes pinos
su presencia de amor dan a las ramas.
En el vasto silencio derramado,
la caridad temprana...
Dame tu paz, Señor, entre arrayanes...*

La poesía de Rosales parte de las realidades humanas y las trasciende:

*¿Si esta infancia imposible...
olvidase el olvido,
y este aroma del agua con sonido?*

Luis Felipe Vivanco en “*Elegía a Garcilaso*” (publicada en el nº 1 de *Nueva Revista*) canta alabando su vida fecunda de soldado, de amante, de innovador del lenguaje y termina con estas palabras:

*Yo me voy a arrodillar ante Garcilaso...
para que...me devuelva el pensamiento a
la hora en que son azules tres o cuatro
sílabas.*

Miguel Hernández, el poeta autodidacta, el ejemplo más claro de poeta mimético que absorbe y devora con avidez todo lo que cae en sus manos antes de manifestar su voz propia, escribió sonetos, églogas, elegías, siguiendo el ejemplo de nuestro autor. En la *Égloga* que le escribió como homenaje en 1936 y que se inicia con el verso “*Un claro caballero de rocío*” exalta la vida aventurera, amante del riesgo, profundamente vitalista del toledano; exalta el entorno donde vivió y está sepultado mitificando Toledo y al Tajo fundidos para siempre con el poeta y emocionados por acogerlo en su seno:

*Hay una sangre fértil y distante
un enjambre de heridas;
diez de soldado y las demás de amante*

Miguel se identifica totalmente con el doloroso sentir de Garcilaso, con su mal de amores: “*me siento atravesado del cuchillo/ de tu dolor*”. Él se siente herido, despreciado en una naturaleza idílica en un día de primavera con la explosión vital de la misma “*a la orilla leal del leal Tajo*”. No hay consuelo para él, se siente huérfano y desconsolado ante la falta del poeta, quisiera poder cantar su dolor “*pido a mi lengua el alma de la tuya*” pero no puede y solo encuentra consuelo muriendo:

*Como un loco acendrado te persigo
Me cansa el sol, el viento me lastima
Y quiero ahogarme por vivir contigo.*

En los años 40, en 1943, aparece la revista *Garcilaso. Juventud creadora* como órgano de expresión de una tendencia de la lírica de la inmediata posguerra: “Los Garcilasistas”. Les caracteriza la tendencia al uso de las formas clásicas, el neoplatonismo amoroso de corte renacentista y la necesidad de evasión en el amor y la naturaleza tras la tremenda contienda civil. Garcilaso será su abanderado.

José García Nieto es el creador de esta tendencia y su poeta más significativo. Vivió en Toledo parte de su infancia y adolescencia. Ha escrito multitud de obras de factura clásica. Como ejemplo podemos citar los sonetos *Ausencia de Toledo*. El I, transido de melancolía, fusiona ecos del Antonio Machado de *Palacio, buen amigo* y de Garcilaso, siendo el último terceto:

*Y en esta soledad donde te canto
llega también la voz que a ti te debo
como un agua delgada por un puente.*

En el II *Qué desconsuelo el aire de Castilla*, el poeta, lejos de Toledo, rememora con emotiva añoranza su adolescencia, el primer amor, las primaveras vividas, sus primeras lecturas que le han hecho lo que es:

*Cómo añora la luz de mis mañanas
al claro, curvo y descansado Tajo,
hoy buscador de mi niñez de entonces.*

Siempre estará presente Garcilaso en muchos de sus poemas, como en estos versos de *Memorias y compromisos*:

*Quemo lo que es mío.
Yo solo me he quitado “el dolorido sentir”*

También otros poetas alejados de los garcilasistas y críticos con ellos no olvidaron al poeta toledano como **Gabriel Celaya** con esta defensa de su poesía social frente al quehacer poético de aquellos:

*“Si de mi baja lira” prosaísta
surgiera, no mi voz, sino mi España,
verías cómo vibras en su entraña,
pese a tanto cantor garcilasista.
Estamos, como tú nos enseñaste,
luchando por lo nuevo y por lo sano.
Por eso te saludo y te prometo
que daré, como tú, cauce a la Historia;
porque eres en mí, vida, no memoria,
e impulso a la aventura, no soneto.*

* * *

Por último, en los poetas actuales, Garcilaso está presente en aquellos poetas que siguen una línea de clasicismo formal o cultivan la poesía elegíaca como Eloy Sánchez Rosillo, Felipe Benítez Reyes, Antonio Carvajal, Antonio Manjón-Cabeza...

Antonio Colinas, perteneciente a “los novísimos” (generación del 70), evoluciona a partir del 77 hacia una poesía más personal, más enraizada en la tradición. En su *Elegía a Toledo* funde el homenaje a la ciudad *de las piedras misteriosas*, al Tajo y a Garcilaso unidos para siempre en el inconsciente de cualquier amante de la lírica española. Aquí aparecen contemplados desde la altura de los cerros del otro lado del río en un atardecer del mes de junio:

*¡Qué lejano y dormido
El engañoso laberinto de la ciudad antigua...
Aquel esquivo río de Elisa y Garcilaso...!*

Eloy Sánchez Rosillo en *Tierra de soledad*, un poema lleno de nostalgia, de melancolía, de “dolorido sentir” por el paso del tiempo y destrucción que conlleva, evoca ligeramente palabras de Garcilaso, aunque en este caso no aluden a la belleza de la amada, sino al desengaño.

*...a alguien que escuche
nuestras palabras mientras cae la tarde,
se van borrando lentamente, como
huellas que el viento apaga y desordena.*

* * *

Para terminar debemos señalar el soneto homenaje que al poeta escribe su conciudadano **Mariano Calvo**, titulado “*Ante la tumba de Garcilaso de la Vega en San Pedro Mártir*”, como un bello ejemplo de los poetas toledanos actuales (Jesús Pino, M.^a Antonia Ricas, Jesús Maroto, Santiago Sastre...) que siguen la huella del gran innovador del lenguaje en la lírica española:

*Salicio juntamente y Nemoroso
velan su sueño eterno en esta orilla
de ilustres pesadumbres, y amoroso
el río Tajo ciñe y agavilla
garcilasianamente candoroso,
un Toledo bucólico de arcilla.*

Como síntesis final de la impronta de Garcilaso en el ayer y en el hoy, podremos decir que su espíritu innovador pudo tener enemigos, como todo gran hombre y más si es un innovador, pero su legado llega fresco hasta hoy. Queremos terminar con las palabras de Guillermo Díaz-Plaja en la obra citada: “Actual y eterno el poeta es ya el símbolo mejor de la actualidad –de la eternidad de la poesía”.



GARCILASO

Y LOS

POETAS DEL SIGLO XXI

FRANCISCO JAVIER ÁVILA







A veces contemplamos a los clásicos como monumentos remotos, bastante inmóviles, y un poco fríos. Por eso asociar al poeta clásico Garcilaso de la Vega con los presentes y futuros poetas de este siglo XXI que trabajosamente se abre camino puede parecer un intento de vincular lo que se encuentra demasiado distante. Si tan bizarra fuese la mezcla, podrían recordarse algunos versos del propio Garcilaso:

*Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado
y de hacer juntar lo diferente
[...]*

*La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ajuntamiento,
y con las simples aves sin rüido
harán las bravas sierpes ya su nido.*

(Égloga I, vv.155-165)

No se trata del lobo y la cordera, ni de las aves y las sierpes que en un nido vinieran a juntarse, porque está Garcilaso, o debería estar, más cerca de las inquietudes de nuestros y nuestras poetas de lo que a primera vista pudiera parecer. Basta acercarse un poco a ese joven poeta del siglo XXI llamado Garcilaso de la Vega para ver cuánto ha enseñado y cuánto puede enseñar a sus también jóvenes colegas de hoy.

ENDECASÍLABOS Y SONETOS

Para comenzar con lo más evidente, es muy posible que muchos de esos poetas usen en nuestro tiempo con frecuencia versos de once sílabas, los famosos endecasílabos, a veces combinados –como se ve en la cita de arriba– con otros más breves, de siete, los heptasílabos. El primero en utilizar unos y otros con plena maestría en nuestra

literatura fue Garcilaso; nos dejó así un legado de enorme peso, vigente hasta hoy mismo. Es el endecasílabo un verso muy flexible, con inmensas posibilidades rítmicas y expresivas para producir “música” en escalas muy diversas, “música” que acompaña al sentido y crea sentido, y que no depende sólo de reiterar los módulos de once sílabas, sino de jugar con la distribución de los acentos en cada verso, combinados con la materia fónica y léxica, y con la disposición morfosintáctica. Garcilaso manejó esas posibilidades con una destreza casi inexplicable, porque a comienzos del siglo XVI no existía nada parecido en nuestra lengua: si vale el símil, un joven brasileño que jamás ha visto la nieve en su país llega a los Alpes y en poco tiempo no sólo aprende a esquiar sino que supera a los esquiadores suizos, franceses e italianos. Destreza y audacia, porque en sus experimentaciones con ese nuevo tipo de verso –nuevo en español– y en el afán de extraerle toda gama de efectos llega a veces a ponerlo al borde de la ruptura –cuando no claramente al otro lado de esa frontera–, una ruptura poéticamente muy eficaz –como tantas en literatura y en arte–, que advertía ya a los poetas de hoy sobre un considerable peligro: escribir poesía no es escribir series anodinas de endecasílabos que terminan creando un mero soniquete.

Para seguir por otra senda no menos evidente, es posible también que nuestros y nuestras jóvenes poetas, cuando se sienten fuertes, en forma, y con todas las musas arreboladas en su apoyo, se aventuren en el reto arriesgado de competir con nuestros clásicos en la exigente composición de catorce endecasílabos que llamamos soneto. Pocas formas en nuestra poesía han gozado y gozan de una vigencia tan inagotable a lo largo de siglos. Nuevamente fue Garcilaso el primero en abrir esa brecha cuando corrían tiempos difíciles, porque suele ocurrir que los que se consideran grandes poetas y grandes artistas, y se creen avalados por trayectorias de muchos años o muchos logros, se oponen a los cambios y las novedades, temerosos de que un joven desconocido venga con el primer sople a derribar los palitroques del sombrero donde se apoltronan. Y conste que no siempre se trata de “jóvenes” contra “viejos”, porque entre quienes se oponían a las nuevas corrientes que Garcilaso y su amigo Boscán querían introducir había jóvenes quizás olvidados de que no se es joven por los años sino por los hechos, las actitudes y las inquietudes. Son estas inquietudes las que llevan a Garcilaso a escribir sonetos cuando, como advierte el barcelonés Boscán con palabras dirigidas a la duquesa de Soma –al ofrecerle las novedades poéticas que se incluyen en las *Obras de Boscán y algunas de Garcilaso* publicadas en Barcelona en 1543–, había “muchos reprehensores” contra el proyecto, “porque la cosa era nueva en nuestra España, y los hombres también nuevos”. Y el “hombre nuevo” Garcilaso muestra a nuestros nuevos poetas de hoy cómo el soneto sirve para expresar el amor en un apasionado final, aquel “por vos he de morir y por vos muero” del famoso soneto V. Pero no sólo el amor. Antes o después del amor, o junto a él, esa curiosa concepción de los versos iniciales del soneto:

*Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo:
vos sola lo escribisteis, yo lo leo,
tan solo que aun de vos me guardo en esto.
En esto estoy y estaré siempre puesto...*

Sabemos que “el gesto” es el rostro de la dama, que está “escrito” en el alma del poeta. ¿Con qué lógica explicamos ese “y cuánto yo escribir de vos deseo / vos sola lo escribisteis”? ¿Se limita el poeta a “leerlo”, tan solo que hasta de la amada necesita alejarse para ese escribir que es un “leer”? ¿Tan consciente es Garcilaso de la misteriosa tarea del escritor que es y no es el autor de sus versos? Ya habla por tanto el toledano a nuestros jóvenes poetas de esa enigmática labor, en la que acaso no se trate sólo de aguardar plácidamente, mano sobre mano, a que la inspiración llegue; pudiéramos pensar que habla de esfuerzo, de trabajo o de absorbente dedicación cuando afirma “En esto estoy y estaré siempre puesto”. ¿Qué es “esto”, amar o escribir? ¿O son tal vez actividades no tan distantes, porque escribir se convierte en una forma imperecedera de amar, como el propio soneto demuestra cuando ofrece a nuestros ojos de lectores y lectoras cómo vibra aún, en el siglo XXI, aquel amor del siglo XVI que ha atravesado las edades? Pero sólo será imperecedera esa voz, ese amor que sigue viviendo en el papel con las palabras, si se ha puesto trabajo, si se ha aprendido leyendo con atención y amor a los grandes maestros clásicos cuyos pasos han de seguirse, no como simples imitadores, porque lo que en el siglo XVI se llamó “imitación poética” incluía la emulación, el propósito de superar a los grandes modelos. Así pues, “en esto estoy y estaré siempre puesto”: esfuerzo, trabajo, lectura, estudio, aunque sepamos que todo esto es imprescindible pero no suficiente. “En esto estoy y estaré *siempre* puesto”. ¿Siempre? ¿Pudo estar *siempre* en la tarea de leer, de escribir, de ese escribir que es un leer? No siempre:

*entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté del tiempo aquesta breve suma,
tomando ora la espada, ora la pluma.*

(Égloga III, vv. 37-40)

Pero a esto volveremos más abajo. Vean ahora nuestros modernos poetas que los sonetos no sólo sirven para expresar amor de la manera en que el amante apasionado lo expresa a la amada, un camino tan frecuentado en poesía lírica. También puede expresar un soneto indirectamente el amor que se siente por un hermano menor, cuando el mayor viaja muchas leguas y en tierra extranjera visita su tumba, la tumba donde el cuerpo del hermano menor fue enterrado varios años atrás. Soldados el mayor y el menor, no mataron a éste las saetas o los arcabuzazos, sino la peste que se extendió entre españoles y franceses cuando estos últimos sitiaban Nápoles en 1528. Uno puede viajar muchas leguas para abrazar a un hermano o a un amigo que reside en tierras lejanas, o puede viajar muchas leguas para contemplar una tumba y no abrazar a nadie, no abrazar al hermano del que se despidió años atrás sin saber que se despedía de él para siempre. De esta situación arranca el soneto XVI garcilasiano. El amor y el dolor no se manifiestan expresamente –gran lección para jóvenes poetas–: se invita al lector a deducirlo, a sentirlo a partir de palabras que no hacen la menor mención de esos sentimientos; el hermano mayor, poeta, presta su voz al hermano menor muerto, que vuelve a vivir en el soneto para expresar en primera persona lo que está destinado a ser el epitafio de una tumba:

*No las francesas armas odiosas,
 en contra puestas del airado pecho,
 ni en los guardados muros con pertrecho
 los tiros y saetas ponzoñasas;
 no las escaramuzas peligrosas,
 ni aquel fiero rüido contrahecho
 de aquel que para Júpiter fue hecho
 por manos de Vulcano artificiosas,
 pudieron, aunque más yo me ofrecía
 a los peligros de la dura guerra,
 quitar una hora sola de mi hado;
 mas infección de aire en solo un día
 me quitó al mundo y me ha en ti sepultado,
 Parténope, tan lejos de mi tierra.*

Ante un soneto como éste hubieron de palidecer muchos “reprehensores” de la nueva poesía, porque estaba a una distancia sideral de lo que en las primeras décadas del XVI se escribía en España. Aún hoy sigue siendo espectacular: es posible que el poeta o el lector del siglo XXI tarde unos segundos en ver que ha de recorrer nada menos que ocho endecasílabos hasta encontrarse con el verbo principal: *podieron*; armas, saetas, escaramuzas o disparos *no pudieron* acabar con la vida de un héroe, fue una triste enfermedad contagiosa la asesina; pero si el destino no reservó una muerte bélicamente gloriosa al joven soldado, ahora sí suena su voz desde la tumba con energía deslumbrante, para que resuene la voluntad de acero de los héroes que se ofrecen sin límite “a los peligros de la dura guerra”, siguiendo la antigua y noble tradición de los combatientes homéricos, imperterritos y orgullosos, firmes frente a la muerte. Ha sucumbido un héroe pero vive su voz, como viven Héctor y Aquiles en los versos de Homero. Tenemos, como en el soneto anterior, un *yo* y un *tú* —“me ha en ti sepultado, / Parténope”—, pero son ahora una distinta pareja de amantes: ella es la sirena o hermosa joven Parténope, nombre mitológico de la ciudad de Nápoles, y él es el joven caído; la mujer-tierra-ciudad acoge a quien no puede ser acunado por su propia tierra, por su tierra madre; una tierra extranjera y amante envuelve y cuida al joven en un abrazo definitivo. Cuando escribe —o lee, según el soneto V— Garcilaso sobre la muerte de su hermano, joven soldado que se exponía “a los peligros de la dura guerra”, cuando escribe o lee sobre el morir “tan lejos de mi tierra”, está escribiendo, leyendo —y acaso por extraños caminos lo sabía— sobre el final de su propia historia, porque también a él le reservaban los hados la muerte prematura de los héroes épicos.

Pero antes de morir iba a abrir Garcilaso muchos otros caminos a las poetisas y los poetas del futuro. En algunos sonetos se ofrecen instantes inolvidables de historias que podrían narrarse más extensamente, historias que ya no son las protagonizadas por un *yo* que corresponde al personaje-poeta-amante del soneto V; el peso de este *yo* disminuye considerablemente en alguno de esos sonetos y desaparece por completo en otros para convertirse en mero narrador del fragmento de un relato. Un mínimo *yo* testigo es el que se muestra en el soneto XIII, donde Dafne se convierte en laurel —al fondo están las *Metamorfosis* de Ovidio— ante los ojos del enamorado Apolo y los de ese casi invisible observador, sólo presente en la forma verbal “*vi*”: “En verdes hojas *vi* que se tornaban /

los cabellos que el oro oscurecían”. Invisible del todo es el *yo* de la voz poética en el soneto XXIX (“Pasando el mar Leandro el animoso”), que ofrece un momento de la historia de Hero y Leandro, donde no tenemos otro *yo* que el correspondiente a Leandro cuando se dirige a las olas. La historia era muy conocida desde la Antigüedad clásica: el joven Leandro de Abidos visita a su amada Hero por las noches, y para ello debe cruzar a nado el Helesponto; Hero deja una lámpara encendida en lo alto de una torre para que su amante se oriente mientras nada; en una noche de tormenta el viento apaga la lámpara, y sin la orientación de esa luz Leandro no da con la dirección adecuada y muere agotado entre las olas; a la mañana siguiente su cuerpo aparece en la playa, y Hero, que no quiere sobrevivir a su amante, se quita la vida arrojándose desde la torre. Garcilaso recoge un instante de esta trágica historia, aquel en que Leandro se da cuenta de que va a morir y pide a las olas que le permitan llegar hasta su amada y luego lo maten a la vuelta; las olas no escucharán su súplica. La idea de ofrecer ese instante de un largo relato la toma Garcilaso de un epigrama del poeta hispanorromano Marcial; bastaría comparar uno y otro texto para mostrar cómo se sigue y cómo se supera a un gran clásico. La forma románica del soneto recoge así la tradición del epigrama grecolatino. Observen bien nuestros jóvenes escritores y escritoras: el poeta ha dejado de ser el personaje protagonista del poema, se ha convertido en un peculiar “narrador” cuya primera persona desaparece por completo para centrarse en el audaz Leandro y en su triste historia. He aquí por tanto un buen ejemplo para los poetas del siglo XXI, especialmente después de la hipertrofia del *yo* que heredamos de los románticos decimonónicos: es posible escribir gran poesía sin utilizar el *yo*; es posible componer poemas inolvidables centrados en personajes que no son una primera persona con la que supuestamente se identifica quien escribe. Por supuesto que con toda legitimidad ese *yo* puede aparecer sin limitaciones en poemas también excelentes, pero nada malo –más bien al contrario– ocurre si se ausenta, con una ausencia que nunca lo será del todo, porque es la forma de proyectar una mirada, de construir una voz, lo que constituye la larga sombra o intenso latido de ese *yo* invisible, de manera no muy distinta a como el narrador de una novela se hace presente en la forma de relatar acciones o describir personajes. Si nuestros jóvenes poetas vuelven la mirada a esos años treinta del siglo XVI se encontrarán con una gigantesca revolución poética cuya gran novedad no es sólo la introducción del endecasílabo, el soneto, los tercetos encadenados o las octavas reales, sino la configuración de una poesía de estrechas callejuelas y amplias avenidas donde cabe de todo. Lo que Boscán dice del nuevo verso en su carta a la duquesa de Soma puede aplicarse a la nueva poesía, que posee

... una disposición muy capaz para recibir cualquier materia, o grave, o sutil, o dificultosa, o fácil, y asimismo para ayuntarse con cualquier estilo de los que hallamos entre los autores antiguos aprobados.

Los “autores antiguos aprobados”: no sólo Petrarca; no sólo Dante o Ariosto o Sannazaro entre los “volgari”; también Horacio, Virgilio, Ovidio, Catulo, Tibulo o Marcial. El gran proyecto de una poesía que estuviese a la altura del amplio, vivo y plural humanismo renacentista. El nuevo humanismo hondo y vital donde caben los clásicos, y las

filosofías, y las inquietudes que apuntan a la luz y a los oscuros caminos herméticos; donde, junto a la dulce melancolía, el destino aciago y la cruda tragedia, caben también las bromas y la socarronería, la ironía y la sátira. No se trata sólo, por tanto, de amantes-poetas que mueren de amor, aunque los poetas-amantes que mueren de amor sean una parte de todo ese mundo.

PERSONAJES, HISTORIAS, IDEAS: AMPLIOS CAMINOS DE LA POESÍA

Pero muchos lectores de Garcilaso, con anteojeras forjadas en el Romanticismo tradicional del XIX, no han querido ver esa amplitud, y se han empeñado en escuchar únicamente la lira de una sola cuerda. Sin embargo los hechos son tercos. No es sólo que la voz poética deje de ser protagonista y pese a ello crezca al narrar en catorce versos fragmentos de historias sobre amores desastrados; es que en algún texto el personaje poeta se convertirá en mediador que celestina para pedirle cuentas a una bella cruel e interceder por un amigo al que ella maltrata: el enamorado ya no se ejercita con la espada y el caballo junto a sus iguales, porque está “en la concha de Venus amorado”. Se trata de la famosa oda –no “canción V”– a la “flor de Gnido”: “Si de mi baja lira...”. En efecto la lira es baja –y alta– porque en la composición se mezcla lo culto y delicado con la sorna y el recochineo: la “concha de Venus” encierra alusiones a la alta cultura mitológica y artística –recuérdese el cuadro de Botticelli, “El nacimiento de Venus”–, pero al mismo tiempo podrían ir nuestros jóvenes poetas a algunos lugares secretos para buscar las acepciones de “concha”, y sobre el término “amorado” –otra osadía– podrían preguntarse cómo se combinan la ironía y el calambur. La “Ode ad Florem Gnidi”, con título latino, con su retranca y su sabiduría, también es Garcilaso. Y cuidado, porque la broma está trenzada con lo absolutamente serio: un hombre no puede ser un perro que se limita a perseguir presas con faldas, o un cocrilo que se limita a lamentar amores desgraciados. Los hombres completos son mucho más. Se busca un concepto humanista, integral, de los seres humanos. Hombres completos que, por ejemplo, valoran la amistad como una de las formas más nobles del amor (Epístola a Boscán, vv. 28-65). Hombres que entienden el dolor por la muerte de un hermano, pero exigen que quien lo sufre finalmente se sobreponga y lo supere; así se exhorta a don Fernando de Toledo, el entonces joven duque de Alba, para que supere la postración por la muerte de su hermano menor, don Bernardino:

*porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de Fortuna
con firme rostro y corazón valiente;
y no tan solamente esta importuna,
con proceso cruel y riguroso,
con revolver de sol, de cielo y luna,
mover no debe un pecho generoso
ni entristecerlo con funesto vuelo,
turbando con molestia su reposo,*

*mas si toda la máquina del cielo
con espantable son y con rüido,
hecha pedazos se viniere al suelo,
debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran rüina
primero que espantado y conmovido.*

(Elegía I, vv. 187-201)

Y no sólo hombres completos, integrales, como propugna el humanismo renacentista. También mujeres completas. Presten alguna atención nuestras poetas jóvenes, nuestras lectoras de toda condición. Estos poetas díscolos de la revolución del XVI no se dirigían sólo a hombres con sus novedades. Se dirigían a mujeres, a las que consideraban más sensibles y más inteligentes que muchos de esos machos rudos y romos que se movían “al son de los consonantes”. Ya hemos apuntado que la carta de presentación del nuevo proyecto poético está escrita para una mujer, la duquesa de Soma. Garcilaso dedica su Égloga III a una “ilustre y hermosísima María”, posiblemente María Osorio Pimentel, esposa de don Pedro de Toledo, virrey de Nápoles. Obsérvese que de ella se destaca no sólo la hermosura, sino el ingenio y el valor:

*Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María,
que en mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía...*

(Égloga III, vv.1-4)

También a una mujer, Gerónima Palova de Almogávar, está dirigida la carta con que Garcilaso presenta en 1534 la traducción al castellano que su amigo Boscán realizó del *Cortésano* de Castiglione, un libro imprescindible del Renacimiento europeo. Boscán ensalzó el “juicio” de Garcilaso –el buen criterio donde se combinan la sensatez y la audacia– como factor fundamental para llevar adelante el gran proyecto de innovación poética; unos años antes Garcilaso había elogiado por escrito el juicio de Gerónima Palova:

Si no hubiera sabido antes de ahora dónde llega el juicio de vuestra merced,
bastárame para entenderlo ver que os parecía bien este libro.

Muy expresivas son las referencias a las mujeres que se incluyen en la carta de Boscán a la duquesa de Soma. En primer lugar la visión de los críticos con la nueva poesía, a la que seguirá la réplica del poeta barcelonés:

Los unos se quejaban que en las trovas de esta arte los consonantes no andaban tan descubiertos, ni sonaban tanto como en las castellanas. Otros decían que este verso no sabían si era verso o si era prosa. Otros argüían diciendo que esto principalmente había de ser para mujeres, y que ellas no curaban de cosas de sustancia, sino del son de las palabras y de la dulzura del consonante.

Repáren los poetas del siglo XXI y los lectores que se acercan a Garcilaso lo interesante que resulta un verso que para algunos “no se sabía si era verso o si era prosa”; piensen, varios siglos más tarde, en los *Petits Poèmes en Prose* de otro revolucionario, Charles Baudelaire. Pero volvamos a la respuesta de Boscán:

Que, ¿quién ha de responder a hombres que no se mueven sino al son de los consonantes? ¿Y quién se ha de poner en pláticas con gente que no sabe qué cosa es verso, sino aquel que calzado y vestido con el consonante os entra de un golpe por el un oído y os sale por el otro? Pues a los otros que dicen que estas cosas, no siendo sino para mujeres, no han de ser muy fundadas, ¿quién ha de gastar tiempo en responderles?: tengo yo a las mujeres por tan sustanciales, las que aciertan a serlo, y aciertan muchas, que en este caso quien se pusiese a defenderlas las ofendería.

Son del XVI, pero parecen de nuestros días esas últimas palabras. Mujeres son también aquellas ninfas del soneto XI (“Hermosas ninfas, que en el río metidas”) a las que se dirige un poeta-amante herido de amor, mujeres tratadas casi como colegas por el poeta, pues de ellas dice que pasan su tiempo “tejiendo las telas delicadas”, como teje el escritor su “texto” –etimológicamente “tejido”, de *texere*, ‘tejer’–, y “contándoos los amores y las vidas”, como puede contar vidas y amores, así, en plural, un poeta.

Vidas y amores en plural son los de Salicio y Nemoroso, tantas veces vistos como meras máscaras de Garcilaso, con la cuestionable idea de que en la lírica sólo cabe *la* voz del “poeta”; decir que Salicio y Nemoroso son Garcilaso es como decir, sin más matices, que Don Quijote es Cervantes, lo que no impide que existan relaciones más o menos estrechas entre los tres primeros, y entre los dos últimos. Hablamos de tres seres de ficción y de sus dos autores. Quienes tanto recuerdan a Nemoroso y a Salicio suelen olvidar que Garcilaso construyó también voces de mujer, entre ellas la de Camila, en la apasionante Égloga II, la más ambiciosa y la más postergada de las obras del toledano. Oigamos a Camila viéndoselas de tú a tú y sin complejos con el bueno de Albanio:

CAMILA.	<i>¡Socórreme, Diana!</i>
ALBANIO.	<i>¡No te muevas, que no te he de soltar; escucha un poco!</i>
CAM.	<i>¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas? ¡Ninfas del verde bosque, a vos invoco, a vos pido socorro de esta fuerza! ¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.</i>
ALB.	<i>Locura debe ser la que me fuerza a querer más que el alma y que la vida a la que a aborrecerme a mí se esfuerza.</i>
CAM.	<i>Yo debo ser de ti la aborrecida, pues me quieres tratar de tal manera, siendo tuya la culpa conocida.</i>
ALB.	<i>¿Yo culpa contra ti? ¡Si la primera no está por cometer, Camila mía, en tu desgracia y disfavor yo muera!</i>
CAM.	<i>¿Tú no violaste nuestra compañía, queriéndola torcer por el camino que de la vida honesta se desvía?</i>

ALB. *¿Cómo, de sola una hora el desatino
ha de perder mil años de servicio,
si el arrepentimiento tras él vino?*

CAM. *Aquéste es de los hombres el oficio:
tentar el mal, y si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.*

ALB. *¿Qué tenté yo, Camila?*

CAM. *¡Bueno es eso!
Esta fuente lo diga, que ha quedado
por un testigo de tu mal proceso.*

(Égloga II, vv. 802-828)

Veamos de paso que, contra la lira de una sola cuerda, Garcilaso no sólo se aplica a construir una voz de mujer, un personaje femenino que se configura entre otros medios a través de sus propias palabras, sino que entra por un camino que no está lejos de lo que será el teatro de nuestros Siglos de Oro. Camila se queja de que Albanio no ha sido capaz de mantener una amistad entre hombre y mujer en los límites en que ella quería mantenerla; critica “de los hombres el oficio”, porque “tientan el mal”, y si no les va bien les basta con pedir perdón. Obsérvese que el verbo “tentar”, cuando se trata del ataque de un hombre a una mujer, es un verbo envenenado, porque no sólo es “intentar” o “poner a prueba”. Por eso, cuando Albanio pregunta “¿Qué tenté yo, Camila?”, casi vemos la sonrisa irónica, burlona y también herida de la joven al replicar “¡Bueno es eso!”, donde no hace falta que añada: “¿No tentaste” en aquel asalto tuyo?”. Que nuestros jóvenes poetas –a las poetas no hace falta dirigirse ahora–, cuando recuerden a Garcilaso, hablen un poco menos de Salicio y Nemoroso, y un poco más de esta inteligente Camila que en ese pasaje aparece como un atractivo personaje teatral.

Y no sólo teatro. En esa tarea de abrir la poesía también entra la narración, que se acerca a la senda de la épica en pasajes de la pluriforme Égloga II, y en otras ocasiones toma un tono más ligero para narrar y describir a vuelapluma unas jornadas de viaje, como en el final de la Epístola a Boscán: ahí cabe el humor sobre el torso inabarcable de “mi señor Durall” al abrazarlo, mezclado con el serio recuerdo de Petrarca y la tumba de su amada Laura en Aviñón, que es “donde están del fuego las cenizas”.

Y no sólo teatro y narración. Esta nueva poesía tan “capaz para recibir cualquier materia, o grave o sutil, o dificultosa o fácil”, sirve también para acercarse a lo que hoy llamamos géneros ensayísticos, donde la exposición de ideas se combina con un acento intensamente personal y humano que la aleja de las frías disquisiciones académicas. Así, en la senda de Horacio y su “Beatus ille”, se puede elogiar la vida exenta de excesivas ambiciones y de lo que hoy suele llamarse “estrés”, en plena naturaleza, una propuesta a la que más tarde volverá Fray Luis de León en su famosa “Oda a la vida retirada”. Estos son los versos del toledano:

SALICIO. *¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza,
y vive descuidado
y lejos de empacharse*

*en lo que al alma impide y embaraza!
 No ve la llena plaza
 ni la soberbia puerta
 de los grandes señores,
 ni los aduladores
 a quien la hambre del favor despierta;
 no le será forzoso
 rogar, fingir, temer y estar quejoso.*

(Égloga II, vv. 38-50)

La sabiduría aprendida en los clásicos y en la vida se expone por extenso, o en pequeños diamantes que brillan engastados en composiciones más amplias. Entresaquemos alguno de la ya citada Epístola a Boscán (vv. 62-63):

*Cuánto más generosa y alta parte
 es el hacer el bien que el recibirle.*

O, en el inicio de ese mismo texto:

*Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
 de daros cuenta de los pensamientos,
 hasta las cosas que no tienen nombre...*

Amigos y amigas poetas, lectoras y lectores todos: ¡hasta las cosas que no tienen nombre! ¿Para cuántas “cosas”, sentimientos, ideas, sueños, percepciones, intuiciones, habéis buscado “nombres”, sin llegar a encontrar las palabras precisas? La tarea del escritor, del poeta, es poner nombre a las infinitas cosas que carecen de él y sin embargo alientan en el mundo.

La obra completa de Garcilaso, sin visiones sesgadas o restringidas, se ofrece a los poetas del siglo XXI como un modelo que muestra las muy diversas posibilidades de la poesía; una poesía que no excluye la creación de voces diversas, que juega con la ficción, con la indagación en múltiples aspectos de la realidad, con formas y tonos muy distintos, no sólo el del poeta amante dolorido, aunque éste sea perfectamente válido y valioso: lo será mucho más si no se hace de él el único camino posible; si todas las vertientes se cultivan se evitará el riesgo de que muchos lectores creen saber demasiado bien lo que pueden encontrar en lo que se publica como “poesía”, y se alejen de ella por reiterativa y previsible; si lo que se entiende como “poesía” se anquilosa y se reduce a un único y estrecho desfiladero que describe un círculo y acaba desembocando donde comenzó, también se alejarán muchos escritores buscando géneros que les ofrezcan territorios más libres y abiertos. Nuestros poetas deberían sorprender a los lectores de este tiempo como Garcilaso sorprendió a los del suyo.

MÁS ALLÁ DE LA POESÍA

Pero no se trata sólo de asuntos “técnicos”, literarios, poéticos. Garcilaso puede ser un modelo para las poetas y los poetas del siglo XXI por algunas facetas de su vida y por muchas de las actitudes que mantuvo. La más notoria de ellas sin duda conecta con

su quehacer literario y lo que hasta ahora venimos exponiendo: no diremos si Garcilaso fue o no valiente como soldado –pagó con la vida en ese oficio–, pero como escritor fue muy valiente. Hace falta mucho valor para emprender un camino que significaba apartarse radicalmente de lo que en su propio país se venía escribiendo, quemar las naves y lanzarse a lo desconocido; esto implicaba ganarse la hostilidad de los compatriotas, sin tener garantizada la amistad de los extranjeros a los que se acercaba. Si nuestros poetas y nuestros lectores de hoy heredaran sólo un tercio de ese valor, mucho vendría a cambiar el panorama poético. Garcilaso es un poeta que no escribe lo que se espera que escriba, o un lector que no lee lo que se espera que lea, gran lección para poetas y para lectores; estos últimos, siguiendo esa pauta, podrían saltar las barricadas de *best-sellers* de las librerías para buscar otros libros y beber en fuentes menos ruidosas y más hondas.

Desde esa valentía, Garcilaso, como tantos grandes escritores, va más allá de sí mismo y vive sobre complejidades y contradicciones. Es un hombre y un poeta complicado y poliédrico, difícil de clasificar o encasillar. Gran poeta del amor, y gran defensor de una poesía que va más allá de la mera queja amorosa. Gran lector de Petrarca, y gran defensor de desbordar los caminos que los petrarquistas no dejaban de estrechar, ampliándolos con propuestas provenientes de Dante, de Ariosto, de Sannazaro, de Horacio y los grandes poetas latinos. Poeta del sentido trágico del amor y la vida, pero al mismo tiempo capaz de bromear, de utilizar un tono socarrón, irónico o jocoso. Hombre que lleva en la sangre el empeño de los grandes héroes guerreros y a la vez reniega de la guerra:

*¿A quién ya de nosotros el exceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca y no ha cansado el gran proceso?*

(Elegía I, vv. 82-84)

El gran amante de las letras, en cuyos versos se detecta una pasmosa familiaridad con los clásicos que sólo puede nacer de muchas horas de lectura atenta, se ve obligado a vivir “tomando ora la espada, ora la pluma”. Pensemos en los poetas y las poetas de hoy. Hay muchas espadas en el siglo XXI. Espadas que no se blanden en batallas de lanzas, picas o cañones, sino en múltiples batallas cotidianas. Acaso algún que otro poeta tenga su espada en el servicio de urgencias de un hospital, o en una oficina gris y polvorienta. Es muy posible que muchos poetas de hoy, como Garcilaso, no puedan permitirse el dedicarse exclusivamente a la poesía. Contra lo que pudiera parecer, en la mayoría de los casos es bueno que sea así. Tomando ora la espada, ora la pluma. La poesía no será la vaca que los alimenta, sino la amante o el amante que les exige más de lo que humanamente pueden ofrecer. Y, como Garcilaso, vivirán sobre la placa hirviente de la contradicción, porque querrán disponer de absolutamente todo el tiempo para sumergirse en la poesía y en el arte, y querrán gozar de absolutamente todo el tiempo para bucear en la vida con sus brutalidades y sus delicadezas.

Garcilaso muestra que el poeta lo es porque dedica horas y horas al trabajo con la lectura y con los versos, y también porque a través de grutas no siempre explicables llega a la verdadera poesía. No es poeta porque se llame a sí mismo poeta, o porque pretenda vestirse como poeta, o acceda a reuniones de poetas. Tampoco por publicar algo que él

y otros llaman poesía. Esto hay que decírselo a los jóvenes del siglo XXI que contemplan con desesperación cómo nadie quiere publicar sus versos. Tal vez son muy malos, y por eso nadie quiere publicarlos. O tal vez son muy buenos, y por eso nadie quiere publicarlos. No importa. Si sólo es poeta quien en vida publica muchos de sus versos en uno o varios libros, entonces Garcilaso en vida no fue poeta, ni Bécquer, ni Emily Dickinson. Tranquilos han de estar por tanto los jóvenes poetas. Hay que seguir igual, leyendo, trabajando con libros, escribiendo, limando para que el poema llegue a ser lo que quiere ser. Para que el poema, el libro de poemas, sea lo que quiere ser también habrá que meter de vez en cuando mamotretos y papeles en un cuarto oscuro, y tomar la espada nuestra de cada día, y salir a la calle a respirar el aire y las palabras de las gentes. Garcilaso enseña a los poetas del siglo XXI que los contratiempos y las dificultades no destruyen a un poeta, sino que lo levantan sobre sí mismo y lo llevan al sitio exacto adonde debe llegar; enseña que a veces algunos escritores tienen que escribir y morir, y son lo que han escrito, y alguien se ocupará de todo lo demás.

Si nuestros poetas y nuestras poetas del siglo XXI leen a Garcilaso completo, más allá de los cuatro tópicos con que lo han querido atenazar, si se aprenden lo que más les hiere de Garcilaso de memoria –“par coeur”, “by heart”, de corazón–, harán lo que muchos han hecho, entre ellos un joven llamado Miguel de Cervantes, que joven y viejo recordó siempre estos versos garcilasianos de la Elegía I:

*Por estas asperezas se camina,
de la inmortalidad al alto asiento.*

Por estas asperezas. Ni amiguismos con subvenciones, ni camarillas con brujuleos. La senda es escarpada, el pago tardío –quizás no les llegará en vida, como no le llegó a Garcilaso–, pero casi cinco siglos después de su muerte alguna joven o algún joven del siglo XXVI, amantes de la literatura, quedarán emocionados, deslumbrados leyendo algunos versos. Y escribirán a su vez para que otros mucho más tarde se emocionen y se deslumbren. Y sólo por eso merece la pena escribir y morir.





ÍNDICE

PRESENTACIÓN	XI
ÉGLOGA PRIMERA	1
ÉGLOGA SEGUNDA	12
ÉGLOGA TERCERA	65
ELEGÍA PRIMERA	75
ELEGÍA SEGUNDA	84
CANCIONES	91
SONETOS	107
COPLAS	127
EPÍSTOLA	131
LÉXICO	137

ESTUDIOS GARCILASIANOS

GARCILASO DE LA VEGA - EL POETA DEL RENACIMIENTO - BIOGRAFÍA, Mariano Calvo	143
EL TOLEDO DE GARCILASO DE LA VEGA, M. ^a del Carmen Vaquero Serrano	173
LA INFLUENCIA DE GARCILASO DE LA VEGA EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS DE ORO - UNA APROXIMACIÓN, Juan Carlos Pantoja Rivero	205
GARCILASO Y EL HUMANISMO RENACENTISTA ITALIANO, Ángel García Galiano	233



COLOFÓN

Esta edición de

POESÍAS CASTELLANAS

DE GARCILASO DE LA VEGA

se terminó de imprimir
el día 20 de julio de 2008
en la villa de Madrid.

La estampación ha sido realizada
en las prensas de los Talleres Artesanos
de Torreblanca Impresores,
bajo la dirección artística
de Guillermo Blázquez

Laus ☩ Deo



